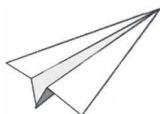


# Vivir para contarlo



## Violencias y memorias en América Latina

Editado por  
Ana Guglielmucci y Sigifredo Leal



Papeles del Viento Editores



**Vivir para contarlo**  
Violencias y memorias en América Latina

*editado por*  
Ana Guglielmucci y Sigifredo Leal

Papeles del Viento Editores

Papeles del Viento Editores  
Bogotá, 2015  
ISBN: 978-958-46-5826-5



Esta obra está licenciada bajo la Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial 4.0 Internacional. Para ver una copia de esta licencia, visite <http://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/>.

Fotografía de portada: Un artista del colectivo Beligerarte participa de la elaboración de un mural alusivo a la desaparición de sobrevivientes de la toma y retoma del Palacio de Justicia de Colombia en 1985 por la guerrilla del M-19 y las fuerzas del Estado, y la lucha de sus familiares por encontrarlos y alcanzar verdad, justicia y reparación. La obra fue elaborada colectivamente por los integrantes del colectivo Beligerarte y los familiares de los desaparecidos del Palacio de Justicia. Bogotá, noviembre 6 de 2013. © Sigifredo Leal

Diseño interior y de tapa: Jan Schneider

---

## Contenido

<i>Autores</i>	v
<i>Prefacio</i>	ix
<b>Parte 1: Periferias</b>	
1 <i>João Bosco Oliveira Borges</i> As formas do evento: reflexões sobre algumas versões de um caso de violência coletiva	2
2 <i>Evangelina Caravaca</i> En las pampas de los fuegos y las memorias: memorias sociales y protesta social en la Argentina reciente	22
3 <i>Ulisses Neves Rafael</i> A Coleção Perseverança do Instituto Histórico e Geográfico de Alagoas: O papel dos objetos na preservação da memória da violência contra os terreiros de Xangô em Maceió na Primeira República	42
4 <i>Gabriela Gonzalez</i> “Ciudad sitiada”: memorias militantes en Bahía Blanca	52
5 <i>Claudia Calvo</i> Memorias y representaciones sobre la represión en el monte chaqueño	69
6 <i>Andrés Cancimance López</i> Memorias en silencio: la masacre de El Tigre, Putumayo. Reconstrucción de la memoria histórica en Colombia	92
7 <i>Carlos Salamanca</i> Memoria(s) y cultura(s): violencias y reparaciones en clave intercultural	121

## Contenido

### Parte 2: Zonas grises

- 8 *Gastón Julián Gil*  
Vendetta, militancia y universidad. La violencia política en la Argentina de la década de 1970 136
- 9 *Roberto Suárez*  
El lugar de la evidencia en la trayectoria de vida de la figura de Gerardo Reichel-Dolmatoff en la historia de la antropología colombiana 156
- 10 *Sigifredo Leal Guerrero*  
“Aquí estamos protagonizando todos algo que es casi una travesura histórica: los vencedores son acusados por los vencidos.” Movimientos inciviles y luchas por la memoria en la Argentina y Colombia 168

### Parte 3: Entornos institucionales

- 11 *Márcia Barros Ferreira Rodrigues y Maria Cristina Dadalto*  
O sujeito (em) cena: violência, subjetividade e memória na America latina 1980-2011 202
- 12 *Juan David López Morales*  
Cultura política y memoria: relación necesaria para América latina. Una mirada situada en Medellín, Colombia 211
- 13 *Irene Piedrahita Arcila y Catalina Carrizosa Isaza*  
Etnografías sobre la violencia: aproximaciones desde las experiencias de investigación del grupo Cultura, Violencia y Territorio de la Universidad de Antioquia 229
- 14 *Johnny Albert Vélez*  
De la marca a la escritura 246
- 15 *Ana Guglielmucci*  
La consagración social de los ex centros clandestinos de detención como lugares de memoria autorizada sobre el terrorismo de Estado en la Argentina: algunas reflexiones en torno a la relación ente materialidad y recuerdo 259
- 16 *María Jazmín Ohanian*  
Memorias y espacios clandestinos: el caso de la reconstrucción virtual de la ESMA 276

---

## **Autores**

### **Marcia Barros Ferreira Rodrigues**

Profesora asociada de la Universidad Federal de Espírito Santo, Brasil. Doctora en Historia Social por la Universidad de São Paulo, Post-doctora en Ciencia Política por la Universidad Federal Fluminense, de Brasil. Coordinadora del Núcleo de Estudos e Pesquisas Indiciárias – NEI, de la Universidad Federal de Espírito Santo. Investigadora y consultora en las áreas de violencia urbana, juventud y seguridad pública. Contacto: mbfrodrigues@gmail.com.

### **Claudia Calvo**

Licenciada en sociología y profesora de Enseñanza Media y Superior. Miembro del Instituto de Investigaciones Gino Germani de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, Argentina. Estudiante de doctorado en Ciencias Sociales y maestranda en Investigación en Ciencias Sociales en la misma universidad. Contacto: claudiaecalvo@gmail.com.

### **Evangelina Caravaca**

Licenciada en Sociología por la Universidad de Buenos Aires, Argentina. Magister en Estudios Latinoamericanos por la Universidad Nacional de San Martín. Doctoranda en Ciencias Sociales por la Universidad de Buenos Aires. Docente de la Universidad Nacional General Sarmiento. Investigadora del núcleo de estudios "Violencia y Cultura" del área de Antropología Social de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales – Argentina. Contacto: evangelinacaravaca@gmail.com

### **Catalina Carrizosa Isaza**

Antropóloga y especialista en derechos humanos por la Universidad de Antioquia, Colombia. Investigadora del grupo Cultura, Violencia y Territorio, del Instituto de Estudios Regionales – INER, de la Universidad de Antioquia. Contacto: ccarrizo9@gmail.com.

*Autores*

**Andrés Cancimance López**

Magister en Ciencias Políticas por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, Ecuador. Doctor en Antropología por la Universidad Nacional de Colombia. Es integrante del grupo de investigación Conflicto Social y Violencia del Centro de Estudios Sociales – CES, de la Universidad Nacional de Colombia. Contacto: jacancimancel@unal.edu.co.

**Maria Cristina Dadalto**

Doctora en Ciencias Sociales por la Universidad del Estado de Río de Janeiro, Brasil. Profesora Adjunta en la Universidad Federal de Espirito Santo, Brasil, donde coordina el Laboratorio de Estudios Migratorios – LEMM. Entre sus áreas de investigación se encuentran las ciudades, la movilidad urbana y el consumo en la modernidad radicalizada. Contacto: mcdadalto@gmail.com.

**Gastón Julián Gil**

Doctor en Antropología Social por la Universidad Nacional de Misiones, Argentina. Investigador independiente del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas – Conicet, de la Argentina, y profesor de grado y postgrado en la Universidad Nacional de Mar del Plata. Contacto: gasgil@mdp.edu.ar.

**Gabriela Gonzalez**

Doctora en Humanidades y Artes con mención en Antropología por la Universidad Nacional de Rosario, Argentina. Investigadora del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas – Conicet, de la Argentina. Contacto: glgonza2@yahoo.com.ar.

**Ana Guglielmucci**

Doctora en Antropología Social por la Universidad de Buenos Aires, Argentina. Profesora de la Carrera de Antropología de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Investigadora Asistente del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas – Conicet, de la Argentina. Contacto: anagugliel74@gmail.com.

**Sigifredo Leal Guerrero**

Magister en Antropología Social por el Instituto de Altos Estudios Sociales de la Universidad Nacional de San Martín, Argentina. Investigador



doctoral del Instituto de Etnología de la Universidad de Frankfurt. Contacto: sigifredoleal@gmail.com.

**Juan David López Morales**

Polítologo por la Universidad Nacional de Colombia. Estudiante de Periodismo en la Universidad de Antioquia, Colombia. Contacto: juda1026@gmail.com.

**Ulisses Neves Rafael**

Profesor asociado del Departamento de Ciencias Sociales de la Universidad Federal de Sergipe, Brasil. Doctor en Sociología y Antropología por la Universidad Federal de Río de Janeiro, Brasil. Coordina el grupo de investigación Cultura, Cotidiano y Sociabilidades en la Contemporaneidad de la Universidad Federal de Sergipe. Contacto: ulisses38@hotmail.com.

**María Jazmín Ohanian**

Profesora de Enseñanza Media y Superior en Ciencias Antropológicas por la Universidad de Buenos Aires, Argentina. Desarrolla su proyecto de investigación de maestría en la Universidad Nacional de San Martín acerca de las memorias de la Armada Argentina y las distintas formas de habitar las políticas de patrimonialización sobre el pasado en el predio de la Escuela Superior de Mecánica de la Armada – ESMA. Participa de diversos proyectos de investigación en dicha universidad y en la Universidad de Buenos Aires. Contacto: jaz.ohanian@gmail.com

**João Bosco Oliveira Borges**

Magister en Antropología Social por la Universidad Federal de Paraná, Brasil. Investigador del Núcleo de Antropología de la, el Estado y las Relaciones de Mercado –NAPER, de la Universidad Federal de Paraná. Contacto: bosco.borges@gmail.com.

**Irene Piedrahita Arcila**

Antropóloga de la Universidad de Antioquia, Colombia. Investigadora del grupo Cultura, Violencia y Territorio, del Instituto de Estudios Regionales – INER, de la Universidad de Antioquia. Contacto: irepiedrahita@gmail.com.

## *Autores*

### **Carlos Salamanca**

Doctor en Antropología Social y Etnología por l'École des Hautes Études en Sciences Sociales, Francia. Becario postdoctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas – Conicet, de la Argentina. Contacto: salamanca.carlos@gmail.com.

### **Roberto Suárez**

Doctor en Ciencias de la Educación por la Universidad de Ginebra, Suiza. Profesor asociado del Departamento de Antropología de la Universidad de los Andes, Colombia. Contacto: rsuarez@uniandes.edu.co.

### **Johnny Albert Vélez**

Psicólogo y magister en Psicoanálisis, Subjetividad y Cultura por la Universidad Nacional de Colombia. Docente e investigador de la Unidad de Ética de Uniminuto, Colombia. Contacto: johnnyalbertv@gmail.com.

---

## Prefacio

Este volumen está integrado por trabajos cuyas versiones preliminares hicieron parte de la programación del grupo de trabajo *Etnografías, violencias y memorias en América latina*, que sesionó en 2013 durante la décima Reunión de Antropología del Mercosur (RAM) en la ciudad de Córdoba, Argentina. El grupo fue organizado por los editores y contó con la participación de la mayoría de los autores del libro, cuando las condiciones a veces azarosas de financiación no impidieron su asistencia a último momento. De él participaron también como comentaristas los investigadores Márcia Barros, Beatriz Ocampo y Roberto Suárez, sin cuyo apoyo y observaciones esas sesiones no habrían sido posibles. Guardamos deudas de gratitud con ellos y con los colegas que aceptaron nuestra invitación a participar en la producción colectiva de un libro electrónico de distribución gratuita. Nuestra elección de ese medio apunta a la posibilidad de aprovechar formas colaborativas de circulación del conocimiento, que permitan abrir diálogos más amplios que los que posibilitan los estrechos circuitos de la distribución comercial.

El contenido de esta compilación es disciplinar y temáticamente diverso, pero todos los capítulos están atravesados por la pregunta sobre la relación entre la articulación de versiones sobre el pasado y la producción y reproducción de formas de identificación individuales y colectivas. Como el título lo anuncia, las memorias de las que los autores se ocupan expresan intentos de concederle sentido a acontecimientos y experiencias violentos, y en ellas el lugar de la evidencia es ocupado en la mayoría de los casos por los sobrevivientes o perpetradores devenidos testigos, pero a veces también por objetos y espacios a través de los cuales esos testigos intentan demostrar la veracidad de lo que cuentan. Como parte fundamental del análisis de esas dinámicas de rememoración y verosimilitud, en todos los capítulos emerge explícita o implícitamente la cuestión de las luchas por la memoria o –lo que es lo mismo–, por la legitimación de narrativas con pretensiones de verdad en las que se entretejen afirmaciones y silencios acerca de lo acontecido y sus protagonistas.

Presentamos acá un corpus que ofrece una modesta pero diversa muestra de la gran variedad de aspectos de la realidad que es posible problematizar desde las ciencias sociales cuando se buscan respuestas a la pregunta

## *Prefacio*

de cómo los individuos o grupos construyen narrativas que naturalizan, critican, justifican o denuncian la violencia pasada y presente. En ese marco incluimos capítulos escritos en castellano y portugués sobre la Argentina, Brasil y Colombia, que presentan el trabajo de investigadores procedentes de distintos contextos locales y disciplinares, y dan cuenta de iniciativas que comprenden experiencias de formación de jóvenes científicos o apoyo a sobrevivientes, tesis de grado, investigaciones doctorales o de maestría, e indagaciones desarrolladas por colegas que ejercen como investigadores de planta en universidades o sistemas estatales de fomento de la investigación.

La mayoría de quienes confluimos en el grupo de trabajo en la RAM y en esta compilación investigamos fundamentalmente sobre problemas que tienen que ver con la violencia política y sus consecuencias en la vida de víctimas, perpetradores y espectadores. Pero tanto en la organización de esas sesiones como en la edición de este volumen hemos optado por asumir una definición amplia de violencia que permita incluir las diversas manifestaciones de ese fenómeno, las cuales trascienden la violencia política e incluyen otras como la estructural, o la colectiva de las “puebladas” y revueltas. Estamos convencidos de que considerar la violencia y sus efectos en un sentido amplio es un ejercicio necesario para analizar no solamente sus aspectos destructivos, sino la fuerza creadora de ese fenómeno de la vida social que frecuentemente implica la destrucción de vidas y objetos, pero también suele crear nuevas realidades y poner en marcha procesos de producción cultural de los que la construcción de memorias es apenas una parte. Por eso, más que la condición de víctimas de aquellos que han sufrido diversas violencias, nos interesa su condición de sobrevivientes y luchadores que desafían las relaciones de poder establecidas y buscan modos de alcanzar justicia, restaurar en el presente el mal del que han sido objeto, y modelar una realidad en la que esos eventos no puedan ser repetidos. Siguiendo la misma lógica, no nos ocupamos centralmente de cómo han sido cometidos asesinatos, torturas, destierros o actos de despojo, sino que consideramos esas acciones en el marco de análisis sobre las luchas libradas por los sobrevivientes para reconstruir sus existencias y organizaciones, o en el de las respuestas articuladas por los perpetradores y sus partidarios para ocultar o relativizar su responsabilidad, y para asegurar la impunidad.

El libro está organizado en tres partes tituladas “Periferias”, “Zonas grises” y “Contextos institucionales”. Los autores de los capítulos que componen la primera parte abordan procesos de construcción de memorias

desarrollados no solamente en lugares distantes de los centros del poder económico y político, sino también en los márgenes del universo institucional en el que son producidas y consagradas las memorias hegemónicas. Así por ejemplo João Borges, Evangelina Caravaca y Ulises Rafael analizan las narrativas elaboradas a partir de tres casos de violencia colectiva en ciudades periféricas de Brasil y la Argentina, uno de los cuales dio lugar a la conformación de una colección etnográfica con el producto del expolio de varios sitios de culto a Xangô en el nordeste de Brasil. Los tres ofrecen desde distintos ángulos y contextos sociales elementos para pensar los modos en que explosiones de violencia colectiva son incorporadas a las historias de las comunidades que las protagonizaron. Sus análisis muestran cómo esos procesos de memorialización pueden darse a través de relatos alternativamente complementarios y contrapuestos, cuyo contenido expresa valoraciones que trascienden los acontecimientos en cuestión y organizan otros aspectos de la realidad como las relaciones comunitarias, con el Estado, o las ideas sobre las prácticas sociales legítimas e ilegítimas. El trabajo de Gabriela González sobre las memorias de militantes peronistas en la Argentina antes del golpe militar de 1976 arroja luz sobre las tensiones que atravesaban los distintos ámbitos de militancia en una sociedad local con una marcada tradición militar, y sobre cómo el gobierno constitucional aplicó allí en 1975 la política represiva que un año después aplicaría la Junta Militar sobre el conjunto de la sociedad argentina. Finalmente, los trabajos de Claudia Calvo, Andrés Cancimance y Carlos Salamanca analizan los procesos de construcción de sentidos sobre la experiencia de la violencia política entre sobrevivientes en comunidades rurales de la Argentina y Colombia. Sus análisis acerca de los modos en los que los sobrevivientes elaboran narrativas sobre sus experiencias y reconstruyen sus relaciones sociales al margen de –y a veces en confrontación con– las instituciones oficiales, constituyen estimulantes aportes para pensar cómo pueden ser desarrolladas y legitimadas memorias y formas no hegemónicas de reconstitución del tejido social.

Los problemas considerados en los capítulos de la segunda parte remiten a los lugares ambiguos en los que frecuentemente se ubica la construcción de memorias sobre el pasado violento, cuando silencios, relativismos y negacionismos son desplegados para lidiar con acontecimientos o responsabilidades que pueden resultar cuestionables desde los puntos de vista comúnmente aceptados en el presente. El trabajo de Gastón Gil sobre las luchas políticas violentas al interior de una universidad de provincia de la Argentina en el periodo previo a la última dictadura aborda un tema esca-

## *Prefacio*

samente representado en los estudios sobre violencia política: el de aquella ejercida por militantes de organizaciones que no solamente fueron víctimas de la feroz represión desatada desde los Estados en Latinoamérica, sino que a su vez hicieron parte de un universo de sentidos y prácticas en los que ocupaba un lugar central la tramitación violenta de las disputas por la hegemonía política, el honor y la capacidad para definir el curso de la realidad. Roberto Suárez, por su parte, analiza la crisis abierta en la comunidad antropológica colombiana tras la revelación de la militancia nazi de Gerardo Reichel-Dolmatoff, uno de sus “héroes culturales”. Sobre esa base propone una reflexión sobre los silencios que nutren las biografías oficiales de figuras públicas con pasados problemáticos, y sobre el relativismo moral y el negacionismo con el que los partidarios de esas figuras suelen enfrentar la emergencia de tales pasados. Finalmente, Sigifredo Leal aborda el mismo problema desde la perspectiva de esas figuras públicas y sus partidarios, al considerar las luchas por la memoria libradas por militares argentinos y colombianos acusados y procesados por violaciones de derechos humanos cometidas en su condición de agentes de sus respectivos Estados.

Los capítulos que componen la tercera parte abordan procesos de construcción de narrativas desarrollados en entornos institucionales hegemónicos o con la mediación activa de agentes procedentes de éstos. Márcia Barros y Maria Cristina Dadalto abordan los procesos de construcción social de las clasificaciones que legitiman el ejercicio de la violencia estructural y estatal contra sectores subalternos del sureste de Brasil, en las que la aplicación de metáforas racistas, xenófobas y clasistas juega un papel fundamental como formas de representación y criminalización de la identidad de trabajadores empobrecidos. En ese marco ilustran el papel que pueden jugar el análisis histórico y el relevamiento de las memorias de grupos marginalizados para cuestionar la legitimación y reproducción de la violencia estructural y estatal. Juan David López, Johnny Vélez e Irene Piedrahíta y Catalina Carrizosa analizan la interacción entre agentes procedentes de espacios institucionales y víctimas de la violencia política en distintos contextos de Colombia, y los efectos que tienen en unos y otros la constitución de vínculos y los intercambios conceptuales a los que esos contactos dan lugar. Los trabajos de Ana Guglielmucci y Jazmín Ohanian que cierran el volumen se ocupan de espacios de memoria institucionalizados y altamente cargados de sentidos como son los ex-centros clandestinos de detención y desaparición que operaron bajo control de las Fuerzas Armadas y de Seguridad del Estado argentino durante la última

dictadura militar. Por un lado, Ana analiza los procesos de toma de decisiones que sustentaron la refuncionalización de dos de esos centros en su paso de inmuebles de propiedad de las fuerzas del Estado que los usaron con propósitos represivos a espacios de memoria abiertos al público. Por otro, Jazmín se concentra en la producción de una simulación computarizada que pretende dar cuenta de cómo estaba organizado uno de esos espacios durante el periodo en el que sirvió de centro de detención, tortura y exterminio de presos políticos bajo la dictadura. Ambos trabajos proporcionan una mirada “desde adentro” sobre los modos en los que en dichos espacios se articulan los distintos saberes, autoridades y estatus de sobrevivientes-testigos, funcionarios públicos y personal técnico, así como sobre las tensiones que esas articulaciones propician.

Sabemos, de cualquier modo, que la organización que acá proponemos no es la única posible, y que otras clasificaciones de los capítulos resultan posibles según se las establezca a partir de los problemas, protagonistas, enfoques, periodos o áreas geográficas consideradas. En nuestro caso hemos optado por orientarnos según los relieves de esa geografía simbólica que permiten transitar el corpus de la periferia al centro de las instituciones hegemónicas, pasando por los puntos a veces periféricos y a veces institucionales donde los límites entre la legitimidad e ilegitimidad del ejercicio de la violencia y su rememoración resultan difusos o son cuestionados vehemente. Resulta importante señalar, en ese contexto, que hemos prescindido de las clasificaciones geográficas o regionales no solamente porque –como es de rigor– suscribimos la observación de Clifford Geertz de que *estudiar en aldeas* no es lo mismo que *estudiar aldeas*. También porque el peso que el diálogo con colegas de otros contextos disciplinares y culturales ha tenido en nuestra formación nos ha convencido de que sin el intenso intercambio de experiencias, problemas y análisis, el desarrollo de productos colectivos como esos que conocemos con los nombres de “ciencia” e “inteligencia” resulta cuando menos difícil.

## Los editores





**Parte 1**

**Periferias**

---

# 1 **As formas do evento: reflexões sobre algumas versões de um caso de violência coletiva**

*João Bosco Oliveira Borges\**

## **Introdução**

[...] passar por cima da variedade em que todo objeto dado [...] se encontra, é a-científico. E igualmente o será reconhecer tal variedade e superá-la supondo que as variantes não são essenciais pelo fato de que na ciência, só é essencial aquilo que se pode formular em leis gerais.

Bronislaw Malinowski. *Baloma*

Curitiba, 08 de dezembro de 1959. Uma briga iniciada em uma loja entre um comerciante de origem árabe e um cliente, decorrente da compra de um pequeno artigo – um pente –, se amplia transformando-se em um evento de violência coletiva. Após três dias, e a intervenção do exército, o saldo era o seguinte: mais de cento e vinte estabelecimentos comerciais do centro da cidade destruídos – muitos dos quais de propriedade de sírios e libaneses.

Meu intuito neste texto é trabalhar com três versões dos acontecimentos recolhidas a partir de conversas com pessoas que viveram naquela época. Este material representa apenas parte de um processo de coleta de dados que foi norteador por uma escolha metodológica que visava não reduzir, mas multiplicar as variações sobre o tema (Latour, 2012). Devido à grande variedade de reflexões produzidas através das décadas sobre a chamada “Guerra do Pente” –matérias de jornal, entrevistas, filme, re-

\* Este artigo corresponde à parte da minha dissertação defendida no Programa de Pós-Graduação em Antropologia Social da Universidade Federal do Paraná no dia 26 de setembro de 2014 (Borges, 2014). Disponível em: <http://dspace.c3sl.ufpr.br:8080/dspace/handle/1884/36804>. Acessado: 17/12/2014.

portagens, etc.–, eu trabalhei com “coleções” de dados definidas em função dos diferentes tipos de material nos quais estão inscritas. Isto tornou possível a tarefa de acompanhar a controvérsia em torno dos incidentes.<sup>1</sup>

De um lado, conforme apontam Barbara Yngvesson e Susan Coutin, a ideia de “coleção” diz respeito à maneira como nós antropólogos agrupamos eventos particulares, afirmações, objetos e eventos –como notas de campo e transcrições– e como, através de uma cadeia de tradução que envolve uma série de substituições, produzimos realidades etnográficas (Yngvesson; Coutin, 2008: 67). De outro, numa tentativa de simetria, podemos pensar que talvez ela seja capaz de se referir aos processos pelos quais passam nossos interlocutores, que também constroem suas narrativas mobilizando contextos, imagens, pessoas, falas, etc.

## **Sobre a coleção: diferenças de forma e de conteúdo**

Cada uma das conversas que serão descritas aqui apresenta características diferentes quanto à sua forma que precisam ser enfatizadas. Enquanto as duas primeiras foram registradas por mim com o auxílio de um gravador e do caderno de campo, a terceira foi realizada por repórteres do periódico local *Gazeta do povo* e faz parte de um projeto intitulado de “Série entrevistas”, que traz conversas com personalidades da “vida paranaense”.<sup>2</sup> Além da entrevista escrita, neste último caso, foi produzido um vídeo no qual o entrevistado mostra ao repórter os locais por onde a acontecimentos se desenrolaram.

Adoto no caso deste material, as indicações de Alessandro Portelli, que escreveu um artigo sobre os significados da Guerra do Vietnã, dentro da perspectiva da história oral, utilizando-se de fontes de cunho jornalístico compostas por depoimentos de ex-combatentes. Conforme demonstra Portelli em seu texto, o fato dos realizadores deste tipo de projeto não se preocuparem com os problemas metodológicos e interpretativos enfati-

<sup>1</sup> Eu concebo a “Guerra do Pente” –como passou a ser conhecida esta série de episódios– como uma controvérsia que mobiliza uma série de agentes e engendra uma proliferação de interpretações ao longo do tempo. No âmbito da dissertação que escrevi sobre o tema, minhas reflexões também estiveram voltadas para as matérias jornalísticas produzidas no “calor dos acontecimentos” (ou seja, nos dias de dezembro de 1959), e as obras de caráter mais memorialista que fizeram menções ou dedicaram capítulos ao evento ao longo das décadas (Borges, 2014).

<sup>2</sup> O jornal se refere a personalidades do estado do Paraná.

zados pela história oral, não impede que o material por eles produzido seja pensado a partir desta perspectiva (Portelli, 2010). Evidentemente, é essencial que as devidas reflexões sobre as condições e os propósitos de sua realização sejam feitas, além de comparadas e contrastadas às especificidades das duas outras entrevistas.

O primeiro interlocutor com quem entrei em contato é um imigrante de origem libanesa chamado Fouad. Ele havia chegado à Curitiba aos 15 anos, três anos antes da “Guerra do Pente” e trabalhava no centro da cidade como comerciante nos dias de dezembro de 1959. No mês de abril de 2012, nos encontramos e conversamos pela primeira vez no local definido pelo entrevistado – a mesquita de Curitiba.<sup>3</sup> Ao reler o caderno de campo, me deparei novamente com a questão que me chamou atenção no dia da entrevista: o que este lugar me informava sobre aquele senhor com o qual eu conversava? Retornarei a este ponto mais adiante quando ao tratar da questão da contextualização dos discursos.

O segundo, Luiz Geraldo Mazza, é um jornalista reconhecido na cidade, que naquele tempo ainda estava no início de sua carreira e que afirma ter participado dos acontecimentos. Encontrei Mazza – como ele é conhecido – na sucursal de um jornal para o qual trabalha no mês de outubro do mesmo ano. Quando começamos a conversar a respeito do tema, uma das primeiras coisas que ele me falou dizia respeito a sua desconfiança em relação às interpretações deste acontecimento produzidas dentro da academia. No caderno de campo, anotei minhas impressões – pois o gravador ainda não estava ligado – acerca das expressões utilizadas por ele que diziam respeito à sua desconfiança em relação ao que chamou das “explicações” dos pesquisadores. Segue um trecho destas impressões conforme as produzi:

No início da conversa, Mazza mencionou as dificuldades que ocorrem quando um tema como este vai para a academia, onde são concebidas explicações e taxonomias a respeito do que aconteceu. Estaria ele se referindo ao problema central que eu formulei no meu projeto através meio do termo “estabilizações”? (Caderno de campo, 01/10/2012).

O terceiro é Jamil Zugueib, um professor do departamento de psicologia da Universidade Federal do Paraná que escreveu um artigo sobre os efeitos psicológicos dos acontecimentos da “Guerra do Pente” na família do comerciante árabe (Zugueib, 2009). Durante a graduação, assisti um deba-

<sup>3</sup> Fouad é muçulmano.

te ocorrido na Universidade Federal do Paraná, em decorrência da “comemoração” dos 50 anos dos acontecimentos de 1959. Entre os dois convidados estavam Mazza e o professor Zogueib. Este foi o fato que, inicialmente, fez com que eu procurasse entrar de alguma forma – seja ao vivo, seja através de um vídeo e de uma entrevista impressa – em conta to com eles.

De todo modo, no caso das duas entrevistas por mim realizadas para este projeto, pedi para que os interlocutores –Fouad e Mazza– falassem sobre suas trajetórias de vida. Na falta de um *hanging out* mais prolongado, isto me permitiria maior familiaridade com o que João de Pina Cabral e Antônia Pedroso de Lima chamam de “os contextos intersubjetivos em que os entrevistados pensam” (Pina Cabral; Lima, 2005, p. 358). Eu imaginava inicialmente que o foco das conversas estaria centrado em torno das versões sobre o evento. Entretanto, aprendi através do contato com estes interlocutores que coisas como evento e vida se encontram misturadas nos discursos.

No caso da entrevista com Zogueib, contamos com informações –ainda que na forma de fragmentos– a respeito de sua biografia, já que, como um produto editorial, a “Série entrevistas” tem como objetivo agrupar “pequenas e grandes histórias” de personalidades do estado do Paraná. A ideia, segundo seu organizador, era explorar, através de retratos, a “intimidade, o ofício e a vida pública dos convidados” (Fernandes, 2011).<sup>4</sup> O evento de 1959 aparece na entrevista impressa como uma história entre outras que são contadas por Zogueib. Ainda que seja essencial, a principal delas continua sendo a sua história de vida.

Conforme mencionei anteriormente, juntamente com a entrevista foi produzido um vídeo no qual Zogueib apresenta os lugares pelos quais alguns episódios da “Guerra do Pente” se desenrolaram.<sup>5</sup> Nesse caso, o foco

<sup>4</sup> Conforme ressalta o jornalista José Carlos Fernandes no prefácio da obra, as entrevistas sempre foram realizadas no “território do entrevistado”, acompanhadas de um ensaio fotográfico e contaram com a participação de mais de um jornalista. A utilização de ao menos dois entrevistadores por conversa visava, segundo Fernandes, “aumentar a voltagem as perguntas” (Fernandes, 2011). As entrevistas aparecem no produto final, todavia, sem que sejam discriminadas as vozes dos diferentes entrevistadores envolvidos.

<sup>5</sup> Apesar de não ser mencionado no prefácio da obra –um livro digital que pode ser baixado no site do periódico–, o recurso do audiovisual parece fazer parte da proposta editorial da “Série entrevistas”. No site, cada entrevista é acompanhada por um link que dá acesso a um vídeo. No caso de Zogueib, o vídeo foi realizado na região da Praça Tiradentes, onde a “Guerra do Pente” começou. Disponível em: <http://www.gazetadopovo.com.br/entrevistas/conteudo.phtml?id=1155306&tit=O-Tratado-de->

principal é claramente o evento. A câmera precisa seguir as indicações do entrevistado na medida em que ele aponta na direção dos locais e dos “fatos” que busca reconstruir. É possível observar que há, portanto, no caso do vídeo, um espaço maior para o entrevistado no que tange ao controle não só do conteúdo, mas também da forma. Isto evidentemente não ocorre no caso do material impresso, que apesar de partir de suas histórias, precisa seguir em maior medida, um formato já previamente estabelecido e passar por um processo de edição mais extenso. Lembro que cada conversa faz parte de um conjunto ou coleção de entrevistas com várias outras personalidades.

Além das diferenças de forma, também o conteúdo das conversas é bastante variado. Durante o processo de produção deste texto pensei muito sobre como aproximar estas narrativas permeadas por trajetórias e histórias de vida diferentes, a fim de que elas representassem algo mais do que meros relatos autocentrados e, portanto, segregados uns dos outros, como advertem Pina Cabral e Lima (2005: 359). Evidentemente que, na perspectiva adotada pela pesquisa, o evento representa uma espécie de matriz ou centro a partir do qual essas trajetórias entram em contato. Inspirado por Latour (2012), cheguei à conclusão de que ele poderia ser ilustrado mais adequadamente através do formato de uma estrela. Podemos, a partir dessa imagem dos episódios como um centro que se irradia para vários lados, seguir os atores através das definições, relações e contextos que eles mobilizam nas suas coleções.

O texto que se segue está organizado da seguinte forma: num primeiro momento, as diferentes versões serão justapostas em torno de alguns tópicos que foram definidos, a partir de sua recorrência, como centrais para as narrativas dos três sujeitos; posteriormente, tornar-se à possível pensar estes discursos relacionados às experiências específicas dos atores que os enunciaram.

### **Justapondo versões**

Alguns fatos que precedem o evento de violência coletiva iniciado no dia 08 de dezembro aparecem nas três diferentes maneiras de forma semelhante: uma briga se inicia entre um comerciante árabe e um cliente em torno de uma nota fiscal referente à compra de um pente. As variações que surgem e se desenvolvem a partir desta espécie de núcleo padrão são

compostas por diferentes maneiras de definir participantes, atitudes, motivações, interesses, etc.

Justapostos os dados em torno de dois pontos que dizem respeito, sobretudo: às diferentes definições a respeito do início da briga; e, às formas como são representados os atores – a(s) coletividade(s) – que ampliaram o conflito. Como veremos, estes dois pontos são atravessados por tentativas de explicação mobilizadas em cada uma das falas que buscam dar conta dos acontecimentos.

### *Definindo o conflito inicial*

A versão de Fouad nos traz alguns elementos e detalhes a respeito do início do conflito que teria dado início à “Guerra do Pente”:

Borges: Quando acontece isso que começa no Bazar Centenário, não é? Essa... uma briga, pelo que noticiaram. Existia outra possibilidade de ver o que aconteceu?

Fouad: Começou pequena e se tornou muito grande, muito além do que é uma briga assim pequena. Ela se tornou um caso internacional, praticamente, na época. Começou no Bazar Centenário. Você já deve estar sabendo. Começou com o “seu talão vale um milhão” que o governador ele aplicou essa lei, quem pedisse uma nota fiscal na época... Por causa... a lei... acima de vinte cruzeiros

Borges: Tinha a possibilidade de trocar...

Fouad: Pelo talão vale um milhão.

Borges: Pra concorrer...

Fouad: É, agora o problema maior não foi por causa do talão. Foi quando o cidadão, militar da época, não me lembro o nome dele. Ele foi no Bazar Centenário e era uma loja bem grande, bem movimentada, né? Pediu pro seu [Ahmed] Najar [o dono do estabelecimento] que emitisse uma nota fiscal pra ele e aí chamou uma funcionária, falou: “você emite uma nota fiscal pro cliente”. Começou aí quando ele, esse militar chamou o Najar de burro: “Não sabe escrever, vai emitir uma nota fiscal”.

Borges: Por que ele [Najar] havia pedido pra funcionária fazer..

Fouad: Chamou ele de burro, ignorante e de analfabeto. Mais ou menos assim. E ele [Najar] falou “isso aqui não é da sua conta. Você tá a fim de levar a tua nota fiscal, né?” Embora ele [o militar] não pudesse pedir, porque era abaixo de vinte cruzeiros, o pente que ele comprou.

Borges: Não tinha valor...

Fouad: Não tinha valor. A lei mandava que comprasse, pedisse nota acima de vinte cruzeiros. *Mesmo assim o seu Najar atendeu ele...* (grifos nossos)

Na interpretação de Fouad, tudo teria se iniciado, portanto, a partir das atitudes injustificadas do cliente, que teria chamado o comerciante de burro, ignorante e analfabeto. A atitude do comerciante, por sua vez, é retratada como uma tentativa de não se deixar atingir pelos ataques verbais de seu interlocutor. Apesar de o pente não justificar, devido ao seu baixo valor, a emissão da nota fiscal, Najar não teria se recusado a dá-la ao consumidor. Isto fica claro nas palavras de Fouad: “mesmo assim o seu Najar atendeu ele”. De todo modo, apesar da concordância do comerciante de que a nota fosse emitida, a atitude do cliente não mudaria:

Fouad: [...] depois de pedir pra moça. Essa fulana, não me lembro o nome dela. É... depois me lembro o nome dela. Acho que Ivani, é. Pedir a nota fiscal, aí ele [o militar] começou a resmungar. Não sei o que falou porque eu não tava lá, mas deve ter falado: “ignorantes, não sabem lidar, não sabem atender”. Uma coisa assim, deve ter falado o militar. *Aí o seu Najar era um homem forte, tem presença, pegou ele e jogou ele fora da loja, empurrou ele, carregou, empurrou ele. Aí acabou com esse empurrão [por] quebrar uma perna, ou machucar ou dar uma... fratura, uma contusão e começou a gritaria...* (grifo nosso)

No vídeo mencionado anteriormente no qual ele apresenta ao repórter na Praça Tiradentes os locais atingidos pelos participantes da “Guerra do Pente”, Zugueib aponta a possibilidade de uma outra versão para o início do conflito:

Zugueib: [...] veio esse cidadão, subtenente da política reformado, chegou aqui na porta e pediu um pente pra comprar... Uma soma irrisória de dois cruzeiros, alguma coisa assim e pediu a nota fiscal. *Segundo, e eu já falo, algumas versões, o “turco” Najar falou: “eu não tenho. Não vou dar isso aí”.* Segundo outras, e ele próprio, no depoimento que ele fez no filme do “Palito” [sobre] a “Guerra do Pente”. *Na visão dele, ele fala que não, que ele falou que não sabia escrever e pediria para a funcionária escrever a nota fiscal para esse pente [...]* Esse freguês, esse cliente xingou ele, palavras de baixo calão: “Oh, turco filho-da-mãe” ou qualquer coisa assim. O árabe nessa hora falou: “Escuta, uma palavra muito pesada, que jamais um muçulmano vai falar isso”. Perdeu a cabeça e se atracou em luta corporal. Brigou com ele e veio também do



lado [...] alguns outros árabes, ajudar ou discutir, aí o jornal não fala disso [...] *Na briga o subtenente caiu e quebrou uma costela ou um braço...* (grifos nossos)

Zugueib, portanto, apresenta outra atitude que possivelmente o comerciante teria tido frente ao pedido do cliente. Como ele realizou uma pesquisa sobre o tema, o professor cita os jornais da época e um filme realizado sobre o tema na sua tentativa de reconstruir os “fatos”. É possível observar que os interlocutores tiveram contato ao longo do tempo com as diversas reflexões a respeito dos acontecimentos, seja através dessas reportagens de periódicos, seja através desse filme que foi lançado na década de 1980 e que traz uma entrevista com o comerciante Ahmed Najar (Lopes, 1986).

Segundo a versão de Mazza:

Mazza: Houve aquela discussão em torno do “seu talão vale um milhão”... Ele comprou o pente, houve uma discussão e o cara aposentado da polícia [o cliente], levou a pior. *O turco quebrou o braço dele* e aí virou um negócio, porque era um lugar de fácil erupção, com ponto de ônibus, ali no centro da cidade. (grifo nosso)

Em suma, é possível observar nestas versões, diferenças sutis, mais relevantes, quanto à forma de definir de que maneira a briga ocorreu. Enquanto as duas primeiras enfatizam a queda do cliente e a possibilidade de uma parte de seu corpo – perna, braço ou costela – ter sido quebrado em virtude disso, na terceira o entrevistado afirma que o comerciante “venceu” a luta, pois quebrou o braço do cliente. Uma sutil mudança de uma frase sem sujeito – “acabou com esse empurrão [por] quebrar uma perna” – e de um discurso como o de Fouad, que busca as palavras mais apropriadas para definir a situação – “... pegou ele e jogou ele fora da loja, empurrou ele, carregou, empurrou ele...- para a voz ativa presente na fala do jornalista – “o turco quebrou o braço dele” – são representativas de diferentes “lugares” a partir dos quais falam ou podem falar os interlocutores. Mais adiante voltarei a esse ponto. Antes, contudo, devemos tratar a respeito das formas como os interlocutores se referem às pessoas que se teriam se envolvido a partir do desentendimento inicial entre comerciante e cliente.

### *As formas e as motivações da “massa”*

Como aparecem nas narrativas, os participantes que com sua participação permitiram ampliar o conflito? Fouad continuou falando a respeito da forma como a questão se ampliou a partir da adesão de outras pessoas. Vejamos de que maneira estes sujeitos são por ele definidos:

Fouad: Bem na hora que eles estavam fechando as lojas *veio essa classe, eu diria, mais pauperizada, né? Os engraxates, os jornaleiros e os que tinham interesse pelo caso e começaram a quebrar.* [Teriam dito algo como:] “você ofendeu um brasileiro, você quebrou um brasileiro e você não tem esse direito” e começaram a jogar pedras e pedras e jogar até esvaziaram a loja do seu Najar. É, chegou a polícia, chegou mais reforço, não pararam e estendeu. Começaram a quebrar outras lojas. Até nossa loja que era na Rua do Rosário [rua que desemboca da Praça Tiradentes], ela foi atingida. Mas não foi atingida por saque. Nós abaixamos as portas, eles conseguiram empurrar até empenar as portas [...] Aí eles arrancaram uma, um poste, não é um poste, uma coluna de madeira de trânsito da época e começaram a empurrar a porta com ela, até ela abrir. Nesse momento nós subimos na parte superior da loja, abrimos uma janela. Eram bastante, bastante gente fazendo estrago. *Um grupo bem..., tudo que é assim... o “resto” de Curitiba estava lá. [...]* Aí nós, eu não fiz isso. Meu tio era mais velho do que eu. A única maneira de nos afastarmos, para não invadir a loja: colocar álcool e incendiar a garrafa e jogar fora. E foi isso que [ele] fez [...] Afastou o pessoal, mas eles foram pra outros lugares. Foram pra a [Rua] Barão do Rio Branco, pra Rua Quinze, a Praça Tiradentes. O que eles puderam fazer, eles fizeram. Aí era, me parece que era uma quarta-feira que chegou notícia a Brasília, não ao Rio de Janeiro na época. É, e te telefone era difícil e entraram em contato com o embaixador da Síria. Era a República Árabe Unida: união Egito com a Síria. E eles falaram para ele o que estava acontecendo. Aí ele interferiu com um telefone para o governador Moysés Lupion até entrar uma tropa do exército. A Praça Tiradentes virou uma praça de guerra. (grifos nossos)

A ênfase de Fouad, no seu relato, está no fato de que se os participantes faziam parte de uma classe mais pobre e desprovida de educação. Com a frase “os que tinham interesse pelo caso”, ele parece querer se referir às pessoas que teriam percebido a ação do “turco” na briga como uma ofensa dirigida não só a um indivíduo, mas a um “brasileiro” – algo que ele

menciona na frase seguinte. Mais adiante, de qualquer modo, ele caracteriza os participantes como o “resto” de Curitiba.

Mazza, por sua vez, enfatizou na nossa entrevista, sobretudo, o fato de os eventos terem ocorrido num local de fácil erupção, sobretudo porque na frente da loja existiam pontos de ônibus. Ele chamou a atenção para a participação do rádio nos acontecimentos e para a formação de diferentes focos de conflito e violência que contavam com a participação de diferentes grupos de pessoas com diferentes finalidades –políticas ou por simples “bagunça”– que se formavam a partir da difusão da mídia.

No vídeo produzido para a “Série entrevistas”, Zугueib também menciona a participação do rádio para o crescimento do que ele chama de “protesto”, entre outros termos. Ele destaca ainda a existência de um bar de “malandros” –nas suas palavras– próximo ao estabelecimento comercial, o que teria possibilitado a ampliação do conflito.

Zугueib se refere aos participantes da multidão como uma espécie de “lumpemproletariado”, impulsionado por motivações proto políticas ou uma espécie de primitivismo sem ideologia clara. Essa parte da leitura do professor está ancorada numa historiografia de inclinação ou inspiração marxista –principalmente no texto “La turba urbana” presente no livro “Rebeldes primitivos” do historiador Eric Hobsbawm (1983). Esta obra, aliás, é citada por Zугueib durante a entrevista. A utilização de Hobsbawm do termo “pré-político” para tratar de movimentos cujos participantes não chegavam a elaborar um programa ou organização, recebeu críticas, pois tende a subjugar a temática do comportamento coletivo ao estudo dos movimentos sociais organizados (Pamplona, 1996). Interessante, todavia, é que esta referência aparece no artigo e na fala do professor em conjunção com uma leitura da “massa” inspirada pelas obras clássicas da psicologia das massas como aquelas escritas por Gustave Le Bon e Gabriel Tarde.

Podemos observar que na tentativa de se referir a alguma coisa, os atores também acabam por tentar explicar de alguma maneira os acontecimentos. Para isto fazem referência a uma série de motivações, impulsos, manifestações de uma espécie de “espírito do povo”, mencionam um contexto político e econômico, entre outras coisas. Neste momento, meu objetivo é retomar algumas destas explicações, colocando-as em diálogo.<sup>6</sup>

<sup>6</sup> É claro que as próprias descrições que analisamos até agora são também, em certa medida, explicativas.

Mazza no início da nossa conversa chamou a atenção para o contexto da época marcado por protestos populares e uma tradição de arregimentação que ele liga à população da Curitiba de então.<sup>7</sup> Ele enfatizou o fato de que há algo como um “espírito da cidade” que é revelado num episódio como esse e que confronta o arquétipo, de acordo com ele, que define a população de Curitiba como passiva e pacata.

Na sua visão, entretanto, “a ‘Guerra do Pente’ foge a qualquer explicação... [tinha] uma dimensão estranha, virou um *negócio racial*...” (grifo nosso) A referência ao elemento racial também está presente nas interpretações de Zugueib e de Fouad. O primeiro é categórico ao responder à indagação feita pelo repórter:

Repórter: Foi mesmo uma manifestação de rejeição aos árabes na cidade?

Zugueib: Claro... Saibam vocês que saiu no jornal do Líbano algo como “quebra-quebra contra os libaneses em Curitiba.” O Geymael [ele parece se referir aqui ao líder árabe da época, Gamal Abdel Nasser] chegou a se manifestar, dizendo: “Libaneses, protejam meus irmãos que estão em Curitiba.” *Os manifestantes gritavam um refrão: “O Brasil é dos brasileiros, não é de estrangeiros.” Havia o preconceito contra o árabe, tachado de fechado, de dinheirista.* (grifo nosso)

Zugueib cita então um caso que foi citado na cobertura dos jornais da época como forma de comprovação de que se tratava de uma manifestação de caráter xenofóbico:

Zugueib: ... *Era xenofobia. Tanto é que no segundo dia da guerra, quando os manifestantes desceram a Praça Tiradentes, assustando os árabes da Casa Três Irmãos, na Dr. Muricy. Um deles deu um tiro para o chão. Foram dando murro no sujeito até a Praça Tiradentes. Ele foi parar no hospital, em estado grave.* (grifo nosso)

Fouad, por sua vez, que se encontrava escondido no segundo andar da loja de seu tio naquele dia de 08 de dezembro, se refere a esta questão ét-

<sup>7</sup> Algumas obras de cunho memorialista cujo conteúdo eu descrevi de forma mais detida na dissertação fazem associações entre diferentes revoltas ocorridas no estado do Paraná, sobretudo, no século XX. A “Guerra do Pente” aparece, nestes casos, no “contexto” das chamadas “revoltas populares”, o que implica numa espécie de legitimação das atitudes dos envolvidos nos ataques e, concomitantemente, numa perda de potência ou relevância dos marcadores étnicos. Um exemplo é o livro intitulado *Sonhos, utopias e armas: as lutas e revoltas que ajudaram a construir o Paraná* (Manfredini; Arantes; Sbravati, 2010).

nica relacionando-a novamente às atitudes de uma “classe” específica de pessoas:

Borges: E o que essas pessoas falavam quando estavam atacando?  
Fouad: Eles gritavam um slogan: “Ataca, queima, turco ladrão” [...] *Usavam umas expressões feias, chatas, assim inaceitáveis. É tinha... Mas como te falei, eram todos assim uma classe, é, uma classe assim, mal informada.* (grifo nosso)

Ele então conclui seu relato com uma tentativa de explicação dessas “manifestações”. Fouad liga os ataques à ideia de uma política de tom nacionalista – representada pela figura do ex-presidente Getúlio Vargas.

Fouad: Naquele momento, *eles manifestaram um chauvinismo dentro deles. Dentro deles: “nós somos os superiores”. Talvez herdado de Getúlio Vargas (risos)...* (grifo nosso)

Aqui o contexto é mobilizado de uma maneira diferente daquela utilizada por Mazza, que enfatizava a questão da mobilização política das pessoas, e a inflação da época. Em determinado momento da nossa conversa, perguntei a Fouad se outros elementos, citados por Mazza, como a inflação gerava conflitos na relação com os clientes. A sua resposta foi negativa. É interessante perceber, portanto, como os diferentes interlocutores reconstroem o “contexto” da época de formas distintas.<sup>8</sup>

Depois de mobilizar imagens como a do caso do árabe da loja “Casa dos Três Irmãos” que havia sido atacada pela multidão no segundo dia dos ataques (09 de dezembro), Zuguieib conclui sua reflexão com uma explicação:

Zuguieib: [...] depois virou bagunça. *A massa não tem forma, vai pelo impulso.* (grifo nosso)

Retornamos por meio desta frase final do professor à ideia que dá nome ao subtítulo dessa seção e que se refere à forma da “massa”. Como podemos observar, este termo – “massa” – é utilizado por ele na sua tentativa de dar conta do fenômeno coletivo. Talvez seja interessante pensar – subvertendo a conclusão do professor informada pelos estudos clássicos da psicologia das multidões – que a “massa” (a(s) coletividade(s)) tem muitas formas. Tantas formas quanto as metáforas (“resto”, “massa”,<sup>9</sup> etc.) ou os

<sup>8</sup> Ver Borges (2014) para uma análise detalhada desse processo de colocar as coisas em diferentes “contextos” que acompanha a produção das versões sobre o caso de 1959.

<sup>9</sup> Podemos incluir aqui também o termo sociológico de Marx “lumpemproletariado”. A palavra alemã *Lumpen* quer dizer farrapo, trapo.

personagens (malandros, engraxates, etc.) permitirem expressar. É interessante comparar, por exemplo, estas imagens com as que aparecem em outros materiais como os jornais da época dos incidentes. Enquanto alguns deles faziam menções a designações negativas como “hordas de bárbaros” e “populacho”, outros mobilizavam imagens ou termos mais positivos como “povo”. Estas formas de representar a coletividade “no calor dos acontecimentos” estavam relacionadas à inclinação pró ou contra governo destes periódicos, conforme a dissertação que produzi procurou demonstrar (Borges, 2014).

Seguindo nesta perspectiva e olhando retrospectivamente para os vários relatos analisados acima, somos capazes de perceber como cada descrição é um ato criador que concebe, através de analogias e definições, o objeto que supostamente deveria apenas descrever. As próprias dicotomias descrição/explicação e fato/representação<sup>10</sup> não se sustentam quando olhamos para as narrativas.

### **As variações sobre um tema e os espaços dos possíveis**

Num artigo no qual reflete a respeito do material com o qual trabalham os pesquisadores da história oral, Portelli afirma que a história e as memórias “não nos oferecem um esquema de experiências comuns, mas sim um campo de possibilidades compartilhadas, reais ou imaginárias.” Ele conclui que a dificuldade para organizar estas possibilidades “em esquemas compreensíveis e rigorosos indica que, a todo momento, na mente das pessoas se apresentam diferentes destinos possíveis” (Portelli, 1996). O real visto, portanto, a partir de experiências específicas aparece, de acordo com Portelli, como um mosaico cujas peças cabe ao pesquisador ordenar. Eu complementaria afirmando que este exercício de ordenar cenas, episódios, situações, não está restrito ao pesquisador, mas também é empreendido pelos próprios envolvidos nos incidentes.

Podemos traçar paralelos entre as diferentes leituras da “Guerra do Pente” que retomei neste texto, as conclusões de Portelli citadas acima e o que Bronislaw Malinowski observou em campo na sua primeira obra sobre as concepções dos trobriandeses sobre os espíritos dos mortos, os *Baloma*. Como este percebeu durante o trabalho de campo não havia algo

<sup>10</sup> Conforme aponta Portelli, “representações e ‘fatos’ não existem em esferas isoladas. As representações se utilizam dos fatos e alegam que são fatos; os fatos são reconhecidos e organizados de acordo com as representações” (Portelli, 1998: 111).

como uma “opinião nativa” ou um acordo sobre a natureza dos espíritos: “cada um tem as suas próprias ideias e as suas próprias crenças” (Malinowski, 1984: 258). Sem reduzir prematuramente a diversidade das interpretações, Malinowski propõe no final da obra um quadro classificatório das opiniões que não implica na criação de uma “opinião média” acerca do tema. Elas se dividiam entre o que ele chamou de “ideias sociais” –referentes às crenças incorporadas nos rituais e costumes–, opiniões ortodoxas e opiniões populares (Magnani, 1986: 137).

Talvez não possamos adotar aqui a mesma estratégia, ou seja, conceber um quadro que discrimina coisas como ideias “sociais” e opiniões “populares”.<sup>11</sup> No entanto, continua válida a proposta de que é possível distinguir as opiniões ou as versões a partir de suas qualidades diferenciais. Por exemplo, a noção de que existem algumas opiniões que são mais difundidas do que outras (e que são sustentadas por determinados agentes), ou a percepção de que algumas passagens são definidas como “fatos” e outras que são pensadas como “especulações”, são apenas alguns exemplos disto.

Temos, neste artigo, três leituras construídas a partir de referências distintas e que agregam elementos de formas variadas. É preciso que um relato antropológico seja capaz de incorporar essa heterogeneidade, ao invés de interrompê-la ou substituí-la por uma “explicação social”, como diria Latour (2012: 26), concebida pelo antropólogo e, portanto, detentora de um valor maior. Devemos levar em conta o fato de que ninguém tem a prerrogativa de agregar, ou mesmo, de dizer coisas de qualquer maneira. Há, no caso de cada um dos interlocutores com os quais eu conversei, um campo de possibilidades expressivas que pode ser mapeado a partir de fragmentos presentes nas próprias falas. É possível conceber os detalhes das “imagens” que compõem estes fragmentos como indícios capazes de apontar para outros processos aos quais estão conectados.

Segundo Pierre Bourdieu, não podemos compreender uma trajetória

sem que tenhamos previamente construído os estados sucessivos do campo no qual ela se desenrolou e, logo, o conjunto das relações objetivas que uniram o agente considerado –pelo menos em certo número de estados pertinentes– ao conjunto dos outros agentes envolvidos no mesmo campo e confrontados com o mesmo espaço dos possíveis (Bourdieu, 1998: 190).

<sup>11</sup> Tanto a ideia de “social” quanto de “popular” são altamente problemáticas. Seguindo Latour, poderíamos dizer que elas não são a explicação de coisa alguma, mas antes o que precisa ser explicado (Latour, 2012).

Para Fouad, as pessoas que participaram dos ataques durante a “Guerra do Pente” representavam o “resto” de Curitiba. Seria possível entender melhor o significado de tal afirmação se nos reportássemos à relação entre a trajetória do imigrante e o espaço social no qual ela se realiza. Entretanto, ao invés de partir tão rapidamente para uma explicação que possa interromper a descrição,<sup>12</sup> podemos abrir espaço para a maneira como Fouad se refere a respeito da busca dos libaneses de se desvencilharem da imagem e do epíteto de “turco” que receberam no Brasil:

Fouad: ... A longo prazo, graças ao esforço dos libaneses, se destacaram, eles mostraram que não são turcos, não são ignorantes... Foram tirando essa... não comem, não são canibalistas, por exemplo. [Aqui ele se refere à imagem que ele mesmo constrói, a partir das histórias contadas pelos seus avós, dos turcos na sua dominação violenta do mundo árabe]. É, mostraram que os filhos deles são advogados, são médicos, são políticos. Começaram a criar uma área cultural muito grande que foi destacado no Brasil. Está aí, por exemplo, o hospital sírio-libanês... escolas. Mostraram que não são um povo ignorante. Mostraram que são um povo que tem bagagem, tem História.

Existem vários outros aspectos presentes no relato de Fouad que foram aprofundados em outras partes da etnografia que produzi sobre o tema (Borges, 2014). Este interlocutor se referiu, por exemplo, ao aprendizado pelo qual ele teve que passar para que se tornasse capaz de reconhecer quem o chamava de “turco” para atacá-lo e quem o fazia por ignorância. Neste caso, temos nosso interlocutor procurando compreender a subjetividade daqueles com quem entrava em contato. Fouad mencionou ainda os “brasileiros” que não concordavam com os ataques contra os árabes. Estes se aparecem na sua fala como o oposto do “resto” da cidade:

Fouad: Tanto é que veio gente brasileira ofereceu acolher a gente na casa deles. Gente amiga, gente culta, gente... Professores, amigos brasileiros. Eles nos convidaram pras casas deles. Para não sentirmos discriminados [...] Então eles deram uma lição de solidariedade. Porque não merecíamos. Éramos imigrantes e não viemos invadir a área de ninguém. As pessoas, a classe mais esclarecida sabia que não viemos pra roubar. Viemos pra trabalhar.

<sup>12</sup> Conforme aponta Latour, se uma “descrição precisa de uma explicação, não é uma boa descrição” (Latour, 2012: 213).



Conforme mencionei anteriormente, o fato dos meus encontros com Fouad terem ocorrido na mesquita da cidade de Curitiba é algo significativo. A definição do local da conversa indica que este sujeito, de alguma forma, conta com a possibilidade de se apresentar como uma espécie de “porta voz autorizado” da comunidade muçulmana. Isto não está, evidentemente, ao alcance de todos.<sup>13</sup>

A citação de um provérbio chinês – presente em um discurso de Mao Tsé Tung – feita por Mazza para explicar analogicamente a “Guerra do Pente” me chamou a atenção quando eu escutava a gravação da entrevista. Segundo ele, o fenômeno teria se expandido como o fogo se desenvolve por uma pradaria a partir de uma pequena “faísca”. A utilização desta metáfora me levou a pensar a respeito da ênfase dada, por este interlocutor durante a nossa conversa, à sua própria trajetória de participação e contestação política (no relato, ele se orgulha de ter participado dos acontecimentos de dezembro de 1959, assim como de várias outras manifestações populares ao longo da vida). Mais do que falar dos “fatos”, ela nos informa, portanto, a respeito de um ponto de vista ou de um modo pelos quais eles podem ser concebidos.

Quando acompanhamos Zugueib através da sua descrição de como o conflito teria se desenrolado, deixamos que as metáforas por ele utilizadas nos colocassem em contato com os livros que ele leu, as explicações com as quais ele se deparou. Lembro ainda que há, no relato de Zugueib, uma ênfase em aspectos biográficos – isto, aliás, está na base da própria proposta editorial da “Série entrevistas”, conforme citei anteriormente. Ao longo da entrevista ele constrói sua história de vida a partir de lembranças, entre outras coisas: da infância e dos estereótipos que lhe eram dirigidos por conta de sua origem árabe, na convivência com os ucranianos num bairro de Curitiba; do dia em que aos 11 anos de idade ele ficou sabendo através de um tio que haviam atacado a loja de um “turco” na região da Praça Tiradentes; de sua fascinação ainda na infância por figuras marginais como Lampião e Robin Hood, segundo Zugueib, “na linha dos ‘rebeldes primitivos’ dos quais fala o historiador Eric Hobsbawm”; de sua posterior escolha pela psicologia; de seu interesse pelo tema das “massas” e, nas suas palavras, pelos “loucos daqui e de lá” (Felix; Fernandes, 2011: 35).

<sup>13</sup> Durante o trabalho de campo, Fouad e eu, aliás, fomos convidados a participar de um programa de televisão voltado para a comunidade muçulmana de Curitiba, cujo assunto era justamente o caso da “Guerra do pente”. Este episódio reforça a afirmação que fiz há pouco acerca da posição ocupada pelo meu interlocutor.

Como ressalta Pierre Bourdieu, o ato de pensar a vida como um caminho exige a adoção de uma filosofia da história por seu narrador/ideólogo, algo que ele define como uma ilusão retórica (Bourdieu, 1998: 185). Bourdieu denomina de *habitus* a estrutura social interiorizada ou incorporada pelo sujeito que se atualiza por meio de disposições para a ação, o sentimento e o pensamento e que define um espaço dos possíveis (Bourdieu, 1983). Em seu texto sobre a ilusão biográfica, Bourdieu chama a atenção justamente para a forma como este *habitus* está relacionado à construção de uma história de vida (Bourdieu, 1998).

As conclusões de que existem espaços dos possíveis e de que uma história de vida é concebida retrospectivamente por seu narrador/ideólogo como um caminho – definido por uma espécie de filosofia da história – me parecem essenciais para a presente reflexão. Há um ponto, contudo, a partir do qual nos afastamos do tipo de perspectiva adotada por Bourdieu. Em termos gerais, na concepção do sociólogo francês: “a vida social tem de ser explicada não pelas concepções dos seus participantes, mas por causas estruturais que escapam à sua consciência, explicando e necessitando os fenômenos observados”<sup>14</sup> (Vandenberghe, 2010: 55). O próprio termo “ilusão”, utilizado por ele para se referir à história de vida, pode ser lido como algo relacionado a este substrato que escapa à consciência dos atores<sup>15</sup>.

Apesar de possível, certamente não é necessário partir de tal pressuposto. Ao invés disso, inspirados pela reflexão de Eduardo Viveiros de Castro (2002: 115), devemos tentar produzir um relato antropológico que seja capaz de recusar a vantagem epistemológica do antropólogo sobre os “nativos” e que nos permita pensar as ideias destes nossos interlocutores como teorias. Este posicionamento é particularmente relevante no caso da história oral. Conforme ressalta Portelli, ninguém que se propõe a participar de uma entrevista, aceita reduzir a sua própria trajetória a um punhado de fatos

<sup>14</sup> Isto pode ser relacionado, de acordo com o filósofo Frédéric Vandenberghe, à ruptura epistemológica entre doxa e episteme concebida pelo mentor de Bourdieu, Gaston Bachelard (Vandenberghe, 2010: 56). Aliás, Bourdieu já inicia “A ilusão biográfica”, se referindo à descontinuidade entre senso comum e ciência, quando ele afirma que a história de vida “é uma dessas noções do senso comum que entraram em contrabando no universo científico” (Bourdieu, 1998: 183).

<sup>15</sup> Segundo Vandenberghe, também é possível retrair este pressuposto até o “princípio da não consciência durkheimiano” (Bourdieu, Chamborderon, Passeron apud Vandenberghe, 2010: 55).

à disposição da filosofia dos outros (nem seria capaz de fazê-lo, mesmo se o quisesse). Pois, não só a filosofia vai implícita nos fatos, mas a motivação para narrar consiste precisamente em expressar o significado da experiência através dos fatos: recordar e contar já é *interpretar*. (Portelli, 1996: 60)

## **Considerações finais**

A possibilidade de seguir os atores e suas versões/interpretações se apresenta como uma alternativa diferente daquela que, segundo Latour (2012), mobiliza elementos que os atores são incapazes de ver e que ao mesmo tempo, é capaz de explicar tudo o que eles fazem.<sup>16</sup> No final das contas, trata-se de uma opção metodológica que parece se adequar melhor ao objeto do qual precisamos tratar – esta controvérsia que se desenvolve ou que é “puxada” para todos os lados por aqueles com os quais nós entramos em contato.

O presente artigo procurou desenvolver uma reflexão a respeito de uma coleção parcial e restrita de dados e de uma perspectiva analítica que seja capaz de abordá-la mais adequadamente. A proposta de conceber o evento como uma controvérsia de “longa duração” se mostrou como uma estratégia possível frente a um material que continua se desenvolvendo e se proliferando em diferentes versões, reconstruções, memórias, etc. Trabalhamos aqui apenas com uma parte diminuta deste movimento, formada por versões concebidas a partir de entrevistas com participantes, observadores ou pessoas que viveram aquela época. Nesse caso, a ideia era por um lado, justapor as versões a partir de alguns pontos recorrentes em torno do tema do evento e, por outro, refletir sobre a relação destas estabilizações do ocorrido com as experiências dos sujeitos que as conceberam ou as colecionaram. Evidentemente que a ampliação desta coleção formada pelas entrevistas e a subsequente possibilidade de fazê-la dialogar com as outras coleções mencionadas previamente nos colocarão em contato com outras regularidades e padrões, mas também outras variações.

## **Referências bibliográficas**

Borges, João Bosco Oliveira. 2014. *Quando Curitiba perdeu a cabeça: uma etnografia da controvérsia em torno da “Guerra do Pente”*. Dissertação de

<sup>16</sup> Latour propõe, através de sua teoria do Ator-rede, um outro mapeamento do social que não passa pela utilização de ideias como “estrutura” ou “sistema”.

- mestrado. Programa de Pós-Graduação em Antropologia Social da Universidade Federal do Paraná, Curitiba. Disponível em: <http://dspace.c3sl.ufpr.br:8080/dspace/handle/1884/36804>. Acessado: 17/12/2014.
- Bourdieu, Pierre. 1983. “Esboço de uma teoria da prática” in Ortiz, Renato. *Pierre Bourdieu: sociologia*. São Paulo: Ática.
1998. “A ilusão biográfica” in Ferreira, Marieta de Moraes; Amado, Janaína, *Usos e abusos da história oral*. 2ª edição. Rio de Janeiro: Ed. FGV, pp. 183-191.
- Félix, Rosana; Fernandes, José Carlos. 2011. “O tratado de Zugueib” in Fernandes, José Carlos (org.). *Pequenas e grandes histórias de quem tem o que dizer*. Curitiba: Gazeta do Povo. Disponível em: <http://www.gazetadopovo.com.br/entrevistas/flip>. Acessado: 13/12/2012.
- Hobsbawn, Eric. 1983. “La turba urbana” in: *Rebeldes primitivos. Estudio sobre las formas arcaicas de los movimientos sociales en los siglos XIX e XX*. Barcelona: Ariel, pp. 165-190.
- Latour, Bruno. 2012. *Reagregando o social. Uma introdução à teoria do ator-rede*. Salvador: Edufba, Bauru: EDUSC.
- Lopes, Nivaldo. 1986. *A Guerra do Pente: o dia em que Curitiba explodiu*. Acervo da Cinemateca de Curitiba.
- Magnani, José Guilherme. 1986. “Discurso e representação, ou de como os baloma de kiriwina podem reencarnar-se nas atuais pesquisas.” in Cardoso, Ruth (org.). *A Aventura antropológica. Teoria e pesquisa*. 4ª edição. Rio de Janeiro: Paz e Terra, pp. 127-140.
- Malinowski, Bronislaw. 1984. “Baloma: os espíritos dos mortos nas ilhas Trobriand.” in: *Magia, ciência e religião*. Lisboa: Edições 70, pp. 155-272.
- Manfredini, Luiz; Arantes, Aimoré Índio do Brasil; Sbravati, Myriam. 2010. *Sonhos, utopias e armas: as lutas que ajudaram a construir o Paraná*. Cadernos Paraná da Gente, nº 8. Curitiba: Secretaria de Estado da Cultura.
- Pamplona, Marco. 1996. “A historiografia do protesto popular: uma contribuição para o estudo das revoltas urbanas.” in *Revista de Estudos Históricos*. Rio de Janeiro, nº 17.
- Pina Cabral, João de; Lima, Antónia P. de. 2005. “Como fazer uma história de família: um exercício de contextualização social.” in *Etnográfica*. Lisboa, v. IX, nº 2, pp. 355-389.
- Portelli, Alessandro. 2010. “Como se fosse uma estória: versões do Vietnã.” in *Ensaios de história oral*. São Paulo: Letra e Voz, pp. 185-208.
1996. “A filosofia e os fatos. Narração, interpretação e significado nas memórias e nas fontes orais.” in *Tempo*, Rio de Janeiro, vol. 1, nº 2, pp. 59-72.

1998. “O massacre de Civitella Vai di Chiana (Toscana, 29 de junho de 1944)” in Ferreira, Marieta de Moraes; Amado, Janaína. *Usos e abusos da história oral. 2ª edição*. Rio de Janeiro: Editora FGV, pp. 103-130.
- Vandenbergh, Frédéric. 2010. “O real é relacional. Uma análise epistemológica do estruturalismo gerativo de Pierre Bourdieu.” in *Teoria social realista. Um diálogo franco-britânico*. Belo Horizonte: Editora UFMG; Rio de Janeiro: IUPERJ, pp. 43-84.
- Viveiros de Castro, Eduardo. 2002. “O nativo relativo” in *Mana*, 8(1), pp. 113-148.
- Yngvesson, Barbara; Coutin, Susan. 2008. “Schrodinger’s cat and the ethnography of law” in *PolAr-Political and Legal anthropology Review* 31(1), pp. 61-78.
- Zugueib Neto, Jamil. 2009. “Libaneses na ‘Guerra do pente’ em Curitiba. Sofrimento étnico e integração cultural.” in *Revista Tiraz*, nº 6, USP.

---

## 2 En las pampas de los fuegos y las memorias: memorias sociales y protesta social en la Argentina reciente

*Evangelina Caravaca*

### **Introducción: Presentación del caso etnográfico**

Fuego, multitud, jóvenes, periodismo, televisión, leyendas, pasado, presente, violencias, justicia, familiares, duelos. Citados así, sin orden ni énfasis alguno, poco y nada nos dicen sobre la problemática que nos convoca. Lo cierto es que reunidos, contemplando sus variadas interrelaciones e intensidades, conforman un objeto de indagación complejo y desafiante, que se articula y cristaliza a partir de la jornada del 21 de marzo de 2010 en la pequeña ciudad argentina de Baradero.

Un domingo de marzo de 2010, en la ciudad de Baradero<sup>1</sup>, un grupo no menor a tres mil personas reunidas en la plaza central, se encuentra quemando el Palacio Municipal, el registro civil, oficinas pertenecientes a la Obra Social IOMA<sup>2</sup> y por último, atacando el edificio de una radio local. Unas pocas horas después, el fuego sería controlado por los bomberos locales, a quienes en un principio se les habría impedido llegar a la zona. Ahora bien, ¿cuáles serían los desencadenantes de esa acción en esa ciudad, que no contempla en toda su extensa historia un hecho de tal magnitud?

<sup>1</sup> Baradero está ubicada estratégicamente en la costa del río Paraná, entre las ciudades de Buenos Aires y Rosario, en la provincia de Buenos Aires. Fundada en 1615, es la más antigua de la provincia, y limita con los municipios de Zárate y San Antonio de Areco. Según los últimos datos censales (2010), cuenta con una población estimada de 32.761 habitantes. El municipio contempla grandes extensiones de tierra productiva, lo que lo convierte en un enclave agropecuario importante. Además, es sede de importantes refinerías industriales de alimentos. Asimismo, entre la ciudad de Baradero y el municipio de Campana se encuentra un extenso cordón industrial orientado a la producción automotriz y alimenticia, entre otras.

<sup>2</sup> “Instituto Obra Médico Asistencial”, obra social de los empleados públicos del Estado provincial.

Dos horas antes de los incendios tuvo lugar un hecho que involucra directamente a dos empleados municipales. Esa madrugada dos adolescentes de dieciséis años se dirigían en moto por el centro de la ciudad. Según testigos, los jóvenes advirtieron que la camioneta municipal de Control de Tránsito se dirigía hacia ellos. Pocos minutos después tuvo lugar un accidente en el cual murieron los dos jóvenes. En la plaza, sede inequívoca de las salidas nocturnas de los jóvenes de la ciudad, rumores aseguraron que la camioneta municipal realizaba una persecución de los jóvenes. Mientras el fuego del edificio municipal era aún incontrolable, un concejal local se posicionó frente a él y pidió a los presentes que pararan los destrozos. La imagen, que recorrió los medios locales y nacionales, es contundente: el concejal recibe una pedrada en la cabeza y se retira abrazado a una bandera provincial.

### **Propuesta y metodología**

Este artículo se sustenta en una etnografía llevada adelante en la ciudad de Baradero entre marzo de 2010 y julio de 2014. Nuestro estudio tiene como puntapié un episodio de violencia colectiva contra el Estado a partir de un caso que, en este escrito, concebimos como un episodio de violencia institucional. En referencia a la mencionada violencia institucional retomamos los aportes de María Victoria Pita (2010) cuando sugiere que esta no es una desviación y/o una anomalía dentro de los patrones de desempeño democrático de las instituciones. Muy por el contrario, entendemos que en el caso argentino, el ejercicio de la violencia de Estado presenta un carácter estructural, es decir, se trata de un patrón o modalidad propia de las formas de acción y desempeño de las fuerzas de seguridad de la región (Pita, 2010).

La problemática de la violencia institucional cobró un interés mayor en los últimos años, particularmente a partir de la articulación de una *Corriente Contra la Violencia Institucional*. Esta corriente, que reúne a organizaciones sociales, familiares y víctimas de la violencia institucional, formalizó la instauración del día contra la violencia institucional, el cual se conmemora los 8 de mayo, fecha aniversario de la llamada “Masacre de Budge.”<sup>3</sup> Según datos proporcionados por la Corriente Contra la Vio-

<sup>3</sup> “Masacre de Budge” es el nombre con el que popularmente se conoce el asesinato de tres jóvenes en manos de la policía bonaerense en 1987 en la ciudad de Ingeniero Budge en la provincia de Buenos Aires. Este caso, sumado al proceso judicial que condena a los policías, visibilizó tempranamente la problemática de las violencias policiales en la Ar-

lencia Institucional y la CORREPI<sup>4</sup>, se estima que en los últimos 12 años murieron 1893 personas en hechos de violencia institucional. Además, al pensar el fenómeno de las violencias en América Latina, no debe perderse de vista que los Estados latinoamericanos tienen una íntima relación tanto con la violencia episódica como con la estructural. Consideramos que la violencia en su expresión física o simbólica es parte constitutiva de las relaciones sociales; episódica en sus manifestaciones extremas (el daño físico), es sin embargo cotidiana en sus manifestaciones no extremas e inmanente en las relaciones sociales, haciendo visible la tensión permanente entre el cumplimiento del orden establecido y su transgresión. De esta manera, resulta particularmente difícil concebir y analizar ciertas formas de violencia sin contextualizar esas acciones en el terreno de fines y medios de las instituciones, que no son solo las encargadas de prevenirla y eventualmente reprimirla, sino que además la reproducen principalmente a través de un funcionamiento diferencial (que al mismo tiempo tolera ciertos ilegalismos y reprime otros) de las agencias del control penal (Foucault, 2002; Isla y Míguez, 2004).

De otra parte, consideramos que el caso elegido propone una serie de aristas interesantes para el análisis. Por un lado pone en escena las disputas morales frente a un episodio de violencia institucional y también nos permite analizar las profundas tensiones que movilizan las protestas con uso de violencia. Asimismo nos permite analizar un aspecto novedoso, en tanto brinda elementos para reflexionar sobre las formas en que se *espacializan* las problemáticas sociales. Si concebimos al espacio público en tanto campo de disputas, podemos pensar las marchas, las peregrinaciones, pero también las acciones violentas directas, como formas de apropiación de éste. Así, la configuración de los límites espaciales y los propios usos del espacio público desnudan las disputas por las visiones legítimas e ilegítimas del espacio y los usos permitidos o prohibidos del mismo. Además es importante mencionar que en el caso elegido toma protagonismo la impronta de las memorias sociales, en tanto éstas son entendidas por ciertos actores como fuentes legitimadoras en la lucha política.

Por otro lado, en el trabajo de campo hemos recogido una diversidad de voces locales, de jóvenes de los sectores populares y medios, familiares de víctimas y actores sociales de sectores medios (particularmente perio-

gentina post-dictatorial.

<sup>4</sup> Coordinadora Contra la Represión Policial e Institucional.



distas y políticos locales), quienes han desplegado, desde diversas actividades un diálogo tenso en la categorización y definición de la jornada en cuestión y de sus implicancias de sentido. Así, entenderemos que las nociones de violencias y memorias sociales son términos atravesados por repertorios morales, en permanente negociación. Siguiendo los planteos de Fernando Balbi (2007) y Natalia Bermúdez (2011), es preciso dar cuenta etnográficamente del carácter de los “valores morales”, es decir, analizar los procesos sociales de los que los mismos dependen, para evitar tratarlos como entidades trascendentes, inmóviles o invariables. Se torna necesario entonces afirmar que los valores deben considerarse constitutivos de toda acción social, asumiendo que éstos intervienen en la organización y producción de comportamientos, a la vez que son medios de expresión de puntos de vista parciales e interesados que los actores mantienen (Bermúdez, 2011).

### **Memorias en movimiento**

En este artículo partimos del supuesto que las memorias son fundamentales para la formación de la identidad de cualquier pueblo, nación o Estado. Así, las memorias sociales nutren las identidades sociales, enunciando tanto lazos de pertenencia como relaciones de diferenciación. De esta forma, entendemos las memorias en su carácter social y colectivo (Catela, 2008).

En los últimos diez años hemos presenciado en la Argentina una suerte de florecimiento tanto del uso como de las conceptualizaciones sobre las memorias sociales y el pasado reciente. Ese auge del universo de las memorias sociales se manifiesta por un lado en la creciente producción académica sobre el tema en cuestión, pero además, se pone en juego en las prácticas que ciertos actores hacen *sobre y desde* las memorias sociales. Así, creemos que las formas y prácticas que suponen un *hacer memoria*, *mirar el pasado* y *educar sobre ese pasado* son una marca de época distintiva de la última década. La fructificación de espacios de memoria, la consagración del 24 de marzo –aniversario de la toma del poder por la junta militar de 1976– como feriado nacional, los juicios por la Memoria, la Verdad y la Justicia, nos hablan no de un proceso unívoco, en tanto las tensiones y disputas sobre el pasado distan de haberse acabado, pero sí de un fenómeno trascendental en términos culturales.

En el caso particular de la Argentina la problemática de las memorias sociales emergió con fuerza en estrecha relación con la enorme cantidad

de crímenes cometidos en la última dictadura militar, que gobernó el país entre 1976 y 1983. A principios de la década de 1980 se fue conformando un núcleo duro que pondrá en movimiento ciertos argumentos sobre el pasado reciente: se destaca en este periodo particularmente la elaboración y publicación del informe de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas, conocido como *Nunca Más*, pero también las repercusiones del *Juicio a las Juntas* (Vezzetti, 2009). Entonces, si concebimos que los procesos de reproducción de memorias sociales se encuentren siempre abiertos y por tanto, nunca acabados, entendemos que el *pasado* cobra sentido en un enlace con el presente en el acto de *rememorar-olvidar*. Esto ubica directamente el sentido del pasado en un presente particular y en función de un futuro deseado (Jelin, 2002). Sostenemos así que si buscamos comprender este recurso a las memorias sociales sobre el pasado reciente –un ejercicio clave en el análisis de nuestro caso– no debemos perder de vista la dinámica mencionada por Jelin, en tanto el acto de *rememorar-olvidar* siempre tiene lugar en un presente particular que lo configura e impulsa.

Entonces, se torna necesario abordar los procesos ligados a las memorias tomando en consideración que éstos se dan en el marco de escenarios políticos de disputas de mayores proyecciones. En un mismo sentido, Traverso sostiene que “la memoria se declina siempre en presente y éste determina sus modalidades: la selección de acontecimientos que el recuerdo debe guardar, su lectura, sus lecciones” (2007: 71). Por otro lado, si nos convoca a pensar estos procesos sociales también a nivel regional, es preciso mencionar que este peculiar aspecto sobre las memorias sociales en el caso argentino no es un fenómeno único para la región latinoamericana. Tomemos como ejemplo el paradigmático caso mexicano para pensar los procesos de memorias sociales y las violencias de Estado. El proyecto y construcción del memorial de la masacre de Tlatelolco condensa mucha de las aristas de la compleja trama de las memorias sociales mexicanas. Como menciona Vázquez Mantecón, Tlatelolco deja de ser un lugar cualquiera, para transformarse en un espacio para las memorias (Vázquez Mantecón, 2012). Además, situar el memorial en el mismo espacio de la masacre de 1968 otorga ciertamente un valor reivindicativo no solo de las memorias sociales que se montaron sobre la represión gubernamental en México, sino que además, funciona como una celebración de

los movimientos estudiantiles, en tanto son narrados como hitos de la cultura política mexicana (Allier, 2012).<sup>5</sup>

### **Espacialidades y formas de la protesta**

En este artículo, nos interesa profundizar en las dinámicas del recurso de las memorias sociales y el vínculo de estas con la espacialidad. Entendemos que los eventos que tuvieron lugar en Baradero condensaron y produjeron sentidos que anudan analíticamente estos conceptos. Creemos que resulta fértil pensar las marchas, peregrinaciones, cortes de calles y toda la diversidad de actividades llevadas adelante por familiares de las víctimas como ejemplos no solo de las formas propias que ha adoptado el activismo contra las violencias de Estado, sino también como ejemplos de las disputas y tensiones por el uso del espacio público.<sup>6</sup> Pensar la problemática de *espacialidad* nos conduce, en el caso argentino en particular, a reflexionar sobre las formas particulares que ha adoptado la protesta social en el espacio urbano. Claro está que no consideramos que esta sea la única forma de apropiarse y/o de circular por los espacios urbanos, como tampoco creemos que la protesta social tome lugar solamente en la ciu-

<sup>5</sup> Sin perder de vista el terrero de disputas y diversidades que se ponen en juego en cualquier proceso de elaboración de memorias sociales y más aun, detrás de la construcción de un memorial, creemos que para la circulación y difusión de un determinado discurso histórico funcionando en el memorial de la masacre de Tlatelolco, se debe contar con cierto consenso social sobre el uso del espacio y sobre los discursos que en él circulan. Más aun, en relación a lo expuesto anteriormente acerca del uso de las memorias sobre el pasado y sus vínculos con el presente, el funcionamiento de las memorias sociales sobre la masacre de 1968 pone en juego una batería de sentidos complejos que no solo condenan y denuncian los hechos del pasado, sino que además realizan un ejercicio análogo para el presente. En sintonía con el planteo de Traverso, actores sociales y políticos “descargan en la memoria la capacidad de iluminar el presente y el futuro” (Allier, 2012: 148).

<sup>6</sup> Resulta preciso mencionar que en este artículo nos suscribimos a la noción de que la protesta social es una referencia constante, aunque con variadas intensidades, de la vida política argentina a lo largo de todo el siglo XX. Nos interesa destacar las vastas tradiciones de lucha y protesta social que han caracterizado a la cultura política argentina a lo largo del siglo XX, y durante la primera década del siglo XXI. La extensa historia del movimiento sindical, la convulsionada historia de los movimientos anarquistas, comunistas, socialistas, los movimientos estudiantiles, los movimientos piqueteros, las luchas agrarias, solo por mencionar unos pocos, dan cuenta de una compleja y rica historia de movimientos y tradiciones de lucha que han marcado la protesta social en la Argentina. Asimismo, en las últimas dos décadas hemos podido presenciar cambios importantes en las formas que ha asumido lo que entendemos –y construimos analíticamente– como protesta.

dad. Igualmente, consideramos que un acercamiento, tanto teórico como etnográfico a estas temáticas nos ayuda a pensar en las formas de sociabilidad, en las representaciones sobre lo urbano y a la vez contribuye a la tarea de sistematizar los diversos usos de la ciudad.<sup>7</sup> Tomaremos entonces la noción de un espacio público como uno en el cual diversos actores sociales tienden a naturalizar un sistema de posiciones y de relaciones en el espacio urbano (Segura: 2012). Pensamos los espacios públicos en tanto disputados, socialmente contruidos y profundamente jerarquizados.<sup>8</sup> Así, si el espacio en tanto ámbito físico que a su vez encarna el espacio social<sup>9</sup> es un campo de disputas, esto no debe hacernos perder de vista que los espacios, particularmente los públicos, se encuentran profundamente jerarquizados y atravesados por sistemas de clasificación y de definición de usos permitidos y prohibidos. Hablamos de un espacio mediado por los poderes y como tal, desigualmente distribuido.

<sup>7</sup> En referencia a este punto, traemos a colación a Mirta Lobato cuando sostiene que “[a] lo largo de todo el siglo XX el espacio urbano fue el escenario privilegiado para la actuación política de diferentes actores sociales, fueran ellos los pobres de la ciudad (trabajadores y desocupados), las llamadas ‘clases medias’, hasta las clases más encumbradas, que se mezclaban con las clases populares en las demostraciones nacionalistas y católicas. Las manifestaciones acontecidas a lo largo del siglo XX implicaron modos específicos de apropiación del espacio urbano, entendido como lugares materiales (plazas, calles, estaciones de trenes, parques) y como acciones humanas que enuncian tanto formas de resistencia como expresiones de identidad” (2011: 12).

<sup>8</sup> Segura afirma que en la ciudad “existe un conjunto de regulaciones en el espacio urbano [...]. En la ciudad existe un conjunto de regulaciones y de reglamentaciones explícitas e implícitas que prescriben y proscriben acciones y usos” (2012: 188).

<sup>9</sup> Traemos a colación el ensayo de Pierre Bourdieu titulado “Efectos de lugar” publicado en la compilación *La miseria del mundo*. Allí Bourdieu despliega una batería de conceptos útiles al momento de reflexionar sobre la especialización de las problemáticas sociales. Sugiere que la estructura del espacio social se manifiesta (en diferentes contextos) en la forma de oposiciones espaciales, en las cuales el espacio habitado funciona como una suerte de simbolización espontánea del espacio social. En un mismo sentido, sostiene que en una sociedad jerarquizada no hay espacio que no esté jerarquizado y no exprese tanto las jerarquías como las distancias sociales, de un modo tanto deformado como enmascarado. Bourdieu simplifica conceptualmente la problemática de la espacialidad como dimensión de los fenómenos sociales y entiende cómo el espacio social se retraduce en el espacio físico, aunque se preocupa por aclarar que eso se da “siempre de manera más o menos turbia: el poder sobre el espacio que da la posesión del capital en sus diversas especies se manifiesta en el espacio físico apropiado en la forma de determinada relación entre la estructura social de la distribución de los agentes y la estructura espacial de la distribución de los bienes, servicios, tanto públicos como privados” (Bourdieu, 1999: 120).

Llegados a este punto, ¿es lo mismo que una protesta tome lugar en el corazón político de una ciudad que en los márgenes de ésta? Si bien no queremos dar por sentado que la escenificación sea el argumento central al momento de pensar cualquier protesta social, concebimos que su toma de lugar, su espacialización no funciona únicamente como un telón de fondo. Por el contrario, la espacialización, en tanto las dimensiones, dinámicas y prácticas espaciales de una protesta, es parte constitutiva de su escenario y consolida a la vez, un determinado contexto de surgimiento. Es decir, el contexto espacial es parte constitutiva del escenario y cristaliza un mapa de tensiones y disputas sobre sus usos y sus definiciones.

Como mencionamos previamente, un espacio, del tipo que sea, es siempre representado. Y así como los espacios son terrenos de disputas y tensión, lo son también las representaciones sobre los mismos. Pensar hoy la Plaza de Mayo y hacer el intento de no mencionar a las Madres de la Plaza como un elemento constitutivo de la misma, es un claro ejemplo de estas implicancias de sentido. Para cierto repertorio moral progresista, la Plaza de Mayo es la Plaza de las Madres, es la plaza del 24 de marzo. Así, entendemos que el uso de un espacio está en estrecha relación con las representaciones que sobre este se forjan. Como hemos visto hasta aquí, podemos pensar que el poder piensa, define los espacios, pero son los actores sociales quienes los usan, o en todo caso, quienes pueden hacer usos diferentes y/o disruptivos de los espacios en cuestión (usos y apropiaciones que se encuentran atravesados por límites e impedimentos que exceden a los actores).

### **Análisis etnográfico: los usos del pasado y las formas de la protesta en el primer aniversario**

Ocupándonos ahora del análisis de la jornada, en el primer aniversario de la muerte de los jóvenes, familiares y amigos organizaron un acto que contemplaba una marcha por los últimos lugares que habían transitado la noche de su muerte. Además, el recorrido contempló el paso por el edificio municipal y la plaza central, sede de los eventos ocurridos un año antes.

Desde la terminal de ómnibus, llegando hasta la plaza central (Plaza Colón) se podían ver carteles con fotos de los jóvenes y la siguiente leyenda:

“Ya un año y sus asesinos siguen sueltos. No se olviden de nosotros Baradero. Danos Paz. Danos justicia. El Portu y Giuliana”.

Frente al edificio municipal, un pasacalle lleva la siguiente leyenda: “Porque la memoria también es justicia”. Podemos observar cómo la impronta de las memorias sociales, su uso y visibilización, tiene una importancia clave en la organización y puesta en práctica de los eventos que rodean al primer aniversario, nutriendo de sentidos a la jornada. El acto aspiraba, en términos de las madres, a “recordar a las jóvenes y reclamar justicia”. Remeras con sus fotos y banderas alusivas a su muerte comenzaron a llegar en manos de compañeros y amigos, mayoritariamente de la Escuela Industrial. Tomando los aportes de la antropóloga argentina María Victoria Pita (2010), podríamos decir que los rostros de los jóvenes son convertidos en la cara visible, sus vidas y sus muertes toman el centro de la escena. En el acto conmemorativo también participan familiares y amigos de Lucas, otro joven asesinado por un policía local en febrero de 2011. Este hecho, cercano temporalmente con nuestro caso inicial, impacta y complejiza las formas en que los actores sociales construyen su narración sobre las formas de la violencia. Así, el rostro de Lucas, es convertido también en protagonista y emblema de las protestas del primer aniversario.

Con una concurrencia cercana a las quinientas personas, mayoritariamente adolescentes, la protesta se inició en la plaza Mitre. Se recorrieron en silencio unas doce cuadras, deteniéndose por breves momentos en el lugar del accidente. En relación al número de concurrentes en la marcha, algunos vecinos presentes sostienen que ésta fue una de las concentraciones más grandes de los últimos años. Cuando la marcha llegó a la plaza principal, el edificio municipal se encontraba cerrado y custodiado por policías locales. Seguidamente un aplauso dio lugar al grito de un joven que se encontraba sosteniendo una bandera: “¡Miguel, Giuliana y Lucas, Presente!”. Luego, un nuevo aplauso. La entonación del himno nacional frente al palacio municipal fue promovida por el padre de Lucas ante la sorpresa de algunos concurrentes. Al finalizar el himno, nuevamente un aplauso generalizado y un grito de “¡Justicia!”. El recurso al himno nacional no fue azaroso y menos aún debe pasar desapercibido para el observador. Utilizado como símbolo de civilidad y enfatizando un sentido de pertenencia, la entonación frente al palacio municipal establece una suerte de diálogo tenso con la institucionalidad dominante, que la consagra y la desafía. Como una suerte de puesta en acto de una *fuerza moral* frente al Estado.

Luego de estos eventos la marcha tomó nuevamente su destino hacia la plaza Mitre. Momentos previos a que comenzara la marcha pregunté a Marcela (madre de Miguel) cuáles eran sus expectativas con la marcha y el acto que habían organizado. Dijo:

Queremos demostrar lo que somos, lo que eran nuestros chicos. Es un día de dolor, pero es también de memoria. Queremos mirar a la cara al Municipio, tenemos la frente en alto, ellos son los responsables y andan sueltos (21/3/2010 notas de campo).

La respuesta de Marcela nos remite a los trabajos de Rosana Reguillo, quien sostiene que la víctima constituye un espacio privilegiado para pensar la dimensión sociopolítica y cultural de las políticas del recuerdo. Esta actúa como epicentro de dimensiones claves para situar y restituir complejidad política a los dispositivos de la memoria: acontecimiento, lugar y dramatización. Reguillo se propone mirar las relaciones multidimensionales entre catástrofe, performatividad y memoria.<sup>10</sup>

Retomando la cita mencionada previamente, la noción de “mirar a la cara al municipio”, en tanto Estado, con la frente en alto y reconociendo en él al culpable de la muerte de sus hijos es central para los padres. Resalta el uso político de la memoria en el discurso de Marcela: memoria como ejercicio político y como herramienta de lucha. Un graffiti escrito en la bocacalle hace alusión nuevamente a la de las memorias sociales: “La memoria vence la impunidad”. Así, la impronta de las memorias como táctica, reafirma la noción de reparación histórica frente a lo que es entendido como un orden injusto e impune. Además, siguiendo la lógica de la frase, le otorga a la memoria una capacidad transformadora del orden social, que se posiciona más allá de la reparación histórica. Entonces, es posible identificar una potencia social de las memorias sociales sobre el pasado reciente en tanto dadoras de sentido, impugnando las violencias de Estado y movilizandorepertorios que ponen el foco en el pasado y desnudan de cierta forma las construcciones y aspiraciones de un presente particular.

<sup>10</sup> Reguillo considera dos casos testigos en su análisis: Cromañón (Argentina, 2004) y las explosiones en Guadalajara (México, 1992). Ambos casos comparten, al menos, tres atributos: 1) “desastres antropogénicos”, en tanto son causados por seres humanos; 2) movilizan fuertes procesos de reflexibilidad urbana, y 3) movilizan estrategias de acción dramática, vinculadas a las creencias religiosas y a las formas de ser y estar en el espacio que esas creencias han consagrado.

## **Jóvenes y el recurso de las memorias sociales: “No queremos vivir en una ciudad tirana”**

Retomando los eventos del primer aniversario, al llegar a la plaza Colón, en el anfiteatro de la misma, los padres de los jóvenes desarrollaron un breve discurso. Sin un tono político determinado explícitamente, los cuatro agradecieron la concurrencia, y pidieron justicia. Resulta interesante que no fue utilizada la retórica de las memorias sociales (aunque ésta sí estuvo presente en las formas de intervención en el espacio público, a través de carteles, pasacalles y graffiti). Por el contrario, un discurso humanizador de las víctimas tomó protagonismo: los padres hicieron alusión a sus hijos en tanto jóvenes e inocentes y no merecedores de una muerte que conciben brutal/animal. La narración de una vida inocente, no corrompida, es presentada en oposición lógica de un mundo *estatal-policial* (muchas veces estos dos no son diferenciados) que es construido como corrupto, injusto y sobretodo violento.

En la segunda parte del acto se organizó la proyección de un video realizado por cuatro amigos cercanos a los jóvenes. El video era el resultado de un concurso educativo coordinado por la Comisión por la Memoria de la Provincia de Buenos Aires, que tuvo como marco el programa “Jóvenes y Memoria”, el cual se propone:

Potenciar la escuela como espacio de elaboración y transmisión intergeneracional de la memoria colectiva. El programa es un espacio donde los adolescentes se apropian de las experiencias pasadas a través de un proceso de investigación que parte de sus propias preguntas y se significa en la trama de los relatos elaborados por ellos. Durante un año, alumnos y docentes indagan en las memorias locales, entrevistan a protagonistas, consultan archivos y elaboran un producto final (vídeo, mural, obra de teatro, libro, etc.). La comisión brinda capacitación para docentes y alumnos, insumos y generación de espacios de encuentro e intercambio, que finalizan en un plenario en Chapadmalal. (Fuente: <http://jovenesymemoria.comisionporlamemoria.net/>)

Este concurso es convertido en una oportunidad para construir un relato con la versión de los jóvenes sobre los hechos. El vídeo comienza con una selección de fotos de los jóvenes desde su niñez. Las narradoras, Andrea y Berenice, ambas de 17 años, describen los acontecimientos previos a la muerte de los jóvenes. Se narra la última salida, poniendo en funcionamiento un discurso sobre la vida de los jóvenes en tanto actores *despoliti-*



zados. Al momento de describir los acontecimientos del 21 de marzo, mencionan:

Mientras familiares y amigos de los chicos estábamos en el hospital, se cometieron en la ciudad destrozos injustificados, oportunistas que de ninguna manera debían ocurrir.

La fuerte condena a los hechos de violencia, que aparece explícita en el vídeo, es confirmada por una docente que es entrevistada. La docente condena el uso de la violencia como recurso de protesta y menos aún como noción de justicia. La politización del discurso montado en el video va creciendo a medida que transcurren los minutos. Si bien se narra a los jóvenes como seres *apolíticos*, en la plenitud de su vida, *su muerte es politizada*. Berenice lee una carta enviada al Consejo Deliberante local, en la cual responsabilizan a las autoridades municipales por la muerte de los jóvenes, a la vez que exigen la renuncia del intendente. Llegando al final del video y en referencia al concurso que diera origen al mismo, se lee la siguiente leyenda:

Como en la dictadura, se perseguía y mataba a jóvenes por pensar, hoy en Baradero sufrimos lo mismo. Exigimos justicia. Justicia Baradero.

Esta fuerte noción de continuidad autoritaria plasmada en una suerte de analogía con los crímenes cometidos por el Estado argentino en la última dictadura militar, toma protagonismo finalizando el video. Estas apreciaciones son reafirmadas por los jóvenes a través de una carta que es leída por una de ellas en el acto:

La corrupción y la especulación se apoderaron de nuestras calles, Baradero es hoy la continuidad de la etapa represiva. Soportamos el favoritismo, la desigualdad y la decadencia de los Derechos Humanos, en su gestión, señor intendente, fomentó el abuso y el descontrol a través de quienes deberían haber desempeñado una función netamente preventiva. Hoy, los jóvenes de Baradero nos preguntamos si son tan fuertes los intereses políticos, en qué escala de valores se coloca la vida. Por qué el municipio no se pone a disposición del dolor de las familias de Giuliana y Miguel y sí buscó su propia protección. ¿Es necesario que la ciudad pida justicia?, no queremos vivir en una ciudad tirana, basta de muertes, el silencio también es complicidad. La comunidad está de luto, mientras los involucrados en el caso se lavan las manos manchadas y si no es así, ¿por qué se generaron tantas dudas? ¿Por qué ocupan

otros cargos en el municipio y hoy, a un año de la pérdida de Giuliana y Miguel, no tenemos una respuesta? Nosotros no tenemos experiencia, no tenemos edad para tomar decisiones, pero tenemos memoria y somos todo un pueblo que no va a dejar de reclamar justicia hasta que el último de los amigos de Giuliana y Miguel dejemos de existir. Pudieron callar sus voces hasta dejarlos sin vida, pero el amor que ellos sembraron seguirá latente para impulsarnos en esta cruzada de justicia. Justicia Baradero. (Andrea 17 años).

El testimonio de la carta resalta por su posicionamiento político: nuevamente los jóvenes suscriben la muerte de sus amigos en tanto un ejemplo de la “continuidad autoritaria” a la vez que describen una suerte de decadencia de los derechos humanos. Al igual que las madres de los jóvenes, pero evidenciando una lectura expresamente politizada, la memoria aparece como herramienta de lucha, la memoria como táctica (Certeau, 1979) para vencer la impunidad. En este punto resulta pertinente volver a la reflexión de Pita a propósito de las víctimas del *gatillo fácil*, cuando entiende que no se trata de muertes de activistas políticos, de sujetos que hayan perdido la vida confrontando o resistiendo al *poder soberano*. Se trataría así, de vidas no políticas, a quienes se les ha sustraído la elección de morir. Así, Pita sostiene que *no sus vidas, sino sus muertes son políticas*. La narración que los jóvenes despliegan, tanto en el video como en el discurso de cierre, consagra una construcción despolitizada de la vida de los jóvenes y un movimiento opuesto al momento de narrar sus muertes: con un énfasis puesto en el rol del Estado, en tanto es construido como el responsable de sus muertes y también, como el encargado de impartir justicia, politiza la narración sobre estas muertes. Además, se hace explícita una lectura del abuso de autoridad, sosteniendo además que el municipio actúa impidiendo el accionar de la justicia. La impronta de las memorias sociales sobre el pasado reciente ocupa un espacio de importancia en este discurso: por un lado, la noción de una “decadencia de los Derechos Humanos” es estrechamente vinculada a un contexto de corrupción mayor que la corroe. Pero además, el recurso a una narrativa de las memorias sociales ubica el caso en una complejidad social de mayores proyecciones. Una noción de continuidad, en tanto ubican estas muertes en un continuum histórico que las liga discursivamente con los crímenes de la última dictadura militar. Más aun, en una coyuntura particular no solo de las memorias sociales sobre el pasado reciente, sino también sobre las luchas y reivindicaciones tradicionalmente vinculadas a ese cam-

po, la ligazón analítica con los crímenes de la dictadura no solo emparenta las muertes de los jóvenes con los crímenes cometidos en la última dictadura militar, sino que además, ubica la lucha y reivindicaciones de estos jóvenes como interlocutores válidos con los organismos de derechos humanos.

En ocasión del primer aniversario de la muerte de los dos jóvenes, familiares y amigos llevaron adelante una serie de actividades que contemplaban marchas por la ciudad, lectura de cartas y proyección de videos. Pudimos así, observar un tipo de apropiación y toma del espacio público que puso en juego un factor central: el recorrido de la marcha del primer aniversario supuso un paso por todos los lugares que familiares y amigos consideraban *escena del crimen*, o aquellos espacios que representan al poder local. Este recorrido además ponía de manifiesto, al menos para el observador externo, el lugar específico del espacio social que era elegido para tomar la palabra.

Si bien la primera parte de la manifestación tuvo lugar en la plaza central frente al Palacio Municipal, este fue concebido como un lugar de marcha, y por qué no, de peregrinación. Se recorrieron las calles centrales en silencio, ante la mirada de vecinos y comerciantes. El paso frente al palacio municipal conllevó un aplauso y algunos cánticos. Luego la marcha continuó su rumbo hacia la plaza Colón, que si bien se encuentra a escasas cinco cuadras del palacio municipal, es entendida y vivida como un “espacio de la gente”, un espacio de expresión. Así, se estarían enfrentando dos fuerzas en tensión: de un lado el esfuerzo del colectivo implicado por dotar el acontecimiento de inteligibilidad histórica de “ubicarlo en un marco explicativo de larga duración tratando de retener los elementos que configuran el núcleo de significación profunda” (Reguillo, 2006: 3). Del otro lado, la lucha por la producción de visibilidad, las estrategias simbólicas que organicen el ritual, la protesta, lo que a su vez genera una disputa por la elaboración y apropiación del imaginario en torno al acontecimiento. Entonces, entendemos que toda política del recuerdo se ancla en la tensión constitutiva por la historia y la comunicación (Reguillo, 2006; Segura, 2012).

Por último, podemos pensar que las actividades desplegadas alrededor del primer aniversario funcionan como un ritual de la memoria que condensa no solo sentidos y narraciones desde y sobre las memorias sociales y el pasado reciente, sino que además enuncia la expresión de un umbral sobre las violencias, sus usos y tolerancias. Cuando los jóvenes sostienen

en su carta publica que “no queremos vivir en una ciudad tirana, basta de muertes, el silencio también es complicidad” entendemos que no solo se genera un compromiso con las memorias sociales y sus reivindicaciones sino que además, se marca explícitamente un límite de tolerancia sobre la violencia. Concebimos así, que el rechazo a lo que se construye como violencia solo puede manifestarse en tanto esta es visibilizada.

### **La plaza del segundo aniversario: La misa silenciosa**

Las actividades llevadas a cabo por familiares y amigos en el segundo aniversario nos permiten presenciar y analizar otras aristas. La mañana del 21 de marzo de 2012 fue elegida para realizar un homenaje con atributos y características claramente diferentes al año anterior. Los padres de los dos jóvenes optaron por celebrar una misa en el lugar exacto en el que fallecieron sus hijos, y decidieron que ésta se llevara a cabo por la mañana. A diferencia del año anterior, en el segundo aniversario los jóvenes no tomaron la palabra y fue retomado un discurso que reforzó la noción de la política como corrupción y fines impuros. Cabe aclarar que este desgano hacia la política y hacia ciertas formas de militancia se expresó en el discurso de los padres en el cansancio y rechazo a lo que ellos denominaron la utilización de la muerte de sus hijos en ciertas actividades políticas.

Además, la elección del ritual religioso como conmemoración y el explícito rechazo a las formas de manifestación desplegadas el año anterior fueron justificados por la negación de los padres a la utilización de estas muertes en el arco político.

En este punto, resulta útil analizar la elaboración que el periodista local Darío J. F. volcó en la nota titulada “21 de marzo: día por la memoria, la verdad y la justicia”.<sup>11</sup> En un movimiento análogo al que llevaron adelante los jóvenes firmantes de la carta leída en el primer aniversario (2011), el autor de la nota ilustra aspectos centrales de la última dictadura militar argentina. Seguidamente menciona la muerte de los jóvenes, las confusas y desordenadas horas que la rodean, y finalmente anuncia:

Yo propongo que Baradero tenga su propio día de la memoria, la verdad y la justicia, y que sea el 21 de marzo. (Darío J. F., 2012)

Al retomar en su nota los tres elementos aglutinantes que definen la lucha de los movimientos de defensa de derechos humanos en relación a

<sup>11</sup> Dicha nota se encuentra publicada en el diario online [www.baraderoteinforma.com.ar](http://www.baraderoteinforma.com.ar).



Fotografía publicada en el portal: [www.radioe99.com](http://www.radioe99.com). Su publicación ha sido autorizada por los administradores del sitio web.

los crímenes de la última dictadura militar (memoria, verdad y justicia), el autor suscribe estas muertes en el marco de las violencias de Estado desplegando al mismo tiempo otro movimiento: posiciona su explicación y demanda de justicia en el marco del amplio y dinámico espacio de las memorias sociales. Nuevamente las memorias, sus evocaciones, movilizan y suscriben un conjunto de tensiones que exceden los límites de la jornada del 21 de marzo de 2010. Por otro lado, resulta interesante la cantidad de comentarios volcados en el mismo. Encontramos por una parte, comentarios que abonan la visión del autor, suscribiendo la mirada en la lógica de las memorias sociales y en el reclamo de justicia.

Muy buena nota de un triste y lamentable suceso. Todo aún continúa impune, desgraciadamente. Memoria, verdad, justicia y nunca más. (Alberto).

Esta visión moviliza tensiones en y de la ciudad., activando las tensiones y disputas en torno a los hechos de violencia de la jornada del 21 de marzo de 2010:

¡¡¡Las personas que destruyeron la municipalidad son delincuentes!!! No tienen respeto por nada. (Anónimo)

Hoy el tiempo le tapa la boca a muchos oportunistas que usaron la muerte de Miguel y Giuliana con fines políticos. Pueblada? Es-

*Evangelina Caravaca*

pontánea? Qué alguien me diga de donde salió espontáneamente tanto combustible para prender fuego la municipalidad? (Mario).

El artículo logra movilizar, a través de las lecturas, comentarios e intercambios de usuarios, una parte sustancial de las representaciones sociales sobre las violencias, poniendo nuevamente en escena un complejo mapa de tensiones sociales. En este punto, resulta provechoso para el análisis el intercambio que un grupo de usuarios realiza a partir de la nota “Dolor y pedido de justicia al cumplirse dos años de la muerte de Giuliana y Miguel”. Un usuario comenta:

Toda la culpa es de los demás. Nadie hace una autocrítica de que los chicos iban sin casco y alcoholizados? (Oscar).

Es una lástima por eso siempre hay que cuidar a los hijos siempre no cuando no están. (Dani).

Por un lado, resulta interesante el traslado de responsabilidad hacia los jóvenes y en este movimiento, la responsabilidad de sus propias muertes. Las elecciones de estos jóvenes (conducir sin casco y beber alcohol) jugarían así un rol explicativo y decisivo para la jornada. En oposición a la construcción de una imagen despolitizada llevada adelante por familiares y amigos, estos fragmentos movilizan representaciones sobre estos jóvenes, que los sitúan por un lado como irresponsables en sus actitudes y por otro, como artífices en el desenlace.

Por último, el último comentario citado remite directamente a la autoridad adulta, o en tal caso, a la falta de ella. El extenso intercambio de comentarios surgidos a partir de la lectura de la nota tomaba como uno de los ejes centrales esta problemática: el rol de los padres y la ausencia de educación como explicación nodal. Los repertorios morales sobre las formas de ser y estar en familia se movilizan en este punto, y no solo se impugna una ausencia o un permiso familiar (en este caso el propio uso de la motocicleta) sino que se profundiza y lo que se cuestiona es la propia forma familiar, y en este caso particular, una forma familiar y relacional de los sectores populares.

### **A modo de conclusión**

Llegados a este punto consideramos pertinente mencionar que en un comienzo la investigación que sustenta este artículo no tenía entre sus propósitos centrales pensar ciertas dimensiones de las memorias sociales.

Fue en ocasión del primer aniversario del caso, con un ritual que supuso un cúmulo de actividades propias de las memorias sociales y los usos del pasado, que comenzamos a fijar nuestra atención en esta dinámica particular. Como mencionamos previamente, en el escenario argentino post 2001 nos encontramos con una impronta marcada por el recurso a las memorias sociales, particularmente en su manifestación en el espacio público. En este artículo confluyen la centralidad de las memorias sociales sobre la última dictadura militar, la instalación de la noción de que el terrorismo y abuso de Estado son equivalentes, y el impacto de la noción de continuidad de las violencias. En una misma línea, el análisis del trabajo de campo nos permitió identificar sentidos sobre las violencias, sus disputas y tensiones, pero también fue posible distinguir el anudamiento de las memorias sociales, los usos del pasado y los sentidos sociales sobre las violencias estatales.

Es posible sostener que las memorias funcionan para ciertos actores como un término nativo en tanto son utilizadas como herramientas de legitimación en el espacio público. Los discursos sobre y desde las memorias sociales fueron analizados como ejemplo de las disputas por los usos legítimos-ilegítimos del pasado y como una fuerza legitimadora de la voz de la víctima. Además, consideramos que el recurso de la politización en el eje de las memorias sociales es plausible de ser entendido como una “marca de época” lo suficientemente trascendente para engrosar las agendas de investigación.

En una misma línea, sostenemos que los debates en torno no solo a la muerte de los jóvenes, sino también a los eventos del estallido social inicial, desnudan sentidos claves sobre las violencias y sus respectivas memorias sociales en la Argentina reciente. La persistencia de la noción de continuidad (en relación a las violencias y apremios de Estado) resalta como un recurso legitimador y dador de sentido para comprender estas violencias.

Finalmente, creemos que es a través de ciertas *memorias locales* que se cristalizan valores y representaciones en yuxtaposición con el recurso a ciertas *memorias nacionales*. Consideramos así, que el análisis de este caso particular nos permite pensar una suerte de intersección que cruza las memorias locales, las memorias nacionales y las formas particulares de la victimización en la era democrática.

## Bibliografía

- Allier, Eugenia. 2012. "Producción y transmisión de memoria pública. Las recepciones del memorial el 68 en México", en Huffschmid, Anne y Durán, Valeria (eds.), *Topografías conflictivas. Memorias, espacios y ciudades en disputas*. Buenos Aires: Trilce.
- Balbi, Fernando. 2007. *De leales, desleales y traidores. Valor moral y concepción de política en el peronismo*. Serie 'Antropología Política y Económica' – GIAPER. Buenos Aires: Antropofagia.
- Bermúdez, Natalia. 2011. *Y los muertos no mueren... una etnografía sobre clasificaciones, valores morales y prácticas en torno a muertes violentas*. Saarbrücken: Editorial Académica Española
- Bourdieu, Pierre. 1999. *La miseria del mundo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Caravaca, Evangelina. 2013. "Usos del pasado, presentes diputados. Memorias sociales, violencias y protesta social en Baradero". Ponencia presentada en VII Jornadas de Jóvenes Investigadores en el Instituto de Investigaciones Gino Germani.
- Catela, Ludmila. 2008. "Pasados en conflictos. De memorias dominantes, subterráneas y denegadas", en Bohoslavsky, Ernesto et al. (eds.), *Problemas de Historia reciente en el cono sur*. Buenos Aires: UNGS-UNSAM.
- De Certeau, Michel. 1979. *La invención de lo cotidiano. El arte de hacer*. Tomo I. México: Ediciones de la Universidad Iberoamericana.
- Foucault, Michel. 2002. *Vigilar y Castigar*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.
- Jelin, Elizabeth. 2002. *Los trabajos de la memoria*. Madrid: Siglo Veintiuno.
- Lobato, Mirta (ed.). 2011. *Buenos Aires. Manifestaciones, fiestas y rituales en el siglo XX*. Buenos Aires: Biblos.
- Isla, Alejandro y Míguez, Daniel. 2004. *Heridas Urbanas: violencia delictiva y transformaciones sociales en los 90*. Buenos Aires: Ediciones de las Ciencias.
- Masetti, Astor. 2004. "¿Protesta o lucha de clases? La idea de 'conflictividad social' en las teorías de los movimientos sociales", en *Laboratorio Estudios sobre Cambio Estructural y Desigualdad (Buenos Aires)*, año 6, n° 15.
- Neiburg, Federico. 2003. "El 17 de Octubre en la Argentina. Espacio y producción social del carisma" en Rosato, Ana y Balbi, Fernando (eds.), *Representaciones sociales y procesos políticos. Estudios desde la antropología social*. Buenos Aires: Antropofagia – IDES.
- Pereyra, Sebastian. 2008. *¿La lucha es una sola? La movilización social entre la democratización y el neoliberalismo*. Buenos Aires: Ediciones de la Biblioteca Nacional.



- Pita, María Victoria. 2010. *Formas de morir y formas de vivir. El activismo contra la violencia policial*. Buenos Aires: Colección Revés/2. Editores del Puerto/CELS.
- Reguillo, Rossana. 2006. “Los miedos, sus laberintos, sus monstruos, sus conjuros. Una lectura socioantropológica” en *Etnografías Contemporáneas*. Año 2, N° 2.
2006. “Memorias, performatividad y catástrofes. Ciudad interrumpida”, en *Contratexto*. Revista de la Facultad de Comunicación de la Universidad de Lima.
- Segura, Ramiro. 2012. “La ciudad y el acontecimiento. Juventud, clase social y acceso al espacio público en la ciudad de La Plata”, en *Question*, Vol. 1, No 35.
- Sznol, Florinda Eleonora. 2007. “Geografía de la resistencia. Protesta, formas de apropiación y transformaciones del espacio urbano en Argentina (1996-2006)”, en *Revista THEOMAI*, Buenos Aires, N° 15, primer semestre del 2007.
- Traverso, Enzo. 2007. “Historia y memoria. Notas sobre un debate” en Franco, Marina y Levín, Florencia (eds.), *Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción*. Buenos Aires: Paidós.
- Vezzetti, Hugo. 2009. *Sobre la violencia revolucionaria. Memorias y olvidos*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Vásquez Mantecón, Álvaro. 2012. “El memorial del 68 y el debate sobre la historia reciente de México”, en Huffschmid, Anne y Durán, Valeria (eds.), *Topografías conflictivas. Memorias, espacios y ciudades en disputas*. Buenos Aires: Trilce.

---

### 3 A Coleção Perseverança do Instituto Histórico e Geográfico de Alagoas: O papel dos objetos na preservação da memória da violência contra os terreiros de Xangô em Maceió na Primeira República

*Ulisses Neves Rafael*

Na noite do dia 1º de fevereiro de 1912, nas ruas de Maceió, pequena capital voltada ainda ao provincianismo das intrigas e fofocas domésticas, verificou-se um dos episódios mais violentos de que foram vítimas as casas de culto afro-brasileiro de Alagoas, Estado situado na região Nordeste do Brasil. O acontecimento extraordinário, que ficaria conhecido como Quebra-quebra, culminou com a invasão e destruição dos principais terreiros de Xangô<sup>1</sup> da capital do estado, por elementos populares capitaneados pelos sócios da Liga dos Republicanos Combatentes.

Entre as várias particularidades que cercam esse evento, que também ficou conhecido como “Operação Xangô”, uma delas chama a atenção em particular, qual seja, a conservação das peças apreendidas durante as batidas aos terreiros e que hoje constituem o acervo da Coleção Perseverança, que se encontra nas instalações do Instituto Histórico e Geográfico de Alagoas, objeto de nossa discussão neste trabalho.

<sup>1</sup> Esta é a expressão pela qual os cultos afro-brasileiros são conhecidos nos estados de Pernambuco e Alagoas, embora, como nos chama a atenção Yvonne Maggie, tais categorias não refletem a dinâmica das classificações fornecidas pelos próprios informantes, já que muitas vezes, numa única entrevista, percebemos a utilização de todas essas expressões por um informante para referir-se ao mesmo conjunto de práticas rituais. Até mesmo quanto ao termo “Afro-brasileiro” que aqui utilizamos, seu uso deve estar cercado de precauções, como nos alerta Beatriz Góis Dantas, devido a propalada carga ideológica a ele associada, mas que, como ela, continuamos utilizando, na falta de um outro mais satisfatório (Cf. Maggie, Yvonne. *Guerra de Orixá: um estudo de ritual e conflito*. Rio de Janeiro, Zahar, 1975; Dantas, Beatriz Góis. *Vovó nagô e papai Branco: Usos e abusos da África no Brasil*. Rio de Janeiro: Graal, 1988).

O episódio do Quebra tem sua gênese nas prolongadas disputas pela dominação dos dispositivos e mecanismos do poder, mais especificamente, pelo posto ocupado pelo grupo oligárquico dominado por Euclides Malta, cujas manobras políticas concorreram para mantê-lo no poder por quase doze anos, considerando aí o mandato intermediário exercido por seu irmão, Joaquim Vieira Malta (1903/1906), período que se convencionou chamar de “Era dos Maltsas”.

Essa extensa faixa de tempo em que a gerência dos negócios públicos esteve a cargo dessa família, encerrou-se com a retirada do então governador Euclides Malta do poder, em função de um descontentamento generalizado entre a população, que fez repercutir em Alagoas o sopro “salvacionista” proveniente do Rio de Janeiro. Ali, esse movimento nacional encontra um outro elemento de reforço à indignação popular que se apresentava, no caso as acusações de que Euclides Malta mantinha com as casas de xangô estreita relação, um dos motes adotados pela oposição para acionar a revolta que emergiu durante a disputa política de 1912. A alcunha de “leba” e outros epítetos depreciativos com que se costumava designar aquele governante e seus seguidores, ainda que resultado de pura conjectura, como afirmam os apologistas da sua administração, não deve ser de todo desconsiderado, haja vista a recorrência com que aparece no discurso oposicionista essa acusação.

Enquanto que em outros casos apresentados pela historiografia ou etnografia brasileiras, as perseguições se referem a iniciativas isoladas contra indivíduos específicos, acusados de curandeirismo ou baixo espiritismo, em Maceió o que observa-se é uma invasão repentina dos terreiros e o desbaratamento das práticas desenvolvidas em seu interior, conservando dessa tradição religiosa apenas uns poucos despojos recolhidos naquelas casas, os quais foram objeto de uma exposição zombeteira; que conserva na sua escolha uma intenção de usá-los como um tipo de punição exemplar.

A singularidade nesse caso, portanto, consiste em que, a usurpação de que foram vítimas os terreiros alagoanos, foi resultado de um empreendimento do qual o Estado esteve totalmente ausente o que concorre para acentuar ainda mais a arbitrariedade do acontecido. A situação política em Alagoas naquele momento era bastante delicada, agravada ainda mais com o afastamento do chefe do executivo por pressão dos populares que invadiram a sede do Governo, sob a liderança dos integrantes da Liga dos Republicanos Combatentes, facção paramilitar surgida em Maceió, em

1911, com a finalidade política de promover agitações populares na cidade, contra o então governador Euclides Malta. Essa associação seria também responsável pela devassa às casas de cultos afro brasileiros a qual se convencionou denominar de “Operação Xangô”.

Essa associação, segundo a crônica local, era composta em sua grande maioria por homens de cor. Trata-se, portanto, de um caso exemplar de acusação relacionado à bruxaria como tantos verificados no país, sendo que ao contrário do que ocorreu em outros estados, onde a campanha persecutória se desenvolveu sob o olhar complacente do Estado, o qual imiscuiu-se nos assuntos da magia com a finalidade de regular os processos acusatórios, em Alagoas, a acusação e vingança associadas à feitiçaria, desenrola-se com o consentimento da sociedade abrangente e à revelia do Estado e dos órgãos oficiais da justiça que naquelas circunstâncias encontravam-se totalmente desarticulados. Assim sendo, o processo de perseguição desencadeado pela Liga dos Republicanos Combatentes, embora com a anuência da população que aquela altura engrossava os centros cívicos de apoio à candidatura oponente, acontece de forma totalmente autônoma, o que radicaliza a arbitrariedade da ação por eles desenvolvida.

O nosso interesse pelo assunto, remonta à época da nossa pesquisa de mestrado, cujo tema era a constituição do campo religioso de Quebrangulo, pequeno município do interior de Alagoas. Quando ocupamo-nos em localizar o material etnográfico disponível sobre os chamados cultos afro-brasileiros no Estado, deparamo-nos com essa imensa lacuna com a qual até hoje nos debatemos, a qual causa mais espanto ainda, se levarmos em conta a tradição antropológica alagoana, que conta com nomes consagrados como Manoel Diégues Júnior, Théo Brandão e Arthur Ramos, para citarmos apenas aqueles que alcançaram maior projeção fora de Alagoas. Essa mesma atitude a que se recolheu a intelectualidade alagoana com relação ao assunto, reflete o modelo cerimonial reservado que passou a predominar nos próprios terreiros, obrigados a alterar a dinâmica dos seus cultos, adotando uma modalidade distinta de cerimonial, marcadamente discreta e fechada.

Gonçalves Fernandes em visita a Alagoas, anos depois do ocorrido, testemunhou a existência ainda dessa modalidade de culto que ele designou, entre outros termos, de “Candomblé em silêncio”, tendo dedicado ao assunto todo o primeiro capítulo do seu livro *O Sincretismo Religioso no Brasil*, intitulado “Uma nova Seita Afro-brasileira – O Xangô-rezado-bai-

xo”, onde trata da sua incursão a algumas casas de culto de Maceió em junho de 1939, portanto, quase trinta anos depois da fatídica “Operação Xangô”.

No meio do parco material encontrado sobre o assunto, porém, vimonos às voltas com um importante documento organizado por Abelardo Duarte, *Catálogo Ilustrado da Coleção Perseverança* onde pela primeira vez tivemos conhecimento desse episódio que tem sido até agora nosso objeto de investigação. Além desse trabalho, também nos foi útil o relatório organizado por Yvonne Maggie, sobre a coleção de objetos rituais do acervo do Museu da Polícia do Rio de Janeiro. Nenhum dos dois trabalhos citados infere teoricamente sobre as razões por que tais peças foram conservadas, inclusive porque a preocupação maior era, no primeiro caso, a catalogação do material procedente dos antigos Xangôs de Maceió e, no segundo, analisar os aspectos estéticos do acervo da Polícia.<sup>2</sup>

O primeiro desses trabalhos, no caso, o *Catálogo da Coleção Perseverança*, foi organizado para atender uma solicitação do Departamento de Assuntos Culturais da Secretaria de Educação e Cultura do Estado de Alagoas. Nele, além da enumeração e descrição dos objetos e peças que compõem o referido acervo, esse autor realiza de forma peremptória a primeira e mais sistemática denúncia contra a ação iconoclasta da Liga dos Republicanos Combatentes. Depois de traçar um esboço histórico do modo como a coleção se constituiu, apresentando os dados mais completos encontrados sobre o assunto em Alagoas, temos os nomes dos pais e mães de santo do passado, bem como um roteiro da localização dos antigos xangôs de Maceió. É justo que se reconheça o valor desse material que se apresenta como importante documento, cujas pistas tornam-se imprescindíveis a qualquer pesquisador interessado no episódio. Contudo, nada encontramos nesse estudo que justifique ou explique a doação desse material à Sociedade Perseverança e Auxílio dos Empregados no Comércio de Maceió e sua conservação por vários anos, a não ser o fato de que naquela associação já se encontravam outras coleções valiosas.<sup>3</sup> Aliás, é sob essa alegação, que a coleção, ainda sem nome, se transfere para o Instituto Histórico de Alagoas, uma vez que esse espaço se tornou, com o tempo,

<sup>2</sup> Cf. Duarte, Abelardo. *Catálogo ilustrado da Coleção perseverança*. Maceió: IHGAL, 1974; Maggie, Yvonne. *Arte ou magia negra?* Relatório apresentado à Funarte, Rio de Janeiro, (mimeo.), 1979.

<sup>3</sup> Esse museu foi inaugurado em 16/09/1897, passando de “museu comercial” a museu geral, tornando-se famoso pelas suas coleções numismática, filatética, de artefatos indígenas, etc.

referência de museu público no Estado. Segundo Abelardo Duarte, somente depois que Gilberto Freyre notificou a existência desse material, numa palestra proferida nos Estados Unidos, despertando assim o interesse de pesquisadores americanos pela Coleção, é que os sócios do Instituto Histórico mobilizaram-se para recuperar as peças que, aliás, encontravam-se abandonadas nos porões da antiga Sociedade Perseverança.

Quanto ao segundo trabalho, na verdade um relatório apresentado a FUNARTE, resultado de pesquisa sobre a arte nos cultos afro-brasileiros e sua relação com o Estado, observa-se também referências à Coleção Perseverança. Depois de tratar do acervo do Museu da Polícia do Rio de Janeiro, as coordenadoras da pesquisa passam a demarcar as diferenças entre as duas coleções. Nos dois casos, o material organizado foi obtido através da repressão, mas não exclusivamente policial, como a princípio deduz-se, já que em Alagoas, além da devassa aos terreiros ter se efetivado através da ação de grupos populares, como já afirmamos acima, as peças que sobreviveram à destruição dos terreiros foram parar em associações paraestatais de caráter beneficente e cultural, sucessivamente.

Seguindo as pistas encontradas no último trabalho citado, podemos inferir sobre um aspecto essencial relacionado a esse material e que diz respeito à organização das peças. Nos dois casos analisados, as coleções se aproximam por terem sido classificadas a partir de critérios religiosos fornecidos pelos próprios integrantes dos grupos que sofreram a repressão.

Enquanto que no Museu da Polícia do Rio de Janeiro, essa classificação foi feita em período posterior por um detetive umbandista, em Alagoas, segundo o jornalista que cobriu o evento do Quebra-quebra, o material recolhido durante a invasão nos xangôs e que foi inicialmente exposto na sede da Liga dos Republicanos Combatentes, também contou com a colaboração de um dos tantos filhos de santo que foram contemplar os “preciosos despojos” e que certamente integravam um daqueles terreiros destruídos, o qual “tudo explicou e a Liga fez escrever em pedacinhos de papel os diversos mistérios daquele aluvião de bugigangas”.<sup>4</sup>

Ora, isso implica dizer, em primeiro lugar, que a diáspora de pais e filhos de santos em Alagoas depois do Quebra, não se deu de modo tão generalizado como, aliás, é fácil supor, já que as condições de existência

<sup>4</sup> *Jornal de Alagoas*. “Bruxaria”. Maceió, 07/02/1912, p. 1.

dessa população, bem como os vínculos sócio estruturais estabelecidos não lhes permitiam abandonar tudo de uma hora para outra. É possível que muitos deles se vissem obrigados a continuar convivendo nas mesmas condições de contiguidade com alguns dos seus algozes.

Em segundo lugar, apesar de terem sofrido toda sorte de represálias, nos dias que se sucederam às perseguições, esses filhos de santo não se furtaram de visitar a sede da Liga e até de opinar sobre a arrumação das peças expostas, inclusive, por solicitação dos próprios membros daquela associação, dado revelador da ambiguidade que orienta as relações entre grupos concorrentes, inclusive em momentos de crise aguda.

Resta, porém, uma dúvida: Qual a razão pela qual algumas peças recolhidas durante a devassa aos terreiros foram conservadas e reunidas numa coleção que resiste ao tempo, enquanto outros objetos sagrados foram destruídos nos próprios locais onde foram encontrados? Voltando ao relatório mencionado, na montagem da exposição na sede da Liga temos “peças do vivido” que atestam uma ligação malévola entre a elite política dominante e os terreiros de xangô, embora depois, no espaço do Instituto Histórico, esse mesmo material sofresse outro tipo de intervenção, desta feita, obedecendo a critérios eruditos como mandava a tradição da instituição que acolheu as peças e, portanto, “distanciando-se do vivido”.<sup>5</sup>

Nesse segundo momento, a classificação orienta-se pela procedência das peças, associadas a um passado africano e, portanto, remoto e distante. Isso nos conduz a outro argumento, qual seja, essa nostalgia do passado que orienta a classificação das peças pelos eruditos do Instituto Histórico e que também se apresenta nas crônicas sobre a época, escritas anos depois por autores que viveram esse período numa fase ainda tenra de suas vidas, não teria servido como critério na conservação de fetiches, imagens, indumentárias, paramentos para os revoltosos da Liga. Convém esclarecer que a maior parte das peças encontradas nos antigos terreiros de Xangô de Maceió guardava inúmeras associações com a tradição africana já que, como afirma Abelardo Duarte, muitas delas provinham do intercâmbio entre essas casas e os candomblés da Bahia e da África, promovido pelo famoso pai de santo Tio Salú que viajava aquele continente,

<sup>5</sup> Maggie, Yvonne. *Arte ou magia negra?* Relatório apresentado à Funarte, Rio de Janeiro, (mimeo.), 1979.

trazendo para Alagoas muitas das peças que hoje compõem a Coleção Perseverança.<sup>6</sup>

Contudo, no ato da invasão dos terreiros por parte dos integrantes da Liga dos Combatentes, as peças, indumentárias e instrumentos utilizados nos rituais religiosos que foram destruídos, são aquelas que estavam mais diretamente associadas à figura do Governador, das quais não se encontram exemplares na referida coleção. Essa destruição seletiva prescreve certa ambiguidade já que, por um lado, representa a manifestação de uma revolta contra um representante político que naquelas circunstâncias era a personificação do mal, por outro, reserva dos cultos realizados naqueles espaços mágico-religiosos, o que eles guardavam de sagrado. A opção pela conservação de algumas dessas esculturas como, Oxalá, Oxum-Ekum, Oyá, Omolu, Iemanjá, Obabá, Ogum-Taió, Xangô-Dadá, Xangô-Bomim e Xangô-Nilé,<sup>7</sup> em detrimento das que representavam entidades como o Leba, “ídolo com chifres” que representava “o espírito do mal” e “Ali-Babá, o santo que em forma de menino presidia a animação e os prazeres”,<sup>8</sup> as quais foram destruídas nas muitas fogueiras que arderam naquelas noites, consiste numa escolha que atualiza a crença. A acusação que recai sobre Euclides Malta e sobre algumas casas às quais supostamente ele estaria ligado, enquadra grupos, pessoas, segmentos e objetos, numa escala hierárquica.

Assim sendo, o critério que determina a conservação das peças parece estar diretamente associada aos aspectos místicos que elas carregam e a uma crença generalizada na magia. Tal afirmação fazemos amparados nas assertivas de Yvonne Maggie, uma das organizadoras do relatório citado, mas que no livro *Medo do feitiço* se reporta às contribuições de Lévi-Strauss para demonstrar a lógica desse sistema, segundo a qual, a existência da feitiçaria nunca é posta em questão, devendo os acusados,

<sup>6</sup> Duarte, Abelardo. “Histórico da coleção perseverança” in *Coleção Perseverança: um documento do Xangô alagoano*. Maceió: UFAL; Rio de Janeiro: FUNARTE/Instituto Nacional do Folclore, 1985.

<sup>7</sup> Segundo Raul Lody, o nome Xangô Nilê, entidade que em Alagoas foi sincretizada com Santo Antônio, o qual também está associado em outros estados brasileiros ao orixá Ogum, advém de um título africano localizado na Nigéria, conhecido por Onin Irê, do qual seriam corruptelas os termos Onirê e Nirê (Lody, Raul. *Coleção Perseverança: um documento do Xangô alagoano*. Maceió: UFAL; Rio de Janeiro: FUNARTE/Instituto Nacional do Folclore, 1985: 19). Quanto ao sincretismo de Santo Antônio com Ogum Nilê ou Ogum Onirê, um dos sete nomes recebidos por esse orixá no Brasil, consulte Verger, Pierre Fatumbi. *Notas sobre o culto aos orixás e voduns*. São Paulo: Edusp, 2000: 157/158.

<sup>8</sup> *Jornal de Alagoas*. “Bruxaria”. Maceió, 07/02/1912: 1.



como é o caso do adolescente zuni, colaborarem para o reforço essa crença. Semelhante à pena mágica exumada, que confirma as inúmeras versões apresentadas para corroborar a existência da feitiçaria, também as peças apreendidas durante a devassa aos terreiros de Xangô por parte da Liga, assumem o papel de “atestar a realidade do sistema que o tornou possível”.<sup>9</sup>

Sabe-se pela consulta à crônica local, que no auge da crise política enfrentada por Euclides Malta, não se podia dormir sossegado em certas ruas de Maceió, devido ao barulho dos tambores e zabumbas provenientes daquelas casas, o que pareceu uma provocação para grande parte da população da capital, insatisfeita com os desmandos administrativos daquele político, o qual, segundo notícias sobejamente espalhadas na cidade, frequentava com assiduidade a “panela do feitiço” com a finalidade de obter maior proteção para se manter por mais tempo no poder. Ora, esse tipo de prática religiosa sempre se nutriu de grande aceitação no Estado, não apenas entre as autoridades constituídas, haja vista a pouca frequência com que aparecem nas notas policiais, como também por parte dessa mesma população que com elas conviviam em áreas contíguas da cidade. O que teria alterado essa relação ao longo do tempo, foi a inclinação dessas casas para um tipo de serviço condenável, no caso, a defesa do “Soba de Mata Grande”, designativo pelo qual também Euclides Malta ficou conhecido.

Assim sendo, os terreiros haviam-se desviado de sua real função religiosa, para o patrocínio de malefícios, incorrendo num tipo de “feitiçaria barata”. A destruição das casas de xangô, na sequência do que foi feito com as próprias autoridades políticas ligadas à oligarquia dos Malta, nada mais significou para uma parcela da população envolvida com o evento, do que a eliminação de uma prática abominável, sem que a opinião sobre a eficácia de suas práticas fosse posta em dúvida. A conservação das peças africanas, em detrimento de outras como, a do Leba, com as quais o Governador estava associado, além de representar a vitória do santo guerreiro contra o dragão da maldade, visava retirá-las do seu *locus* originário, onde poderiam continuar sendo manipuladas para a promoção do mal. Colocando esses objetos num ambiente neutro, sua eficácia estaria sob controle.

<sup>9</sup> Maggie, Yvonne. *O medo do feitiço: relações entre magia e poder no Brasil*. Rio de Janeiro: Arquivo Nacional, 1992: 29.

Convém acrescentar que a revolta contra os terreiros de Xangô em Maciô não passou de uma alegoria política, cujo foco foi o descontentamento contra o Governador Euclides Malta, que supostamente frequentava aquelas casas. Em junho de 1915, portanto alguns anos após a destituição daquele político, numa cerimônia realizada no Instituto Histórico de Alagoas para marcar a passagem de mais um aniversário do governo de Clodoaldo da Fonseca, um dos presentes desfere punhaladas no retrato de Euclides Malta ali existente, num ato simbólico que podemos interpretar como a disposição de manter afastado dos redutos da memória local, qualquer vestígio de lembrança do mal que ele representava. Mais tarde quando a Coleção Perseverança foi transferida para aquela casa, também não trazia imagens ou esculturas associadas aquele governante, inclusive porque elas já tinham sido destruídas durante a invasão aos terreiros, imediatamente após a sua retirada forçada do poder.

A ausência quase que total de estudos voltados para o registro dessas práticas religiosas em Alagoas, denota a atenção que elas estimam no meio. Tendo sido um tema bastante explorado em estados vizinhos como Pernambuco, Bahia e Sergipe, sem também deixar de ser analisado em localidades como Maranhão, Rio de Janeiro, São Paulo e Rio Grande do Sul, locais onde uma vasta produção etnográfica foi obtida no acompanhamento de candomblés, xangôs, tambores-de-mina, umbandas, macumbas, batuques – a designação se relaciona à tradição a que pertence o pesquisador –, causa espanto que em Alagoas, onde as manifestações religiosas de tradição africana foram tão intensas, pouquíssimos autores tenha lhe dedicado atenção. Aliás, essa atitude da intelectualidade alagoana, como vimos antes, parece recorrente na consideração de outros episódios da história do Estado, onde se fez sentir a participação de segmentos marginalizados ou das “classes perigosas”, para usar um termo que nos foi muito útil na compreensão do Quebra-quebra. Essa *desconsideração*, termo que se aplica sobremaneira à compreensão da atitude dessa intelectualidade alagoana, vem incrementar o repertório de agressões a que se viram sujeitos os atores sociais envolvidos com essas práticas religiosas tidas por periféricas, para não dizer marginais.

## **Bibliografia**

Dantas, Beatriz Góis. 1988. *Vovó nagô e papai Branco: Usos e abusos da África no Brasil*. Rio de Janeiro: Graal.

*A Coleção Perseverança do Instituto Histórico e Geográfico de Alagoas*

- Duarte, Abelardo. 1974. *Catálogo ilustrado da Coleção perseverança*. Maceió: IHGAL.
1985. "Histórico da coleção perseverança" in *Coleção Perseverança: um documento do Xangô alagoano*. Maceió: UFAL; Rio de Janeiro: FUNARTE/Instituto Nacional do Folclore.
- Jornal de Alagoas*. 1912. "Bruxaria". Maceió, 07/02.
- Lody, Raul. 1985. *Coleção Perseverança: um documento do Xangô alagoano*. Maceió: UFAL; Rio de Janeiro: FUNARTE/Instituto Nacional do Folclore.
- Maggie, Yvonne. 1975. *Guerra de Orixá: um estudo de ritual e conflito*. Rio de Janeiro, Zahar.
1979. *Arte ou magia negra? Relatório apresentado à Funarte*, Rio de Janeiro, (mimeo.).
1992. *O medo do feitiço: relações entre magia e poder no Brasil*. Rio de Janeiro: Arquivo Nacional.
- Verger, Pierre Fatumbi. 2000. *Notas sobre o culto aos orixás e voduns*. São Paulo: Edusp.

---

## 4 “Ciudad sitiada”: memorias militantes en Bahía Blanca

*Gabriela Gonzalez*

El presente trabajo pretende ser una aproximación, desde una mirada etnográfica, a las formas en que los sujetos recrean sus propias experiencias de militancia en la Juventud Peronista (JP) en la ciudad de Bahía Blanca (Argentina), desarrolladas entre fines de la década de 1960 y principios de la de 1970. En el análisis se tienen en cuenta las perspectivas propias de tales sujetos, así como la fuerte presencia pasada y presente de las Fuerzas Armadas en la ciudad. En esta reconstrucción, las concepciones nativas acerca de la política y lo político constituyen uno de los núcleos problemáticos principales de nuestra tarea. De aquí se desprenden una serie de preguntas que guían gran parte de nuestra búsqueda: ¿cómo se relacionaron las experiencias de vida cotidiana y la militancia con procesos históricos y políticos más amplios? ¿Cómo se insertaba la militancia y la política en la vida de un sujeto?, y por otro lado, ¿cómo evitar, si esto era posible, los relatos únicos? ¿Cómo articular lo vivido con el presente?, y ¿en qué medida la presencia actual de las Fuerzas Armadas atraviesa, o condiciona, las narrativas presentes de aquellos años?

Procuraremos acercarnos a estos interrogantes a través de la explicitación del marco teórico desde el cual partimos, de una breve contextualización de Bahía Blanca y por último de la presentación de las relaciones entre dicha contextualización, la militancia política y las formas de aproximarse a ella por parte de los sujetos en el presente.

### **Un punto de partida...**

En tanto nuestro interés se centra en el abordaje de la memoria desde una perspectiva etnográfica, consideramos que el punto de partida se encuentra en la relación entre la propia mirada del sujeto investigador y la de los sujetos de la problemática, con especial énfasis en las formas en que estos últimos viven y dan sentido a sus prácticas a partir de sus pro-

pías perspectivas (Quirós, 2009). Cabría advertir que este interés puesto en las perspectivas de los actores no se reduce a un método o técnica de campo, sino que constituye un tipo de análisis particular dentro del marco de la denominada antropología de la política. En este sentido, a través de este enfoque y de la problemática de investigación propuesta, partimos de una concepción de la política determinada según “cada contexto histórico a partir de un análisis de los múltiples modos en los cuales lo político, lo económico, lo religioso, etc., se entrecruzan e interpenetran con el efecto de producirla” (Balbi, 2007: 43). En el siguiente apartado abordaremos esta cuestión en relación al contexto histórico político de la ciudad de Bahía Blanca, pero antes quisiéramos desarrollar brevemente algunas cuestiones en torno a la caracterización de la memoria.

Si bien la antropología ha desarrollado numerosos aportes en el campo de la memoria,<sup>1</sup> consideramos que resta aún mucho por aportar desde la especificidad de dicha disciplina, sobre todo respecto de las posibilidades que la misma nos brinda a la hora de aproximarse a las formas en que los sujetos resignifican sus propias prácticas (Quirós, 2009).

Existe una cierta generalización compartida en cuanto a considerar la *memoria* como una reconstrucción que, a partir de las inquietudes del presente, se pregunta o se lanza sobre el pasado, al mismo tiempo que constituye una proyección hacia el futuro. En este sentido, la memoria se encuentra íntimamente ligada a la idea de transmisión, de “pasaje” de ciertas experiencias únicas, ya sea de manera individual como colectiva (Calveiro, 2006; Hassoun, 1996), lo cual implicaría tener en cuenta dos cuestiones. Por un lado, en tanto la memoria es construida socialmente, existen diferentes maneras de recordar y de organizar los acontecimien-

<sup>1</sup> La visibilidad que la problemática de las memorias ha alcanzado, principalmente durante las últimas décadas, ha puesto en escena ciertos debates que no escapan en modo alguno a la antropología. Entre ellos destacamos aquellos surgidos en torno a las formas de reconstrucción simbólica y material del horror, a través de la recuperación de ex centros clandestinos de detención-desaparición de personas que funcionaron en la Argentina durante la última dictadura (1976-1983) para la instalación de “Espacios de Memoria” y el establecimiento de monumentos y/o marcas territoriales (Bianchi et. al., 2008; Butto et. al. 2004); la reapertura de los juicios a militares por la declaración de inconstitucionalidad de las llamadas “Leyes del Perdón”; la instauración del 24 de marzo como “Día Nacional por la Memoria, la Verdad y la Justicia”, incorporándolo así dentro de la currícula escolar obligatoria; la “validez epistemológica del testimonio de los protagonistas directos” de los hechos (Sarlo, 2007); los “diferentes regímenes de memorias” desde el advenimiento de la democracia en 1983 (Pastoriza, 2009); la relación “historia-memoria” (Mudrovic, 2005); los “usos políticos de la memoria” (Calveiro, 2006; Jelín, 2010).

tos del pasado. Por otro, dado que las diferentes versiones del pasado se encuentran imbricadas en relaciones sociales, una de estas versiones puede volverse dominante. Para Pires (1989) estas cuestiones encierran una discusión sobre las relaciones de poder respecto a qué “hacer” con el pasado y sus imágenes. La discusión se complejiza aún más si tenemos en cuenta que tales “imágenes del pasado” se sostienen en procesos materiales y simbólicos que activan o configuran determinados sentidos políticos (Manzano, 2010). Al mismo tiempo, se trata de memorias de un pasado considerado como eminentemente político (Calveiro, 2006), por lo cual la selectividad y relatividad en relación a las distintas visiones del mismo no necesariamente significan arbitrariedad.

Lo que siempre está en juego, de esta manera, es el carácter político de toda interpretación. En este caso acerca de cómo se relacionaron las experiencias de vida cotidiana y la militancia con procesos históricos y políticos más amplios; cómo se inserta la militancia y la política en la vida de un sujeto; cómo captar las formas en que los sujetos percibían, experimentaban y significaban su propia militancia y los acontecimientos que la marcaban; y, por otro lado, cómo se articularán las memorias, en un sentido plural, con los grandes trazos de uno o varios relatos; cómo evitar, si fuera esto posible, los relatos únicos, articulando lo vivido con el presente.

Esta separación, un poco forzada, en dos cuerpos de preguntas, nos permite ubicar el análisis en extremos diferentes y, al mismo, tiempo articulados entre sí. Se trata de distinguir distintas dimensiones vividas de la acción colectiva, vinculadas con la militancia peronista durante fines de los sesenta y mediados de los setenta y las formas (contextuales) en que los sujetos recrean y hacen visibles hoy tales experiencias, desde un sentido de continuidad y de alteridad con el pasado. De esta manera, los diversos sentidos que vamos resaltando, interpretando, haciendo transmisibles en la reconstrucción de la memoria por parte de los sujetos, se encuentran profundamente atravesados por la apropiación de diversas narrativas para hacer de ellas un nuevo relato (Hassoun, 1996) capaz de reconfigurar nuevos espacios de disputa.

La memoria así se encuentra en constante movimiento, inscrita en una trama de relaciones sociales y políticas. Otro elemento que no hemos mencionado aún, y que también creemos hace a dicha configuración, es la relación entre transmisión y “herencia”. Retomando a Hassoun, Guelman (2001) plantea que una “transmisión no lograda” puede reforzar los

mecanismos de identificación y apropiación acrítica de lo heredado, produciéndose una mera repetición en términos de “mandato”. Por el contrario, sostiene que una “transmisión lograda” es aquella capaz de construir subjetividad, esto es, “brindar al otro la posibilidad de *ser*” (Guelerman, 2001: 50; bastardilla en el original).<sup>2</sup> De esta manera, lo transmitido-heredado forma parte de un “horizonte de expectativas” que hace a toda experiencia, en tanto constituye aquello que se espera que acontezca, es decir que, así como “no hay expectativa sin experiencia, no hay experiencia sin expectativa” (Mudrovcic, 2005: 101). Esta íntima relación entre experiencia y horizonte de expectativas es la que permite explicar, según Mudrovcic (2005), los cambios históricos como ruptura y continuidad, dado que, si bien toda experiencia forma parte de un pasado estratificado, sedimentado e imposible de medir cronológicamente, la misma se organiza en torno de acontecimientos que sí pueden fecharse. Tales acontecimientos se transforman de esta manera en núcleos de sentido capaces de resignificar las experiencias vividas. Los acontecimientos de Ezeiza en 1974, el 1° de mayo de 1974, la asunción de Cámpora, la muerte de Perón, el golpe militar de 1976, entre otros, constituyen núcleos en torno a los cuales los sujetos estructuran y narran sus vivencias, recuerdos, olvidos, sensaciones y anhelos.

Desde una perspectiva etnográfica proponemos que en la reconstrucción de tales experiencias buscamos recuperar una mirada de los procesos históricos y de las vivencias cotidianas, procurando a su vez dar cuenta de los contextos en que éstas se inscribían y la capacidad de resignificación de los sujetos.

### **Bahía Blanca “ciudad sitiada”**

En este apartado nos detendremos brevemente en la reconstrucción del contexto histórico-político de la ciudad de Bahía Blanca, destacando determinados “eventos etnográficos” (Peirano, 2002), en tanto los mismos sintetizan innumerables factores (económicos, culturales, militares, etc.) que no podrían ser explicados de forma aislada.

<sup>2</sup> Si bien los planteos de Guelerman se centran en la transmisión a las generaciones nacidas en o después de la última dictadura argentina, consideramos que los mismos pueden aportar a la comprensión de las resignificaciones de las generaciones pasadas, heredadas del proceso anterior que vivió el peronismo desde su constitución. Tanto las memorias recreadas por quienes vivenciaron de manera directa determinados acontecimientos, como las heredadas, ponen en juego diversas interpretaciones, además de una reflexión sobre sí.

Luego de diversos intentos fracasados por avanzar hacia los territorios del sur, que conllevaron el reconocimiento de la Bahía Blanca, en marzo de 1828 fue designado el coronel Ramón Bernabé Estomba para que instalara los nuevos fuertes que cubrieran la denominada “frontera sur”. De esa manera el 11 de abril de ese mismo año el coronel Estomba, habiendo aceptado la ubicación propuesta, echó los cimientos para la construcción del fuerte y del pueblo. El mismo recibió el nombre de Fortaleza Protectora Argentina, en homenaje al General San Martín, pero con el correr del tiempo recibió el actual de Bahía Blanca. Entre sus primeros pobladores se encontraban principalmente soldados, algunos prisioneros de guerra e indígenas que se asentaban alrededor del fuerte (Weinberg, 1978). Las diversas investigaciones en torno a su desarrollo y crecimiento (Bustos y Marengo, 2000; Rodríguez, et. al., 2000) dan cuenta, de acuerdo al eje que guía esta investigación, de la transformación de la ciudad como fortín a la ciudad como puerto y polo industrial, es decir de “lo militar” como constitutivo y constituyente del desarrollo y crecimiento de la ciudad. Si nos adelantamos un poco más en la línea histórica, esta hipótesis pareciera hallar aún más fuerza con la instalación de la Base Naval Puerto Belgrano.

La Base Naval Puerto Belgrano es la principal base de la Armada Argentina y se encuentra ubicada a 30 kilómetros de Bahía Blanca. Fue creada en 1898 bajo el impulso del general Julio Argentino Roca, con motivo, por un lado, de la defensa del territorio nacional ante los conflictos existentes con Chile, y por otro, de la necesidad de un complejo portuario militar que concentrara diques, talleres y arsenales con proyección al océano (Cernadas, 1971). La historia de su creación es interesante en dos sentidos, uno porque hace a la trama social de Bahía Blanca y otro, porque nos permite rastrear el rol que fueron teniendo las Fuerzas Armadas a lo largo del tiempo.

Siguiendo a Cernadas hasta 1890 las fuerzas militares habían tenido un acrecentamiento irregular, “moviéndose más en la improvisación que en el desarrollo organizado” (1971: 15). Sin embargo, a partir de dicho año, frente a las amenazas de expansión de Chile y de su superioridad militar, las Fuerzas Armadas Argentinas iniciaron una etapa de crecimiento, apoyado tanto por el Congreso de la Nación como por gran parte de la opinión pública. En dicho contexto se promulgaron en 1895 leyes militares para organizar la Guardia Nacional y el Ejército, el cual pasó a estar formado por voluntarios contratados y por argentinos mayores de 20 años



(Cernadas, 1971). En 1897 se expidió la resolución por la cual al año siguiente se iniciaron los trabajos para la construcción del puerto militar, más tarde denominado Puerto General Belgrano. A pesar de todas estas transformaciones, existían algunos sectores militares que insistían con la inferioridad militar argentina respecto de Chile. Estas tensiones y la agudización de los conflictos con el país vecino conllevaron la compra de buques y armamentos a Europa, con financiamiento no solo del Estado, sino también de particulares. Por otro lado, se sancionó la Ley Orgánica del Ejército, la cual establecía el Servicio Militar Obligatorio. A la opinión pública en general se sumó además el apoyo de la prensa y algunos partidos políticos (Cernadas, 1971).

Si recapitulamos ahora lo concerniente a la historia de Bahía Blanca durante el siglo XIX, esta tuvo, de acuerdo a lo mencionado, dos acontecimientos que de alguna manera definen parte de su trama social: su fundación como fuerte para controlar el acecho de los “malones indígenas” y la construcción del puerto militar frente al peligro de la avanzada chilena. Durante gran parte del siglo XX la “construcción del enemigo” no recaería ya sobre los pobladores originarios del territorio argentino o sobre la amenaza de expansión de Chile. Cabría entonces mencionar, en este sentido, un acontecimiento destacado que hace a la historia de Puerto Belgrano. No solo fue epicentro de la planificación del bombardeo de Plaza de Mayo que finalizó con el derrocamiento del General Juan Domingo Perón (Martínez, 2006), sino que de las dependencias de la Base Aeronaval Comandante Espora (bajo jurisdicción de Puerto Belgrano) despegaron algunos de los aviones que participaron de dicho bombardeo, con la consigna “Cristo vence” pintada en sus alas. Por otro lado, el Comando del V Cuerpo de Ejército, cuyo nombre significativamente sería el de *Teniente General Julio Argentino Roca* desempeñaría, años más adelante, un papel destacado durante la dictadura militar de 1976, bajo cuya jurisdicción se encontraban, además de la ciudad de Bahía Blanca, otras localidades del sur de la provincia de Buenos Aires y algunas de Río Negro.

A esta trama de fuerte presencia de las Fuerzas Armadas, que en primera instancia haría suponer cuestiones disciplinares de por medio, se podría agregar una cuestión de orden económico, dado el porcentaje de población civil en relación asalariada con las fuerzas, sobre todo en la ciudad vecina de Punta Alta, colindante con la base naval. Por otro lado, en Bahía Blanca se encuentra uno de los puertos mercantes de aguas pro-

fundas más importantes del país. Sin embargo, estos hechos no permitirían comprender por sí solos la preeminencia de ciertas normas y valores del orden de lo militar. A este respecto, algunos autores destacan el rol de la prensa, no solamente como medio de construcción de opinión sino además, y sobre todo, como portavoz de las Fuerzas Armadas (Llull, 2005; Orbe, 2007a; Zapata, 2007). Nos referimos a *La Nueva Provincia* (LNP), “actor político” destacado durante la dictadura de 1976 (Zapata, 2008). Los trabajos llevados adelante en este campo resaltan también la presencia de dos instituciones de gran peso en el desarrollo de la historia de Bahía Blanca, que intervinieron de forma muy marcada en las décadas del sesenta y setenta, a saber, la iglesia y la universidad. Sobre este conjunto de relaciones y su vínculo con la militancia política en Bahía Blanca nos detendremos en el apartado siguiente.

### **Un punto de llegada...**

En principio se trata de recordar. Cada relato tiene algo nuevo, algo pensado por primera vez, nuevas miradas, algunos miedos aún presentes. Allí va emergiendo lo cotidiano, ya no a través de una práctica de observación minuciosa del día a día de las actividades y de las relaciones de los sujetos con la población, o *el pueblo*, sino en la forma en que lo recordado va siendo narrado. Resulta difícil que tales relatos no se encuentren atravesados por la reflexión que media desde su acontecimiento puntual hasta el momento de su enunciación, o fuera de todo contexto. No hay relato que no evoque el proceso histórico político que fue configurando cada uno de los momentos más significativos que son evocados por los sujetos: “lo que significaba el gobierno peronista desde el 45 al 55”, los años de la *resistencia*, la dictadura de Onganía, el *cordobazo*, la vuelta de Perón, la *primavera camporista*, la relación de Perón con Montoneros, la burocracia sindical, etc., por nombrar solo algunas de las referencias a las que se alude permanentemente. En esta profunda relación, la política no se halla restringida solamente al ámbito de la militancia, pero sí dotada de múltiples sentidos según los espacios en donde ésta se desarrollaba (sindicalismo, universidad, barrios, etcetera).

Si bien es mucho el camino que aún resta por recorrer en el análisis de la militancia de la JP en Bahía Blanca, es posible encontrar algunos puntos de partida a través de testimonios e investigaciones presentes. Respecto de los inicios de la Juventud Peronista en la ciudad, previa al periodo que nos interesa, Acha (2011) destaca la presencia de organiza-

ciones laboristas en las que se encontraban grupos juveniles que participaron de la campaña electoral de 1946. En ese contexto remarca el surgimiento de los primeros “Ateneos de la Juventud Peronista”, constituidos predominantemente por jóvenes, muchos de ellos peronistas de la Acción Católica que complementaban sus actividades de militancia entre las Unidades Básicas y la iglesia. El éxito de las iniciativas que fueron surgiendo llevó a la conformación del Comando Bahía Blanca de la Juventud Peronista, el cual logró una importante acumulación política. En 1954 se produjo la refundación de la Juventud, con Juan Alberto Gugliardo como delegado y, tras la proscripción del peronismo en 1955, los jóvenes continuaron con algunas de sus actividades en la clandestinidad, procurando contrarrestar la “desperonización” de la población (Acha, 2011). Muchos de ellos, incluso, participaron de los Comandos de Organización Revolucionarios conformados durante la Resistencia Peronista.

En medio de estos intentos tiene lugar la revolución cubana, que produjo un fuerte impacto local, al igual que en el resto del país y el continente, y se reflejó en la ciudad en los discursos y prácticas estudiantiles y periodísticos. Comenzaron así a realizarse una serie de homenajes y denuncias en repudio a la política represiva del gobierno de Batista, a través de las cuales, tal como lo señala Orbe (2007b), se exaltaba la figura del “mártir juvenil” como modelo político militar, una figura que, claramente desde otro lugar, probablemente no haya resultado demasiado ajena teniendo en cuenta el contexto local. La demarcación de aquello que ahora era considerado como una “conducta heroica” comenzó a ser utilizada para la “construcción de identidades y alianzas” y para “identificar adversarios y enemigos” (Orbe, 2007b). Dichas posiciones se fueron afianzando a medida que avanzó la década de 1970, y fueron alimentando las discusiones por la posibilidad de un compromiso político mayor en el marco de una organización. En este sentido, Dominella (2010) plantea que, con motivo del encuentro nacional de la Juventud Universitaria Católica (JUC), celebrado en enero de 1965 en Bahía Blanca, se debatió acerca de las necesidades de transformar la sociedad a través de un compromiso político ya no temporal. Ello llevó a muchos militantes a abandonar la JUC y/o la iglesia, y optar por la izquierda peronista o el marxismo. La misma autora agrega que si bien las trayectorias ideológico-políticas de quienes militaban dentro del catolicismo hacia fines de 1960 y comienzos de 1970 no se redujeron exclusivamente al peronismo,

la adscripción a él se “constituyó en el posicionamiento político mayoritario”.

Pasando por la influencia de la revolución cubana y sus alcances en el orden local, hasta la influencia del catolicismo conciliar, tanto la iglesia como la Universidad Nacional del Sur parecieran haberse constituido en dos ámbitos privilegiados para la militancia, además de los barrios, las fábricas y los sindicatos. Dicha militancia tenía lugar en el marco de una “cultura política autoritaria” (Orbe, 2007b) que caracterizaba en gran medida a la ciudad, y estaba en consonancia con los hechos que iban teniendo lugar en el resto del país.

Hacia 1969 comenzó un periodo de intensa movilización, sobre todo entre los estudiantes universitarios, que produjo la reactivación de la política dentro de la universidad, luego que esta hubiera sido reprimida como parte de las medidas tomadas durante el gobierno de Onganía. En las reuniones llevadas a cabo en el comedor de la universidad o en las casas de los estudiantes de la zona, además de informar acerca de los hechos ocurridos en distintas ciudades del país, comenzaron a organizarse una serie de medidas tales como paros, el levantamiento de cursos, tomas de la universidad, peticiones al rectorado y movilizaciones en el centro de la ciudad. Estas últimas resultaban en un aprendizaje en cuanto a saber cómo moverse en las manifestaciones ante los enfrentamientos con la policía, “gimnasia habitual” del militante (Dominella, 2010: 60). Se podría dejar abierta la pregunta por lo “habitual”, en relación a si la misma respondía al contexto particular de la época, a una trama mayor propia de la ciudad, o a ambas. Comenzó de esta manera, a darse un proceso de politización del movimiento estudiantil, reflejado en diversas organizaciones que si bien coincidían discursivamente respecto del rechazo al gobierno dictatorial, no pudieron concretar un frente estudiantil único (Orbe, 2007b). Se trataba de grupos socialistas (enmarcados en el PRT-ERP), del Frente de Acción Estudiantil (FAE), la Tendencia Estudiantil Socialista Revolucionaria (TERS), el Frente Estudiantil Nacional (FEN), la Agrupación Universitaria de Acción Liberadora (AUDAL) y la Agrupación Estudiantil Reformista (AER) (Dominella, 2010).

En la medida en que el compromiso por una militancia política mayor se fue incrementando también lo fueron haciendo los ámbitos de participación –el barrio, la universidad, la iglesia, los propios lugares de trabajo, etc.–, y por ende la incorporación de los jóvenes a diferentes agrupaciones. Se trata, de acuerdo a las concepciones nativas, de *melonar*, esto es,

captar militantes por medio de la concientización y la práctica y la discusión política. Este proceso dio lugar a la construcción de redes que permitían el paso de la militancia social a la militancia política, o el sostenimiento de ambas. Cabría aclarar, además, que la participación en una determinada organización o ámbito no era fruto únicamente de la captación de nuevos militantes. La misma coyuntura política marcó, en muchos casos, la incorporación, el pase o abandono de ciertos espacios. Tras las elecciones presidenciales de 1973, por ejemplo, se propició un vuelco importante hacia el peronismo. En relación con muchos de aquellos jóvenes cuya participación se daba sobre todo dentro de la iglesia, Dominella (2110) sostiene que se produjo un vuelco hacia la JP-Montoneros y sus diferentes frentes, sobre todo la JP territorial, la Juventud Trabajadora Peronista y la Juventud Universitaria Peronista. A partir de allí, se vivenció la participación en movilizaciones masivas, en diversos actos, concentraciones como la que tuvo lugar para el acto de campaña de Perón el 31 de agosto de 1973 (Gianella, et. al., 2012), los viajes a Buenos Aires para las elecciones de Cámpora, el regreso de Perón o el 1° de Mayo de 1974, las reuniones con referentes del movimiento nacional, la realización de mesas y campamentos de trabajo, los operativos solidarios conjuntos (Dominella, 2010).

La militancia en los barrios, o *territorios*, al igual que en el resto del país, también se llevaba adelante a través de las Unidades Básicas (UB), ya sea para quienes se hallaban *encuadrados* dentro del Movimiento Peronista, como para quienes adherían a él, o buscaban una participación y formación política que les permitiera comprender la realidad de otra manera para poder incidir sobre ella. En las UB participaban, entonces, vecinos, estudiantes, militantes de la JP y otros. Desde estas se apoyaba e impulsaban distintas actividades tendientes a mejorar las condiciones de vida del barrio: instalación de canillas públicas, tendido de cables de luz eléctrica, demarcación de manzanas, reclamos ante las entidades correspondientes, actividades para niños (apoyo escolar, copa de leche, etc.) y mujeres, etc. Estas últimas eran llevadas a cabo principalmente por la Agrupación Evita que constituía la rama femenina del Movimiento. Por otro lado, en las UB también se fueron haciendo manifiestas las diferencias existentes en el interior del peronismo que se daban a nivel nacional, a través de amenazas, agresiones y algunos enfrentamientos, lo cual llevó a que algunos militantes decidieran abandonar el trabajo en el barrio. Muchas de estas tensiones tenían que ver con la no distinción de la adscripción de

los militantes. En general se solía pensar que todos eran Montoneros (Dominella, 2110).

Otro ámbito destacado fueron las empresas y fábricas y sus sindicatos. Sobresale, por un lado el papel de Rodolfo Ponce, Secretario General de la CGT local entre 1973 y 1976, vinculado con la derecha del peronismo, avalado por sectores del poder local y cara visible de la Triple A (Alianza Anticomunista Argentina) en Bahía Blanca (Zapata, 2011). Por otro, la fuerte presencia de la UOCRA a través de Roberto Bustos, su secretario local, y la participación de los trabajadores gráficos de LNP frente a las tensiones con la patronal entre 1971 y 1975. Párrafos más arriba señalamos cómo este diario, explícitamente vinculado a las Fuerzas Armadas, influyó sobre la opinión pública bahiense. Dicha relación se manifestaba en el hecho de que cuando la Armada o el Ejército asesinaban a alguien, dichos acontecimientos –que no siempre eran mencionados–, figuraban en sus editoriales como “enfrentamientos”. En este sentido, Belén Zapata (2008) menciona las relaciones de la Dirección de Inteligencia de la Policía de la Provincia de Buenos Aires (DIPBA) y del Servicio de Informaciones de la Prefectura Naval Argentina (SIPNA), que en Bahía Blanca habría comenzado en 1974, con sectores de la dirección de *La Nueva Provincia* y de otras empresas que albergaron agentes de inteligencia, a los que además de prestar sus instalaciones, sustentaron económicamente. Según los informes relevados por Zapata, los documentos realizados por dichos agentes puntualizaban en quiénes eran los trabajadores y cuáles eran sus adscripciones políticas. Respecto de LNP, las investigaciones resaltan la vigilancia efectuada sobre los trabajadores pertenecientes al Sindicato de Artes Gráficas, los cuales resultaron en el asesinato de dos de sus miembros en julio de 1976, los gráficos Enrique Heinrich y Miguel Ángel Loyola.

Resta ahora referirnos al tercer ámbito de militancia mencionado, la universidad. Más arriba aludíamos a la movilización estudiantil que se reactivó luego del Cordobazo y que se viera reflejada hasta 1974 a través de los centros de estudiantes, asambleas, actividades de apoyo a los reclamos de los trabajadores, entre otros (Dominella, et. al., 2009). En 1973, con la designación de Víctor Bejarano –abogado cercano a la JP–, como interventor de la universidad, se favoreció la apertura de una nueva etapa para el peronismo dentro de dicha institución (Orbe, 2007a). Dicha apertura se mantuvo hasta febrero de 1975, cuando fue reemplazado por Remus Tetus, un nuevo interventor de tendencia filofascista. Dos meses

después tuvo lugar el asesinato, por parte de un suboficial de la Armada y custodia de Tetus, del secretario de la Federación Universitaria del Sur y militante de la Federación Juvenil Comunista, David “Watu” Cilleruelo (Dominella, 2010). En la medida que los asesinatos y desapariciones se incrementaban, no solo entre los estudiantes universitarios, comenzó un proceso de retroceso de muchas de las organizaciones y de exilio de muchos de sus militantes. Con Tetus como interventor, quien se hallaba respaldado por sectores de la inteligencia naval, de LNP y de la CGT local, se cerraron los centros de estudiantes, se desarticulaban las organizaciones que se encontraban dentro de la universidad, se prohibieron las asambleas y cátedras paralelas, se cerró provisoriamente el comedor universitario que era además un espacio de reunión y debate, se reformaron los planes de estudio y se despidió a un número considerable de docentes y no docentes (Orbe, 2007a). Estas detenciones y despidos conllevaron, al mismo tiempo, que profesores que simpatizaban con estas políticas, hayan acusado a otros docentes de “adoctrinamiento marxista”, saldando así “rencillas domésticas” (Martínez, 2004).

Para cuando el golpe de estado de 1976 se hizo efectivo, la universidad se encontraba ya reestructurada de acuerdo a los parámetros que luego estableció la Junta Militar que asumió el poder el 24 de marzo de ese año. En este sentido, de acuerdo a uno de los alegatos producidos durante los juicios por delitos de lesa humanidad en el año 2012, el golpe de Estado habría tenido lugar en Bahía Blanca un año antes a través de la ofensiva en la universidad por la “concepción ideológica de la subversión” que en esta imperaba. De esta manera, una vez comenzó a operar Acdel Vilas en la ciudad luego de haber encabezado el Operativo Independencia en Tucumán, se reorganizaron los grupos paramilitares que ya existían.

En la medida en que las Fuerzas Armadas fueron incrementando el nivel de violencia en una sociedad con un alto componente militar en relación al conjunto de la población,<sup>3</sup> al interior de la militancia se empezaron a traslucir algunas tensiones que de cualquier modo no fueron exclusivas de Bahía Blanca. Pensar en militancia comenzó a ser, para algunos, pensar en lo militar, es decir, “las formas de organizarse y las formas de responder, las formas de conducir y de ser, las formas de vivir encuadrada con muchos criterios militares, más allá de la lucha armada” (José). En una ciudad como Bahía Blanca, a la que muchos definen como una *ciudad sitiada* dada la fuerte presencia de las Fuerzas Armadas (Mari-

<sup>3</sup> En 1970 la población total de Bahía Blanca era de 191.624 habitantes.

na, Ejército, Base Aeronaval), esta concepción de la militancia no dista mucho de la trama social que la caracterizó y la caracteriza aún hoy día. En los relatos presentes aparece entonces con fuerza “el mito del héroe”, de las “respuestas heroicas” en oposición a las “respuestas inorgánicas”, a las respuestas de aquellos que no estaban *alineados* o *encuadrados*, los que “no están organizados”, los que “no concordaban con la línea política de la organización”, los que vivían la militancia con una sensación de “extrañeza”.

Ahora bien, cuando se alude a tal sensación de “extrañeza”, no solo se hace referencia al pasado. Esa sensación aparece sobre todo bajo la dificultad presente de narrar la experiencia pasada, no ya por el hecho de no recordarla, sino más bien por el temor aún actual de nombrarla. En muchos relatos este temor aparece directamente relacionado al terrorismo de Estado y a la frase ya citada acerca de Bahía Blanca como una “ciudad sitiada”:

Estamos viviendo con vecinos que fueron entregadores... todos sabemos quienes eran.

Tengo un dilema moral si está bien que yo cuente quien entregó y quién no porque me lo confiaron en una charla íntima unas alumnas.

Me pasaba que yo creía que no tenía nada que contar y eso le pasa por ahí al que estuvo preso y volvió... creo que no hay peor castigo que volver, porque acá tenías que callar todo y no decir nada, es complicado este momento y es complicado para la gente que sabe muchas cosas y tiene miedo de hablar.

Estos registros, provenientes de entrevistas y de situaciones observacionales ponen en escena un contexto disímil respecto a lo que en los últimos años ha ido ocurriendo en otros puntos del país, en donde los relatos y diversas formas de memorialización han alcanzado una visibilidad cada vez más grande, sobre todo en ciudades con mayor número de habitantes. Como acontecimiento significativo podemos mencionar que en la ciudad de Punta Alta, en la cual se emplaza la Base Naval Puerto Belgrano, el primer registro de la realización de marchas en relación con la memoria es del 9 de julio de 2011, día en que se realizó un “desfile” en ocasión de la conmemoración de la autonomía de dicha ciudad.

Podríamos plantear así que, abordar la recreación de la experiencia política del sujeto militante de los años sesenta y setenta desde las posibili-



dades que la antropología ofrece, no se limita a la descripción de las acciones que definen la práctica política (movilizaciones, actos relámpago, charlas con los compañeros, trabajo de base, pintadas, toma de comisarías, etc.), y las concepciones que atraviesan dichas prácticas. Se trata, además, de dar cuenta de aquello que daba sentido y marcaba tales formas de vida. De esta manera, en tanto la militancia pasa a ser parte de la vida de una persona, lo cotidiano de la política se traduce en lo cotidiano de la vida misma. El desafío entonces, es distinguir una esfera de la otra para poder comprender como, en definitiva, ambas se entrecruzan y constituyen dos caras de una misma moneda (Gonzalez, 2014).

Creemos hasta aquí haber señalado algunos puntos nodales que venimos trabajando en nuestra investigación, que hacen a una determinada manera de aproximarnos al pasado reciente, centrándonos para ello en las posibilidades que una mirada etnográfica ofrece. Mientras que para algunos la dificultad de narrar lo acontecido recae más bien en el miedo o inquietudes de tipo “moral”, para otros se ancla en un cuestionamiento más profundo hacia la dinámica misma de la organización de la que formaron parte. Para quienes se posicionan en un lugar que podríamos mencionar como “más crítico”, la relación entre cómo se pensaba una práctica política determinada, cómo se la vivía y cómo se la recrea actualmente, constituye la base para una “transmisión lograda” del pasado a las nuevas generaciones.

El tema de la militancia, a pesar de la apertura que ha tenido durante los últimos años, continúa siendo un fenómeno a seguir debatiendo, principalmente en aquellos lugares cuyos contextos sociales permanecen más reticentes a volver sobre su propio pasado. Tal es el caso, creemos, de Bahía Blanca. Sin embargo, más allá de estos planteos y de los silencios aún persistentes, quisiéramos destacar aquellos relatos que nos hablan de las continuidades en términos de las políticas actuales, de la identificación con los jóvenes, que hoy día han elegido la militancia política como una opción válida para la transformación, y de las posibilidades que para muchos significa poder contar su experiencia a otros. De esta manera, como punto de partida de este trabajo, el recorte realizado, se inscribe en una forma particular de construcción de las memorias del pasado reciente, que se sostiene en la consideración de que la resignificación de aquel pasado “conflictivo” y la visualización de los silencios que aún persisten, permitirá que esos silencios puedan comenzar a transitar nuevos caminos. Dichos tránsitos podrán tener lugar principalmente res-

pecto de cómo el sujeto presente se aproxima al pasado y a su propia experiencia de militancia política, ya desde una mirada crítica (política), ya desde una mirada más idealizada, que al mismo tiempo nos permita dar cuenta de en qué medida las condiciones actuales de apertura facilitan una u otra mirada.

## Bibliografía

- Acha, Omar. 2011. *Los muchachos peronistas*. Buenos Aires: Planeta.
- Balbi, Fernando. 2007. *De leales, desleales y traidores. Valor moral y concepción de política en el peronismo*. Buenos Aires: Antropofagia.
- Bianchi, Silvia et al. 2008. *El Pozo. Un centro clandestino de detención, desaparición, tortura y muerte de personas de la ciudad de Rosario, Argentina. Antropología política del pasado reciente*. Rosario: Prehistoria.
- Bustos, Roberto y Marengo, Nélica. 2000. "Proceso de reestructuración en una ciudad intermedia. Bahía Blanca", en Bustos, Roberto y Cernadas, Mabel (eds.), *Estudios Regionales Interdisciplinarios II*. Bahía Blanca: UNS.
- Butto, Ana; Nevi, Hernán; Piaggi, Luis. 2004. "Mansión Seré, registros y resignificaciones", en *Actas del XV Congreso Nacional de Arqueología Argentina*. Río Cuarto.
- Calveiro, Pilar. 2006. "Los usos políticos de la memoria", en Varios Autores, *Sujetos sociales y nuevas formas de protesta en la historia reciente de América Latina*. Clacso: Buenos Aires.
- Cernadas, Mabel. 1971. *La creación de Puerto Belgrano y la política de poder en América del Sur*. Puerto Belgrano.
- Dominella, Virginia. 2010. "El fermento en la masa. La juventud universitaria católica en Bahía Blanca, entre la efervescencia política y la oleada represiva de la Triple A (1968-1975)", Tesis de Licenciatura en Historia, Bahía Blanca: Universidad Nacional del Sur. Inédito.
- Dominella, Virginia et al. 2008. "Marcas locales de la dictadura en Bahía Blanca", en II Seminario Internacional "Políticas de la memoria": vivir en dictadura. La vida de los argentinos entre 1976-1983. Buenos Aires: Centro Cultural de la Memoria Haroldo Conti.
- Gianella, Carlos; Shanahan, Susana; Mason, Alfredo. 2012. *La vida es Perón*. Buenos Aires: Biblos.
- Gonzalez, Gabriela. 2014. *Transformaciones de sentido de la práctica política. Prácticas y concepciones de "viejas y nuevas juventudes" en el devenir histórico*. Tesis doctoral. Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional de Rosario. Inédita.
- Grimberg, Mabel. 2009. "Poder, políticas y vida cotidiana. Un estudio antropológico sobre protesta y resistencia social en el Área Metropoli-

- tana de Buenos Aires”, en *Revista de Sociología y Política*. Vol. 32, pp.195-206.
- Guelerman, Sergio. 2001. “Escuela, juventud y genocidio. Una interpretación posible”, en Guelerman, S. (comp.), *Memorias en Presente*. Buenos Aires: Norma.
- Hassoun, Jacques. 1996. *Los contrabandistas de la memoria*. Buenos Aires: Ediciones de la flor.
- Jelín, Elizabeth. 2010. “Militantes y combatientes en la historia de las memorias: silencios, denuncias y reivindicaciones”, en *Anuario Revista Lucha Armada en la Argentina*. Buenos Aires: Ejercitar la memoria.
- Llul, Laura. 2005. *Prensa y política en Bahía Blanca*. Bahía Blanca: UNS.
- Manzano, Virginia. 2007. *De La Matanza Obrera a Capital Nacional del Piquete. Etnografía de procesos políticos y cotidianos en contextos de transformación social*. Tesis de Doctorado. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires. Inédita.
2010. “El hacerse y (des) hacerse del movimiento. Sobre espacios etnográficos y espacios en movimiento en el Gran Buenos Aires”, en *Etnografía de las tramas políticas colectivas: Estudios en Argentina y Brasil*. Buenos Aires: Antropofagia. En prensa.
- Martínez, Diego. 2004. “Juez reciclado y viejo amigo del general Adel”, en *Página/12*, 17 de octubre.
2006. “Memoria de Puerto Belgrano” en *Página/12*, 25 de junio.
- Mudrovcic, María Inés. 2005. *Historia, narración y memoria. Los debates actuales en filosofía de la historia*, Madrid: Akal.
- Orbe, Patricia. 2007a. *La política y lo político en torno a la comunidad universitaria bahiense (1955-1976). Estudio de grupos, ideologías y producción de discursos*. Tesis doctoral. Bahía Blanca: Universidad Nacional del Sur. Inédita.
- 2007b. “La exaltación de la figura del mártir juvenil en la comunidad universitaria bahiense: prensa, estudiantes y cultura política en 1957” disponible en [www.historiapolitica.com](http://www.historiapolitica.com).
- Pastoriza, Lila. 2009. “Hablar de memorias en Argentina”, en Vinyes, Ricard (comp.), *El Estado y la memoria*. Buenos Aires: RBA.
- Peirano, Mariza. 2002. *O dito o feito*. Río de Janeiro: Relume Dumará.
- Pires Do Rio Caldeira, Teresa. 1989. “Antropología y poder: una reseña de las etnografías americanas recientes”, en *BIB* N° 27, Río de Janeiro.
- Quirós, Julieta. 2009. “Política y economía en la acción colectiva. Una crítica etnográfica de las premisas dicotómicas”, en *Mana* 15 (1), Brasil: Asociación Brasileña de Antropología.
- Rodríguez, Adriana; Tonello, Sandra; Bustos, Roberto. 2000. “El puerto como espacio de debate en la discusión interdisciplinaria” en Bustos,

Gabriela Gonzalez

- Roberto; Cernadas, Mabel (eds.), *Estudios Regionales Interdisciplinarios II*. Bahía Blanca: UNS.
- Sarlo, Beatriz. 2007 [2005]. *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Zapata, Belén. 2007. *Páginas Manchadas. Conflictividad laboral entre los gráficos y La Nueva Provincia en vísperas de la dictadura de 1976*. Tesis de licenciatura en Historia. Bahía Blanca: Universidad Nacional del Sur. Inédita.
2008. “Prácticas de lucha y experiencia obrera en los gráficos de La Nueva Provincia (1973-1976)”, en *CD de las IVª Jornadas de Trabajo sobre Historia Reciente*. Universidad Nacional de Rosario.
2011. “Memorias de trabajadores sobre el accionar de la Triple A en Bahía Blanca. Del aparente anonimato del terror a la fiambarrera de la CGT”, disponible en [www.derhuman.jus.gov.ar](http://www.derhuman.jus.gov.ar).
- Weinberg, Félix. 1978. *Manual de historia de Bahía Blanca*. Bahía Blanca, UNS.

---

## 5 Memorias y representaciones sobre la represión en el monte chaqueño

*Claudia Calvo*

En el presente trabajo examino las memorias sobre el modo en que las violencias y la represión se inscribieron en ámbitos rurales de la Argentina. Para ello analizo la configuración y circulación de las memorias sobre las Ligas Agrarias Chaqueñas tras la desarticulación de la organización y el retorno de la democracia hasta el presente. Estas son examinadas a partir de los distintos ámbitos espacio-temporales de conformación de estas memorias y sus continuidades y rupturas, así como desde las diferentes claves interpretativas de la evocación de ese pasado, a lo largo del período democrático a partir del año 1984. Finalmente nos interesa rastrear posibles tensiones entre las memorias públicas “oficiales” y nacionales sobre las Ligas Agrarias Chaqueñas, y sus distintos encuadramientos desde 1984 en adelante, y la configuración de las memorias y representaciones locales y regionales sobre ese pasado, atendiendo al lugar que ocupó la represión y la violencia política en la estructuración de dichas memorias.

Este artículo se sustenta en el trabajo de campo desarrollado en el período 2008-2012 en el norte de la provincia de Chaco (Departamento de Maipú, Localidad de Tres Isletas), de la República Argentina, en el marco del proyecto de tesis “La configuración de las memorias y representaciones sociales sobre las Ligas Agrarias Chaqueñas desde la apertura democrática a la actualidad”. Particularmente el material empírico proviene de talleres de reflexión sobre el pasado y la memoria histórica, entrevistas grupales en profundidad, entrevistas individuales en profundidad, notas de campo y observación.

## El Campesinado como experiencia vivida: El caso de las Ligas Agrarias Chaqueñas

Las Ligas Agrarias surgieron a principios de la década de 1970, como herramienta de representación y lucha de las familias campesinas vinculadas a los complejos agroindustriales del noreste argentino, en el marco de un ciclo de protesta social a nivel nacional que abarca el período 1969-1973. Creadas inicialmente en Chaco, epicentro de sus acciones de protesta y de concentración de su militancia, se expandieron luego en las provincias de Misiones, Corrientes, Formosa, el norte de Santa Fe y Entre Ríos. Su perfil organizativo y el carácter de sus luchas adquirieron rasgos específicos según el territorio. En términos generales, impulsaron demandas múltiples y amplias, tales como la distribución y titulación de la tierra, la regulación de la comercialización y la producción por parte del Estado; y enfrentaron a los monopolios del acopio y la comercialización rural y a los terratenientes locales y foráneos. Partícipes del proceso de radicalización política, las Ligas Agrarias sufrieron la represión de Estado desde 1975 y, sobre todo, durante la última dictadura militar cuando fueron desarticuladas.<sup>1</sup>

En la provincia de Chaco las Ligas Agrarias constituyeron la expresión resultante de dos experiencias de organización que venían desarrollándose desde hacía varios años: el Movimiento Rural de Acción Católica (MR) por un lado,<sup>2</sup> y el cooperativismo por el otro.<sup>3</sup>

<sup>1</sup> Véase CONADEP, 1984: 383-387.

<sup>2</sup> El trabajo de base del MR en áreas rurales comenzó a fines de los años cincuenta del siglo XX, abarcando toda la década del sesenta, en el marco de una serie de transformaciones en el seno de la Iglesia católica. Según Moyano (1992: 369) durante este período se produjo un “dislocamiento social” de la iglesia y de su función en la sociedad así como una nueva conciencia de sí misma y de su misión, vinculada a la opción preferencial por los pobres y a una pastoral popular liberadora. En el ámbito rural, este “dislocamiento” generó importantes consecuencias, particularmente en el nordeste argentino a partir de la formación de líderes y cuadros medios al interior del campesinado, que, poco a poco, fueron potenciando su compromiso y concientización sobre la situación de explotación de los sectores subalternos del campo, politizando sus demandas. Es así que a fines de los años sesenta ya comienza a tomar cuerpo al interior del MR la idea de formar organizaciones campesinas de tipo reivindicativo, que le permitieran centrar su actividad en la coordinación y dirección política (Ferrara, 1973).

<sup>3</sup> La tradición cooperativista de las familias campesinas se remonta prácticamente al período histórico de consolidación del capitalismo en el agro chaqueño, durante las primeras décadas del siglo XX. Desde la década de 1920 hasta los años cincuenta se expandió el cultivo de algodón, permaneciendo las decisiones económicas sobre el control de las condiciones de producción y reproducción en manos de empresas comercializadoras

A pesar del partidismo explícito que desde sus orígenes caracterizó a las Ligas Agrarias chaqueñas (en adelante LACH), una vez consolidadas como herramienta de lucha estas no fueron ajenas al proceso de radicalización política y movilización que diversos sectores de la sociedad vivieron durante los años sesenta y setenta en la Argentina. Por aquellos años se conformó una particular línea de la Juventud Peronista, en la que muchos de los cuadros del grupo de la Acción Católica desarrollaron acciones armadas. La concepción tercermundista (doctrina que explica, junto con el cooperativismo, la génesis de las LACH) comenzó a plasmarse en el nacionalismo y populismo, que a nivel nacional se expresaban en la adhesión al antiimperialismo y al peronismo (Roze 2002; 2010). Al interior de las LACH esto se tradujo en una mayor radicalización de sus dirigentes y cuadros medios, quienes en general adscribieron a las posiciones de esa fracción de la Juventud Peronista. No obstante las LACH no modificaron sus definiciones (ni sus relaciones con otros organismos de los que indirectamente eran tributarias como UCAL, así como tampoco la multiplicidad de sus bases) y continuaron con la prescindencia partidaria.

Las Ligas Agrarias significaron un verdadero potencial de transformación social para los sectores rurales subalternos en el Noreste argentino con una relevante capacidad de organización y movilización. La efectividad de este movimiento social radicó no solamente en su capacidad para enfrentar la crisis socioeconómica vinculada a los complejos agroindustriales y el monocultivo de algodón, sino también, y principalmente, en su astucia para configurarse con liderazgo y su vocación de proyecto político de gran influencia en ámbitos rurales. En efecto, tal como señala Moyano “fueron una bisagra en tanto movimiento social, ya que lograron tempranamente construir poder y una nueva subjetividad en una etapa histórica en que gran parte de la sociedad estuvo embarcada en la puja de clases para la toma del poder” (2011: 3).

del producto, desmotadoras e industriales (Roze, 2002). La respuesta de los pequeños productores fue la creación de cooperativas de comercialización, provisión e industrialización de la fibra, fábricas de aceite, etc. Progresivamente la mayor parte de las localidades de la zona algodonera de la provincia fueron fundando cooperativas de productores nucleadas en la Unión de Cooperativas Agrícolas Limitadas (UCAL). En los años setenta, tras una década de crisis del cultivo y migración masiva a los centros urbanos, el movimiento cooperativo confluyó con los cuadros radicalizados de la iglesia impulsada por sus miembros más jóvenes (centros juveniles de UCAL).

A mediados de abril de 1975, cuando la policía de Chaco orientó la represión hacia áreas rurales en consonancia con la implementación de políticas represivas a nivel nacional,<sup>4</sup> el proceso de radicalización de las LACH comenzó a ser desarticulado. En octubre de 1975 el aval del gobierno y los partidos políticos a la intervención militar se extendió a todo el país. En paralelo, el generalato decidió que el exterminio de la subversión se ejecutaría de manera clandestina (Crenzel, 2010).<sup>5</sup>

Es así que, acusados de subversivos, los principales dirigentes de las LACH fueron detenidos y las bases acosadas con acciones parapoliciales. Luego, con el golpe de 1976 se produjo la ocupación militar del territorio que culminó con casi un centenar de colonos detenidos y puestos a disposición del Poder Ejecutivo Nacional por “colaborar con la subversión”, y la consecuente desmovilización de las bases. Además de las detenciones, la represión incluyó constantes allanamientos, amedrentamientos y desapariciones de militantes de base, siendo desconocida al día de hoy la cantidad de desaparecidos al interior del campesinado chaqueño, y más específicamente, de la población campesina que participó de las LACH.

La experiencia de las Ligas Agrarias ha sido estudiada desde diversas perspectivas.<sup>6</sup> Sin embargo existe un aspecto que ha sido soslayado: las memorias y representaciones sobre dicha experiencia y sobre el impacto de la represión en el ámbito rural, fenómeno íntimamente ligado a las Ligas dado el proceso de persecución que experimentaron. Ese fenómeno se corresponde con el sesgo que existe en el campo de estudios de memoria social en la Argentina respecto de las memorias campesinas y de obreros rurales sobre la violencia política y la represión. Este trabajo intenta aportar elementos a la pregunta sobre cuál es el lugar de la memoria en las regiones del país alejadas de los centros metropolitanos, y más específicamente en ámbitos rurales; qué y cómo se recuerda; a partir de qué matrices culturales se configuran y circulan esas memorias subalternas. Por ello indagamos en las formas y contenidos que asumen la memoria, la historia y las representaciones sociales sobre las Ligas y sobre la

<sup>4</sup> Véanse los diarios provinciales “El Territorio” y “Norte”, abril de 1975.

<sup>5</sup> Entre 1973 y 1976 se produjeron 8.509 hechos armados. 1.543 asesinatos por motivos políticos, 900 personas desaparecieron, 5.148 revestían como presos políticos. Las experiencias de la guerra revolucionaria y contrarrevolucionaria guiaban la práctica de la violencia insurgente, estatal y paramilitar (Marín, 1984).

<sup>6</sup> Véase Ferrara, 1973; Bartolomé, 1977 y 1982; Roze, 1992, 2007, 2008 y 2010; Galafassi, 2005, 2007; Archetti, 1988; Lasa, 1985; Moyano, 1992, 2009 y 2011; Villalva, 2004; Bidaseca, 2006; Masín, 2009; Buzzela, Percíncula, Soma, 2008.



experiencia de la represión a partir del testimonio de ex miembros de las LACH.

### **Las Memorias sobre la Represión en Argentina. Memorias Hegemónicas y Memorias Subalternas**

En el Cono Sur de América Latina la memoria ha sido abordada a partir de la preocupación por las huellas que dejaron las últimas dictaduras militares y la violencia política generalizada, durante las décadas del setenta y ochenta, y lo elaborado en los procesos post-dictatoriales en los años noventa. El pasado represivo reciente ha sido procesado, permanece y se agudiza en el presente de diversos modos; y se interroga sobre las continuidades y rupturas que han ocurrido entre los regímenes dictatoriales y los incompletos regímenes constitucionales que los sucedieron, en términos de la vida cotidiana y las luchas sociales del presente (Jelin, 2002). Así, los escritos en torno a los procesos de memoria en la región crearon un campo de estudios específico que apuntó a enriquecer los debates sobre la naturaleza de las memorias, su rol en la constitución de identidades colectivas y las consecuencias de las luchas por la memoria sobre las prácticas sociales y políticas en sociedades en transición.

En el campo de las memorias del pasado reciente hay una lucha entre “emprendedores de la memoria” que pretenden el reconocimiento social y la legitimidad política de “su” versión o narrativa del pasado. Dichos agentes también se ocupan y preocupan por mantener visible y activa la atención social y política sobre su emprendimiento. Para que las representaciones del pasado reciente logren gestarse como una cuestión pública tiene que haber alguien que las promueva. Aquél es un proceso que se desarrolla a lo largo del tiempo y que requiere energías y perseverancia. Las memorias que se configuran como hegemónicas, únicas u “oficiales”, las narrativas nacionales, tienden a ser las de los vencedores, pero hay siempre también otros que, en la forma de relatos privados de transmisión oral, o como prácticas de resistencia, ofrecen narrativas y sentidos diferentes del pasado.

Pollak (2006) observa el trabajo de “encuadramiento de la memoria” realizado parcialmente por los historiadores, a fin de constituir una historia nacional, pública y oficial. Por su parte, para Jelin (2002) las memorias oficiales son intentos más o menos consientes de definir y reforzar sentimientos de pertenencia, que apuntan a mantener la cohesión social

y a defender fronteras simbólicas. Asimismo, proporcionan puntos de referencia para “encuadrar” las memorias de grupos y sectores dentro de cada contexto nacional. En estos intentos, sin duda, los agentes estatales tienen un papel y un peso central para establecer y elaborar la “historia/memoria oficial”. Este proceso no está exento de disputas por la interpretación y sentido del pasado, merced a las cuales algunos relatos logran desplazar a otros y convertirse en hegemónicos.

Durante los periodos dictatoriales del siglo XX el espacio público fue monopolizado por el relato político dominante: “buenos” y “malos” que dieron claramente identificados. La censura fue explícita y las memorias alternativas se constituyeron de manera subterránea, prohibida, clandestina. Las aperturas políticas habilitaron la posibilidad de incorporar narrativas y relatos hasta entonces silenciados o censurados en la esfera pública y/o la emergencia de nuevos relatos. Las memorias que devinieron hegemónicas en ese contexto surgieron con una doble pretensión: la de dar la versión “verdadera” de la historia a partir de su memoria y la de reclamar justicia. En esos momentos memoria, verdad y justicia se fusionaron porque el sentido del pasado sobre el que se luchaba era en verdad parte de la demanda de justicia en el presente. Las memorias oficiales se proveyeron, en mayor medida, de testimonios e imaginarios de las metrópolis y los sectores medios urbanos, específicamente del discurso de los organismos de derechos humanos, la academia y el Estado. Como contraparte, las narrativas y representaciones sobre el pasado y el carácter singular que este asumió en las localidades y comunidades más alejadas de los centros metropolitanos permanecieron invisibilizados.

Pollak observa que las memorias menos publicitadas, la de los excluidos, los marginados, las minorías, y el estudio de las memorias subterráneas como parte integrante de las culturas minoritarias y dominadas, muchas veces se opone a la “memoria oficial” (la memoria nacional). La empatía con los sectores subalternos estudiados se constituye en “una regla metodológica, rehabilita la periferia y la marginalidad, acentuando el carácter destructor, uniformizante y opresor de la memoria colectiva nacional” (2006: 18). Los recuerdos en estos casos permanecen durante largo tiempo confinados al silencio y/o son transmitidos de una generación a otra oralmente, y no a través de publicaciones, pero permanecen vivos aunque no sean pública o institucionalmente solicitados. Esas memorias subterráneas prosiguen su trabajo de subversión en el silencio y de manera casi imperceptible afloran en momentos de crisis. En algunos

casos el silencio sobre el pasado, lejos de conducir al olvido, es la resistencia que una sociedad civil impotente opone al exceso de discursos oficiales. Al mismo tiempo, esta sociedad transmite los recuerdos disidentes en las redes familiares y de amistad.

Por otro lado, Catela da Silva (2007 y 2008) estudia las memorias y representaciones locales y comunitarias sobre el pasado reciente en Argentina interrogando los modos y los marcos con los cuales se construyen las memorias en espacios distantes geográficamente de Buenos Aires, y en relación con grupos y clases sociales con menos capital cultural, político y simbólico para imponer sus relatos públicamente. Sobre esa base, observa que en la configuración de representaciones locales en el noroeste argentino se producen contrastes en relación con las representaciones y prácticas dominantes en torno a los derechos humanos y la memoria de la represión. El sistema simbólico, político, cultural que se constituye en torno al discurso de los derechos humanos y la memoria, con la incorporación, la creación de palabras y las clasificaciones sobre el mundo tiende a restringir las vivencias a un periodo corto de tiempo, silenciando u opacando otras violencias que algunos grupos sociales, generalmente menos urbanos y de clases sociales más bajas, han vivido a lo largo del tiempo. Las experiencias vividas frente a la violencia y la desaparición de personas plantean componentes diferenciales entre la ciudad y los pueblos, entre las memorias dominantes y las subterráneas, entre las formas del relato y la pertenencia a clases sociales diferentes. Para Catela da Silva (2006) esas experiencias del pasado reciente son interpretadas a la luz de códigos culturales comunitarios únicos y singulares. En ese sentido el problema de las representaciones sobre el pasado reciente se encuentra signado por los distanciamientos entre los ejercicios del recuerdo encuadrados por los relatos oficiales (cristalizados, por ejemplo, en el *Nunca Más* o en las políticas de memoria del Estado que recorta el horror a partir de 1976), y otros subterráneos y encuadrados por esquemas culturales tradicionales, que no se restringen solamente a las referencias de la última dictadura (Catela da Silva, 2007).

Las memorias sobre el pasado reciente en comunidades locales han sido poco estudiadas. Específicamente, los testimonios de los sectores subalternos rurales han sido escasamente solicitados por parte de los organismos de D.D.H.H., de la academia o de los estrados judiciales. En la provincia de Chaco encontramos una exigua cantidad de trabajos académicos que examinan las memorias y representaciones sociales sobre el

terrorismo de Estado y la violencia política, en cuanto memorias locales y regionales, y sus vínculos con el relato canónico y nacional respecto de ese pasado.<sup>7</sup>

Existen dos ausencias significativas en los registros oficiales sobre el terrorismo de Estado en Argentina: campesinos e indígenas prácticamente no cuentan en las estadísticas y apreciaciones (Catela da Silva 2006). En relación a la experiencia de las LACH, las evocaciones públicas han sido emprendidas por quienes fueron sus máximos dirigentes, o voceros de la organización, y constituyen relatos que exceden el ámbito meramente local y provincial.<sup>8</sup> Sin embargo, otras memorias más comunitarias han permanecido silenciadas y reducidas a espacios privados. Se trata de las evocaciones de participantes “anónimos”, miembros de base o delgados zonales, cuyos testimonios no han sido solicitados por parte de los productores oficiales del discurso y la memoria sobre el pasado reciente (el Estado, la academia y los organismos de derechos humanos). Pero sus evocaciones tampoco fueron solicitadas al interior de la comunidad desde la vuelta de la democracia en adelante. Uno de los factores que explican tal suceso es la presencia del estigma y la acusación que acompaña a ese pasado y configura de tal modo las memorias de la represión de la última dictadura militar.

### **Evocaciones sobre la experiencia de las Ligas Agrarias y el impacto de la represión en el campo chaqueño**

Según Portelli (1989) cuando se convierte a la memoria en “objeto de estudio” (objetivada como hecho histórico), el hecho histórico relevante, más que el acontecimiento en sí, es la memoria. El sentido otorgado al pasado se encuentra sujeto a variaciones y reinterpretaciones ancladas

<sup>7</sup> Se destaca puntualmente en este campo el artículo “Estrategias Políticas y Usos del Pasado en las Ceremonias de la ‘Masacre de Margarita Belén’ (1996-1998)” de Fernando Jaume (2000), quien analiza y compara las ceremonias conmemorativas que tuvieron lugar en diciembre de 1996 en Misiones y en 1997 en Chaco, en torno a la mencionada masacre. Jaume examina las estrategias discursivas y rituales que distintos grupos y facciones desplegaron en el marco de las conmemoraciones señaladas con el propósito de producir efectos de verdad y poder y apuntalar sus posiciones políticas. El autor enfatiza un aspecto de esas ceremonias conmemorativas: su constitución como arenas políticas donde los diferentes grupos intervinientes pugnan por imponer sentidos al pasado en relación con sus proyectos de poder en el presente.

<sup>8</sup> Véase, entre otros, las entrevistas a Osvaldo Lovey, ex Secretario General de las Ligas Agrarias, disponibles en: [http://www.croquetadigital.com.ar/index.php?option=com\\_content&task=view&id=541&Itemid=58](http://www.croquetadigital.com.ar/index.php?option=com_content&task=view&id=541&Itemid=58) ; <http://www.los70.org.ar/n09/>.

en la intencionalidad y en las expectativas del presente y hacia el futuro. Este sentido está dado por agentes sociales que se ubican en escenarios de confrontación y lucha frente a otras interpretaciones, otros sentidos, otros olvidos y silencios. La intención es establecer, convencer y transmitir una narrativa que pueda llegar a ser aceptada. Los actores sociales pugnan por afirmar la legitimidad de “su” verdad.

El objeto de estudio del presente trabajo, esto es, las memorias y representaciones de las Ligas Agrarias y la experiencia de la represión en áreas rurales, nació en la localidad de Tres Isletas, provincia de Chaco. Situada en el Departamento de Maipú, en el centro-norte de la provincia, Tres Isletas constituyó la zona tradicionalmente algodonera, poblada desde las primeras décadas del siglo XX por familias de agricultores y cosecheros migrantes de países europeos y países limítrofes, así como de provincias como Corrientes y Santiago de Estero. Por ello forma parte de lo que fue la zona de influencia de las LACH, una de las zonas más activas en cuanto a la participación y a la masividad de familias de colonos organizados. Por eso mismo constituye una de las zonas donde mayor impacto tuvo la represión estatal, la persecución y el hostigamiento de pobladores rurales.

En el marco de otra investigación,<sup>9</sup> durante el año 2007 recorría el monte en Tres Isletas con motivos de estudiar el avance de la frontera agrícola a través del frente oleaginoso-sojero, la concentración y valorización de la tierra y la consiguiente expulsión del campesinado de sus tierras. En ese marco tomé contacto con Ramón Chávez, poblador rural de la zona y partícipe de las Ligas en el pasado, específicamente como delegado zonal de Tres Isletas. Por ello y por ser actualmente “custodio” y “emprendedor” de esa memoria, así como promotor de la reedición de las Ligas Agrarias del presente,<sup>10</sup> Chávez se convirtió en un “narrador clave” en nuestra investigación. En aquella oportunidad señalaba su preocupación por el miedo que había quedado en los pobladores del lugar después

<sup>9</sup> Véase Grupo de Estudios de Ecología Política, Comunidades y Derechos, en el marco del proyecto UBACyT S840 “Agriculturas familiares en escenarios de reconfiguración agroalimentaria y reorganización territorial” (2006-2009) dirigido por el doctor. Diego Domínguez.

<sup>10</sup> En mayo de 2006 en la localidad de Sáenz Peña, Chaco, se realizó el “relanzamiento” de las Ligas Agrarias, como Asociación Civil integrada por ex miembros del movimiento Ligas Agrarias tales como Quique Lovey, quien fue su máximo dirigente y actualmente, a su vez, desempeña el cargo de subsecretario de Desarrollo Rural y Agricultura Familiar de la provincia. Como asociación civil, Ligas Agrarias tiene como fin atender y gestionar las necesidades del pequeño productor rural.

de la última dictadura militar, la reticencia a organizarse por parte de los pequeños productores y la idea de una cierta pérdida de sentido y desorientación de la juventud. La historia de las Ligas Agrarias permanecía silenciada aún al interior de la propia comunidad: “de eso no se habla”, observaba. El miedo y el estigma emergían como articuladores de sentido en la explicación del pasado y en la comprensión del presente. Para Chávez el terror que había sembrado la dictadura y el consiguiente silenciamiento respecto del pasado eran centrales y le daban forma a la situación del campesinado en Chaco en el presente.

Ese primer encuentro marcó un punto de partida de lo que progresivamente fue configurándose como una “memoria emergente”.<sup>11</sup> Sucesivamente entre 2008 y 2012<sup>12</sup> desde distintos ámbitos de la población rural de Tres Isletas se organizaron encuentros y talleres de formación sobre las Ligas Agrarias. En paralelo, en esos años comenzó a configurarse una memoria pública y oficial sobre las Ligas en Chaco. Particularmente ésta se expresó en la realización, desde distintos organismos estatales, de actos, menciones, reconocimientos y conmemoraciones que tenían como protagonistas a los ex miembros de las Ligas Agrarias.<sup>13</sup>

Al interior de las comunidades rurales de Tres Isletas fue generándose progresivamente la oportunidad (y construyéndose la necesidad) de hablar y escuchar sobre el pasado, tanto en quienes habían sido partícipes protagonistas del mismo, como por parte de quienes, habiendo estado o no involucrados en esas relaciones sociales, repetían discursos peyorativos, imaginarios negativos y estigmatizaciones sobre la experiencia liguista, o planteaban interrogantes en ese sentido. Tal como Catela da

<sup>11</sup> Tomamos la noción de “ruinas emergentes” de Boaventura de Sousa Santos, quien la utiliza para referirse a los pensamientos y experiencias que la modernidad relegó e invisibilizó, y que reaparecen bajo las reivindicaciones de los pueblos originarios y las comunidades rurales, entre otros (Domínguez, Lapegna, Sabatino, 2005). Véase también Moyano (2011).

<sup>12</sup> Período en el que desarrollamos nuestro trabajo de campo en la zona.

<sup>13</sup> En primer lugar, en 2006 se realizó, en Sáenz Peña, el acto de relanzamiento de la Asociación Ligas Agrarias antes mencionado, con presencia masiva de pobladores rurales que participaron directa o indirectamente de las Ligas Agrarias, y con el apoyo y la presencia de funcionarios del gobierno provincial. En segundo lugar, en el período señalado se realizaron diversas disertaciones sobre las Ligas Agrarias con presencia de familiares de ex miembros y dirigentes liguistas desaparecidos. Paralelamente se realizaron distintas intervenciones artísticas que reconocieron positivamente la experiencia de las Ligas Agrarias: cortometrajes, obras de teatro, muestras itinerantes. El tema fue trabajado en las escuelas secundarias de la provincia en el marco del Programa “Jóvenes y Memoria” (Véase específicamente: <http://comisionporlamemoria.chaco.gov.ar>).

Silva señala para el caso de Tumbaya (pequeño poblado de la provincia de Jujuy) en las comunidades rurales de Chaco todos tienen una versión de lo que pasó. Sin embargo, esas narrativas circulan solo al interior de las familias o entre grupos de pares. Hacia fines de la década del 2000 estas narrativas “imperceptibles” emergían al interior de la comunidad rural como posibilidad de un relato compartido sobre el pasado, acorde a las necesidades del presente. En efecto, la emergencia y circulación de memorias subterráneas habilitan disputas por y sobre la memoria. Los acontecimientos evocados unen e identifican, y allí radica su eficacia y poder en relación tanto con la memoria como con la identidad colectiva.

Durante el trabajo de campo en Tres Isletas las conversaciones con pobladores rurales se desarrollaron de forma grupal, ya sea entre los miembros de organizaciones campesinas, o bien, entre miembros de una misma familia. El pasado se evocaba de manera colectiva a través de anécdotas, ejemplos, chistes, preguntas, e implicaba también la corrección de datos acerca de nombres, lugares, eventos. Ligas y represión emergían continuamente como las dos caras de un mismo proceso, elementos constitutivos de la historia reciente de la comunidad.

A continuación revisamos el relato colectivo (resultado del diálogo) acerca del pasado reciente a partir del testimonio vertido en diversos encuentros con familias campesinas que participaron de las LACH como militantes de base (mediante la participación en asambleas, en movilizaciones, paros agrarios y otras acciones colectivas). Se trata de evocaciones relativamente anónimas, compartidas por el campesino “anónimo” partícipe de la experiencia de las LACH, por lo tanto, expresan el sentido común y los imaginarios sociales locales y comunitarios sobre dicha experiencia.

En primer lugar, en relación al proceso de selección de la memoria, frecuentemente la “crueldad” de lo acontecido era la adjetivación común con la que se evocaba la experiencia del pasado, y al mismo tiempo la variable explicativa respecto de miedo sembrado masivamente en los pobladores y de la dificultad para volver a organizarse y participar desde la vuelta de la democracia en adelante.

Hasta hoy hay gente que escucha hablar de las Ligas y se aterroriza, caló hondo ese “no te metas”, caló hondo en la mente de la gente, en la sociedad, caló el miedo. Si no le pasó a mi papá, le pasó a mi abuelo. Sembró tanto miedo en la gente (Campesino ex miembro de las Ligas Agrarias; Tres Isletas agosto de 2008).

*Claudia Calvo*

No les hables de las Ligas a la gente porque no entienden de lo que fue. Tienen terror. A mi me quieren mucho pero no les hables de las Ligas (Campesino ex miembro de las Ligas Agrarias; Tres Isletas agosto de 2008).

Pero se quedó con la desconfianza largo tiempo. Con la democracia... después recién nos dimos cuenta que podíamos organizarnos (Campesino ex miembro de las Ligas Agrarias; Tres Isletas, Marzo 2011).

Esas evocaciones son posibles en el proceso de interacción social. Para Jelin (2002) se trata de un proceso colectivo, en donde lo colectivo de las memorias es el entretreído de memorias y tradiciones en diálogo con otros, en estado de flujo constante, con alguna organización social y con alguna estructura, dada por códigos culturales compartidos. Esta perspectiva permite tomar las memorias colectivas no solo como datos “dados”, sino también centrar la atención sobre los procesos de su construcción. En efecto, según Pollak (2006) algunos acontecimientos ligados a experiencias vividas por la persona o transmitidas por otros, ya sean fundados en hechos concretos o proyecciones o idealizaciones a partir de otros eventos, permiten mantener un mínimo de coherencia y continuidad necesarias para el mantenimiento del sentimiento de identidad.

En cuanto elemento “invariante” subyace en los relatos el estigma de haber sido un pueblo “subversivo”, la posibilidad percibida peyorativamente de que las LACH hayan formado parte de la guerrilla. Estos sentidos, planteados como interrogantes pendientes, surgen por la necesidad de tramitar el pasado para mantener el sentimiento de pertenencia y continuidad del grupo y del sí mismo.

Sabíamos qué estaban organizando. Que eran Montoneros, extremistas. Que había un conflicto con el gobierno de esa época, pero de ahí a saber el por qué y todo eso no... nadie, no se hablaba anteriormente. Estaba ese tema, pero no se quería escarbar en el tiempo. Nadie se quiere acordar de eso (...). A las Ligas Agrarias, no sé, el comentario que les quedó es que supuestamente, dos o tres que eran subversivos, vinieron a arraigarse por parte de las Ligas Agrarias, se hablaba de Piccoli y de Orianski [máximos dirigentes de las LACH, junto con Quique Lovey], que eran subversivos. Y quedó así. Hasta ahora quedó así, como que ellos eran subversivos. Que después, si hay un paro, cuando ya tenían mucha gente, ya iban queriendo a agarrar así y después entraron los mili-



## *Memorias y representaciones sobre la represión en el monte chaqueño*

tares (Campesino organizado en la Unión de Pequeños Productores de Chaco; Tres Isletas).

Entrevistado: Yo me acuerdo, yo era chico, pero en ese tiempo que ustedes dicen que no había, pasaban por casa, en carro de asalto, tanques también habrán pasado. Buscándole a Molina porque supuestamente era subversivo.

Entrevistador: ¿Qué es subversivo?

Entrevistado 1: Montonero.

Entrevistado 2: Ser extremista.

Entrevistado 3: Tener una idea contraria a la ley (Campesino organizado en la Unión de Pequeños Productores de Chaco; Tres Isletas. Marzo 2011).

La memoria y la interpretación del pasado son centrales en el proceso de reconstrucción de identidades colectivas, particularmente en sociedades que emergen de periodos de violencia y trauma (Jelin, 2002). Importantes tendencias de la investigación social asignan al campo de la memoria un papel altamente significativo como mecanismo cultural para fortalecer el sentimiento de pertenencia a grupos o comunidades, especialmente en el caso de grupos oprimidos, silenciados y discriminados: la referencia a un pasado común permite construir sentimientos de autovaloración y mayor confianza en uno mismo y en el grupo. La memoria es un fenómeno construido social e individualmente, y cuando se trata de memoria heredada (la cual resulta de procesos de socialización política o socialización histórica que habilitan la proyección e identificación con determinado pasado) hay una relación fenomenológica muy estrecha entre la memoria y el sentimiento de identidad, en el sentido de la imagen de sí mismo, para sí y para los otros (Pollak, 2006). Es decir que la constitución de la identidad se produce en referencia a otros, en referencia a los criterios de aceptabilidad, admisibilidad, credibilidad y se hace por medio de la negociación con los otros, por lo tanto, memoria e identidad son fenómenos que pueden ser negociados.

Chávez: mucho tiempo quedó ese miedo a... Las Ligas era más o menos un cuco viste para mucha gente. Principalmente en la zona donde más se reprimió: Tres Isletas, Machagay, Napenay, Corzuela. Son las zonas donde sabían que eran mas fuerte las Ligas

Entrevistador: ¿La gente no hablaba de las Ligas en ese momento?

Chávez: No, no. Acá en esta zona hay una cooperativa de carne. Nosotros llevamos carne de ahí. Hasta que no se aclararon las

cosas se tenía como que [yo] era más o menos de otro planeta. La suerte que yo tuve es que cuando yo salí [de la cárcel] volvía la democracia. Así que me integré al peronismo digamos y empecé a trabajar desde ahí... Yo los tiempos más jodidos los pasé adentro [de la cárcel], en cambio otra gente que volvió antes de que empezara la democracia lo pasaron muy mal viste porque te señalaba con el dedo. La gente se tragó toda la propaganda de lo que decía la radio... Que era lo que decían los militares nomás, viste (Ramón Chávez, ex delegado de las LACH, Tres Isletas. Marzo de 2011).

Cuando volví [del servicio militar] ni se hablaba de las Liga ... No-nosotros que sabíamos y participábamos, pero no había nadie... Como si las Ligas se hubieran evaporado (Campesino ex miembro de las Ligas Agrarias; Tres Isletas agosto de 2008).

Para muchos campesinos que hoy se encuentran vinculados y organizados en nuevos grupos, evocar la experiencia de las Ligas y de la represión a través de sentidos peyorativos (hablar de terroristas, extremistas, etc.) no invalida la posibilidad de reconocer en las LACH, a la vez, un ejemplo valioso en la defensa de las propias reivindicaciones. A pesar de que las dificultades para hablar del pasado reciente surgen de manera contradictoria y en simultáneo con la presencia del estigma, emergen otras representaciones en los mismos testimonios que reconocen en las LACH una experiencia ejemplar. Se trata de los mismos testimonios que asimilan la experiencia de las LACH con la subversión, los que al mismo tiempo se definen como herederos de dicho pasado. Incluso, en ciertos casos la glorificación de la experiencia de las LACH emerge como un pasado inmaculado no reeditable en el presente.

En la evocación colectiva del pasado compartido va siendo elaborado el relato de la comunidad rural, a partir de la reflexividad colectiva sobre lo heredado, lo vivido y lo transmitido de ese pasado. La transmisión del pasado es un proceso creativo, es decir, los procesos de recepción no son pasivos sino que suponen procesos de reflexividad. Así, el pasado se presenta siempre como un contenido “moldeable”, es decir como una cuestión inevitablemente política: además de ser recordado, puede ser reactualizado de múltiples formas. En las siguientes citas se expresa la memoria de las LACH como la de una experiencia de la que campesino en Tres Isletas pareciera haber quedado afuera.

## *Memorias y representaciones sobre la represión en el monte chaqueño*

Entrevistado 1: Sí, hay mucha tela para cortar ahí en el análisis de las Ligas Agrarias... Era la única organización que en esos tiempos existía, y andábamos todos ahí.

Entrevistado 2: ¡y andaba eh!

Entrevistado 3: ¡andaba!

Entrevistado 4: Si decía tal día... Todos.

Entrevistado 5: ¡Y familias completas! Venías vos, venían tu hijos...

Entrevistado 6: Pero antes, si había corte de ruta, vos tenías que salir... Si cuando trajeron las vacas acá ¡hasta mi mamá y mi papá vinieron..! (Campesinos organizados en la Unión de Pequeños Productores de Chaco; Tres Isletas).

Nosotros éramos un grupo muy masivo. Nosotros éramos como una escuela ya... Sabés que un día, no me pregunten qué, hubo un curso de 15 días de capacitación en el cotolengo de acá en Sáenz Peña. Se fueron Nardely y Eugenio Sánchez, fijate vos... Los 15 días allá. Después, cuando ellos volvieron, eso que ellos se capacitaron allá, se armó otro curso de capacitación en nuestra zona y ahí todos... Y ellos eran nuestros... Lo que se había decidido allá, ellos nos venían a transmitir a nosotros. Y de eso otras, por ejemplo, venían en las reuniones informativas, panfletos sobre qué estaba pasando, qué decisión se tomaba, que tal zona se inclinó por tal cosa, qué opinan ustedes... Y por ahí hay que hacer paros, hay que hacer marchas... Si gustaba la idea, y bueno, vamos a hacer una marcha... Y ¡vamos a la marcha nomás! La marcha a Villa Ángela, las concentraciones (Campesinos organizados en la Unión de Pequeños Productores de Chaco; Tres Isletas Marzo 2011).

Entrevistado: La organización de las Ligas Agrarias, yo ya lo dije hoy... Somos todos los mismos solo que cambio el nombre nomás... Ustedes se dan cuenta que las Ligas Agrarias sirvieron de mucho, el estudio de la forma en que se organizaba... Ahora que nosotros podamos manejar otra forma. Ellos fueron los primeros, los primeros que empezaron y que tenían fuerza... Por eso las Ligas Agrarias es muy importante dentro del seno del pueblo chaqueño (Campesinos organizados en la Unión de Pequeños Productores de Chaco; Tres Isletas, Marzo 2011).

Esta ambivalencia en la evocación del pasado también se expresa a través de las anécdotas, que sucesivamente emergen para hablar de él. Constituyen hitos a los que se recurre tanto para ejemplificar la peligrosidad supuesta del liguismo, como la gloria de dicha experiencia de combati-

*Claudia Calvo*

dad y solidaridad campesina. Una de las anécdotas más evocadas consiste en el “paro agrario” que realizaron las LACH a comienzos de los años 70. La masividad del acatamiento al paro aún cuando estaban dadas las mejores condiciones climáticas para la siembra es un argumento con el cual algunos campesinos de Tres Isletas explican la experiencia ejemplar de las LACH en sus acciones colectivas.

Yo creo que era una organización buena. Porque yo me acuerdo que era cachorro y mi papá trabajaba en el campo y un día fue el paro. Tenía que estar paralizado todo el campo. Y si te escuchaban trabajando ni te preguntaban, directamente te prendían fuego (Campesinos organizados en la Unión de Pequeños Productores de Chaco; Tres Isletas, Marzo 2011).

¿Te acordás el 8 de diciembre, que llovía?... ¡Nadie sembraba che! (referencia al paro) yo me acuerdo que nadie sembró. Y ahí en esa época creo que a Sáenz Peña fueron a concentrarse. No me acuerdo che si era con Onganía... Pero ahí nadie sembraba... Pero tenían la tierra preparada para sembrar, y no, nadie sembró... Se fueron a la concentración a Sáenz Peña (Campesino ex miembro de las Ligas Agrarias; Tres Isletas agosto de 2008).

Los cortes, los paros acá en Sáenz Peña. Después, cuando le cortaron la ruta con miguelitos, y que nadie siembre (Campesino ex miembro de las Ligas Agrarias; Tres Isletas agosto de 2008).

Otros relatos desde un sentido peyorativo representan la experiencia de las LACH como la sucesión de actos “extremistas”, adelantados por sujetos peligrosos aún cuando se tratase de la propia familia.

No, no. No sé cómo fue pero recuerdo que íbamos en tu camioneta o en la del Negro y él me dijo “será que estos son como las Ligas antes”, me habló muy bajito y me preguntó eso. “Será peligroso ese el barbudo” (Campesino organizado en la Unión de Pequeños Productores de Chaco; Tres Isletas, Marzo 2011).

No. Era un vecino. Pero mi viejo supuestamente también era subversivo, porque participaba en las Ligas (Campesino organizado en la Unión de Pequeños Productores de Chaco; Tres Isletas, Marzo 2011).

Pero la anécdota que con más fuerza se erige sistemáticamente en el relato campesino, como hito histórico de las LACH en Tres Isletas, es lo que

se conoció como “Marcha de las Vacas”. Consistió en una acción colectiva que impulsaron las LACH en Tres Isletas a comienzos de la década de 1970, frente a los atropellos de un gran estanciero, “Chiquilín Hernández”, cuyas vacas continuamente comían el algodón sembrado por las familias campesinas y usurpaban sus tierras estropeando la tierra trabajada. Las LACH evidenciaban que las repetidas denuncias frente a estos abusos no eran soluciones reales en un contexto en el que la policía y el poder político local eran socios de los grandes ganaderos. Frente a ello, se organizó una “jineteada” desde el campo del estanciero, en la que más de una veintena de Liguistas acarrearón casi 100 vacas hasta el pueblo. La acción colectiva consistió en una marcha alrededor de la plaza del pueblo y tuvo una gran adhesión y sorprendente masividad por parte de la población civil (empleados, obreros, estudiantes, etc.). Pese a que el estanciero permanece en las mismas tierras desde entonces, el saldo de la Marcha de las Vacas es valorado positivamente por la repercusión y adhesión que alcanzaron las LACH en dicha jornada. Los relatos mencionan que en la Marcha de las Vacas participaron entre 200 y 1000 personas. Así, esta anécdota se constituye repetidamente en fundamento de gloria y experiencia ejemplar del campesinado chaqueño.

Acá existe todavía un tal Chiquilín Hernández. Ahora viejo... Dueño de mucha tierra, vos tenías que respetarlo. Va y compra acá en una colonia donde quedaba un campo fiscal. Va y solicita. Es lo que hacían los obreros. Solicitaban para trabajar el monte. Donde le dan a él, alambra todo y llevan animales. Saca un permiso nomás de explotación. Lo que pasa es que después ellos quedan ahí. Y quedan con esas tierras. Tenía un alambrado pero los animales tenían hambre y se iba... Había veintiséis denuncias. Fuimos a caballo a buscar las vacas. Y unas 300 personas esperando en la puerta del... Llegamos antes del amanecer un grupo ¡Qué miércoles! No le podíamos sacar estaban muy mañosos los animales. Y alcanzamos a sacar sesenta y seis vacas. Y era el día del pueblo. Entonces, las traemos hasta el matadero. Cuando las traemos, a la mitad del camino aparece la policía de Sáenz Peña (...) Y llegaron los milicos, y les bandeamos y a donde vamos, y al pueblo y meta... Me acuerdo que me decía un viejo que temblaba, ¡tenía miedo!

Entrevistador: ¿Y la reacción de la gente que estaba en el pueblo?

Entrevistado: Y ahí se sumaron todos... Los colegios. Salieron a apoyar todos, nos juntamos y estaba el intendente y todos noso-

tros en la plaza, le íbamos a arruinar todo el pastel. Y ahí hicimos un desfile todos los jinetes.

Entrevistador: ¿Y ustedes ya se identificaban como Ligas Agrarias?

Entrevistado: Era Ligas Agrarias ya. La marcha de San Lorenzo conseguimos y la única parte donde había la marcha. Ahí consiguió. Y de ahí la marcha de las vacas.

Entrevistador: ¿Ustedes desfilaron por la plaza con la marcha de San Lorenzo?

Entrevistado: Sí, sí. Pegamos toda la vuelta (Ramón Chávez, ex delegado zonal de las LACH en Tres Isletas, marzo 2011).

En la Marcha de las Vacas participaron alrededor de 2.000 personas y se adhirieron todos. La parte de los secundarios, porque los colegios estaban manejados por las monjas. Ellos salieron muchas mujeres que ahora son grandes, que se acuerdan que participaron de la Marcha de las Vacas (Campesino ex miembro de las Ligas Agrarias; Tres Isletas agosto de 2008).

Antes las Ligas Agrarias decíamos “vamos a traer las vacas al pueblo” y venían todos con las vacas a Tres Isletas, tenía apoyo el dirigente. Ante cualquier necesidad tenía apoyo. Hoy es muy difícil que la gente se manifieste. La comunidad, el pequeño productor es muy difícil que se movilice. Hicimos un testeó el otro día y para juntarnos nosotros no hubo ningún problema. Pero cuando se habló de que podíamos movilizarnos, se terminó todo y todo eso tiene que ver con este monstruo que nos absorbió (Campesinos organizados en la Unión de Pequeños Productores de Chaco; Tres Isletas, Marzo 2011).

## **Emprender las memorias campesinas, habilitar la “memoria emergente”**

Don Ramón Chávez constituye un verdadero emprendedor de la memoria. Varios de los encuentros entre pobladores campesinos para hablar del pasado reciente fueron impulsados por él. En ese trabajo sobre el pasado, Chávez intenta influir y cambiar ciertos sentidos peyorativos y por momentos vergonzosos instalados fuertemente en la comunidad rural en Tres Isletas. Se encarga de remarcar la militancia de las LACH y de relacionarla con un ideario y una práctica política, oponiéndose al sentido acusatorio, al proceso de estigmatización del pasado, a la generalización

de la noción de subversivo o extremista para evocar al liguista. Sus capitales simbólicos y culturales no se reducen al hecho de ser ex delegado zonal de las LACH; actualmente es el referente de la nueva asociación Ligas Agrarias (reedición del movimiento social de los años setenta pero con un perfil de gestión con apoyo gubernamental). Como tal, constituye un emblema en Tres Isletas por su histórico compromiso a la causa campesina y por su atención a las reivindicaciones de la población rural subalterna en general.

En sus evocaciones sobre el pasado reciente, a diferencia de las representaciones campesinas más anónimas antes señaladas, en el relato de Don Chávez se observa un innegociable compromiso y apego con el pasado liguista, compromiso cargado de emotividad por la experiencia vivida pero también por las exigencias que en el presente le significan la posibilidad de reeditar (incluso de una mejor manera) dicha experiencia. Ello no significa que en las otras evocaciones campesinas, las de militantes de base (anónimas), no se expresen compromisos y una emotividad con el pasado. Antes bien, la diferencia radica en que, contrariamente a la situación de Don Chávez, las memorias comunitarias de los ex miembros de base de las colonias no ponen en riesgo sus compromisos con el presente, al relatar con significativa ambivalencia los sentidos del pasado (muchas veces acusatorios y estigmatizantes), pues no se encuentran comprometidos con la exigencia de reeditar la experiencia que evocan. Más bien, se asumen herederos de las solidaridades campesinas y comunitarias encarnadas ayer en las LACH, hoy en otras organizaciones. Al decir de Catela da Silva (2007) estas constituyen memorias más laxas, menos “políticamente correctas”, menos encuadradas.

Las Ligas no es que en realidad fracasa, fracasa todo el proyecto en la Argentina. (...) Me parece que hicimos lo que pudimos y lo que teníamos que hacer. Yo no estoy arrepentido de nada de lo que hice, eso es lo que te puedo decir (...) Porque había una corriente de movilización en el país y el campesino no podía estar ausente de eso (Ramón Chávez, ex delegado de LACH en Tres Isletas. Actual miembro de Asociación Ligas Agrarias. Agosto 2008).

Ana: ¿Y en qué momento se comienza a sentir que es valorado hablar de las Ligas, o por lo menos a no sentir tanto ese señalamiento, esa negatividad?

Chávez: Y no sé... En el 2006. Ahora hay un reconocimiento ya (...) nosotros [Asociación Civil Ligas Agrarias] presentamos un pro-

yecto al Ministerio de Desarrollo Social de Nación. Un proyecto integral. Abarca todo, educación, salud... Nosotros pensábamos que en algún momento se iba a dar lo que pensábamos y queríamos. El desarrollo del pequeño productor. Pero se avanzó más rápido de lo que se pensó. Y ojalá se pueda avanzar más. Si bien el momento político es distinto y hay que trabajar distinto. Nosotros ahora ya no estamos preparados para salir a la calle, para hacer protesta. Estamos preparados para gestionar en este espacio que nos da el gobierno (Ramón Chávez, ex delegado de LACH en Tres Isletas. Actual miembro de Asociación Ligas Agrarias. Marzo 2011).

## Conclusiones

Este trabajo examinó las formas y contenidos que asumen la memoria, la historia y las representaciones sociales del pasado reciente en ámbitos rurales de la provincia de Chaco. Analizó la construcción de memorias locales, donde estigma y acusación, reconocimiento y glorificación aparecen como elementos centrales que alternativamente configuran las memorias de las LACH y de la represión en el monte chaqueño.

La escasez de análisis acerca de las memorias y representaciones sociales sobre las LACH y sobre su desarticulación por parte de la represión ejercida durante la última dictadura se corresponde con la vacancia de estudios que indaguen la singularidad de las memorias locales, mas “privadas” sobre la represión. Se corresponde también, por otra parte, con un subregistro, en los organismos oficiales, del impacto de la represión estatal en el campesinado chaqueño organizado.

La comunidad construida e imaginada es una unidad socio-espacial con una duración histórica relativamente larga, una categoría social y cultural que incorpora una dimensión colectiva explícita, que representa las prácticas institucionales sedimentadas. Las comunidades locales poseen un bagaje histórico de luchas y conflictos sociales locales específico, las cuales fueron constituyendo la propia identidad comunitaria. En ese marco cobran vital importancia los “emprendedores de la memoria”, en nuestro caso, Ramón Chávez, quien intentando mantener activa la vitalidad del pasado reciente, impulsa el trabajo de rememoración y encuadramiento de las representaciones campesinas sobre la experiencia de las LACH y la represión.



La población campesina de Tres Isletas comienza a relatar su “memoria emergente”. Siguiendo a Ludmila Catela da Silva (2006), esta memoria emergente juega con las cartas de la tradición oral, de la transmisión de relatos sobre el pasado, pero todavía no ha escrito una historia que afirme una versión legítima de lo que pasó, que pueda engarzarse con las memorias cuasi oficializadas por los organismos de derechos humanos, por la academia, por el Estado. Para estas instituciones la historia de la represión en Tres Isletas es todavía casi invisible.

## **Bibliografía**

- Archetti, Eduardo. 1988. *Ideología y organización de las ligas agrarias del norte de Santa Fe. 1971-1976*. Buenos Aires: Cedes, no. 14. Disponible en [http://www.cedes.org/informacion/ci/publicaciones/doc\\_c.html](http://www.cedes.org/informacion/ci/publicaciones/doc_c.html).
- Bartolomé, Leopoldo. 1977. “Populismo y diferenciación social agraria: las ligas agrarias en Misiones, Argentina” en *Cahiers du monde hispanique et luso-bresilien*, Toulouse, no. 28, pp. 141-165.
1982. “Base social e ideología en las movilizaciones agraristas en Misiones entre 1971 y 1975” en *Desarrollo Económico*, Vo. 22, No. 85.
- Bidaseca, Karina. 2006. *Colonos Insurgentes. Discursos heréticos y acción colectiva por el derecho a la tierra. Argentina 1900-2000*. Tesis Doctoral. Universidad de Buenos Aires.
- Buzzela, Natalia; Percíncula, Analía y Somma, Lucila. 2008. “Ligas Agrarias Correntinas: una aproximación a la mirada desde el actor”. Ponencia en el Congreso Pre ALAS, Corrientes.
- Catela da Silva, Ludmila. 2006. “El Estigma de la Memoria en Tumbaya” en *Revista Puentes*. La Plata: Ed. Comisión Provincial por la Memoria, pp. 61-66.
2007. “Poder Local y Violencia: Memorias de la represión en el Noroeste Argentino” en *Los márgenes de la ley. Inseguridad y violencia en el cono sur*. Buenos Aires: Paidós.
- CONADEP. 1984. *Nunca Más. Informe de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas*. Buenos Aires: EUDEBA.
- Crenzel, Emilio. 2008. *La historia política del Nunca Más*. Buenos Aires: Siglo XXI.
2010. (Comp.) *Los Desaparecidos en la Argentina, Memorias, Representaciones e Ideas (1983-2008)*.
- Domínguez, Diego; Lapegna, Pablo y Sabatino, Pablo. 2006. “Un Futuro presente: Las Luchas Territoriales”, en *Revista Nómadas*, No. 24, pp. 239-246. Abril

Claudia Calvo

- Ferrara, Francisco. 1973. *¿Qué son las Ligas Agrarias? Historia y Documentos de las organizaciones Campesinas del Nordeste Argentino*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Galafassi, Guido. 2003. "Las Ligas Agrarias Chaqueñas frente al proceso de modernización", en Primer Coloquio Continuidades y Cambios en la Argentina Rural del siglo XX, Universidad de Quilmes.
2007. "Economía regional y emergencia de movimientos agrarios. La región Chaqueña de los años setenta", en NERA, Año 10, No. 10, pp. 11-36, Brasil.
- Jaume, Fernando. 2000. "Estrategias Políticas y Usos del Pasado en las Ceremonias de la 'Masacre de Margarita Belén (1996-1998)'" en *Revista Avá*, No 2, setiembre, pp. 65-94.
- Jelin, Elizabeth. 2002. *Los trabajos de la memoria*. Madrid: Siglo XXI.
- Jelin, Elizabeth y Del Pino, Ponciano (comps.). 2003. *Luchas Locales, comunidades e Identidades*. Madrid: Siglo XXI.
- Jelin, Elizabeth y Kaufman Susana. 2005. *Subjetividad y Figuras de la memoria*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Lasa, Claudio. 1985. "Un Proceso de Mediación Política: Movimiento Rural y las Ligas Agrarias Chaqueñas". Disponible en <http://www.ceiliette.gov.ar/docpub/revistas/sociedadreligion/sr07/sr07lasa.pdf>.
- Masin, Daiana. 2009. "Ligas Agrarias en la provincia de Santa Fe: una aproximación a la construcción y modos de acción de los actores sociales del norte y el sur de la provincia". Ponencia presentada en las V Jornadas de Jóvenes Investigadores, Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.
- Montespirelli, Paolo. 2004. *Sociología de la Memoria*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Moyano, Mercedes. 1992. *Organización popular y conciencia cristiana. En 500 años de cristianismo en Argentina*. Buenos Aires: CEHILA.
2009. *El Movimiento Rural de Acción Católica y las Ligas Agrarias en Argentina*. Inédito.
2011. *El Mundo Rural en Emergencia. Ligas Agrarias y las cooperativas y sindicatos rurales en el Noreste argentino en los setenta*. Tesis Doctoral.
- Pollak, Michael. 2006. *Memoria, Olvido, Silencio. La producción Social de identidades frente a situaciones Límite*. La Plata: Al Margen.
- Portelli, Alessandro. 1989. "Historia y Memoria. La muerte de Luigi Trastulli", en *Historia, Antropología y Fuentes Orales*, N° 1.
- Roze, Jorge. 1992. *Conflictos Agrarios en la Argentina 1 y 2. El Proceso Liguista*. Buenos Aires: CEAL.
2007. *Lucha de Clases en el Chaco Contemporáneo*. Resistencia: Fundación Instituto de Estudios Ambientales y Sociales (Ideas).

### *Memorias y representaciones sobre la represión en el monte chaqueño*

2008. "Ligas Agrarias y Procesos de conocimiento. Avances, Limitaciones y resultados en una investigación de Largo Plazo", en *Revista de la Sociedad Científica del Paraguay*. Asunción.
2010. *La larga marcha de un proceso social de conocimiento. Aprehendiendo el movimiento de las ligas agrarias del nordeste argentino*. Resistencia.
- Theidon, Kimberly. 2004. *Entre Prójimos. El Conflicto Armado Interno y la Política de Reconciliación en Perú*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Villalba, Griselda. 2004. *Las cooperativas como resistencia a la crisis del modelo sustitutivo entre los 60 y la actualidad*. Tesis de grado presentada en el Departamento de Historia de la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional del Nordeste. Resistencia.

### *Fuentes documentales*

- Agencia Nacional de Noticias Télam: [www.telam.com.ar](http://www.telam.com.ar)
- Blog informativo sobre las Ligas Agrarias. <http://ligasagrarias.blogspot.com/2007/08/historia-presente-y-futuro-de-las-ligas.html>
- Diario *El Territorio*, Resistencia 1973, 1974 y 1975.
- Diario *Norte*, Resistencia, 1973, 1974 y 1975.
- Diario *Página 12*.
- Portal de noticias online [www.chacodiapordia.com](http://www.chacodiapordia.com)
- Programa Jóvenes y Memoria Comisión Provincial por la memoria, provincia de Buenos Aires. Disponible en <http://jovenesy memoria.comisionporlamemoria.net/>
- Registro Único de la Verdad (RUV), Comisión Provincial por la Memoria, provincia de Chaco. Disponible en <http://www.comisionporlamemoria.chaco.gov.ar>

---

## 6 **Memorias en silencio: la masacre de El Tigre, Putumayo. Reconstrucción de la memoria histórica en Colombia**

*Andrés Cancimance López\**

### **Presentación**

Tal como sostiene Andreas Huyssen (2002), uno de los fenómenos culturales y políticos más relevantes de los últimos años es la emergencia de la memoria como una preocupación central de la cultura y de la política de las sociedades occidentales. Según Huyssen, este giro hacia el pasado contrasta de manera notable con la tendencia a privilegiar el futuro, elemento característico de las primeras décadas de la modernidad del siglo XX. En la historia del siglo XX serán las dos guerras mundiales las que impulsen los primeros discursos analíticos sobre la memoria. Posteriormente, los nuevos discursos sobre la memoria surgieron en Occidente después de la década de 1960 como consecuencia de la descolonización y de los Nuevos Movimientos Sociales, que buscaban historiografías alternativas y revisionistas para pensar críticamente los fundamentos de la identidad. Tal movimiento vino a promover el giro subjetivo en la academia, la cual ya estaba mostrando síntomas de reacción frente al estructuralismo. Esta inquietud por la alteridad vino acompañada por los discursos sobre “el fin”: el fin de la historia, la muerte del sujeto, el fin de la obra de arte, el fin de los metarrelatos.

En los contextos latinoamericanos con pasados violentos traumáticos, asociados a la presencia del terror sistemático de Estado, guerras civiles o

\* Capítulo elaborado a partir de la investigación del autor sobre el proceso de reconstrucción de la memoria histórica sobre la masacre de El Tigre en el departamento de Putumayo, Colombia (2009-2011). Dicha investigación fue desarrollada en dos partes: la primera en el marco de su tesis de Maestría en Ciencia Política (FLACSO-Ecuador 2008-2010) y la segunda en el del Centro de Memoria Histórica de Colombia (2010-2011). Una versión preliminar de este texto fue presentada en el Grupo de Trabajo “Etnografías, violencias y memorias en América Latina” coordinado por Ana Guglielmucci y Sigifredo Leal Guerrero, en la X Reunión de Antropología del Mercosur –RAM– (Córdoba, Argentina, 2013).

conflicto armado interno, la memoria histórica se ha construido sobre la base de consensos y luchas, lo que ha dado lugar a erigirla como objeto de disputa y a la vez como premisa para la transición, consolidación y profundización de la democracia (Arzobispado de Guatemala, 1998; Belay et ál., 2004). Desde esta perspectiva, las experiencias del Cono Sur sin lugar a dudas dejaron un legado extensivo a otros países latinoamericanos que después transitarían hacia gobiernos civiles: la posibilidad de reflexionar y asignar sentidos a los pasados de violencia o represión, es decir, recurrir a la capacidad de pensar y reflexionar política y socialmente sus experiencias represivas, para con ello contribuir al desarrollo y profundización de la democracia, así como también contribuir a la reconstrucción de identidades individuales y colectivas (Jelin, 2002).

Este ejercicio demandó de los Estados la generación de dispositivos institucionales y políticas de la memoria que no solo permitieran alcanzar objetivos de verdad, justicia, reparación y reconciliación, sino que también hicieran posible anunciar el establecimiento de un nuevo “orden democrático” o la primacía de un Estado Social de Derecho (Mô Bleeker et ál., 2007). Entre esos dispositivos, los de las Comisiones de la Verdad y Reconciliación (CVR) figuran como uno de los más experimentados e innovadores (Lefranc, 2004). Dentro de proyectos de este tipo, la memoria se ha constituido en una herramienta con la cual distinguir y vincular el pasado en relación con el presente y el futuro (Lechner y Güell 2006, p. 18). Desde luego, dada la existencia de intereses concretos entre los diversos actores involucrados –víctimas, perpetradores e instituciones estatales–, se trata de un proceso conflictivo que permanentemente remite a un espacio de “lucha política” (Jelin, 2002, 2003a, 2003b).

Esta constante invasión del presente por los recuerdos y olvidos de los pasados recientes se puede enunciar como síntoma de una situación de época, en la que la memoria, aquél depósito de huellas vivas dejadas por los acontecimientos que han afectado el curso histórico y biográfico de individuos y grupos (Ricoeur, 2003), adquiere una relevancia notoria en la comprensión del presente. En medio de ese contexto, es importante resaltar la complejidad de la dinámica de la memoria, la cual en el presente artículo se abordará reconociéndole al menos dos funciones que en términos generales pueden señalarse así: una primera función nos acerca a la memoria en su condición de marco colectivo que permite la cohesión social y la reconstrucción del tejido social en contextos de guerra; la segunda nos ubica en otro escenario, y es pensar el carácter político de la

memoria, que implica reconocer la función y los usos políticos del recuerdo y del olvido dentro de un campo social de luchas, en donde el objeto de disputa son los significados del pasado.

Este artículo se sitúa en el marco de los anteriores postulados, y recoge por partes la investigación que realicé en el municipio de Valle del Guamuéz, Putumayo<sup>1</sup> (suroccidente de Colombia, frontera con Ecuador y Perú). Allí trabajé durante el periodo enero-agosto de 2010 con sobrevivientes y testigos de la masacre del 9 de enero de 1999, perpetrada en la inspección de policía<sup>2</sup> de El Tigre por un escuadrón de aproximadamente ciento cincuenta paramilitares del Bloque Sur Putumayo, perteneciente a las Autodefensas Unidas de Colombia – AUC (Cancimance, 2012).

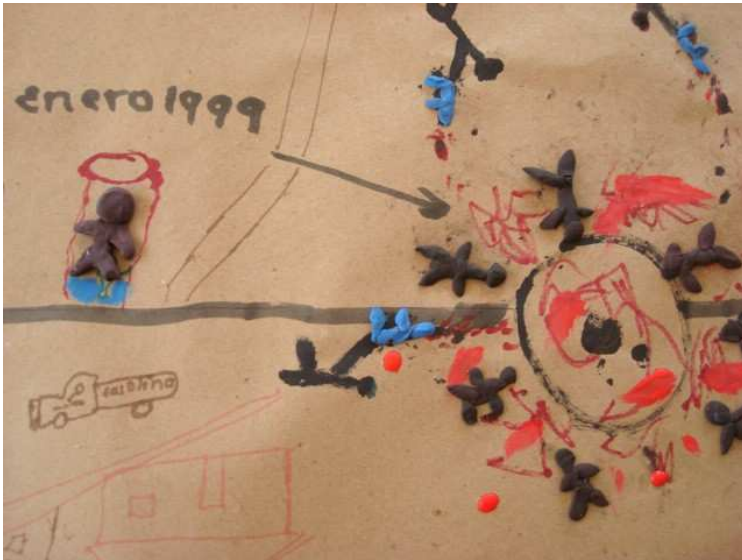
En el estudio de caso que propongo abordar en este apartado muestro cómo en Colombia la reconstrucción de la memoria histórica se presenta como un espacio de lucha política –quizás aún más que en otros contextos latinoamericanos o de otros continentes que han pasado por experiencias similares–, dada la condición especial en la que se encuentra, pues los ejercicios de memoria se realizan en medio del fuego cruzado. La discusión que propongo parte de una preocupación empírica por comprender cómo se producen y reproducen las políticas del pasado en Colombia; cómo se convierte el pasado en dispositivo de construcción narrativa, en tecnología de tramitación de las violencias y en qué sentido el pasado es instrumento emblemático de acción institucional o escenario de lucha de diversos sectores sociales respecto a demandas de verdad, justicia, reparación y garantías de no repetición.

## **Recordando la masacre**

Habían pasado diez años de la masacre del 9 de enero de 1999 en El Tigre, Putumayo, cuando empecé a formular las primeras versiones de mi plan de tesis para optar por el título de Maestro en Ciencia Política (FLACSO Ecuador, 2009). Me proponía reconstruir los hechos de esta masacre a modo de un estudio de caso y desde las voces de las víctimas y residentes

<sup>1</sup> El departamento de Putumayo cuenta con una población de 322.681 habitantes, de los cuales, 148.711 viven en las cabeceras municipales y 173.970 en el resto de zonas. En la geografía nacional, este departamento ocupa un área de 24.885 km<sup>2</sup>. Administrativamente está conformado por trece municipios y limita, al norte, con los departamentos del Cauca y Caquetá, al sur con Ecuador y Perú, al occidente con el departamento de Nariño y al oriente con el departamento del Amazonas.

<sup>2</sup> En Colombia se denomina “inspección de policía” a una unidad administrativo-territorial integrante de un municipio y subordinada a él.



Línea de tiempo sobre la masacre elaborada por participantes del taller de memoria. 2010. Cortesía para la investigación de Iñigo Alcañiz.

de la inspección. Para la época en que fue perpetrado el asesinato colectivo yo tenía 13 años y vivía en la zona. En enero de 1999 llegaron a mi colegio varios jóvenes que venían de El Tigre, desplazados por lo que les había ocurrido aquella noche. En mi salón de clase de aquel año, tuve como compañera a una joven que había vivido esa trágica experiencia. Nunca hablamos del tema, sin embargo, siempre tuve las preguntas de ¿qué había pasado aquella noche de 1999? y ¿por qué había ocurrido? Once años después empecé a buscar respuestas (2010).

A pesar de que soy de La Hormiga, casco urbano del Municipio Valle del Guamuéz (Sur de Colombia) y a quince minutos de El Tigre, llegué a la conclusión –cuando empecé a formular el plan de tesis– de que muy pocas veces había estado en esta inspección. En mi infancia y juventud escuché constantemente que ese lugar era un sitio tenebroso, un lugar controlado, en diferentes periodos, por guerrilleros, narcotraficantes y paramilitares. De hecho, recuerdo que alguna vez que le dije a mis padres que iría a El Tigre a acompañar a un funcionario público de la alcaldía, me lo prohibieron y se alarmaron mucho. No entendí la negativa de ellos y “desobedeciéndolos” fui hasta ese lugar. Era el año 2001, pleno auge del paramilitarismo en la región.

Recuerdo que aquél día mi cuerpo experimentó un miedo intenso desde el mismo momento en que llegué allí. Los paramilitares controlaban la entrada al caserío; pedían de forma grosera e intimidante los documentos de todas las personas; requisaban, decomisaban alimentos y retenían a hombres y mujeres sin importar la edad, quienes en algunos casos posteriormente aparecían asesinados y de los cuales no se volvía a saber. Mi permanencia en El Tigre parecía eterna, me sentía perseguido y vigilado en cada uno de mis movimientos. Después de ese día, no volví aquel sitio hasta enero de 2010, cuando di inicio al trabajo de campo de mi investigación. El Tigre ya no estaba controlado por paramilitares, pero los efectos de la violencia que ocasionaron por más de cuatro años de permanencia en el lugar podían leerse en la gran cantidad de casas abandonadas, en los agujeros o impactos de bala que otras tantas sopor taban sobre sus paredes y puertas; en la incapacidad de saber cuántas personas habían sido asesinadas y desaparecidas; cuántas mujeres y hombres violentados sexualmente... Esas fueron las primeras impresiones y sensaciones que logré registrar.

La temática en sí misma –una masacre– y la existencia de contextos aún con expresiones de violencia y presencia de actores armados en la región –guerrilla, paramilitares, ejército y policía– representaban retos teóricos, metodológicos y políticos que durante el trabajo de campo y la redacción final de la tesis fueron más evidentes. Teóricamente tuve que enfrentarme a aquello que Semelin ha señalado como la “poca atención de la ciencia política” en los estudios de las masacres de poblaciones civiles. Sin duda –señala este autor– la naturaleza del tema tiene que ver un tanto en ello:

Frente a la masacre, el investigador tropieza con una triple dificultad. La primera es de orden psicológico: es comprensible evitar un tema de estudio que suscita horror y repulsión. La segunda es de orden moral: frente a los actos de pura barbarie, ¿cómo dar pruebas de neutralidad científica? La compasión por las víctimas trae consigo espontáneamente la condena de los verdugos. El tercer obstáculo es más específicamente de naturaleza intelectual: los fenómenos de masacres desafían el entendimiento; parecen no tener “sentido”, no “servir” para nada. Se tiende a atribuirlos a la locura de los hombres. (Semelin, 2004: 51)

Diversos autores han demostrado que las prácticas de masacres, de una gran amplitud en el siglo XX, parecen consustanciales a la estrategia de



ciertos actores, sobre todo en el contexto de guerra y revoluciones (Suárez, 2008; Semelin 2004; Uribe, 1990). Para Semelin, por ejemplo, la destrucción de poblaciones civiles puede, en efecto, ocupar un lugar central en su lógica de acción. Y lejos de ser un fenómeno “marginal” o “colateral”, la masacre puede tener efectos psicológicos y políticos considerables sobre la dinámica de un conflicto. De ahí que las masacres se estén proponiendo como un tema de estudio independiente, que compromete a diversas disciplinas (ciencia política, antropología, sociología, psicología). Sin pretender hacer un estudio exclusivamente sobre las masacres en Putumayo, departamento que ha sufrido especialmente los efectos del conflicto interno colombiano, opté por posicionar la masacre del 9 de enero de 1999 como el eje central a partir de la cual entraría a comprender las experiencias de destrucción, dolor y sobrevivencia de los pobladores de esta zona con los que compartí durante varios meses.

Metodológica y políticamente debía estructurar una estrategia acorde con los procesos subjetivos de las personas que participarían en esta investigación: sobrevivientes y testigos de la masacre. Dadas las experiencias dolorosas, de miedo, silencio, rabia y otras emociones que subsisten en los sujetos después de eventos de violencia extrema, era importante dimensionar, tal como lo sugirió en su momento el Grupo de Memoria Histórica –GMH– de la Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación en Colombia –CNRR–,<sup>3</sup> los impactos de los procesos de reconstrucción de la memoria, que pueden ser positivos al “permitir escenarios terapéuticos para la elaboración de duelos y de reconstrucción de familias y comunidades fragmentadas, o pueden dar lugar a situaciones y conflictos que, si no son debidamente atendidos, llevan a profundizar sentimientos y relaciones nocivas para las víctimas” (GMH, 2009: 63).

El proceso de reconstrucción que llevé a cabo tomó como base las voces de las víctimas de la masacre, pasando inicialmente por una revisión de otras narrativas –la de los mass media y organizaciones de derechos humanos– que en su momento intentaron construir los hechos desde referentes de sentido diferentes a los propios de los pobladores del espacio geográfico objeto de estudio. Es así entonces como, con base en los hallazgos de mi trabajo de campo, es posible identificar y profundizar en elementos que no coinciden con los relatos pre-existentes sobre la masacre y que resultan importantes para comprender la asignación de sentidos y significados que la población hace sobre los pasados de violencia

<sup>3</sup> Hoy día Centro Nacional de Memoria Histórica.

en el territorio, además de visibilizar los procesos de resistencia y resignificación para afrontar su tragedia. La voz de los perpetradores fue la gran ausente durante el trabajo de campo que adelanté en El Tigre. Acceder a este tipo de narrativas desde el lugar de un investigador “independiente” en Colombia tiene enormes dificultades. Sin embargo, instituciones estatales encargadas de la justicia<sup>4</sup> y de la reconstrucción de la memoria histórica<sup>5</sup> están iniciando un trabajo por incorporar en sus investigaciones la perspectiva de estos actores.

Las personas con las que compartí en el transcurso del trabajo de campo y yo esperamos que este trabajo sobre la masacre de El Tigre tenga el mérito de formar parte de un esfuerzo nacional en Colombia para llevar a cabo una política de la memoria, desde la cual se pueda visibilizar las voces de los grupos afectados por la violencia política en Putumayo, vulnerados en sus más elementales derechos humanos, no sólo por las acciones armadas de la guerrilla y los paramilitares, sino por el propio estado colombiano y la implementación de políticas represivas y militares en la región. Es por eso que este artículo no sólo busca dar cuenta de otro punto de vista sobre una región que a lo largo de varias décadas ha sido manejada como botín de recursos que justifican el uso de la fuerza y de la arbitrariedad en cada coyuntura, sino que también se inscribe en la necesidad de romper con la impunidad y la amnesia que reina en el contexto de violencia política colombiana. Estos dos fenómenos –la impunidad y la amnesia– condenan la memoria de las víctimas a la marginalidad en la medida en que sus relatos son restringidos o suprimidos. Esfuerzos colectivos, institucionales y académicos, son necesarios para romper con esas restricciones, pues de cara a la tan anhelada superación del conflicto armado y a la consolidación real de la democracia, la(s) memoria(s) no solo es necesaria sino imperativa (GMH, 2009).

### **La masacre**

El Tigre es una de las seis inspecciones de policía que tiene el municipio de Valle del Guamuéz. Es un caserío que se levanta a la orilla de la carretera Pasto – Mocoa – La Hormiga – San Miguel – Ecuador, proyectada como “vía internacional”.<sup>6</sup> Esto lo posiciona como corredor fronterizo

<sup>4</sup> Por ejemplo La Unidad de Justicia y Paz de la Fiscalía General de La Nación.

<sup>5</sup> Por ejemplo el Centro de Memoria Histórica.

<sup>6</sup> Por la construcción del corredor de transporte multimodal Tumaco – Belén Do Pará y la Marginal de la Selva, en el marco de la Iniciativa para la Integración de la Infraestruc-

que sale hacia San Miguel y Ecuador. El proceso de colonización de este territorio empezó a mediados de la década de los cincuenta del siglo XX (1955). Ello responde a lógicas de ampliación de la frontera agrícola, llevada a cabo por grupos de colonos que buscaban “nuevas oportunidades”, cada vez más limitadas en el centro y en la región andina por la violencia política de la época y la rigidez de la estructura de la propiedad agraria.<sup>7</sup> El Tigre fue el primer poblado que hacia el año de 1968 se delimitó sobre el valle del río Guamuéz como efecto de los procesos de extracción petrolera que se habían iniciado en 1963, cuando la Texas Petroleum Company descubrió zonas petroleras en los actuales municipios de Orito, Valle del Guamuéz, La Hormiga, y San Miguel. Según datos de la Oficina de Planeación Municipal (2014), esta inspección actualmente cuenta con una población de 4.560 habitantes distribuidos en once veredas, dentro de las cuales se encuentra un cabildo indígena, un consejo comunitario de negritudes y el casco urbano.

### *9 de enero de 1999: “Nosotros sentimos una oscuridad”*

Las fiestas decembrinas de 1998 (navidad el 24 y año viejo el 31) se celebraron en medio de incertidumbres y temores: semanas atrás las Autodefensas Unidas de Colombia –AUC– a través de panfletos distribuidos clandestinamente durante la noche, anunciaba su ingreso a la región y amenazaba con exterminar a “colaboradores” y “guerrilleros” de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia – Ejército del Pueblo – FARC-EP-. Con esta acción daban cumplimiento a los lineamientos que se habían propuesto en la Tercera Cumbre Nacional de las Autodefensas Campesinas de Córdoba y Urabá –ACCU– (Noviembre de 1996), que consistían en confrontar a las guerrillas y “recuperar” territorios donde estas habían conformado gobiernos paralelos (González, José, 2007: 252; Ramírez, 2001: 265).

Después del 31 de diciembre de 1998 y al ver que “no pasó nada”, la población de esta zona se “tranquilizó” e inició los preparativos del tradicional Carnaval de Negros y Blancos.<sup>8</sup> Las festividades se extenderían

tura Regional Suramericana (IIRSA).

<sup>7</sup> Los procesos de colonización de la Amazonía occidental colombiana que comprende los actuales departamentos de Putumayo, Caquetá, Guaviare y el suroccidente del Meta, se han llevado a cabo desde finales del siglo XIX y a lo largo de todo el siglo XX.

<sup>8</sup> Fiesta popular tradicional del suroccidente colombiano. Tiene sus orígenes en la ciudad de Pasto, en el vecino Departamento de Nariño y conjuga toda la tradición y el sincretismo de la cultura urbana de principios del Siglo XX con las tradiciones campesinas y



Línea de tiempo sobre la masacre elaborada por participantes del taller de memoria. 2010. Cortesía para la investigación de Iñigo Alcañiz.

hasta el 10 de enero. Después de este día, las familias retomarían sus habituales labores cotidianas, los estudiantes y profesores regresarían a sus escuelas y colegios, los visitantes retornarían a sus ciudades y pueblos y la población flotante de aquella época –de auge cocalero– continuaría con sus actividades de cosecha. Eran años “de mucho movimiento poblacional, El Tigre tenía vida y se miraba el desarrollo” (Relato 2, taller de memorias, 2010).

Sin embargo, la noche del 9 de enero de 1999<sup>9</sup> las AUC hicieron efectivo su anuncio:

Esa noche, ellos masacraron a la gente con machetes, cuchillos, hachas y pistolas; las descuartizaban y las echaban al río. Ese día

afrodescendientes, con elaboración de motivos alegóricos en carrozas, comparsas, desfiles y disfraces, acompañados de música, danzas y divertimentos populares. Se celebra durante los días 4, 5 y 6 de enero y es parte de las celebraciones de comienzo de año en la región. Por la movilidad de los habitantes, los carnavales se han trasladado a varias regiones cercanas al departamento de Nariño dependiendo de las condiciones históricas de las migraciones.

<sup>9</sup> En esta misma fecha el gobierno de Andrés Pastrana (1998-2002) instaló oficialmente los diálogos de paz con la guerrilla de las FARC. A su vez los paramilitares dieron por terminada la “tregua navideña” incursionando con masacres en diversos puntos del país.

nosotros sentimos una oscuridad. No estábamos preparados para algo así. Aquí la gente se amanecía festejando, porque nunca había pasado algo así. Pero ese día llegó. Ya habían pasado las fiestas de navidad, pensamos que ya nada pasaría, pero no fue así. No lo esperábamos. Esto dejó al pueblo en ruinas (Relato 3, taller de memorias, 2010).

Sobre las once de la noche y en varias camionetas blancas 4 x 4, los paramilitares entraron al pueblo por la vía Mocoa – La Hormiga. Según testimonios de sobrevivientes, venían desde Puerto Asís, sitio en el que las AUC estaban desde 1997 (Ramírez, 2001: 22). Los asesinatos y la quema de carros empezaron en el matadero de ganado, que para 1999 quedaba a la entrada del caserío:

Yo le puedo decir que sólo llegaron, no sé cuantos fueron [...] bajan de sus camionetas y encuentran una vaca amarrada a la entrada del matadero y le pegan un tiro porque se les tiró a ellos. También quemaron el carro de uno de nuestros compañeros. A los que estábamos trabajando aquí nos dieron la orden de tirarnos al suelo boca abajo. Los vamos a matar por guerrilleros, nos decían. En ese momento ellos se entretuvieron y yo me tiré al caño, y yo solo corrí y los demás quedaron ahí. Yo amanecí en el monte y al otro día, cuando regresé a casa, todos mis amigos estaban muertos. Con los que pesaban la carne empezaron la masacre (Relato 4, taller de memorias, 2010).

El recorrido de los paramilitares continuó hacia el centro del poblado [calle principal]. Allí, donde se concentraba toda la actividad comercial, los paramilitares empezaron a sacar violentamente a todas las personas de las cantinas y los billares. Asimismo, se desplegaron por todas las entradas del pueblo, y como a esa hora ya estaba suspendido el servicio de energía, un grupo de ellos se dirigió hasta el lugar de la planta generadora y obligaron a su operario encenderla nuevamente. Simultáneamente, irrumpieron en varias casas y obligaron a sus habitantes a salir a la carretera principal, siempre bajo amenazas, agresiones físicas y verbales.

El día de la masacre nosotros ya estábamos durmiendo, cuando llegaron y tocaron la puerta, pero yo no puse cuidado, entonces al lado de mi casa vivían unas vecinas ecuatorianas que tenían la mamá enferma, y una de ellas me llamó muy angustiada. Entonces yo pensé que la mamá estaba enferma y yo saqué la cabeza por la ventana, miré hacia el lado donde ellas vivían, y no había nadie. Entonces, cuando yo regresé a mirar para el otro lado, me

encontré con algo que tropezaba la cabeza ¿que era? el cañón de una pistola. Estaba un señor de civil, me dijo, ¡hijuetantas, abra la puerta, ábrala ya!. Yo abrí la puerta y ellos entraron. Le dije a mi esposo, Negro, levántese que es el ejército, porque los otros sí estaban camuflados. Mi esposo salió, uno de los camuflados lo encañonó y le preguntó por nuestra habitación, él le dijo, por acá. El que me estaba encañonando nunca dejó de hacerlo. Preguntaron por otras dos piezas en las que estaban mis hijos, y yo les dije que se levantaran porque había llegado el ejército. Uno de ellos me dijo, nosotros no somos del ejército, somos de las AUC [...]. Nos insultaban [...] nos decían que nos iban a volar los sesos [...], nos robaron algunas pertenencias, joyas, plata [...]. Después de que empacaron unas armas en unas sábanas se llevaron a mi esposo y a mis hijos [...] a la calle central. Allá [...] reunían a toda la gente, eso era como a la suerte de una ruleta (Relato 5, taller de memorias, 2010).

Solo hasta el momento en que los paramilitares empiezan a escribir en las paredes de algunas casas “AUC presentes”, o por los brazaletes de algunos de los perpetradores con la insignia AUC, los pobladores reconocieron que se trataba de ese grupo armado. La idea inicial de los pobladores era que ese grupo de hombres pertenecía al ejército nacional. Sus uniformes camuflados y armas eran elementos de asociación con la fuerza pública. Además, meses atrás el ejército había incursionado en el caserío de un modo similar (entrando violentamente a algunas casas), de ahí que se estableciera esta relación.<sup>10</sup>

La orden que impartieron a la población, abruptamente “reunida”, fue la de hacer filas a cada lado de la calle principal. Hombres y mujeres fueron maltratados física y verbalmente, sin embargo sólo a los primeros los mandaron a conformar un círculo en el centro de la carretera y los obligaron arrodillarse y permanecer en completo silencio, para después, a través de una selección indiscriminada, decidir si les permitían vivir o morir, sobre la asignación genérica de ser “colaboradores de la guerrilla” y milicianos. Ser hombre, joven y campesino, significó en esta masacre un “estereotipo del enemigo” suficiente para desplegar sobre estos sujetos actos de violencia y humillación:

<sup>10</sup> En 1999 la fuerza pública (policía-ejército) no tenía base en la Inspección del Tigre. La presencia de ésta era intermitente. Ocho años después de la masacre –en 2007–, se estableció una subestación de policía, adscrita al V Distrito departamental, La Hormiga.

Se turnaban para matar, cada uno escogía a sus víctimas, cada cual tenía sus víctimas y sus formas de matar. Unos utilizaban linternas y a los que alumbraban los subían a los carros y los mataban. Otros contaban de uno a tres, y el tres era matado. Otros llenaban las camionetas de hombres y en el puente del río [Guamuéz] les abrían el pecho con hachas y los lanzaban al agua. No querían que los cuerpos rebotaran, sino que se perdieran en el fondo. (Relato 2, taller de memorias, 2010).

### *“Ellos querían dejar en cenizas este pueblo”*

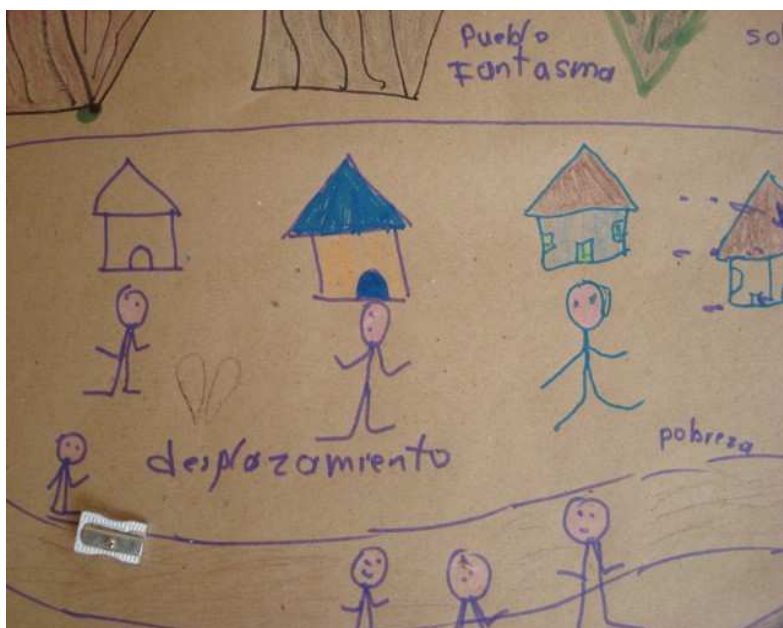
Sobre esa misma vía del poblado, en el centro, los paramilitares incendiaron las dos primeras casas, en las que funcionaban sendas cantinas,<sup>11</sup> sosteniendo que sus dueños eran colaboradores de la guerrilla. Los pobladores reconocen que estos eran sitios frecuentados por la guerrilla y los milicianos, pero también afirman que eran sitios de encuentro familiar donde campesinos y campesinas compartían los fines de semana, después de las extensas jornadas laborales en sus fincas. Por lo tanto, no están de acuerdo con la acusación que los paramilitares lanzaron sobre los propietarios de estos inmuebles:

Ellos destruían las casas a bala. Traían fusiles, granadas, armas que cargan los militares. Las cantinas fueron quemadas con todo el mobiliario. Incluso una de esas casas la querían quemar con la gente adentro. Pero uno de ellos evitó que hicieran eso. Esa cantina fue quemada porque encontraron unas armas en alguna mesa, entonces los paramilitares dijeron que ese lugar era refugio de milicianos y que por eso lo quemaban (relato 6, taller de memorias, 2010).

Otras dos casas ubicadas en distintos lugares del poblado fueron incendiadas bajo la misma acusación a sus dueños: ser milicianos o tener relaciones económicas o afectivas con la guerrilla:

En la casa sobre la vía a Maravélez, supuestamente había vivido un miliciano, y por eso la quemaron. Ellos [los paramilitares] tenían esa información. En esta casa funcionaba una tienda, vendían gasolina y cilindros de gas, los dueños eran habitantes de El

<sup>11</sup> Las cantinas eran sitios de celebración, donde el alcohol (cerveza, ron, aguardiente) era la bebida que permitía el encuentro entre hombres, mujeres y grupos familiares. Estos sitios se diferenciaban de las *fuentes de soda* (locales atendidos por mujeres en el rol de meseras) y de los bares (prostíbulos) que eran frecuentados sólo por hombres.



Línea de tiempo sobre la masacre elaborada por participantes del taller de memoria. 2010. Cortesía para la investigación de Iñigo Alcañiz.

Tigre muy conocidos por todos. Este incendio fue muy grande y produjo una explosión. La otra casa, que queda por la vía a La Hormiga, la quemaron porque un joven que era creyente y que esa noche estaba visitando a su novia, fue relacionado por los paras como un miliciano. Los paras sacaron a las dos mujeres de esa casa (novia y madre de la novia) y la quemaron con todas las cosas dentro. Era una casa de madera muy bien construida. La decisión de los paras era discontinuar este pueblo (Relato 2, taller de memorias, 2010).

El propósito de los paramilitares para “descontinuar el pueblo”, cobra más relevancia cuando intentaron destruir un carro-tanque de gasolina. Así se recuerda esta acción:

En este pueblo había un carro-tanque de gasolina que le vendía a la cooperativa de transporte de acá. El dueño, que en el momento de la masacre estaba donde una vecina, al ver lo que estaba pasando, y que esto era grave y podía agravarse más, se tiró al aljibe y ahí se estuvo quietico. Antes de tirarse, él logró cerrar las llaves del tanque de gasolina y esconder las llaves. Los paramilitares



preguntaban que dónde estaba el dueño del carro, pero nadie daba razón. Uno de los paramilitares dijo, péguenle un tiro a ese carro para que se prenda. La idea de ellos era coger el carro de gasolina, regar la gasolina por todo el pueblo e incendiar todo el pueblo. Ellos querían dejar en cenizas este pueblo. El carro quedó allí con las llaves cerradas y nunca pudieron sacar ni siquiera un galón de gasolina. No le pegaron el tiro porque uno de ellos mismo dijo, no lo hagan porque ni nosotros quedamos vivos si eso es talla. En ese momento reaccionaron y dejaron el carro y decidieron irse en sus camionetas” (Relato 2, taller de memorias, 2010).

### **Los que viven en el río, los lugares de la muerte**

Sobre las dos de la mañana del 10 de enero (domingo, día de mercado), después de permanecer por tres interminables horas de horror, las AUC abandonaron el pueblo, no sin antes advertir que en 24 horas regresarían a asesinar a todos los habitantes de El Tigre, y ordenar a las personas que estaban sobre la calle central no moverse de ese sitio (no hablar, no correr, no seguirlos durante la siguiente media hora). El trayecto seguido por este grupo durante la masacre marcó unas rutas de terror para la población, particularmente relacionadas con la distribución de cadáveres en dos lugares: en el primero –a la salida del caserío–, los paramilitares construyeron en la mitad de la calle un círculo con sus víctimas fatales. Esta disposición de los cuerpos –en un espacio público– tiene una dimensión punitiva: “castigar” ejemplarmente a las víctimas y hacer un ejercicio de irregular soberanía. En el segundo –puente sobre el río Guamuéz– los cadáveres fueron lanzados al río en un acto de desaparecer el cuerpo de las víctimas y con ello prolongar indefinidamente el momento de la masacre. Para sobrevivientes y habitantes de este poblado que no fueron sacados de sus casas (por estar distantes a los sitios de concentración de la muerte), pero que sí sintieron los disparos y al día siguiente salieron a observar qué había pasado, estos dos lugares representan la crueldad de sus verdugos, y siempre estarán en sus recuerdos como sitios siniestros.

La disposición de los cuerpos –en cada extremo del caserío– y los vejámenes a los que fueron sometidas las víctimas, no sólo delimitaron una frontera perversa y terrorífica, sino que provocaron crisis en los referentes de sentido y de protección de la comunidad, los despojaron de los recursos comúnmente utilizados para explicar y afrontar los acontecimientos (Bello, et al, 2005: 15).



Río Guamuéz. 2010. Fotografía de: Andrés Cancimance

A la salida de la Hormiga encontramos siete cuerpos. Todos eran hombres jóvenes. Estaban sólo con ropa interior. Eso era muy doloroso porque los paramilitares habían dejado un círculo con los cuerpos en la mitad de la calle. Las cabezas de los muertos estaban hacia dentro del círculo. Todos tenían un disparo en la frente [...] Sobre el puente del río Guamuéz, nosotros logramos recuperar siete cuerpos. Esos cuerpos estaban abiertos por el tórax. Otros estaban degollados. Lo que nos contaba un muchacho que logró salvarse porque se tiró al río antes de que lo mataran, era que los paramilitares empezaban a bajar a cada persona de las camionetas y con hachas y cuchillos abrían el estómago. Les enterraban el cuchillo en el estómago, al filo del ombligo, y recorrían con él hasta el cuello, luego los lanzaban al río. Así estaban todos los cadáveres que encontramos en el río. No sabemos cuántas personas más echaron al río, por eso decimos los que viven en el río. Es incontable saber cuántas personas viven en este río. Eso nos da mucha tristeza. Nosotros encontramos este puente lleno de sangre, y algunas cosas de los muertos, como chanclas, o ropa, estaban tiradas a lo largo del puente (Relato 3, taller de memorias, 2010).

## **Fueron muchas vidas las que se perdieron en esa masacre**

Entre los casos más recordados durante la masacre, los pobladores señalan la muerte de dos jóvenes de la región, que los paramilitares rotularon en el momento de la irrupción armada como milicianos de la guerrilla.

Los paracos, luego de incendiar una de las casas acá en la calle principal miraron que en la casa de enfrente se asomaban algunas personas, entonces ahí fue de donde sacaron a los dos muchachos que mataron hacia la vía del cementerio viejo. Decían que eran milicianos y a los muchachos les decían que si se querían salvar debían correr. Ellos corrieron y ahí los mataron, ellos pensaron que era verdad, pero no fue así. [...] Los persiguieron hasta matarlos (Relato 6, taller de memorias, 2010).

Uno de ellos era un estudiante universitario que por temporada de vacaciones visitaba a su familia. Después del 10 de enero retornaría a sus actividades (viajaría a Pasto, Nariño, donde adelantaba sus estudios). Su madre, luego de unas vacaciones fuera de El Tigre, regresaba la noche del 9 de enero para despedir a su hijo. Sin embargo, no le fue posible llegar aquella noche, pues en el punto que se conoce como Santana, la Brigada XXIV del Ejército Nacional impuso un retén que impedía avanzar hacia Orito y la Hormiga, argumentando “inconvenientes en el camino” (Relato 9, taller de memorias, 2010). Este retén se levantó el 10 de enero, sobre las ocho de la mañana. Estas horas coinciden con las de desarrollo de la masacre, de ahí que Amnistía Internacional, en su informe de 2004, haya señalado la colaboración de esta brigada y de algunos agentes de la policía en la masacre (Amnistía Internacional, 2004: 20)

El retén da cuenta de lo que Semelin (2004) ha denominado como la complicidad y/o indiferencia del entorno, que posibilita la creación de espacios cerrados, creados por el cercamiento del lugar donde debe desarrollarse la acción. “En el interior de este espacio cerrado todo es posible: la violencia puede sobrepasar todos los límites” (Semelin, 2004: 63). Aún no se ha logrado esclarecer cómo un grupo de aproximadamente ciento cincuenta hombres armados pertenecientes a las AUC consiguió transitar la noche del 9 de enero de 1999 entre la vía Puerto Asís – La Hormiga, y logró realizar durante más de tres horas los hechos que he venido relatando, si para ese momento existían dos retenes militares por los cuáles cualquier persona debía pasar antes de entrar a El Tigre:



Galería de la memoria elaborada por participantes del taller de memoria. 2010. Cortesía para la investigación de Iñigo Alcañiz

Ese día veníamos desde Bolívar, Cauca, acabábamos de pasar las vacaciones y las fiestas de fin y año nuevo. El recorrido era Bolívar – Pasto – La Hormiga. Cuando llegamos a un punto que se llama Santana, donde hay un cruce para entrar a Puerto Asís y otro para La Hormiga, el ejército nos retuvo. Ningún bus podía pasar hacia La Hormiga. Tuvimos que amanecer allí. Antes de llegar al Tigre, al caserío como tal, dijo un señor que estaba sentado al lado de una ventana, aquí se ve un muerto; luego otro señor dijo acá hay dos. Es decir, veníamos encontrando muertos regados por la carretera. Cuando llegamos a la entrada del caserío, después del puente, el conductor paró el bus y dijo que no podía seguir avanzando. Tuvimos que bajarnos y traspasar nuestras cosas. Empezamos a mirar casas quemadas. El pueblo estaba solo. Encontramos muchos cadáveres [...]. Teníamos que pasar por encima de todo eso. [...] El pueblo estaba muy solo. Yo sentía miedo, no sabíamos qué podíamos encontrar más adelante. Se escuchaba que los paramilitares habían entrado a hacer limpieza, que iban a acabar con todos los guerrilleros y milicianos (Entrevista 005, 2010).

Con base en este caso y otros tantos que llegan a los recuerdos de los y las habitantes de El Tigre, se señala la condición de población civil de quienes fueron asesinados y se demanda esclarecimiento histórico, memoria, verdad, justicia y reparación:

Mucha gente dice que aquí, incluso a mí me dijo una vez un paraco, ¿a usted por qué le duele?, ¿por qué le da miedo?, si a usted por lo menos no le mataron a nadie y todos los que mataron eran guerrilleros. Que le digan eso a uno, cuando uno sabe que realmente aquí no mataron guerrilleros, es muy triste. Aquí mataron gente que era del pueblo, que trabajaban, que era gente buena, ni si quiera gente mala (Relato 7, taller de memorias, 2010).

### **El Tigre, ¿un pueblo fantasma?: 10 de enero de 1999**

Con la salida de las AUC de El Tigre, un “silencio profundo” habitó el lugar de los hechos. Una hora después (sobre las tres o cuatro de la mañana) las mujeres (y algunos hombres que sobrevivieron a la masacre) atemorizadas por toda “la sangre derramada” y la orden de permanecer en silencio, comenzaron a “moverse” y hablar. Dimensionando la magnitud de la masacre, empezaron a buscar a sus familiares (esposos, hijos, padres, hermanos) y amigos.

Después el pueblo se puso en movimiento, pero con miedo y terror. A pesar de eso, nos reunimos por grupos y empezamos a buscar a nuestros seres queridos. Hacía la vía de Orito encontramos unos cadáveres, en el puente había mucha sangre lo que nos hizo suponer que habían muertos, y los otros los hayamos en la vía a La Hormiga (Relato 9, taller de memorias, 2010).

Simultáneamente inició el éxodo de más de cien familias hacia La Hormiga, Puerto Asís, Orito (Putumayo), Pasto (Nariño), Pitalito (Huila) y Lago Agrio en el vecino país del Ecuador. Existía el temor de que las AUC cumplieran su anuncio de regresar en 24 horas. Sobre las siete de la mañana del 10 de enero, la persona encargada de un SAI (locutorio) de Telecom se comunicó con la presidenta de la Cruz Roja del municipio para solicitar ayuda. De este modo en La Hormiga se conformó una delegación entre el cuerpo de bomberos, la Cruz Roja y la Inspectora de Policía, quienes se movilizaron hasta El Tigre a verificar lo ocurrido. Este equipo llegó sobre las 9 de la mañana, y lo primero que encontraron fue el círculo de cadáveres a la entrada del caserío (sobre la vía La Hormiga – El Tigre).



Casa incendiada por los paramilitares y abandonada después de la masacre. 2010. Cortesía para la investigación de Iñigo Alcañiz.

Quando llegamos al Tigre, eso fue impresionante. Los muertos del círculo estaban en pantalonetas y con las manos hacia arriba. No sabíamos qué hacer, pero de repente empezamos a anotar en una libreta los datos de las personas fallecidas. De ese modo hicimos un levantamiento de cadáveres. Estos datos los tomamos con base en los documentos de identificación que algunos cuerpos tenían. Otros cadáveres eran identificados por los mismos pobladores [...] Varios de ellos no pudimos saber quiénes eran, porque no tenían documentos y nadie los conocía. Eran personas que llegaban a estos lugares a trabajar en los cultivos de coca. A toda la gente la sacaron de sus casas casi que en ropa interior y por eso no tenían los documentos (Entrevista 004, 2010).

Las labores de levantamiento de esta comisión con la ayuda de algunos pobladores de El Tigre, se extendieron durante todo el día. El temor y el silencio fueron una constante en este proceso. Las casas permanecieron cerradas y el transporte no prestó servicio. Los cadáveres, fueron llevados hasta la galería del poblado –ubicada en la calle principal–, y en ese lugar las mujeres y hombres de El Tigre –con ayuda de médicos de clínicas privadas de La Hormiga– cosieron los cuerpos que la población sacó

del río Guamuéz, y arreglaron los cadáveres levantados de los diferentes lugares donde fueron dejados por sus perpetradores.

Nadie quería ayudarnos a transportar los cuerpos. Nadie nos contestaba, todas las casas estaban cerradas. Como si nadie viviera ahí. Fuimos hasta la empresa de Cootranstrigre, pero el señor nos comenta que los paramilitares les habían prohibido sacar los carros. Luego nos contactamos con una señora a la que le habían matado a su esposo que era carnicero y tenía un carro, ella en medio de su dolor nos prestó el carro y de ese modo logramos levantar los cuerpos. También recuerdo que se utilizó una carreta que transportaba la carne de las vacas. Había muchos cadáveres. Entonces empezamos a recogerlos y todos cogidos de la mano avanzábamos (Entrevista 004, 2010).

Reunimos todos los cadáveres y los llevamos a la plaza de mercado. Autoridades ninguna, la inspectora que había en ese tiempo vivía en otra vereda. Luego vino el cuerpo de bomberos, la cruz roja y la inspectora de La Hormiga, pero no vinieron ni la policía, ni los jueces, ni los fiscales. Entre los más valientes nos dimos en la tarea de arreglar los cadáveres, de coserlos, para entregarlos a las personas que quisieran llevarlos (Entrevista 008, 2010).

La comisión gestionó con la alcaldía municipal féretros. Los muertos fueron velados en espacios reducidos solo a la presencia familiar, sin la compañía de la comunidad como se acostumbra en la región en los procesos de duelo. Mientras que los cadáveres no identificados fueron enterrados en tumbas como N.N.

Fue tal la tragedia, que algunos de los familiares que lograron identificar sus muertos los dejaron encerrados en la casa listos para enterrarlos, pero se fueron, porque ¿quién velaba los cadáveres frente a la amenaza de un nuevo ingreso de los paramilitares? Luego, al día siguiente regresaban, sacaban los cadáveres y los enterraban, pero sin velorios, sin gente. Otros cadáveres que enterramos nunca supimos quiénes eran porque muchos apenas habían llegado la noche anterior. Normalmente se hace un velorio, se reúne la comunidad, se acompaña a los familiares y al muerto durante toda la noche, al día siguiente se hace la bóveda o el hueco y se lo entierra. Se acompaña el cadáver hasta la tumba. Luego de enterrarlos se hace un novenario. Nada de esto fue posible (Entrevista 008, 2010).

La jornada del 10 de enero de 1999 culminó con el levantamiento de veintiocho cadáveres y con el registro, no determinado, de personas desaparecidas. A El Tigre nunca llegaron las autoridades judiciales encargadas de la realización oportuna de autopsias, la recopilación y análisis de todas las pruebas materiales y documentales, y la recepción de las declaraciones de los testigos. Estamos pues ante la inexistencia de pruebas importantes para el esclarecimiento de la masacre, así como también de inventarios de daños y pérdidas sufridas por las víctimas.

En la caseta nos cogimos de la mano y empezamos a orar porque no sabíamos qué hacer. Reunidos en este lugar, cada familiar llevó sus muertos a sus casas y los veló durante dos días, eran velorios con muy poca gente, los muertos estaban solos. El Tigre estaba quedando vacío, la gente solo quería salir, irse (Entrevista 004, 2010).

### **“Nos tocó normalizarnos a nosotros mismos”**

Después del 10 de enero de 1999 en El Tigre solo quedaron doce familias. Las estrategias de estos “pocos” pobladores para resistir (protegerse), no solo a las nuevas amenazas del ingreso paramilitar, sino a la “soledad” del pueblo, fue estar unidos, darse apoyo mutuamente, y no abandonar el caserío. Ante el rumor de nuevos ataques, las familias iban y venían entre El Tigre, Orito y La Hormiga. Permanecían durante el día en el pueblo y en la noche buscaban fincas cercanas para quedarse a dormir. Apenas sentían la llegada de carros se encerraban en sus casas. Esta situación se prolongó por más de tres meses.

Era un pánico horrible. Los que quedamos nos uníamos entre vecinos. El comentario era que regresarían. Ese miedo nos tenía sin saber para donde coger. Se llegaban las seis de la tarde y todas las calles quedaban vacías y las casas cerradas. Nadie salíamos. Era un momento donde la gente se mantenía en el día, pero en la noche buscaba a donde irse (Relato 2, taller de memorias, 2010).

Esperar en el pueblo a ver qué pasaba, no tener a dónde ir, no querer abandonar las “pocas” pertenencias que se habían logrado, no dejar al vecino solo e insistir en que esta región les pertenecía (arraigo territorial), fueron los principales motivos para no desplazarse.

Uno no podía ni salir a trabajar. El pensamiento de uno era ¿cuánto me tocará [morir] a mí? Tener que desalojar el rancho durante





Mujeres de El Tigre haciendo siluetas de la memoria. 2010. Cortesía para la investigación de Iñigo Alcañiz

la noche o el día, eso era una angustia permanente. A veces uno quería irse, pero no había quién le dijera a dónde. Tocaba acostarse y estar a cada rato despertándose, así se pasaba la noche. Después que pasan las semanas uno ya piensa que no le va a tocar morir ¡Parece que me quedé! Como cuando uno tiene un viaje, y pasó el carro y no lo lleva, uno dice, esto como que no convino el viaje. Uno mismo se consolaba, se ponía hablar entre vecinos. Eso fue, nos fuimos llenando de valor y nos tocó normalizarnos a nosotros mismos. Fuimos llegando como a una normalidad, nos tocó retomar valores (Relato 2, taller de memorias, 2010).

### **“Si nosotros nos hubiésemos ido, este pueblo no existiría hoy en día”**

El valor de las familias que se quedaron en El Tigre después de la masacre es reconocido por los pobladores-sobrevivientes de la inspección como un acto de fuerza y valentía. No solo por haber afrontado el miedo que invadía a todo el colectivo, sino porque fue esa acción la que permitió que algunas familias desplazadas por la masacre retornaran y se pensara colectivamente en una posibilidad de rehabilitar El Tigre, a pesar del te-



Conmemoración de los 12 años de la masacre. 2010. Cortesía para la investigación de Gaby Reyes.

rror y de la ausencia de instituciones estatales que pudiesen atender los efectos de la masacre, desplegar acciones de protección (seguridad) y reparación.

Yo pienso que si nosotros nos hubiésemos ido este pueblo no existiría hoy en día. Gracias a Dios, que nos dio ese valor de quedarnos en medio de ese miedo, de esa soledad, y con la amenaza de que [los paramilitares] regresarían. Quedarnos significó el regreso de nuestros vecinos, porque muchas familias abandonaron el pueblo. Estas familias que se fueron la pasaron muy mal, no era lo mismo tener la casa para después no tener nada. En los sitios donde llegaban pasaban muchas necesidades, por eso también retornaron a su lugar de origen (Relato 3, taller de memorias, 2010).

La población optó por el silencio, el cual adquirió diversos matices y formas según pasara o se viviera el tiempo, opción que les permitió sobrevivir, no solo a los recuerdos intrusivos y dolorosos de la masacre, sino a todo el proceso de violencia extrema experimentada con la llegada de las

AUC en el año 2001. El silencio también aportó a aquello que un poblador denominó como la “elaboración de duelos no acompañados”.

Con la masacre, nosotros hemos tenido que desarrollar una actitud de duelo no acompañado, porque nosotros hemos vivido muy abandonados [del Estado]. Desde lo que pasó acá, nosotros lo hicimos solos, acá fuimos muy valientes, muy fuertes. Pasaban las cosas, y nosotros ¡nos parábamos y seguíamos!, porque ¿qué más podíamos hacer? Aquí no había presencia de ninguna entidad que viniera a ver la situación de los derechos humanos. Nosotros ya hemos hecho un duelo, enterramos nuestros muertos, hicimos nuestro duelo a nuestra manera. Nuestro pueblo, como sea, ha hecho un duelo y se está recuperando, nos hemos unido y nos hemos cogido de la mano y hemos dicho, “vamos a salir adelante” (Relato 9, taller de memorias, 2010).

### **“¡Nuestro pueblo fue azotado, fue pisoteado, fue vuelto tierra!”**

Esta es la expresión que más podría acercarse a los sentimientos de indignación, tristeza, dolor y rabia, que genera en los pobladores de El Tigre recordar la masacre del 9 de enero de 1999. A la luz de estos sentimientos, se exige el ¡Nunca más! y se demanda el esclarecimiento histórico, que consiste en reivindicar la condición de civiles de las personas asesinadas y superar la estigmatización que sobre esta población ha recaído desde la década de los ochenta: ser “un pueblo de guerrilleros”.

Lo único que queremos es que eso no se repita y que se haga justicia. Que por encima de todo se haga justicia, ¡porque nuestro pueblo fue azotado, fue pisoteado, fue vuelto tierra! No podemos permitir que un grupo de vándalos que hizo y deshizo con las pocas personas tan inocentes que hay en este pueblo, se vuelvan a reorganizar y nuevamente quieran volver a complicar la situación (Relato 8, taller de memorias, 2010).

Trece años después la población de El Tigre no desconoce la posibilidad de denunciar los vejámenes a los que fue sometida. Sin embargo aun permanecen sobre la región la represión y la amenaza. No existen garantías para que las víctimas accedan a derechos como la verdad, la justicia y la reparación. Asimismo, la población no ha podido conocer el perfil de los homicidas, saber quiénes fueron. Saben que fue un grupo de paramilita-



Siluetas de la memoria 2010. Fotografía de: Andrés Cancimance

res –representados como “salvajes”–, pero no saben a qué personas concretas imputarle el hecho.

Ningún paramilitar ha dicho nada sobre esta masacre, nadie acepta cargos. No admitimos, ni sabemos por qué esto está impune. Nosotros hasta ahora no hemos denunciado esto. Es difícil hacerlo porque uno piensa que puede ser una víctima más que venga a dar a este río [Guamuéz] de la misma manera como hicieron con nuestros amigos y familiares el día de la masacre. Por eso no demandamos. Otra cosa es que no sabemos quiénes fueron, sabemos que fue un grupo, pero no sabemos qué personas fueron (Relato 3, taller de memorias: 2010).

### **La asignación de sentidos a los pasados de violencia**

A lo largo de este artículo quise defender –a través del análisis de un estudio de caso–, la idea de que retornar al análisis de la memoria en su papel de cemento social que otorga densidad grupal, nacional o familiar, puede resultar valioso para nuestros presentes nacionales. Con violencias y traumas reciclados de esta manera, el recuerdo colectivo puede convertirse en un dispositivo cohesionador. Que esto sea así, en un contexto como el colombiano, implica pasar por el compromiso del cuerpo

social, que este acepte como un deber moral –en términos kantianos– el reconocimiento de las víctimas del conflicto y su consecuente reparación.

El asunto está en que no bastan los marcos colectivos de las instituciones o de los grupos para garantizar ese deber moral memorial. Es necesaria la presencia de diversos agentes sociales y políticos que reclamen su papel legítimo como motores de la memoria. En ese sentido, si bien es importante reconocer el papel cohesionador del recuerdo, lo es también promover la memoria como un lugar para la resistencia contra los olvidos impuestos impunemente. Ese papel protagónico ha de corresponderles a nuestras víctimas, sobrevivientes y ciudadanos testigos de hechos como el ocurrido el 9 de enero de 1999 en la inspección de El Tigre.

Los relatos que presenté en este artículo muestran que la memoria colectiva genera cohesión y, al menos, cierto nivel de consenso entre los pobladores de El Tigre. Este consenso no es solo respecto al objeto recordado, sino también en relación con ciertos valores y aprendizajes que se recogen en el presente de las víctimas. No obstante, ha de reconocerse que la memoria también es producto de la lucha, por lo cual genera a la vez tensiones sociales y políticas. Esas dos funciones de la memoria: como dispositivo generador de densidad grupal y como campo de lucha, están presentes en la población estudiada.

Reconociendo la importancia decisiva de esa doble dimensión que encierra la memoria, quise destacar el gran impacto que puede tener abordar la memoria como un espacio de lucha política, para los procesos de reconstrucción de las memorias de pasados recientes violentos. Para esto asumí la memoria como un campo de juego (en los términos otorgados por el sociólogo Pierre Bourdieu), donde diversos agentes e instituciones buscan dominar o subvertir la representación de ciertos pasados y legitimar su posición y condición de narración. En ese marco, uno de los principales capitales en juego es el poder de enunciación desde una condición o trayectoria social o política particular (la de la víctima, la del sobreviviente, la del testigo, la del gobierno, la de la organización de derechos humanos, o la del juez, entre otros).

Este escenario se caracteriza por la presencia de una “economía general y una administración del pasado en el presente” (Nora, citado en Lavabre, 2007: 4). Un espacio que no es neutral, sino de posiciones en litigio y disenso respecto al olvido, el recuerdo, la reconciliación, la verdad, la jus-

ticia, el cierre de heridas, el deber de la memoria. Una de esas posiciones en disputa tiene que ver precisamente con la “lucha contra el olvido”, el recordar para no repetir, que es la posición que he asumido como investigador al ubicar como mi *locus* de enunciación los testimonios de hombres y mujeres de la población de El Tigre. La masacre y posterior ocupación paramilitar de la zona le quitó a la población su derecho a la palabra, pero no su poder de enunciación, lo cual debe revisarse con más detalle, ampliando el horizonte de sentido de las funciones del silencio. Durante muchos años las víctimas de la masacre en El Tigre no pudieron compartir su experiencia, dar a conocer lo sucedido o denunciar a los responsables.

Las personas con las que compartí en el transcurso del trabajo de campo de esta investigación, y yo mismo, esperamos que este trabajo tenga el mérito de formar parte de un esfuerzo nacional en Colombia para llevar a cabo una política de la memoria, desde la cual se pueda visibilizar las voces de los grupos afectados por la violencia política en Putumayo, vulnerados en sus más elementales derechos humanos, no solo por las acciones armadas de la guerrilla y los paramilitares, sino también por el propio Estado colombiano y la implementación de políticas represivas y militares en la región.

Es por eso que este artículo no solo busca dar cuenta de otro punto de vista sobre una región que a lo largo de varias décadas ha sido manejada como botín de recursos que justifican el uso de la fuerza y de la arbitrariedad en cada coyuntura, sino que también se inscribe en la necesidad de romper con la impunidad y la amnesia que reina en el contexto de violencia política colombiana. Estos dos fenómenos –la impunidad y la amnesia– condenan la memoria de las víctimas a la marginalidad, en la medida en que sus relatos son restringidos o suprimidos. Esfuerzos colectivos, institucionales y académicos son necesarios para romper con esas restricciones, pues de cara a la tan anhelada superación del conflicto armado y a la consolidación real de la democracia, la(s) memoria(s) no solo es necesaria, sino imperativa (GMH, 2009).

Finalmente, este artículo quiere mostrar que los ejercicios de lucha memorial siguen siendo un proyecto inacabado y complejo. De cualquier forma, la población de El Tigre sigue avanzando en esta senda, generando lecciones y aprendizajes en un país que apenas comienza a recuperar y procesar en serio los procesos memoriales. Por ello, es posible reconocer que las memorias y las historias políticas de la represión y del terror que

producen diversos actores políticos y sociales deben constantemente reactualizarse y pluralizarse, estar siempre abiertas al escrutinio, al debate, a la discusión pública. Es más, la memoria debe historizarse continuamente para evitar ambigüedades y falta de coherencia, y la historia debe abrirse a las memorias con el fin de pluralizarse. Ese espacio de deliberación que debe ser el conformado por la memoria y la verdad histórica, lo será en tanto permita producir una conjugación de sentidos y voces múltiples.

## Bibliografía

- Amnistía Internacional. 2004. *Colombia. Cuerpos marcados, crímenes silenciados: violencia sexual contra las mujeres en el marco del conflicto armado*. España: EDAI.
- Arzobispado de Guatemala, Oficina de Derechos Humanos-ODAGH. 1998. *Guatemala: Nunca más. Tomo I: Impactos de la violencia*. Guatemala: ODHAG.
- Belay, Raynald et al. (eds.). 2004. *Memorias en conflicto. Aspectos de la violencia política contemporánea*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, Embajada de Francia en Perú, Instituto Francés de Estudios Andinos, Red para el Desarrollo de las Ciencias Sociales en Perú.
- Bello, Martha et al. 2005. *Bojayá, memoria y río: violencia política, daño y reparación*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Unibiblos.
- Cancimance, Andrés. 2012. *Memorias en silencio: la masacre de El Tigre, Putumayo. Reconstrucción de la memoria histórica en Colombia*. Saarbrücken: Editorial Académica Española.
- González, José. 2007. “Los paramilitares y el colapso estatal en Meta y Casanare”, en Romero, Mauricio (ed.), *Parapolítica. La ruta de expansión paramilitar y los acuerdos políticos*. Bogotá: Arco Iris.
- Huyssen, Andreas. 2002. *En busca del futuro perdido. Cultura y memoria en tiempos de globalización*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Jelin, Elizabeth. 2002. *Los trabajos de la memoria*. España: Siglo Veintiuno de España Editores, Colección Memorias de la Represión.
- 2003a. “Los derechos humanos y la memoria de la violencia política y la represión: la construcción de un campo nuevo en las ciencias sociales” en *Cuadernos del Ides*, 2. Argentina: Instituto de Desarrollo Económico y Social.
- 2003b. “Memorias y luchas políticas” en Degregori, C. I. (Ed.). *Jamás tan cerca arremetió lo lejos. Memoria y violencia política en el Perú*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

- Lefranc, S. 2004. “¿Cómo acabar con el desacuerdo? Las Comisiones de la Verdad y Reconciliación como lugar de reconstrucción disensual de la historia” en Belay, R.; Bracamonte, J.; Degregori, C. I.; Joinville Vacher, J. (Eds.). *Memorias en conflicto. Aspectos de la violencia política contemporánea*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, Embajada de Francia en Perú, Instituto Francés de Estudios Andinos, Red para el Desarrollo de las Ciencias Sociales en Perú, pp. 193-223.
- Lechner, Norbert y Güell, Pedro. 2006. “Construcción social de las memorias en la transición chilena”, en Jelin, Elizabeth y Kaufman, Susana (eds.). *Subjetividad y figuras de la memoria*. Buenos Aires Siglo XXI.
- Bleeker, Mô; Ciurlizza, Javier; Bolaños-Vargas, Andrea (eds.). 2007. *El legado de la verdad: impacto de la justicia transicional en la construcción de la democracia en América Latina*. Memorias de la conferencia homónima. Bogotá: DFAE e ICTJ.
- Ramírez, María Clemencia. 2001. *Entre el estado y la guerrilla. Identidad y ciudadanía en el movimiento de campesinos cocaleros del Putumayo*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH).
- Ricoeur, Paul. 1999. *La memoria, la historia y el olvido*. Madrid: Trotta.
- Semelin, Jacques. 2004. “Pensar las masacres”, en Belay, Raynald *et al.* (eds.), *Memorias en conflicto. Aspectos de la violencia política contemporánea*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, Embajada de Francia en Perú, Instituto Francés de Estudios Andinos, Red para el Desarrollo de las Ciencias Sociales en Perú.
- Suárez, Andrés. 2008. “La sevicia en las masacres de la guerra colombiana”, en *Revista Análisis Político*, No 63, mayo-agosto, pp. 59-77.
- Uribe, María Victoria. 1990. “Matar, rematar y contramatar. Las masacres en el Tolima 1948-1953”, en *Controversia* No. 159-160.



---

## 7 Memoria(s) y cultura(s): violencias y reparaciones en clave intercultural

Carlos Salamanca\*

### Introducción

En Colombia las memorias de las violencias políticas de las últimas décadas pueden ser abordadas esquemáticamente desde tres perspectivas. (i) *La del registro y la comprensión*, propia de investigaciones que, realizadas desde la academia o con un perfil académico, se interrogan sobre las formas, las razones y las naturalezas de las violencias. Sus propósitos y el contexto en el que se insertan hacen restringida su circulación. (ii) *La de la movilización y el sentido*, transitada por comunidades, colectivos, organizaciones sociales y comunitarias que llevan a cabo actos de memoria como forma de procesar sus propias experiencias de violencia, trauma y dolor (aunque con cierta visibilidad pública, dichas expresiones son “locales” no solo en su naturaleza sino en su alcance y en su proyección política). (iii) *La del medio* en la que los ubicamos medios de comunicación, artistas y colectivos que llevan a cabo acciones que se proponen con una visión pedagógica e interpelar a audiencias más amplias, y que articulan las dos anteriores en cuestiones ligadas a la memoria y las violencias políticas. Esta clasificación es meramente analítica y observadas en detalle, una buena parte de las prácticas de la memoria en Colombia si sitúan a

\* En este artículo se presentan avances de una investigación más amplia denominada “Espacios de violencia, sitios de memoria y lugares de elocución espacio y mediación en la política indígena contemporánea latinoamericana” que llevo a cabo como investigador del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas de la República Argentina (CONICET). Una versión preliminar de este trabajo fue presentada en el marco del taller “Mediaciones y Memorias de los Tiempos Presentes” (Centro Ático, Pontificia Universidad Javeriana, Colombia) en abril de 2013. Agradezco a Germán Rey, quien me invitó a realizar dicho curso, y a los asistentes, que con sus preguntas e interrogantes contribuyeron a la reformulación de los argumentos. Quiero expresar también mi reconocimiento a los participantes del seminario “Espacio, Historia y Poder”, realizado en sucesivas oportunidades entre 2012 y 2014 en Rosario, Posadas y Buenos Aires, Argentina.

medio camino entre las tres perspectivas, siendo esta una de sus principales características. El entrecruce de dichas perspectivas tiene diversas e importantes implicancias, algunas de las cuales intentaremos problematizar aquí.

Las particularidades del “momento transicional” colombiano y, en particular, el emprender la transición en medio del conflicto, el negociar durante la guerra, en una sociedad en la que una buena parte ha convivido indiferente con la guerra, demandan unas políticas de las memorias con un gran énfasis en su dimensión comunicativa, y una mayor necesidad de eficacia en sus actos comunicativos destinados a audiencias más amplias que trascienden los escenarios locales.

Partiendo del análisis de algunas prácticas de memoria llevadas a cabo por organizaciones indígenas en Colombia, abordaremos las políticas de las memorias de las violencias políticas, específicamente en su dimensión comunicativa, interrogándonos por las características de esta nueva escena de la política contemporánea.

Al igual que la política, las prácticas de violencia están construidas cultural e históricamente. La violencia en Colombia ha privilegiado a los indígenas, a los afrodescendientes y a las mujeres como sus principales víctimas. Dada la gravedad de la situación de derechos humanos de los indígenas en Colombia, en 2009 la Corte Constitucional dictó sentencia para la protección para treinta y cuatro pueblos indígenas a través de planes de salvaguarda étnica ante el conflicto armado y el desplazamiento forzado y obligó al Estado a formular e iniciar la implementación de dichos planes en el término máximo de seis meses.<sup>1</sup> Si bien en algunos casos ha habido algunos avances, en otras regiones la situación permanece igual y en algunos casos, tiende a empeorar.<sup>2</sup> Las investigaciones reali-

<sup>1</sup> Auto 004, 26 de enero de 2009. Corte Constitucional Colombiana. Los treinta y cuatro pueblos indígenas en mención son Wiwa, Kankuamo, Arhuaco, Kogui, Wayúu, Embera-Katío, Embera-Dobidá, Embera-Chamí, Wounaan, Awá, Nasa, Pijao, Koreguaje, Kofán, Siona, Betoy, Sikuani, Nukak-Makú, Guayabero, U'wa, Chimila, Yukpa, Kuna, Eperara-Siapidaara, Guambiano, Zenú, Yanacona, Kokonuko, Totoró, Huitoto, Inga, Kamentzá, Kichwa, Kuiva.

<sup>2</sup> En una sentencia del 23 de agosto de 2012 la Corte Constitucional advierte al Ministerio del Interior sobre la situación de los Tukano, le pide que tome medidas al respecto y se refiere a la posibilidad de que los Tukano –quienes han sido víctimas de desplazamiento forzado, reclutamiento, señalamientos por supuestos vínculos con criminales, violación de sus mujeres, niños y niñas, falta de alimentos y confinamiento– sean incluidos en la lista de pueblos que, por su condición, deben ser protegidos inmediatamente (véase El Espectador, 2013).

zadas hasta el momento sugieren que las acciones de violencia continúan estando presentes e incidiendo en las sociedades indígenas a través de un lenguaje espacializado compuesto de elementos de un mundo nuevo y de otros elementos como huellas, rastros y ruinas. Asimismo, estas acciones inciden no solo con respecto a la memoria sino a todas las esferas de su vida social. Los indígenas no han permanecido inmóviles ni frente a la violencia ni frente a las acciones del Estado emprendidas en la última década con respecto a la verdad, la justicia y la reparación. En esta ponencia nos interesaremos por analizar el nuevo campo de la política que se dibuja en el entrecruce entre la condición multicultural recientemente reconocida por la sociedad colombiana y los mecanismos de justicia transicional que están siendo implementados.

### **La violencia en clave intercultural**

Los wayuu son uno de los 81 grupos étnicos que existen en Colombia en la actualidad. A él pertenecen aproximadamente 148.000 de los 700.000 indígenas, de modo que representa uno de los pueblos más numerosos del país.<sup>3</sup> Habitan en un territorio binacional en la Costa Caribe colombo-venezolana. En el año 2004, un comando paramilitar llevó a cabo la masacre de Bahía Portete contra un grupo de familias wayuu. Según el informe del Centro Memoria Histórica (CMH), los actos de violencia en Bahía Portete “tenían una intención de socavar los cimientos culturales del grupo” (2010: 79), “aplicando el terror en algunos escenarios y no en otros, los perpetradores atacaban modos de masculinidad específicos”; la masacre, en este contexto, es reconocida como “emblemática” y calificada de estrategia de “exterminio cultural” (Ibíd.). Antes de estos hechos, ya imperaba en la región un clima de terror, muerte e intimidación.<sup>4</sup>

Las mujeres fueron las víctimas privilegiadas en Bahía Portete entre el 18 y el 20 de abril de 2004, cuando tres personas fueron asesinadas y dos

<sup>3</sup> Los pueblos indígenas habitan en un número importante de las distintas regiones del país, en 27 de los 32 departamentos de la República. Los indígenas representan el 2% de la población colombiana (estimada en 37 millones). Mientras que en algunas áreas su participación porcentual en el total poblacional es mínima, en algunas zonas ésta aumenta hasta números significativos. En el Amazonas por ejemplo, los indígenas representan el 27.8% y en el Guainía, el 96.4%.

<sup>4</sup> Según la Fiscalía General de la Nación antes de la masacre, entre enero de 2003 y marzo de 2004, fueron asesinadas por lo menos catorce personas en la región. Fueron muertes hiladas entre sí, que fueron apretando el nudo de violencias que estalló el siguiente abril (cf. Verdad Abierta, s.f.).

desaparecidas. El protagonismo político de las mujeres wayuu en organizaciones sociales y políticas, lejos de ser novedoso, se articula a un rol de intermediación y representación con la sociedad regional, aunque estos roles coexistan con el del liderazgo territorial, tradicionalmente ejercido por hombres. Las mujeres asesinadas, además, tenían un perfil social específico: autoridades comunitarias, personas con prestigio, que cumplían con papeles de intermediación y representación de la comunidad en diferentes instancias con el resto de la sociedad nacional. En la víspera y los días posteriores a la masacre, las mujeres fueron blanco de amenazas, humillaciones y atentados. Las víctimas fueron atacadas mediante la tortura sexual, sus órganos sexuales fueron cercenados; los atacantes las sacaron de sus casas y las llevaron a lugares públicos específicos como el jagüey, la escuela, los cerros o el cementerio, donde las torturaron (CMH, 2010: 84).

En Bahía Portete la violencia se ejerció con el fin de destruir principios y valores morales y éticos que regulan las relaciones de género. Tradicionalmente en el ámbito de la guerra el protagonismo aparente de los hombres va de la mano de un protagonismo femenino menos visible pero de importancia fundamental: son ellas quienes tienen la responsabilidad de manipular los cuerpos de los muertos y de darles sepultura. Este equilibrio fue roto con los cuerpos abandonados de dos mujeres desfiguradas y con dos mujeres desaparecidas que no pudieron ser sepultadas. Al no contar con los cuerpos, los familiares se ven desprovistos de la posibilidad de llevar a cabo las prácticas funerarias, mortuorias y rituales de duelo inscritas en modos específicos de relación entre los vivos y los muertos, cuyo respeto es fundamental para el equilibrio y la tranquilidad colectiva (CMH, 2010: 95). Entre las técnicas de terror se preparan situaciones que, como nudos, no pueden ser desatados sino a condición de infringir tabúes de gran importancia para la sociedad indígena, entre los que se encuentra la manipulación de los cuerpos sin vida.

Al igual que los cuerpos de las víctimas, los espacios fueron marcados. Aun hoy, las paredes de sus casas conservan las huellas de grafiti en los que aparecen mujeres violadas de todas las formas, senos y vientres rasgados y amenazas a otras mujeres. Ejercidos en contra de personas públicas en lugares públicos, los actos de muerte e ignominia son mensajes de terror y muerte que una vez emitidos tienen la garantía de ser vistos y oídos por todos y en todas partes: en las otras rancherías, en los rincones discretos de los cardones, en Uribia, en Riohacha y en Venezuela, del

otro lado de la frontera; todos oyen y saben, y todos saben que todos oyen y saben. Lejos de los intentos por ocultar o desaparecer, la tortura es exhibida y la deshonra y la vergüenza hechas acto público.

Aun después de la masacre las amenazas se siguen inscribiendo en los mismos muros de las mismas casas ya marcadas de terror, a pesar de que éstas se encuentran custodiadas por las fuerzas de seguridad. Los nuevos grafiti actualizan y refuerzan el dispositivo de terror con nuevos ingredientes: a las mujeres violadas se suma una retórica en la que la muerte y lo sexual son articulados y es efectuada una nueva exhibición de la impunidad (CMH 2010: 87), pues no solo no hay justicia sino que, aun habiendo justicia, las amenazas no cesan: transitar las memorias de la violencia, viviendo bajo amenaza, hace parte de ese nuevo orden que la violencia ha construido. Postulamos aquí que es ese nuevo orden el que está siendo desafiado por las organizaciones indígenas tanto en la Guajira como en otras regiones del país a través de mediaciones de memoria.

La breve referencia que hemos hecho al caso de los wayuu demuestra que la violencia se ejerce teniendo en cuenta los paisajes culturales en los que se inserta. Cabe ahora preguntarnos acerca de si es necesario reparar de una manera “culturalmente adecuada” y si lo es, cuáles son las tensiones que surgen en torno a este nuevo campo.

Interesado en analizar las formas en las que los descendientes de los grupos indígenas del interfluvio Caquetá-Putumayo, esclavizados bajo el régimen de la Casa Arana, negocian con la memoria del tiempo del caucho, Echeverri (2012) se refirió a la cuestión. Dos canastos, uno de vida y otro de tinieblas son los elementos articuladores de la memoria para varios de los grupos indígenas que habitan en esta región; en el primero están depositadas las semillas del futuro, las nuevas generaciones así como aquellas formas de discurso ceremonial que vehiculan y actualizan permanentemente los vínculos entre las personas, los clanes y las parcialidades, y que celebran e incrementan la vida. En el segundo se encuentran las memorias de terror y de muerte de los tiempos de la casa Arana así como otras narrativas más discretas, mitológicas al igual que las memorias históricas de los hechos violentos que vehiculan las rivalidades entre clanes y tribus, la brujería y el canibalismo. Mientras que el primero es un canasto abierto, el segundo es un canasto sellado, con el que deben tomarse extremas precauciones, pues además de la violencia de los patrones caucheros, guarda los recuerdos de la violencia causada por la exacerbación de la guerra interna que provocó la alianza de algunas tri-

bus y clanes con los blancos. Echeverri muestra el largo duelo que ha implicado ese pasado doloroso y la tensión latente entre los dos canastos. El recuerdo de los tiempos de Arana representa un dolor tan intenso que durante décadas no ha podido ser procesado, pues la memoria aun hoy “está subordinada al recuerdo de la vida” (2012: 483).

Uno de los interrogantes que surge frente a estas formas específicas de tramitar el dolor y practicar la memoria tiene que ver con las narrativas que actualmente se están produciendo acerca de la violencia del pasado reciente. Esas narrativas se producen de variadas formas y en múltiples formatos. A los diversos formatos, tecnologías, soportes y lugares de la memoria los hemos denominado “mediaciones”, en torno y por medio de las cuales se interviene entre la experiencia de lo vivido y la construcción de su condición pública y que modifican las aproximaciones, las percepciones, y las relaciones con las violencias, las memorias y la justicia, y por este hecho, algunas de las formas de acción política de los indígenas contemporáneos. Consideramos que son mediaciones las que intentan hacer comprensibles para el resto de la sociedad los actos de violencia y sus impactos específicos en los paisajes locales.

En otra de las investigaciones sobre la violencia ejercida en contra de los pueblos indígenas en Colombia, el Centro de Memoria Histórica abordó la experiencia de los misak.<sup>5</sup> A pesar del registro académico de su narración, el texto muestra la pluralidad de voces en torno a la memoria e historia de este grupo indígena: en cada entrada se perciben disensos, tensiones, dudas, situaciones irresueltas, preguntas abiertas. De estos textos queremos subrayar entre otros aspectos, las formas de la narración de la memoria indígena frente a la violencia.

El eje en torno al cual se organizan los relatos es el de la trayectoria histórica de los misak como sujeto colectivo, como agente de cambio y transformación. La utilización de categorías como hegemonía y resistencia ha ofrecido claves interpretativas para entender y aproximarnos a las acciones de los subalternos inscritos en relaciones de desigualdad. No obstante, estas mismas categorías han ido consolidándose como molde al que se adaptan las formas de acción política indígenas; justamente esta subordinación es lo que estos relatos de la historia de los misak vienen a cuestionar. En efecto, los misak y los pueblos indígenas del Cauca en general son un colectivo que no se ha limitado a “resistir” y que más bien

<sup>5</sup> Los misak, tradicionalmente denominados “guambianos”, habitan en el suroccidente del país, principalmente en el departamento del Cauca.

se ha dedicado a la construcción de un proyecto político propio. Desde ese lugar, ni los misak ni los nasa adoptan el lugar de víctimas sino más bien el de sujetos colectivos con proyectos propios de sociedad.

La narración muestra la forma en que dicho proyecto se ha ido definiendo y ajustando a lo largo de los años, según las circunstancias frente a las interacciones de los misak con diferentes actores: el Estado colombiano, el Ejército, los paramilitares, las guerrillas y el narcotráfico. En la narración se privilegia la descripción de las prácticas a la reproducción de los discursos, se muestran las tensiones y las contradicciones internas. Asimismo, los textos muestran las escisiones y las alianzas estratégicas, logrando el equilibrio y articulando el devenir de las organizaciones y de los proyectos políticos por una parte, y las experiencias y puntos de vista de las personas, por otra; en el texto lo colectivo y lo individual está siempre en tensión. Sin caer en la reproducción idealizada de la autoctonía, autenticidad y homogeneidad cultural del movimiento político indígena (Ramos, 1994), la narración da cuenta de la existencia de aliados y colaboradores que, desde los años setenta se acercaron al movimiento con una flexibilidad epistemológica y política que les permitió convertir sus recursos intelectuales y políticos en insumos de un proyecto local, materiales para la construcción de una propuesta política. La historia política de los misak es una historia intercultural y en tensión.

En el texto sobresalen también las relaciones no siempre armónicas con otro pueblo indígena –los nasa–, que desdibujan las ideas románticas de los indígenas como un todo homogéneo. Las diferencias con otros pueblos u organizaciones indígenas no son presentadas como el resultado exclusivo de la manipulación por parte del Estado sino como dinámicas que trascienden la relación de los indígenas con éste. Asimismo, el texto no opaca ni oculta el proceso que condujo a un distanciamiento del modelo de organización sindical y gremial, así como del modelo de clase social en general, y da cuenta también de los ejes que permitirían a los indígenas restablecer las alianzas con estos mismos movimientos años después de ese distanciamiento.

Por último, vale la pena subrayarse que la persistencia en sustraerse al lenguaje de la violencia de actores como el Estado, las FARC, los narcotraficantes o los paramilitares ha hecho a los misak merecedores de ser expulsados de las comunidades imaginadas nacionales por muchos de los actores en conflicto. Sin embargo, el lugar de afirmación cultural y autonomía política ha encontrado en la postura pacífica uno de sus principal-

es cimientos. En efecto, la resistencia que se narra de los misak no es reactiva; no se limita a una serie de acciones que puedan restringirse a la figura de un movimiento de víctimas ni adopta sus formas, relacionadas en particular con el horizonte limitado de la resistencia, la victimización y la denuncia. En este sentido, el movimiento indígena del Cauca en consonancia con otros movimientos indígenas en otras partes del país, mira hacia el futuro que señala el contar con un proyecto propio, alternativo y superior al de sus agresores (CMH, 2012: 369).

### **Mediaciones interculturales**

Un aspecto importante de la política de afirmación de los misak tiene que ver con la dimensión comunicativa. En el informe del CMH ya referido sobresalen las fotografías de la Oficina de Comunicaciones del CRIC. Empezando en los años setenta, aunque con recursos a pasados anteriores, a la época de La Violencia en la que se consolidaron parte de las relaciones de subordinación que los misak se propusieron desmontar, las organizaciones indígenas del Cauca se han caracterizado por una preocupación permanente por la documentación de acontecimientos que ha sido fundamental en la elaboración de las narrativas históricas de larga duración.

En febrero del 2011 el Consejo Regional Indígena del Cauca cumplió cuarenta años y realizó en Piendamó (Cauca) la muestra fotográfica “Senderos de la Memoria y Resistencia del Consejo Regional Indígena del Cauca –CRIC–”, con el fin de “crear conciencia en las comunidades sobre la necesidad de fortalecer su idiosincrasia y cosmovisión: de recuperar sus costumbres y sus lenguas, de valorar sus conocimientos autóctonos en salud y el papel de la familia en la comunidad”. Dos años después el CRIC, la Universidad Nacional de Colombia, y el Centro de Memoria Histórica presentaron la misma exposición en Bogotá,<sup>6</sup> con un fin muy preciso: “Estamos convencidos de que la única forma de conseguir una realidad más justa y democrática es mostrando la palabra de quienes no hemos sido escuchados”.

<sup>6</sup> La exposición “Senderos de la memoria y resistencia” fue presentada en el Claustro de San Agustín, de noviembre 2012 a marzo 2013 en Bogotá. La muestra incluye fotografías que hacen parte de los fondos documentales del CRIC, la Organización Nacional Indígena del Cauca (ONIC), la Fundación Sol y Tierra, los archivos de los periódicos *Unidad Indígena* y *Unidad Álvaro Ulcué*, y colecciones de personas cercanas al movimiento. Más información en: [www.museos.unal.edu.co/sccs/plantilla\\_galerias\\_detalle.php?id\\_seccion=19&id\\_subseccion=1268&id\\_imagenes\\_galeria=5191](http://www.museos.unal.edu.co/sccs/plantilla_galerias_detalle.php?id_seccion=19&id_subseccion=1268&id_imagenes_galeria=5191). Consultado el 28 de mayo de 2015.



Crear consciencia, mostrar la palabra, lograr que la voz sea escuchada: las consignas nos hablan de un nuevo campo de acción política. Este mismo campo ha sido identificado y apropiado por las organizaciones wayuu, cuyas mujeres recurren a la denuncia de lo ocurrido como estrategia de memoria, verdad, justicia y recuperación territorial.

Después de la masacre, los wayuu emprendieron una campaña de comunicación a gran escala para comunicar lo ocurrido; con este propósito, se vieron obligados a entrar a un nuevo escenario político, a posicionarse en él, y a buscar y construir alianzas. Como parte de este proceso, wayuu de varias zonas de la Guajira conformaron la organización, *Wayuu Munsurat*, Mujeres Tejiendo Paz.<sup>7</sup>

Con la participación de personas que venían desde Maracaibo, Maicao, Uribia y Riohacha, y en alianza con diversas organizaciones, en abril de ese mismo año los wayuu promovieron la celebración de un *yanama*, un retorno simbólico al lugar con el propósito de curar a través de prácticas rituales y de duelo y de reconstituir el tejido social que había sido roto. Concretamente, los *yanama* prevén la convivencia durante algunos días en los lugares que habían sido abandonados, una apropiación de la cotidianidad que había sido rota (Cortés Severino, 2011). A partir de los discursos, las prácticas de la memoria y del recuerdo que han surgido en torno a los *yanama*, los wayuu se enfrentaron a fuertes tensiones en razón de la distancia que separa los mecanismos de reparación que establecen las vías administrativas y los tradicionales, que se orientan a una reparación que se establece de común acuerdo en un consenso, cuyo sentido es la reiteración de un sentido compartido de justicia.

Retornemos al Amazonas. El antropólogo Hugh Jones (2012) mostró cómo lejos de superponerse de manera violenta y reemplazar las formas tradicionales de memoria, dispositivos como los mapas, los libros y los calendarios dialogan con estos construyendo un vínculo de alimentación en un doble sentido. Vínculos como estos se insertan en un contexto más amplio que tienen que ver con las formas de articulación entre tradiciones orales e iconografías. Si la antropología tradicionalmente ha hecho énfasis en la distinción entre sociedades de tradición oral y escrita, más recientemente se ha orientado a entender la naturaleza de esos vínculos.

Desde esta perspectiva, los sistemas iconográficos indígenas como cantos rituales, objetos de uso cotidiano y objetos sagrados, modelos archi-

<sup>7</sup> Cf. <http://organizacionwayuumunsurat.blogspot.com.ar>. Consultado el 28 de mayo de 2015.

tectónicos, disposiciones espaciales de los asentamientos y los caminos, operan como sistemas de memoria que ofrecen claves interpretativas y semánticas frente a los acontecimientos históricos. Estos sistemas encuentran soportes mnemotécnicos en aquellos lugares (en el sentido concreto y metafórico del término) en los que anida y por los que circula la memoria. Lugares en donde es posible encontrar y situar narrativas y sentido. En palabras del autor, estamos frente a un sistema en el que elementos iconográficos ordenados en el espacio operan conjuntamente con otros elementos no iconográficos que se encuentran en el paisaje. En este sentido, Hugh Jones lleva más allá las investigaciones de Severi (2007, 2009) quien no otorga la suficiente importancia a la dimensión espacial y territorial en la construcción de la memoria.

### **Palabras finales**

En *De oratore* Cicerón definió la memoria como una de las cinco formas de la retórica y se refirió a Simonides y sus artes de la memoria. Entre otros, Cicerón subrayó la disposición ordenada de los elementos en el espacio y el uso de lugares e imágenes mnemotécnicos entre los que se cuenta el tipo arquitectural, que al asociar las ideas a secuencias específicas de espacios en un edificio, permite al orador articularlas en un orden lógico y coherente. En su estudio clásico de la cuestión, Yates subrayó que el reconocimiento acordado a Simonides en la invención de las artes de la memoria reposaba no solo en el descubrimiento de la importancia del orden en la memoria sino también en la primacía de lo visual por sobre los otros sentidos (Yates 1966: 4). Asimismo, el orador para Cicerón está llamado a cumplir un rol de guía moral, mientras que las orientaciones éticas para actuar en el presente se encuentran en los principios morales presentes en las acciones de hombres de la antigüedad o de grandes filósofos griegos. Orden, predominio de lo visual, integración a la retórica, articulación con una esfera moral más amplia y protagonismo individual son, pues, algunas de las características que podríamos señalar como propias de las artes de la memoria tal como fueron concebidas en la época clásica.

Las experiencias que hemos descrito brevemente muestran que frente a la violencia, los pueblos indígenas en Colombia han respondido históricamente de múltiples formas, de acuerdo a las particularidades culturales y políticas así como a los contextos de interacción y ejercicio de la violencia. Las referencias que hemos hecho acerca de las formas en que los in-

dígenas están recordando –recordando narrando– demuestran que las artes de las memorias son extremadamente diversas y que están lejos de poder ser circunscriptas a los esquemas clásicos. No obstante y a pesar de su gran diversidad, nos atrevemos a señalar a modo exploratorio algunos rasgos comunes en las prácticas de la memoria tal como se están produciendo hoy en día. Entre otros, podemos señalar la creciente importancia adquirida por la posibilidad de elocución por parte de las organizaciones y los líderes indígenas. Hablar en primera persona ha confrontado a los indígenas al reto de ejercer esa subjetividad colectiva, narrando la memoria y la justicia en sus propios términos, aunque haciéndola inteligible para el resto de la sociedad. En segundo lugar, es pertinente señalar la importancia que adquieren las imágenes, las *performances* y otras mediaciones de memoria que les está permitiendo a los indígenas relacionarse de otras maneras con los pasados traumáticos de violencia, identificar y proponerse nuevos horizontes políticos e incidir en las formas de relación que mantienen con el resto de la sociedad nacional. Tercero, entre las prácticas de la memoria y del recuerdo “tradicionales” y aquellas que se derivan de la reciente incorporación de otras tecnologías de escritura, registro y visibilidad, las relaciones son más de complementariedad que de simple oposición, siendo entonces más importante analizar los puntos de articulación que están configurando estos conjuntos más amplios de elocución, que reiterar las diferencias y las fronteras entre sociedades con modalidades discursivas diferentes.

Pero la más importante de las particularidades que queremos señalar tiene que ver con que, al hablar de la violencia reciente y de las injusticias históricas, los indígenas efectivamente articulan el pasado y el futuro a través de prácticas y discursos que hemos descrito someramente. Es sobre esta articulación que algunos pueblos indígenas están privilegiando la mirada al futuro por sobre la mirada al pasado, poniendo más énfasis en las memorias de vida que en las memorias de muerte. Esta manera articulada de situarse frente a la memoria de la violencia ha implicado detenerse no solo frente a los acontecimientos de violencia, sino al nuevo orden social, político y económico que instauro, y que establece o impide las condiciones de posibilidad para la vida en los territorios indígenas. Con esas otras formas de practicar la memoria, situadas en los acontecimientos de violencia pero también en las reconfiguraciones del presente, se abre un inmenso escenario para la indagación antropológica en torno a la violencia masiva y los mecanismos efectivos y viables de reparación.

## Bibliografía

- CMH - Centro De Memoria Histórica. 2010. *La masacre de bahía Portete: mujeres Wayuu en la mira*. Bogotá: Ediciones Semana. Disponible en: [www.centrodememoriahistorica.gov.co/descargas/informes2010/informe\\_bahia\\_portete\\_mujeres\\_wayuu\\_en\\_la\\_mira.pdf](http://www.centrodememoriahistorica.gov.co/descargas/informes2010/informe_bahia_portete_mujeres_wayuu_en_la_mira.pdf). Consultado el 19 de mayo de 2015.
2012. “Nuestra vida ha sido nuestra lucha”. *Resistencia y memoria en el Cauca Indígena*. Bogotá: Taurus. Disponible en: [www.centrodememoriahistorica.gov.co/descargas/informes2012/cauca.pdf](http://www.centrodememoriahistorica.gov.co/descargas/informes2012/cauca.pdf). Consultado el 19 de mayo de 2015.
- Echeverri, Juan. 2012. “Canasto de vida y canasto de las tinieblas: memoria indígena del tiempo del caucho”, en Correa, François; Chaumeil, Jean-Pierre; Pineda, Roberto (eds.), *El aliento de la memoria. Antropología e historia en la Amazonia Andina*. Bogotá: CNRS y otros.
- Cortés, Catalina. 2011. “Documentando el repertorio: lo audiovisual en las poéticas y políticas del recordar”, en *Revista Colombiana de Antropología* 47(1), pp. 223-247.
- Hugh-Jones, Stephan. 2012. “Nuestra historia está escrita en las piedras”, en Correa, François; Chaumeil, Jean-Pierre; Pineda, Roberto (eds.), *El aliento de la memoria. Antropología e historia en la Amazonia Andina*. Bogotá: CNRS y otros.
- Ramos, Alcida. 1994. “The Hyperreal Indian”, en *Critique of Anthropology* 14(2), pp. 153-172.
- Severi, Carlo. 2007. *Le principe de la chimère. Une anthropologie de la mémoire*. París: Presses de l'École Normale Supérieure (Rue d'Ulm) y Musée du Quai Branly.
2009. *Traditions et temporalités des images*. París: Éditions de l'École des Hautes Études en Sciences Sociales.
- Yates, Frances. 1966. *The Art of Memory*. Chicago: University of Chicago Press.

## Fuentes documentales

- Corte Constitucional de la República de Colombia. 2009. *Auto 004/09. Protección de derechos fundamentales de personas e indígenas desplazados por el conflicto armado en el marco de superación del estado de cosas inconstitucional declarado en sentencia T-025/04*. Disponible en: [www.corteconstitucional.gov.co/relatoria/autos/2009/a004-09.htm](http://www.corteconstitucional.gov.co/relatoria/autos/2009/a004-09.htm). Consultado el 28 de mayo de 2015.
- El Espectador. 2013. “Tukanos, al borde de la extinción”. 13 de marzo. Disponible en: [www.elespectador.com/noticias/judicial/tukanos-al-](http://www.elespectador.com/noticias/judicial/tukanos-al-)

borde-de-extincion-articulo-410205. Consultado el 28 de mayo de 2015.

MUTEPAZ. Mujeres Tejiendo Paz. Disponible en: <http://organizacionwayuununsurat.blogspot.com.ar>. Consultado el 28 de mayo de 2015.

Verdad Abierta. S.f. “Nunca más la masacre de Bahía Portete”. Disponible en: [www.verdadabierta.com/nunca-mas/nuncamas/3202-la-masacre-de-bahia-portete](http://www.verdadabierta.com/nunca-mas/nuncamas/3202-la-masacre-de-bahia-portete). Consultado el 15 de mayo de 2013.



**Parte 2**

**Zonas grises**

---

## 8 **Vendetta, militancia y universidad. La violencia política en la Argentina de la década de 1970**

*Gastón Julián Gil*

### ***La vendetta y la violencia política en la Argentina***

La universidad argentina fue una de las tantas instituciones que estuvo atravesada por procesos de violencia política durante la década de 1970. Como un marco institucional sumamente representativo de los conflictos de la época, pero también con sus lógicas específicas, las altas casas de estudio fueron escenarios de radicalización política en las que se expresaron diversas luchas facciosas en un contexto de violencia generalizada cuyos puntos más trágicos fueron propiciados por la represión estatal y paraestatal, antes y después del golpe de estado de 1976. La universidad argentina es, en ese sentido, una de las tantas posibles “aldeas” (Geertz, 1997) que anticipan la tragedia del terrorismo de estado. Este artículo consiste en una etnografía del pasado del caso de una universidad del interior (la Universidad de Mar del Plata) en la que se consideran las luchas de facción dentro del peronismo de la época, poniendo el foco de análisis en la importancia que en algunos casos alcanzó la vendetta como un principio operador fundamental en los procesos de violencia, en este caso política. Sostenidas en el mecanismo de la reciprocidad negativa (Sahlins, 1972), las vendettas son actos de venganza que apelan a la noción de comportamiento honorable, pero que también implican un violento juego político-económico, un modo particular de conseguir objetivos (Blok, 1974). Y como se intentará dejar en claro en este relato, las vendettas –algunas de ellas de consecuencias mortales– se han mostrado como modos específicos de comunicación e interacción (Halbmaier, 2001) además de contribuir a la consolidación de identidades colectivas a través de una solidaridad vindicatoria (Xanthakou, 1999). En



efecto, la vendetta constituye uno de los principales recursos de acción y, hasta de resolución de conflictos en las luchas facciosas.

Mucho antes de que fueran objeto de interés sociológico, las vendettas le proporcionaron a la literatura exitosísimos núcleos narrativos. Clásicos como *Romeo y Julieta*, de Shakespeare, se encargaron de mostrar tempranamente los alcances de un penetrante mecanismo de venganzas que involucraba, de manera primordial, un sentido particular del honor en torno a los vínculos de parentesco. Como bien destaca Unsal (1990), la vendetta aparece de manera muy temprana en la historia de la humanidad, tanto en la Biblia como en la ley del Talión, además de muchas otras sociedades que han apelado a códigos similares, como los mongoles o las sociedades islámicas, según puede observarse en el Corán. De todos modos, uno de los aspectos más relevantes es que estos códigos de justicia privados siguen vigentes en la sociabilidad cotidiana. Vérdier (1981) sugiere que la venganza puede constituir un sistema de regulación y control social, en clara oposición al espíritu moderno que la estigmatiza como primitiva y arcaica, sobre todo porque se la toma como una forma de llevar adelante una violencia en cadena. Por ello resulta imprescindible definir porqué en algunas sociedades se producen este tipo de procesos y porqué en otras no. En relación a ello suele afirmarse que es determinante la carencia de un poder centralizado que pueda lidiar con las enemistades de diverso tipo a través de recursos como la ley. También es por demás habitual que se haga referencia a la importancia de la aparición de grupos de poder que logran tener la capacidad de establecer sus propias reglas y combaten por ese poder con otros grupos similares, inclusive en contextos de estados altamente organizados.

El concepto de vendetta, pero también la idea de una venganza anclada en el honor colectivo, constituye una clave interpretativa imprescindible para comprender la violencia revolucionaria en la Argentina de los años sesenta y setenta. Ello queda claramente visualizado en el *ajusticiamiento* del general y ex presidente de facto Pedro Eugenio Aramburu, presentado como el hecho fundante en la constitución de Montoneros, la organización político-militar (OPM de ahora en adelante) que lideró la guerrilla peronista desde 1970. Aramburu, como principal responsable político del fusilamiento del general Juan José Valle<sup>1</sup> y de los civiles en los basurales

<sup>1</sup> Valle comandó un alzamiento peronista en 1956 contra la autodenominada Revolución Libertadora. El comando Montonero que se atribuyó el *ajusticiamiento* de Aramburu en el "Operativo Pindapoy", se denominaba "Juan José Valle".

de José León Suárez en 1956, se transformó en el objetivo principal de la reciprocidad vindicatoria del peronismo revolucionario en ciernes. En relación al propio acto vindicatorio montonero, Sarlo sostiene que

[...]a venganza funda el mundo, no lo desordena, sino que le devuelve el orden. El vengador es un restaurador de la justicia y un pedagogo social. En este relato, los protagonistas actúan movidos por un interés colectivo: el del pueblo. Más aún, actuaron “en nombre del Pueblo” porque Aramburu debía “pagar sus culpas a la justicia del pueblo”, que nunca nadie del pueblo dudó sobre la responsabilidad intelectual y material del hecho: “el pueblo jamás tuvo dudas respecto de los autores del operativo” (2003: 145).

Por ello resulta tan vital que no queden dudas acerca de la real autoría de Montoneros en todo el operativo, como genuinos exponentes de la luchas populares y continuadores heroicos de la Resistencia Peronista, como herencia irrenunciable de un deseo colectivo de comenzar a imponer justicia.

### **Universidad y política en la década de 1970: el caso de Mar del Plata**

El material empírico analizado en este artículo procede de una etnografía del pasado que se ha concentrado en el caso de una carrera de antropología que se dictó en una universidad del interior del país entre 1969-1977 (Gil, 2006; 2008; 2010a). En lo particular de este escrito, se analizan conflictos de naturaleza política que protagonizaron diversas facciones (Nicholas, 1966), principalmente del peronismo, en torno a las definiciones y acciones del estado sobre la educación superior. La exploración en detalle de este caso, en clave narrativa, se plantea para poner en escena la complejidad y la importancia de los antagonismos que se habían hecho carne en el peronismo mucho tiempo antes del golpe, y que resultaron un preludio del terrorismo de estado implementado a partir del 24 de marzo 1976 cuando las Fuerzas Armadas destituyeron a la presidenta María Estela Martínez (1974-76). La actual Universidad Nacional de Mar del Plata (UNMdP en adelante) es el resultado de 50 años de vida institucional que transcurrieron en dos ámbitos diversos –uno provincial y otro privado y confesional– que se fusionaron en 1975. En aquel año, en medio de una violenta represión estatal y paraestatal, la Universidad Provincial de Mar del Plata (UP en adelante), fundada en 1961, pasó al ámbito nacional

e incorporó pocos meses más tarde a la Universidad Católica “Stella Maris” (UC en adelante), que funcionaba bajo la órbita del Obispado de Mar del Plata.

Cuando en el marco de la existente Facultad de Psicología de la UP se crearon desde 1968 carreras como antropología, sociología y estudios políticos (luego ciencias políticas), se conformó una Facultad de Humanidades que se plegaría vertiginosamente a los debates sociopolíticos que acompañaron el devenir de las ciencias sociales argentinas y la radicalización política del campo intelectual. La incorporación paulatina de profesores (casi con exclusividad profesores viajeros) que estaban involucrados en esas controversias, junto con otros que concebían la docencia de un modo más convencional o quienes podían ser considerados *cientificistas* (Gil, 2011), le dio a esa facultad una riqueza teórica y política que configuró un espacio altamente plural (Gil, 2010a). Desde la controverial figura del decano José Antonio Güemes (Gil, 2010b), pasando por referentes destacados de las *cátedras nacionales*<sup>2</sup> o docentes con trayectorias en el ejército (el propio Güemes, Virgilio Beltrán) y en las fuerzas de seguridad (Ernesto Hipólito), aquella Facultad de Humanidades se configuró como un interesante ejemplo del clima de época de los últimos años de los sesenta y principios de los setenta. Peronismo de “izquierda”, peronismo de “derecha”, trotskistas, comunistas, maoístas, socialistas, nacionalistas, revisionistas, todos ellos convivían –no sin conflictos– en una unidad académica en franca expansión que progresivamente congregaba más alumnos involucrados en política y ya volcados hacia la senda revolucionaria.

Iniciados los años setenta, el nivel de conflictividad en la sociedad argentina fue creciendo y la universidad fue uno de los espacios en los que se expresó con mayor evidencia. Mientras la radicalización de los intelectuales y el estudiantado se profundizaba, la dictadura militar encabezada por el general Lanusse iba cediendo posiciones hasta levantar la proscripción del peronismo. Con el triunfo de Cámpora en las elecciones presidenciales de 1973, se abrió la etapa de la *universidad nacional y popular* de

<sup>2</sup> Estas *cátedras nacionales* fueron llevadas adelante, principalmente, por jóvenes sociólogos adherentes mayormente al peronismo y a ciertas vertientes conservadoras del catolicismo. Tras el golpe militar de 1966, en algunos casos ocuparon el lugar de los renunciantes tras la *Noche de los Bastones Largos*. Fueron designados directamente por el rectorado de la UBA y se propusieron “crear nuevos enunciados y categorías teóricas que permitiesen generar propuestas no solo para comprender sino, sobre todo, para transformar la realidad nacional” (Buchbinder, 2005: 197).

la “primavera camporista”, en la que se declaraba poner las casas de altos estudios “al servicio del pueblo”. En un período que se extendió poco más de un año, en las universidades argentinas fueron nombrados, en general, para los cargos de gestión en los rectorados y decanatos, figuras afines a la Tendencia Revolucionaria del peronismo. El período se interrumpió drásticamente después de la muerte de Juan Domingo Perón, el 1° de julio de 1974, ya que la nueva presidenta, María Estela Martínez de Perón, relevó al ministro de Educación, Jorge Taiana, y nombró en su lugar a una figura de signo contrario, Oscar Ivanissevich. Estas modificaciones sustanciales en los criterios de gestión de las universidades públicas no impactaron inmediatamente en la UP. Aunque la Provincia de Buenos Aires había sufrido –todavía con Perón en vida– la renuncia del gobernador José Bidegain, cercano a la Tendencia Revolucionaria, el ministro de educación provincial, Alberto Baldrich,<sup>3</sup> se había mantenido en su cargo durante el nuevo gobierno del sindicalista metalúrgico Victorio Calabró. De todos modos, iniciado el año 1974, el interventor Julio Aurelio fue reemplazado por Pedro Arrighi en el mes de marzo. Aurelio venía desarrollando una intensa labor docente y de gestión en la UP. Sociólogo graduado en la Universidad Católica de Buenos Aires y militante peronista, desde finales de los años sesenta se había involucrado en diversos aspectos de la gestión (elaboración de planes de carrera, dirección de departamentos) antes de ser nombrado interventor en 1973. El propio Aurelio definió su labor al frente de la UP como la de

un equilibrista entre varios sectores en pugna. Yo venía del peronismo pero no estaba encuadrado orgánicamente en ninguna facción, como Montoneros. Entonces hubo que cuidar muchas relaciones porque si bien mantuve una cordial relación con la JP, también lo hice con las 62 Organizaciones.<sup>4</sup>

Una de las tareas pendientes –pero en estado avanzado–, que Aurelio dejó en su paso por el rectorado, fue la incorporación de la UC al ámbito del Estado, lo que era un poderoso anhelo de la comunidad universitaria marplatense.

La gestión de su sucesor, Pedro Arrighi, no llegó a durar dos meses, y se terminó en los primeros días de mayo de 1974 en medio de tomas, asam-

<sup>3</sup> Según lo manifestó al autor el interventor Julio Aurelio, Baldrich iba a dejar su cargo pero continuó por un pedido expreso de Juan Domingo Perón al propio ministro y al gobernador Calabró. Entrevista personal, noviembre de 2006.

<sup>4</sup> Entrevista personal, noviembre de 2006.

bleas interclaustrós y hasta detención de docentes. Tras una serie de otros fugaces sucesores, el cargo recayó en una figura de signo opuesto, el médico Eulogio Mendiondo, quien se venía desempeñando como director del Hospital Regional. El nuevo interventor cosechó una amplia adhesión de los sectores estudiantiles y, según las informaciones aparecidas en los medios gráficos por aquellos días, también seguía contando con el sostén de los otros dos estamentos del co-gobierno, los docentes y los trabajadores universitarios, habitualmente denominados “no docentes”.<sup>5</sup> Las declaraciones habituales de apoyo a Mendiondo giraban en torno al objetivo de poner la universidad al *servicio del pueblo* y llevar adelante la *liberación nacional*, para todo lo cual resultaba necesario asegurar una plena participación estudiantil en la conducción. De hecho, ante los pronto rumores sobre su cese, la universidad fue nuevamente ocupada en la segunda semana de agosto de 1974 por una “asamblea interclaustrós” que planteaba una enérgica defensa del rector, cuyo cargo tambaleaba luego de la asunción de nuevo ministro Tomás Bernard, tras la salida de Baldrich de la cartera educativa provincial.

Mendiondo resistiría en el rectorado hasta la primera semana del mes de noviembre de 1974. Los medios locales anunciarían su renuncia el 8 de ese mes, dejando el camino libre para otro golpe de timón desde el Ministerio de Educación provincial para una universidad de la que estaba a punto de desprenderse. En ese lapso, más precisamente durante el mes de septiembre de 1974, el Congreso de la Provincia de Buenos Aires autorizó la transferencia a la Nación mediante la homologación de un convenio, al tiempo que aprobó un subsidio de 3 millones de pesos para la UC, que venía arrastrando serios problemas para solventar su funcionamiento, sobre todo desde la eliminación de los aranceles que pagaban los estudiantes. Tras la renuncia de Mendiondo ya no se producirían contramarchas en la línea de gestión de la universidad. Los nombramientos pendulares de Baldrich darían lugar a un estilo bien definido a partir de la gestión del nuevo ministro Bernard, quien designaría desde la última parte de 1974 a funcionarios claramente enfrentados con los lineamientos dominantes de la militancia estudiantil en las diversas facultades de la UP, en especial los ligados a la Tendencia Revolucionaria del peronismo, particularmente la Juventud Universitaria Peronista (en adelante

<sup>5</sup> La nueva Ley Orgánica de las Universidades Nacionales sancionada el 14 de marzo de 1974 y promulgada el 25 del mismo mes eliminó la representación de graduados y le otorgó ese derecho a los “no docentes”.

JUP). Ante el nuevo panorama, a través de una solicitada, “Los estudiantes de Mar del Plata” denunciaron ante la comunidad que se veían objeto de una persecución que consistía en un:

Ataque encubierto, sistematizado, hacia todos los sectores que conformamos la comunidad universitaria, tales como: amenazas telefónicas y por carta de las tres A, allanamientos y ataques como el perpetrado hace diez días contra la Universidad por un grupo identificado como CNU y CdO, etc, que portando armas de fuego irrumpieron en la Universidad Católica y Provincial, destruyendo vidrios, muebles, golpeando alumnos. (En *La Capital*, 6 de noviembre de 1974)

Pese a estas acciones llevadas adelante por una porción mayoritaria de la militancia estudiantil, la universidad local se vincularía más estrechamente con la gestión de los sindicatos y los comunicados oficiales evidenciarían un directo compromiso contra la violencia guerrillera. Esos lineamientos quedaron cabalmente expresados desde la asunción de Roberto Cursack al frente del rectorado el 8 de noviembre de 1974, nombrado como encargado de despachos. Además, el nuevo funcionario incorporaría a hombres ligados a la CGT local en espacios claves de gestión. Tales serían los casos de dos asesores de la central obrera, Eduardo Cincotta,<sup>6</sup> como secretario general, y Gustavo Demarchi,<sup>7</sup> como coordinador docente. A poco de asumir, desde la gestión de Cursack se produjo un giro de 180 grados en las políticas y en las invariantes discursivas. En un

<sup>6</sup> El 15 de abril de 1975 *El Atlántico* daba cuenta del nombramiento de Cincotta como secretario general de la UP. Venía de trabajar como asesor de Pedro Arrighi en la Universidad Nacional de La Plata y se desempeñaba además como asesor de la delegación local de la CGT. Fue detenido durante 2010 por sus vinculaciones con los crímenes de Concentración Nacional Universitaria (CNU) en la ciudad de Mar del Plata.

<sup>7</sup> Hasta su pedido de captura, fuga y posterior detención en Colombia entre finales de 2010 y principios de 2011 por los crímenes de la CNU en la década del setenta, Gustavo Demarchi nunca dejó de tener una activa presencia en la vida política y judicial marplatense. Además de sus tareas como abogado penalista, Demarchi siempre contó con presencia en los medios locales opinando sobre asuntos varios en materia jurídica y política. De todos modos, su pico de mayor exposición fue cuando representó al peronismo marplatense como candidato a intendente (datos olvidados en la actualidad) en las elecciones de 1983, en las que quedó en segundo lugar detrás del radical Ángel Roig. En aquella oportunidad, algunos de sus actuales acusadores (y hasta jueces) aparecieron en solicitadas en los medios gráficos locales apoyando su candidatura y destacando que “enfrentó al ‘proceso’ sin ninguna especulación política, mientras otros, hoy candidatos, guardaban ‘prudente’ silencio o eran funcionarios del régimen” (*La Capital*, 28 de octubre de 1983).

comunicado de prensa, se categorizó como “elementos antinacionales al servicio de caos y la violencia” a grupos que, según la versión oficial, provocaron destrozos en dos facultades, en directa referencia a la JUP y Montoneros (*La Nación*, 17 de noviembre de 1974). Además, se definió la tarea por realizar, en ese mismo comunicado, como un “apostolado, de servir a la causa nacional”. Ello debe ser enmarcado, por supuesto, en un clima en el que las manifestaciones “en ‘repudio de la violencia’ y en ‘defensa de la nación’ contra la ‘subversión’” (Franco, 2011: 76) se generalizaron a gran escala y las Fuerzas Armadas pasaban a cristalizarse “como las víctimas principales del ‘extremismo’” (Ibíd.: 76).

La oposición de la gestión universitaria hacia las manifestaciones políticas de los estudiantes se profundizó cuando una decisión del encargado de despachos prohibió de modo tajante cualquier tipo de acto y asamblea en las inmediaciones de la universidad. Todo ello iba en consonancia con las declaraciones públicas y la gestión efectiva del ministro de Educación y Cultura, Oscar Ivanissevich, quien por ejemplo había realizado ominosas declaraciones por cadena nacional de radio y televisión. Distintos medios gráficos reprodujeron fragmentos de la intervención del miembro del gabinete nacional, quien no ahorró subjetivismas y términos altisonantes para estigmatizar a la militancia –principalmente estudiantil– que se le oponía. Fiel a su habitual prédica integrista y nacionalista, Ivanissevich señaló:

Hablar ahora de volver a la universidad roja es negar los más sublimes sentimientos argentinos y cristianos –concluyó el ministro– las escuelas terciarias quedan abiertas para el trabajo fecundo de los docentes, de los no docentes y de los estudiantes. Que la ceguera de unos pocos no anule los deseos de los que quieren trabajar para nosotros y para el mundo entero. Que la tierra no es colchón para enfermos y haraganes. Es bigornia de titanes, pedestal de la ambición. (*La Capital*, 19 de abril de 1975)

Pocos días más tarde la Universidad clausuró tres centros de estudiantes (Arquitectura, Humanidades y Ciencias Turísticas) “habiéndose hallado elementos probatorios de actividades políticas, las que está expresamente prohibidas por la Ley Universitaria” (*La Capital*, 26 de abril de 1975). Por resolución N°531 Cursack se amparó en la ley 20.654, en la que “queda prohibido en el ámbito de la universidad el proselitismo político, partidario o de ideas contrarias al sistema democrático que es propio de nuestra organización nacional”.

## **Patria, “terrorismo” y movimiento obrero**

Todo ese 1975 sería un año en el que crecieron exponencialmente los atentados y las muertes con origen político en la sociedad argentina, y ello se vería altamente reflejado en el mundo universitario marplatense. Medios gráficos locales y nacionales publicaron de manera continua los sucesos de mayor repercusión, muchos de ellos de consecuencias trágicas, y otros atentados menores sin víctimas fatales que lamentar. En ese contexto, aparecieron diversos comunicados y solicitudes firmados por los máximos responsables de la universidad local, todos ellos girando sobre los mismos puntos. En ocasiones nombrando directamente a las OPM, como Montoneros, esos textos formularon reiteradamente afirmaciones y lecturas sobre el contexto político del país y asumieron representar fielmente los deseos de “paz” del pueblo argentino, marco global de toda intervención pública. Las condenas cada vez más explícitas y firmes hacia la guerrilla y, en menor medida, la juventud universitaria, giraron sobre una serie de motivos y temas articuladores de connotación nacionalista que se mantendrían por muchos años más en el discurso oficial de los organismos estatales en la Argentina.

En marzo de 1975 los hechos más destacados, y a la vez más trágicos, fueron los originados a partir del día 20 con el asesinato de Ernesto Piantoni, cuyos compañeros de militancia de Concentración Nacional Universitaria (CNU) vengaron su muerte aplicando el “5X1” la misma noche del velorio.<sup>8</sup> Piantoni era un abogado de 31 años de anterior militancia en el grupo Tacuara en la década del sesenta, y era señalado como el líder de la CNU en Mar del Plata. Además de haber defendido como abogado a los imputados por el asesinato de la estudiante Silvia Filler en 1971 (otro hecho paradigmático en la vida universitaria marplatense) cumplía funciones como asesor de la CGT. Las vendettas de esta agrupación no se acabaron aquella noche, ya que la decana de la Facultad de Humanidades de la UC, María del Carmen Maggi, sería secuestrada el 9 de mayo, 50 días más tarde y su cuerpo sin vida recién sería encontrado un día antes del golpe militar en marzo de 1976.<sup>9</sup> También durante el mes de marzo los

<sup>8</sup> Este “5x1” consistió en una serie de cinco asesinatos de militantes de superficie de la Juventud Universitaria Peronista. De esta manera, los compañeros de Piantoni reactualizaron literalmente un discurso que Juan Domingo Perón había pronunciado dos décadas antes luego de los bombardeos a Plaza de Mayo que antecedieron a su derrocamiento.

<sup>9</sup> Los imputados de esa muerte están siendo juzgados en la actualidad por delitos de lesa humanidad, aunque algunos de ellos se encuentran prófugos de la justicia local. La vio-



medios locales publicaron noticias referidas a atentados contra tres docentes de la UP, presumiblemente por parte de los sectores “de derecha”.

Los últimos días del mes de abril de 1975 ofrecen un panorama en el que los medios gráficos locales publicaron un importante volumen de información vinculada con la universidad, tanto por cuestiones administrativas como por hechos significativos de violencia política. Uno de ellos fue la detonación de un artefacto explosivo en la vivienda del estudiante de sociología Jorge López, destacado militante de la JP Lealtad. Apenas dos días después *La Capital* publicó la noticia de otro atentado, esta vez con una bomba en la casa de Juan Antonio Bargas, delegado-interventor de la Facultad de Humanidades. Rápidamente la Universidad publicó una solicitada en los medios locales titulada “que el pueblo juzgue a los inadaptados”, en la que se definió a la acción armada como un “artero golpe, tratando de impedir el pacífico desarrollo del accionar universitario”. Además, se responsabilizó a Montoneros, “organización terrorista auto-proscripta”, argumentando que “mercenarios apátridas, cumpliendo objetivos inconfesables, intentan, con actos terroristas, doblegar la moral de quienes tienen la responsabilidad de conducir los destinos de esta Casa de Estudios” (*La Capital*, 28 de abril de 1975). Bargas fue llevado al decanato por la facción de JP Lealtad, y una de sus primeras tareas fue “ordenar” la planta docente, lo que motivó una extensa nómina de limitaciones, mucho de ellos militantes de la JUP y de las organizaciones político-militares, algunos de los cuales ya no cumplían con sus tareas docentes. Una consecuencia casi inmediata de esa labor fue el explosivo colocado en su casa. Bargas se había graduado recientemente como sociólogo y se había desempeñado “durante treinta años como funcionario de la municipalidad local, y en los últimos años ejerció el cargo de director de personal de la comuna, cumpliendo en la actualidad otras funciones” (*La Capital*, 28 de abril de 1975).

Es importante destacar que JP Lealtad se desprendió de la JP incluida en la Tendencia Revolucionaria luego del asesinato del secretario general de la CGT, José Ignacio Rucci, el 25 de septiembre de 1973. Luego de la fisión, ambas agrupaciones mantuvieron relaciones altamente conflictivas en la vida universitaria marplatense. Los sectores de JP Lealtad alcanzaron mayor preponderancia luego de la renuncia del rector Mendiondo y, en el caso de la Facultad de Humanidades, fueron un importante nexo entre el

lencia política del período ha sido analizada detalladamente, con especial énfasis en la CNU, por María Fernanda Díaz (2010).

rectorado y los delegados interventores, al menos en lo relativo a sus nombramientos en los primeros meses de 1975 (Gil, 2008). Frente a los atentados sufridos por Bargas y López, la universidad publicó una solicitada en los medios locales el 28 de abril, en la que se cuestionaba duramente a los centros de estudiantes, como el de Humanidades, calificándolos de “apóstoles del odio, la destrucción y la violencia”. El texto continuaba aclarando que “esta selecta minoría, representante de intereses espurios y alejada del verdadero sentir del estudiantado, no conseguirá torcer la firme voluntad de estas autoridades”, ni transformar la universidad “en una escuela de la guerrilla”. También la CGT local y las 62 Organizaciones repudiaron oficialmente los atentados. En un comunicado, destacaron el ejemplo de vida de Bargas, quien se había graduado ya mayor y que demostraba que “a la Universidad del Pueblo la conducen hombres del pueblo” (*El Atlántico*, 29 de abril de 1975).

En ese contexto, las intervenciones públicas de los funcionarios de la ahora UNMdP continuaron incrementándose, ya bajo la evidente conducción de José Catuogno, quien había sido nombrado como “asesor académico” y en el futuro sería el rector normalizador de la universidad nacionalizada. Flanqueado por Eduardo Cincotta y Gustavo Demarchi, Catuogno declaró ante los medios que todos en la institución estaban “empeñados en concretar un proceso de paz”. (*La Capital*, 29 de abril de 1975). El secretario Cincotta fue más directo al afirmar que “no vamos a permitir que la Universidad se convierta en un comité o en una unidad básica” (*La Capital*, 29 de abril de 1975). Paralelamente, había fundamentado la integración de la UNMdP con la CGT y las 62 organizaciones para forjar un bloque monolítico, mientras se apelaba permanentemente a la figura de Perón y a sus postulados. Además, no se privó de formular un llamado a los padres de los estudiantes para que reflexionen e intervengan sobre la conducta de sus hijos.

Los primeros días de mayo de 1975 mostraron la misma intensidad en las acciones de violencia política y en la línea discursiva emanada desde el rectorado. En esos días, las bombas puestas en un local de la CNU y en las viviendas del secretario Cincotta y del delegado interventor de Ciencias Turísticas, José Luis Granel, fueron los atentados de mayor repercusión pública, no sólo por los cargos que detentaban las víctimas sino también por las intervenciones públicas que emitieron tanto la universidad como la CGT local. Luego del ataque al local que la CNU tenía en la zona céntrica de la ciudad, en la que no se produjeron víctimas fatales,

más allá de los serios destrozos que provocó en las instalaciones atacadas y en sus inmediaciones, la organización agredida emitió un comunicado oficial, al que adhirieron también la Concentración Nacional de Estudiantes Secundarios y la Concentración de la Juventud Peronista. Allí se postulaba que:

Ante el empecinado ataque la sinarquía ERP, CIA, Montoneros, etc., que cada vez atacan más impunemente a nuestra organización nos hacemos el deber de informarle al pueblo, a las autoridades, y también a las delincuencias apátridas que no aflojaremos un paso. Hoy más que nunca, junto a Isabel, aunque gritar nuestra verdad signifique la muerte, Perón, Rucci, Giovenco y nuestro inolvidable compañero Ernesto Piantoni, asesinado recientemente por las mismas manos anónimas, nos comprometieron eternamente con la Patria. (*La Capital*, 29 de abril de 1975)

La CGT ya aparecía, desde sus intervenciones públicas, completamente consubstanciada con la gestión universitaria a la que definía como propia y planteaba una serie de términos claves para comprender las pujas dentro de las diversas facciones del peronismo, principalmente la noción de *infiltrado*. Por “izquierda” y por “derecha”, las diversas facciones se acusaban de no guardar la debida *lealtad* hacia el líder y hacia “el pueblo”.<sup>10</sup> Para rebatir esa acusación, los sectores de “derecha” apelaban a dos términos para minar la legitimidad de la “juventud maravillosa”: *entrismo* e *infiltración*. En efecto, el peronismo ortodoxo al que terminó avalando Perón y que luego de su muerte cobraría mayores espacios de poder, ya cuestionaba a los sectores juveniles por sus consignas e ideología de “izquierda”. A la *patria socialista* le oponían la *patria peronista*, coreada con firmeza en cada acto sindical para marcar la diferencia con sectores a los que acusaban de no ser *verdaderamente peronistas*. Al nominarlos como comunistas y colocarlos al servicio de potencias extranjeras como la Unión Soviética, las facciones “de derecha” del peronismo nunca dejaron de plantear que la izquierda tradicional había formulado la estrategia del *entrismo* para apoderarse del movimiento peronista y vaciarlo de su doctrina original. Al considerar cada vez con mayor frecuencia como *infiltrados* a los miembros de la JP (integrantes o no de las organizaciones armadas), la lógica binaria de la guerra, amigo-enemigo, ya estaba plasmada completamente en las concepciones nativas de las luchas facciosas

<sup>10</sup> Un análisis sistemático del concepto de *lealtad* en el peronismo fue desarrollado Balbi (2007).

dentro del peronismo en la década del setenta. Todo ello dentro de una prédica anticolonialista y nacionalista que formaba parte del lenguaje revolucionario de la época, tanto de los sectores de “derecha” como de “izquierda”. Esta clase de conflictos que se produjeron a nivel nacional, adquirió

la racionalidad de una guerra de posiciones donde se ganaban o perdían espacios de poder. Y en esta lucha entre la izquierda revolucionaria y la derecha político-sindical todos los métodos fueron válidos, y su despliegue afectó e invadió por igual a todas las instituciones del estado. (Servetto, 2010: 208)

Extremadamente difícil resulta encontrar en todo el período una toma de posición más elaborada y sistemática como la que apareció en los medios locales el 11 de mayo de 1975. Luego de una reunión de la mesa directiva de la CGT regional Mar del Plata, en la que participaron los secretarios generales de los gremios adheridos, además del aporte de la Juventud Sindical Peronista (JSP), se emitió un duro comunicado, en el que se le declaró “la guerra abierta al terrorismo en todas sus formas” (*La Capital*, 11 de mayo de 1975). Allí la central obrera clasificaba el “terrorismo” a combatir en tres tipos: gremial, social y político. El primero de ellos era definido como aquel que:

Produce amenazas, secuestros de dirigentes de sindicatos, delegados de fábricas y activistas, cuando no mata a mansalva y desde las sombras. Agitación de los obreros incitándolos a una menor producción y provocaciones de todo tipo, todo ello dirigido a crear desorden, inseguridad, pánico y paralización de la producción. Con ello logran producir el terrorismo económico, tal como el desabastecimiento, la especulación en todos los órdenes, mercados negros, etc., etc., cuyas consecuencias las debe soportar el pueblo.

El segundo tipo, el “terrorismo social”, lo circunscribían al ámbito universitario. Además de defender fervorosamente la actual gestión de la recientemente nacionalizada casa de altos estudios, en el texto se puntualizaba que en los años anteriores la institución había debido “soportar una conducción universitaria antinacional y anarquizante, convirtiendo dicho ámbito académico en foco de la subversión liberal marxista”. Por supuesto, apelaban al cliché de “poner la universidad al servicio del pueblo”, que habían logrado –según el parecer de la central obrera– las nuevas autoridades “erradicando de su espacio físico e inte-

lectual a los elementos disociadores en los diferentes claustros”. Más en detalle, en el texto se leía que

la subversión carente de argumentos valederos para rebatir esa política educacional, contesta con bombas en los domicilios de las autoridades, demostrando una vez más que usa sus instintos criminales como agentes vernáculos del dinero extranjero y moviliz-ados por ideas ajenas a nuestro sentir nacional.

La tercera clase de “terrorismo”, el político, refería a la “izquierda marxista” que atenta contra “dirigentes obreros, autoridades universitarias y dirigentes políticos peronistas”. En la misma sintonía, se cargaba contra el “sugestivo silencio que frente a estos hechos guardan instituciones políticas, profesionales y civiles que se dicen amantes de la paz y la democracia”, por lo que condenaba enfáticamente que no se tomara posición sobre estos hechos. Se proponía un “estado de alerta” además de llamar a “combatir activamente” a la especulación, el desabastecimiento y la “agresión guerrillera”. El comunicado finalizaba con una referencia a palabras de Juan Domingo Perón: “todos somos beligerantes ante el enemigo común”.

En aquellos meses de 1975 se siguió intensificando la relación entre la cúpula directiva de la casa de altos estudios, la CGT local y la Juventud Sindical Peronista. Además de los hombres que aportaba a la gestión, la participación orgánica de la central obrera en diversos asuntos administrativos y académicos alcanzó su plenitud. Pero sobre todo no pueden soslayarse los marcados gestos de comunión político-ideológica y uniformidad discursiva. En ese sentido, las alusiones a la necesidad de lograr un clima de “paz y trabajo” se hacían cotidianas, tanto en comunicados formales como en declaraciones informales. Todas las actividades conjuntas entre la universidad y la CGT se poblaron de declaraciones en favor de la unidad del pueblo argentino y en apoyo del gobierno nacional, definiendo habitualmente como “infantilismo revolucionario” al servicio de intereses y dinero extranjero al accionar de las OPM. De todo ello había tomado cuenta el diario metropolitano *La Opinión*, que se refirió a “un proceso de apertura a las fuerzas sindicales” en el que “el gremialismo acentúa su participación en los claustros” (*La Opinión*, 7 de mayo de 1975). En la misma nota se citaban declaraciones del secretario Cincotta, quien había afirmado que “esta casa estará integrada al movimiento obrero no sólo por lo contactos permanentes que mantenemos con la CGT Regional

y las 62 Organizaciones, sino también porque el rector contará también con un asesor gremial”.

A mediados de 1975 los funcionarios de rectorado, Cincotta y Demarchi, anunciaron un plan de acción para todas las facultades, que contemplaba una

reestructuración de las carreras que en ella se cursan, a la luz de las necesidades regionales y del país y de las posibilidades que presenta el marco de carreras de la universidad. Integración de claustro docente idóneo, consustanciado con los grandes intereses de la Nación. (*La Capital*, 3 de junio de 1975)

Ambos directivos aprovecharon la ocasión para recordar la legislación vigente que prohibía la realización de asambleas y actividades político-partidarias. Todo ello dentro de un “permanente esfuerzo por dotar al alumno de una conciencia histórica nacional, que robustezca el amor a la Patria y el acatamiento a las normas de sana convivencia” (*La Capital*, 3 de junio de 1975). Como consecuencia de estas líneas de acción, además de la participación estudiantil que años antes había ganado importantes espacios de poder y decisión en las casas de estudio, las estructuras curriculares vigentes experimentaron sensibles modificaciones. En el caso de la Facultad de Humanidades, la nacionalización trajo como una de las consecuencias más notables el cierre de las carreras de ciencias sociales que le habían dado vida en la UP, y que se habían constituido en un escenario institucional de una intensa vida político-académica. Mientras que casi todas las carreras provenientes de la UC fueron ratificadas, la suerte de Antropología, Sociología, Psicología y Ciencias Políticas fue distinta, ya que fueron transformadas en especializaciones de postgrado (nunca concretadas) en el marco de un profesorado en ciencias sociales y posterior licenciatura que nunca se dictó. La supervivencia de las mencionadas carreras se hacía poco menos que imposible, ya que esas disciplinas implicaban en el imaginario dominante de la política argentina (que seguiría operando en tiempos de gobierno militar) una seria amenaza contra la tan deseada –y alegada por los funcionarios– “paz” social.<sup>11</sup>

<sup>11</sup> El grupo de intelectuales reunidos en torno a la revista *Cabildo*, de gran influencia en el ámbito educativo durante la última dictadura, presionó sistemáticamente para lograr el cierre de las carreras de ciencias sociales que se seguían dictando en las universidades nacionales. En el número 16, correspondiente a mayo-junio de 1978, en un artículo titulado “Antropología y Subversión” afirmó que “era sabido que los antropólogos aprovechaban los viajes de investigación pagados por el Estado para ‘vender piezas arqueológicas’ y ‘comprar armas’” (Rodríguez, 2010).

Este proceso que se concretó durante todo 1975 estuvo acompañado por un sobrecarga discursiva en la que el decano de la Facultad de Humanidades firmó largos considerandos en los diversos actos administrativos que sellaron los destinos de la unidad académica que conducía. En la resolución No. 345 del 7 de agosto de 1975, Fernando Luchini entendió que

la deformación que ha sufrido la enseñanza universitaria a causa del abuso que se ha hecho de ideas y teorías ajenas a nuestra cultura nacional las que, bien utilizadas habrían ayudado a enriquecer nuestro patrimonio cultural, a elevar el nivel académico y mantenernos al tanto de las distintas corrientes de ideas que agitan el mundo pero que en manos de personajes inescrupulosos, traficantes de ideologías, se convierte en un arma de deformación de nuestro ser nacional.

En esa misma resolución, el decano normalizador agregó:

Que las personas conscientes del daño que se ha hecho durante años y años de prédica liberal, marxista, anarquizante y siempre contrarios a los altos intereses de la Nación, más si ocupamos posiciones directivas en la estructura educacional, debemos arbitrar los medios de combatir ese mal que puede ser irreparable, Que para revertir ese proceso deformante, no sería saludable en modo alguno restringir el uso y transmisión de ideas por nefastas que estas nos parezcan, ya que la represión indiscriminada nunca ha sido un medio idóneo para convencer y mucho menos para formar las mentes jóvenes, Que, por el contrario, es preciso combatir las ideas con ideas mejores y que es posible recuperar a las mentes extraviadas o confusas mostrándoles el camino correcto...

Una vez concretada la nacionalización de la UP y la absorción de la UC se dejaron sin efecto los planes de estudio vigentes a la fecha, aunque se garantizó la continuidad para los que estaban cursando las carreras. En la misma Resolución de Rectorado No. 876 del 7 de noviembre de 1975, se crearon las carreras que iban a formar parte de la oferta académica de la Facultad de Humanidades. Aquellos proyectos nacidos al calor de la radicalización política de la sociedad argentina en general y particularmente del campo intelectual, sólo tenían una existencia administrativa residual. Ya fuera de la universidad sus referentes claves, luego cerrada su inscrip-

ción a primer año en 1975, apenas faltaba un acto administrativo que las eliminara por completo del nuevo escenario institucional.<sup>12</sup>

### Conclusiones

En este artículo se ha querido mostrar un relato ejemplar que anticipa la tragedia que viviría la Argentina con el terrorismo de Estado. En clave narrativa, se han presentado parte de los conflictos que atravesaron a la vida universitaria, poniendo en escena a distintos grupos en pugna, principalmente a través de sus manifestaciones discursivas pero también de los enfrentamientos violentos (muchos de ellos de consecuencias trágicas) que signaron el período en el que “la disputa por el monopolio de la identidad peronista invadió las instituciones del estado, se superpuso a ellas y las arrasó” (Servetto, 2010: 245). Todos estos hechos han sido analizados antropológicamente, apelando a herramientas del clásico análisis situacional (Turner, 1974; Turner, 1986; Epstein, 1967; Van Velsen, 1967), para poner énfasis en la dimensión conflictiva de esos verdaderos dramas sociales en los que se imponen, en diversas épocas y situaciones, maneras específicas de resolver los conflictos. Este tipo de análisis permite entender, a través de la consideración de eventos accidentales, excepcionales y conflictivos, los comportamientos efectivos de las personas que están involucradas en esos procesos, considerando los roles y las posiciones adoptadas por todos los actores involucrados en las disputas. De ese modo, pueden iluminarse aspectos importantes de los modelos abstractos que se construyen a partir de las conductas esperables. Así hemos visto, al menos parcialmente, el funcionamiento de un sistema faccional (Nicholas, 1966) que, traducido a las disputas universitarias, daba cuenta de complejas redes que en algunos casos estaban compuestas por grupos interactivos con una organización clara y visible y con líderes reconocidos. Algunas de esas facciones funcionaban principalmente dentro del peronismo, como redes de cuasi-grupos (Mayer, 1999), es decir como entidades que carecían de una estructura reconocible, pero en la que sus miembros tenían intereses y comportamientos en común que los trans-

<sup>12</sup> La Ordenanza del Consejo Superior No. 89 del 7 de diciembre de 1977 determinó la desaparición de las carreras de Antropología, Sociología, Ciencias Políticas y Psicología a partir de 1978. Como contrapartida, las carreras provenientes de la UC (Historia, Letras, Geografía, Inglés) pasaron a dominar exclusivamente la oferta académica de una Facultad que ya no ofrecía ninguna de esas carreras que le habían dado vida a su proyecto original.



formaban en verdaderos grupos potenciales. Las distintas facciones aparecen, entonces, como medios precisos para organizar a las personas en contextos de conflicto político, en el que los principales referentes se esforzaron por mostrar una importante capacidad de manejar los recursos humanos y materiales, y lograr así cuotas más altas de poder. Ejemplos de este sistema faccional dentro del peronismo pueden ser los sindicatos o la propia central obrera, como también el caso de la CNU o agrupaciones estudiantiles con una estructura burocrática visible, como la JUP. Pero en general esos grupos estaban entrecruzados por lealtades que podían llegar a ser contradictorias y sobre todo, cambiantes. De hecho, los nombramientos pendulares, las fisiones dentro de las facciones (como el caso de JP Lealtad) no hacen más que mostrar la complejidad de la organización interna del peronismo, sobre todo en una época tan conflictiva como la década del setenta.

Los sucesos de violencia política expuestos, como también disputas de menor gravedad, se caracterizan por una serie de invariantes discursivas en las que se plantean reacciones defensivas legítimas frente a agresiones originales de las facciones rivales, lo que configura una serie de ejes fundamentales de la concepción nativa del funcionamiento de la política en el peronismo de la época. Casi siempre de forma explícita (como el 5x1 que sucedió al asesinato de Piantoni) pero también subyacente en algunos casos (como los actos administrativos de la universidad), la búsqueda de restaurar la paz y el orden que el enemigo habían contaminado aparecen como los núcleos argumentales que sostienen la solidaridad vindicatoria de facción, que podía expresarse con *ajusticiamientos*, colocación de bombas o incluso decisiones administrativas de cerrar carreras que se consideraban semilleros de *infiltrados* y “terroristas”. En concreto, lo que se ha pretendido mostrar es todo el camino previo a la instauración de formas de represión estatal y paraestatal que revelarían mecanismos de ilegalidad desconocidos en una sociedad argentina que se preparaba, sin conciencia plena, para vivir su etapa más oscura gobernada por un estado criminal.

## Bibliografía

- Blok, Anton. 1974. *The Mafia of a Sicilian Village 1860-1960*. Oxford: Basil Blackwell.
- Balbi, Fernando. 2007. *De leales y traidores. Valor moral y concepción de política en el peronismo*. Buenos Aires: Antropofagia.

- Buchbinder, Pablo. 2005. *Historia de las universidades argentinas*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Díaz, María Fernanda. 2010. “La sal del odio. Una historia de bandidos y justicieros en la Mar del Plata de los años 70” en Gil, Gastón Julián (dir.), *Universidad y utopía. Ciencias sociales y militancia en la Argentina de los 60 y 70*. Mar del Plata: EUDEM.
2013. *La Universidad militante. La experiencia de estudiantes y docentes en las carreras de Humanidades de la Universidad de Mar del Plata (1970-1976)*. Tesis de maestría. Inédita.
- Epstein, Arnold Leonard. 1967. “The Case Method in the Field of Law”, en Epstein, Arnold Leonard (ed.), *The Craft of Social Anthropology*. Londres: Tavistock.
- Franco, Marina. 2011. *Un enemigo para la nación. Orden interno, violencia y «subversión», 1973-1976*. Buenos Aires: FCE.
- Geertz, Clifford. 1997. *La interpretación de las culturas*, Barcelona: Gedisa.
- Gil, Gastón Julián. 2006. “Ideología, represión e investigación de campo. La carrera de antropología de Mar del Plata”, en *Anuario de Estudios en Antropología Social*, 3, pp. 53-73.
2008. “Una experiencia universitaria «frustrada». Persecución y represión antes del golpe en la Universidad de Mar del Plata”, en *Sociohistórica. Cuadernos del CISH*, 20/21, pp. 91-119.
- 2010a. “Periferia, militancia revolucionaria y transformación de la sociedad. Un estilo antropológico en los sesenta y los setenta en la Argentina”, en Gil, Gastón Julián (dir.), *Universidad y utopía. Ciencias sociales y militancia en la Argentina de los 60 y 70*. Mar del Plata: EUDEM.
- 2010b. “Tradición y culturalismo. José Antonio Güemes y los inicios de la antropología en la Universidad de Mar del Plata”, en *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano*, no. 22, pp. 101-113.
2011. *Las sombras del Camelot. La Fundación Ford y las ciencias sociales en la Argentina de los sesenta*. Mar del Plata: EUDEM
- Halbmayer, Ernst. 2001. “Socio-cosmological contexts and forms of violence. War, vendetta, duels and suicide among the Yukpa of north-western Venezuela”, en Schmidt, Bettina y Schröder, Ingo (eds.), *Anthropology of Violence and Conflict*. Londres: Routledge.
- Mayer, Adrian C. 1999. “La importancia de los cuasi-grupos en el estudio de las sociedades complejas”, en Banton, Michael (comp.). *Antropología social de las sociedades complejas*. Madrid: Alianza.
- Nicholas, Ralph. 1966. “Segmentary factional political systems”, en Swartz, Marc; Turner, Victor; Tuden, Arthur (eds.), *Political Anthropology*. Chicago: Aldine.

- Rodríguez, Laura Graciela. 2010. "La derecha en la universidad (1976-1983)". Ponencia ante las *II Jornadas de Historia de la Universidad Argentina*. Universidad Nacional de General Sarmiento, 4 y 5 de noviembre.
- Sahlins, Marshall. 1972. *Stone Age Economics*. Nueva York: Aldine de Gruyter.
- Sarlo, Beatriz. 2003. *La pasión y la excepción*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Servetto, Alicia. 2010. 73/76. *El gobierno peronista contra las "provincias monotoneras"*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Terán, Oscar. 2004. "Ideas e intelectuales en la Argentina, 1880-1980", en Terán, Oscar (coord.), *Ideas en el siglo. Intelectuales y cultura en el siglo XX latinoamericano*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Turner, Victor W. 1974. *Dramas, Fields and Metaphors. Symbolic Action in Human Society*. Ithaca y Londres: Cornell University Press.
1986. "Dewey, Dilthey, and Drama: An Essay in the Anthropology of Experience", en Turner, Victor y Bruner, Edward (eds.), *The Anthropology of Experience*. Chicago: University of Illinois Press.
- Ünsal, Artun. 1990. *La Vendetta. Tuer pour survivre*. París: L'Harmattan.
- Van Velsen, Jaap. 1967. "The Extended-case Method and Situational Analysis", en Epstein, Arnold Leonard (ed.), *The Craft of Social Anthropology*. Londres: Tavistock.
- Vérdier, Raymond. 1981. "Le système vindicatoire. Esquisse théorique", en Vérdier, Raymond (ed.), *La vengeance: études d'ethnologie, d'histoire et de philosophie. Volume I*. París: Cujas.
1986. "De l'une a l'autre vengeance", en Vérdier, Raymond (ed.). *La vengeance. Études d'ethnologie, d'histoire et de philosophie. Volume II: Vengeance et pouvoir dans quelques sociétés extra-occidentales*. París: Cujas.
- Xanthakou, Margarita. 1999. "Violence en trois temps: vendetta, guerre civile et désordre nouveau dans une région grecque", en Héritier, François (ed.), *De la violence II*. París : Odile Jacob.

---

## 9 El lugar de la evidencia en la trayectoria de vida de la figura de Gerardo Reichel-Dolmatoff en la historia de la antropología colombiana

Roberto Suárez

### Preámbulo

El nazismo sin lugar a duda sigue despertando sentimientos, emociones y análisis que buscan entender o dar cuenta tanto de los hechos como de las personas que estuvieron involucradas en ese momento oscuro de la historia mundial reciente. El mundo académico debido a su naturaleza educativa y científica es imaginado como un espacio “limpio” y aséptico, en donde los académicos están protegidos de aquellas fuerzas sociales que contaminan o pervierten la producción de conocimiento. Es por esta razón, que la ponencia de Augusto Oyuela en el 54° Congreso de Americanistas en Viena y el trabajo de Holger Stoecker y Sören Flachowsky de la Universidad de Humboldt de Berlín sobre la Alemania Nazi han impactado tanto los círculos académicos como el mundo social colombiano que rodeó la figura de Gerardo Reichel Dolmatoff. Este hecho se ve reflejado en la manera como fue publicada la noticia del pasado nazi de Reichel Dolmatoff en *Los Angeles Times*, en la cual es descrito por Chris Kraul (2012) como un tipo de perfil a lo Indiana Jones al cual se le agregó un aspecto más oscuro, es decir una historia ligada al nazismo mediante su aparente participación en la *Leibstandarte* SS de Hitler.

Sobre esa base, en este texto busco reflexionar sobre el problema de la relación entre antropología, antropólogos y sociedad, así como sobre las formas en las que esta disciplina participa en la construcción o reconstrucción de la historia social, particularmente en los procesos de construcción de historias individuales y colectivas. Historias que se tejen alrededor de búsqueda de conocimiento donde se integran ideales, redes

e intereses sociales que sobrepasan los imaginarios sociales cristalinios y objetivos sobre la práctica moderna de la antropología.

### **Su historia**

Los datos biográficos muestran que el nombre original de Gerardo Reichel Dolmatoff fue Erasmus Gerhard Reichel, y que nació en Salzburgo, Austria, el 16 de marzo de 1912 de padre austriaco y madre rusa. Desde su llegada a Colombia, al final de la década de 1930, tuvo una prolífera carrera académica, ejerció varios años como investigador del Instituto Etnológico Nacional, fue fundador del Instituto Etnológico del Magdalena y colaboró en la fundación del Instituto Colombiano de Antropología y del Departamento de Antropología de la Universidad de los Andes. De acuerdo al esbozo biográfico de Alicia Dussan de Reichel (s.f.) fue

educado en los clásicos y las humanidades en un colegio benedictino; posteriormente siguió estudios de arte y comenzó a dedicarse a la antropología, durante sus cursos en la Universidad de París en los años treinta. Antes de estallar la segunda Guerra Mundial, fue invitado a venir a Colombia por recomendación del historiador de ciencias políticas profesor André Siegfried, del College de France, al presidente de la República, doctor Eduardo Santos. En 1942 le fue concedida la nacionalidad colombiana, considerando sus méritos excepcionales, demostrados desde las primeras investigaciones antropológicas que efectuó en el país. En 1943 se casó con la antropóloga Alicia Dussan Maldonado. Durante la guerra, siempre al lado del ilustre profesor Paul Rivet, quien también había sido invitado a Colombia por el presidente Santos, Reichel-Dolmatoff fue miembro activo de la organización de los Franceses Libres en Colombia, por lo cual el general Charles de Gaulle, como presidente de Francia, le otorgó luego la condecoración del Orden Nacional del Mérito. Bajo la dirección de Rivet [...] Dictó conferencias y seminarios en muchas universidades del Norte y Suramérica, Europa y Japón, y asistió a numerosos congresos y simposios internacionales. Sus principales intereses abarcaron: arqueología, etnohistoria, etnología y antropología social. En el campo de la arqueología, sus investigaciones lograron definir por primera vez en suelo colombiano la Etapa Formativa, lo que permitió correlacionar la arqueología del país con los desarrollos contemporáneos en los grandes centros prehistóricos de Mesoamérica y los Andes Centrales. Comenzando con excavaciones en la zona Tairona, el bajo río Ranchería, el río Cesar y el Bajo Magdalena, los Reichel-

Dolmatoff trazaron la primera cronología local, que luego ampliaron al extender las excavaciones estratigráficas a las sabanas de Bolívar, el río Sinú, al golfo de Urabá y varios sitios costaneros. Como resultado de este proyecto, que duró de 1945 hasta comienzos de la década de los setenta, los Reichel-Dolmatoff establecieron el primer esquema cronológico para la prehistoria del Caribe colombiano.

El trabajo etnográfico de Gerardo Reichel Dolmatoff fue reconocido mediante varios premios nacionales e internacionales y de acuerdo a Ardila (1997), los textos de Reichel Dolmatoff siempre mostraron la necesidad de mostrar al mundo el pensamiento profundo del indígena colombiano sobre el mundo y con ello rescatar su cultura, historia, su sociedad y su dignidad humana. A lo largo de los años recibió múltiples reconocimientos tales como: Medalla Cívica Francisco de Paula Santander, Ministerio de Educación Nacional (1963); Ordre National du Mérite, Francia (Caballero, 1966); Ordre des Palmes Académiques, Francia (1967); Gran Orden al Mérito, Austria (1973); Premio Caldas de Ciencias, Colombia (1973); Medalla Thomas Henry Huxley, Royal Anthropological Institute, Inglaterra (1975); Gran Cruz Rodrigo Bastidas, Santa Marta (1975); Premio en Ciencias Orden de la Fundación Centenario, Banco de Colombia (1976); Ordre des Arts et des Lettres, Francia (1987); Gran Cruz al Mérito, Ministerio de Ciencias e Investigación, Austria (1990); Premio Nacional al Mérito Científico, Asociación Colombiana para el Avance de la Ciencia (1991); Orden Nacional al Mérito, Ministerio de Relaciones Exteriores, Colombia (Comendador, 1991). Doctorados Honoris Causa de la Universidad del Atlántico, Barranquilla (1958), Universidad Nacional de Colombia, Bogotá (1987) y Universidad de los Andes, Bogotá (1990). Para muchos antropólogos es considerado como uno de los personajes centrales en el desarrollo de la antropología colombiana tal como lo expresa la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales (s.f.),

Cuando en Colombia la práctica antropológica estaba limitada básicamente a la búsqueda de hallazgo arqueológicos, Reichel Dolmatoff llegó a Colombia para llevar a cabo estudios regionales con base en técnicas estratigráficas y rigurosos datos históricos, así como para colaborar en el desarrollo institucional de la antropología, disciplina hasta el momento poco difundida en nuestro medio. La contribución que realizara durante 50 años a este campo del saber ha quedado registrada en libros y revistas de reconocida seriedad en Colombia y en el extranjero.

Debido a su trabajo y al desarrollo que alcanzó la antropología en Colombia, muchos antropólogos lo consideran el “padre fundador de la antropología colombiana” junto con Paul Rivet. Esta idea sobre Reichel-Dolmatoff es cuestionada por el antropólogo, investigador y profesor Elias Sevilla (2012), para quien si bien Reichel fue clave en la antropología colombiana es importante no considerarlo como el padre fundador: “Reichel fue muy importante –¿quién lo duda?– pero no ‘el padre’ como nos lo presenta el mito”.

### **Historias, silencio y memoria**

Más de 70 años han pasado desde el ascenso de Hitler al poder y la fundación del Tercer Reich (marzo 13 de 1938), un momento que dio inicio a una época de actos dramáticos y de barbarismo contra la humanidad y poblaciones como la judía y la gitana, entre muchas otras. La literatura sobre el Holocausto es monumental, pero el interés de este texto no es repetir lo ya establecido y demostrado sobre la relación entre el nazismo y su impacto en la sociedad, ya que es claro cómo su ideología penetró todas las esferas de la sociedad alemana y muchas otras sociedades de ese momento. El mundo académico no fue extranjero a esa política, como lo demuestra el caso de Martin Heidegger, un buen ejemplo de cómo un intelectual de su porte se unió y permitió la nazificación de la universidad, razón por la cual fue declarado un *Mitläufer* (partidario) de acuerdo al ejército francés. Heidegger nunca se excusó y nunca expresó remordimiento público de lo acontecido. Sin embargo, las publicaciones de varios textos en los que se explica su participación en el nazismo despertaron grandes debates entre autores como Habermas, Levinas y Gadamer.

Evidentemente por la trayectoria de vida en Colombia de Gerardo Reichel-Dolmatoff es difícil cuestionar su figura en tanto es un icono de la investigación antropológica debido a la imagen pública que él representa. Por esa razón proponer otra historia y pensar que su obra surge de una trayectoria de vida en el cual el nazismo es una parada ineludible, implica leer de otra manera la memoria construida por la antropología reicheliana y su legado para la antropología colombiana. En este sentido, y más allá de la figura de Reichel-Dolmatoff y de su lugar en la escena antropológica colombiana, vale la pena considerar qué dice y qué involucra la evidencia de su afiliación al nazismo.

En primer lugar es imposible cuestionar los hechos dramáticos ocurridos durante el nazismo, ya que estos no tienen lugar a dudas, ni a cues-

tionamientos morales y éticos. En otras palabras, los intentos negacionistas de la historia deben ser cuidadosamente leídos para entender su significado, y de qué manera se anclan en los grupos sociales donde se discute la legitimidad y validez de las evidencias históricas. En segundo lugar, si se busca entender por qué el asunto Reichel Dolmatoff despertó debates y contradicciones entre diferentes actores del mundo académico y social colombiano, se debe pensar el debate entre la continuidad o discontinuidad de la memoria sobre Reichel-Dolmatoff. Es importante mirar los datos, las evidencias y las narrativas para reflexionar sobre la verdad o, por lo menos, aquello que se presenta como una verdad y que permite la reconstrucción o validación de la memoria sobre una historia de vida. Un primer elemento de análisis para poder reflexionar sobre el problema de la memoria del pasado en el tiempo presente, y específicamente con la representación pública de una persona –como es el caso de Reichel-Dolmatoff– son las relaciones sociales y la manera como estas influyen o determinan las formas de recordar y reproducir la representación pública de una persona. En el libro de Bettina Stangneth, *Eichmann Before Jerusalem*, la autora discute el problema de la relación entre Willem Sassen, nazi miembro de las SS y padre de Saskia Sassen, con Adolf Eichmann en la Argentina. Pero dado el reconocimiento intelectual internacional de Saskia Sassen, esposa de Richard Sennet quien fuera estudiante de Hannah Arendt, y parte del círculo de Susan Sontag, la figura del padre fue eliminada de su biografía. La relación entre su padre y Eichmann plantea puntos interesantes sobre las relaciones sociales, la manera como los refugiados nazis se integraron en una sociedad y los mecanismos para narrar esas historias en el presente.<sup>1</sup> De acuerdo a Stangneth, Eichmann como muchos otros nazis, tenía un sentido pequeño burgués puritano de la familia y la propiedad, lo cual le permitía interactuar, vivir y habitar los espacios sociales y culturales en la Argentina. La relación entre Eichmann y Willem Sassen está llena de datos opuestos que se contradicen entre sí. Mientras que para Saskia Sassen, tal como lo planteó en varias entrevistas, su padre era simplemente un periodista que detestaba a Hitler, para Stangneth Willem Sassen era un nazi que defendió y justificó la experimentación de Mengele, un pro-nazi que intentó reescribir la historia en la cual los judíos no eran las víctimas que pretendían ser. De acuerdo a Saskia Sassen lo escrito sobre su padre deja de lado la complejidad de las trayectorias de vida, ya que es el resultado de un trabajo de ar-

<sup>1</sup> Cf. Parry, 2014.



chivo en el cual la vida cotidiana no está inscrita, como tampoco lo están las texturas de la experiencia de una hija con su padre.

En este sentido, escribir sobre el pasado en el presente es una acción que permite entender la relación entre el dato histórico, las emociones y las relaciones sociales en el proceso de construcción de memoria en la sociedad. El caso de Willem Sassen y la forma como es recordado por su hija o descrito por una investigadora, nos permite entender las múltiples voces sobre cómo recordamos, qué recordamos, qué sabemos y cómo queremos significar e inscribir en una historia aquello que se nos presenta como un dato objetivo. Diferente es el caso del escritor Günter Grass, quien en su autobiografía<sup>2</sup> confesó haber sido miembro de las SS en su juventud y dio cuenta de su arrepentimiento frente a ese episodio en su vida. Grass narra cómo el nacionalsocialismo sedujo abiertamente a la población alemana, la cual para él no fue ni inocente, ni manipulada por una fuerza maléfica, en tanto el nazismo se construyó de manera abierta con el apoyo de la población.<sup>3</sup>

Por ello para entender cómo la memoria hasta ahora dominante y cuasi-heroica sobre la figura de Reichel-Dolmatoff ha sido impugnada sobre la base de su participación en el nazismo, es importante comprender los usos sociales y culturales de la evidencia archivística. Es decir, cómo está en tanto artefacto de apoyo a la verdad oscila entre su validez fáctica y la manera como es significada dentro de las redes sociales. En este caso nos permite analizar los esfuerzos revisionistas para revindicar la verdad de quien fue Gerardo Reichel-Dolmatoff en Colombia y no aquel Erasmus Gerhard Reichel de la Alemania de los años treinta. De una parte la evidencia archivística obliga a transgredir la memoria oficial, pero de otra permite entender cómo el dato es sujeto a inhibiciones, filtros y marcos interpretativos por parte de aquellos que buscan dar sentido a un hecho histórico (Rouso, 1987).

Al introducir la afiliación al nazismo de Reichel-Dolmatoff, en tanto fue un aspecto invisible en su historia de vida hasta el momento, debemos dar cuenta de que produce una ruptura en la representación de su persona, y establece una tensión entre los recuerdos y los hechos que provocan la discontinuidad de la memoria sobre esa persona. De hecho, el análisis del nazismo y fascismo en Latinoamérica ha sido un ejercicio di-

<sup>2</sup> Publicada en 2007 y titulada originalmente en alemán *Beim Häuten der Zwiebel*. Traducida al español con el título de *Pelando la cebolla*.

<sup>3</sup> Cf. Ciesinger, 2006 y Ayén, 2015.

fícil debido a que enturbia la historia y la memoria de la región. Se podría esbozar que a pesar de las evidencias que existen con relación al nazismo en Latinoamérica persiste un gran tabú sobre el tema, haciendo referencia a la expresión de Anton Pelinka (1988) sobre Austria y lo que él denomina como el “Gran Tabú Austriaco” (*Great Austrian Taboo*). El tema del nazismo en Latinoamérica está rodeado de imaginarios y luchas por establecer la verdad. Sin embargo, es claro que presidentes de la región como Perón, Stroessner y Vargas nutrieron contextos de acogimiento al nazismo, razón por la cual fugitivos del Tercer Reich llegaron al continente de múltiples maneras, escondidos y camuflados como refugiados de la guerra o científicos, como en el caso de la operación *Paperclip*. Uki Goñi (2002) narra la simpatía de Perón hacia la ideología nazi, y luego muestra la organización que se construyó con la ayuda de gobiernos como el Suizo y de la iglesia católica, que con papeles, pasaportes y documentos permitieron la llegada de refugiados del nazismo hasta Latinoamérica y la Argentina. En una entrevista<sup>4</sup> Goñi plantea que

la cantidad de nazis que llegaron depende de la definición que se haga de nazi. Si se realiza una definición muy estricta de nazi, en el sentido de personas acusadas de crímenes en cortes europeas, estamos hablando de alrededor de 250 criminales, entre alemanes, austriacos, franceses, belgas, croatas, etc. Ahora, tomando una definición más amplia, que abarque a todos los miembros de la SS y del Partido Nazi que llegaron a la Argentina, probablemente estemos hablando de miles de personas.

Sobre esta base, el problema sobre el nazismo de Reichel-Dolmatoff implica reflexionar sobre múltiples campos. Al observar el video de la presentación en el 54° congreso de Americanistas en Viena de 2012, es claro cómo la racionalidad académica se mezcla con la emocionalidad del expositor. El profesor Augusto Oyuela Caycedo en su ponencia “Gerardo Reichel-Dolmatoff: su pasado, legado y problemas” mostró las evidencias que ya otros académicos de universidades alemanas tenían. En la presentación de cartas, fotos y otros documentos se mezclaron las emociones del profesor Oyuela Caycedo, dejando entrever lo difícil que fue y sería aceptar la ruptura en la historia y en la memoria del profesor Reichel-Dolmatoff. Lo presentado en el congreso de americanistas detonó un proceso de discusiones que sobrepasaron ampliamente el debate académico, dado que lo expuesto y las evidencias comenzaron a ser parte de una tea-

<sup>4</sup> Kummetz, 2007.

tralización de la sospecha de la verdad. Este hecho se ve reflejado en el texto de la investigadora María Victoria Uribe (2012), quien advierte los errores posibles de la narración del profesor Oyuela, y se centra en el rol de Reichel-Dolmatoff en la organización Francia libre, en su vida académica colombiana, en sus viajes académicos y en sus relaciones sociales en Colombia.

Entre muchas de las personas que conocieron a Reichel-Dolmatoff circulaban preguntas como ¿es verdad lo que se planteó en el congreso de americanistas?, o ¿cómo puede ser posible eso que se dice de él? Ambas preguntas giraban alrededor de la verdad y de la sospecha de lo que se dijo. Es en esa duda que se mostró el desencuentro entre una historia construida sobre una persona con una identidad social e individual anclada en el contexto social y cultural bogotano y colombiano, con aquella planteada por una historia contada desde la afiliación a un momento político e ideológico de la Alemania de los años treinta. En esos debates, que se expresan en el título del artículo “La pureza de Erasmus Gerardo Reichel Domatoff” (Ospina, 2012), las narrativas hacían referencia a los vacíos de información, las contradicciones aparentes en la evidencia y en los errores del trabajo investigativo. En todos esos aspectos siempre estuvo presente la división temporal y geográfica sobre la persona de Reichel-Dolmatoff, con el fin de legitimar o invalidar lo acontecido. En otras palabras, el pasado nazi de la persona podía ser relativizado sobre la base de una trayectoria de vida en el presente colombiano, y por las relaciones de cercanía emocional o intelectual con él dentro del contexto social del país.

Frases frecuentemente expresadas en los círculos académicos y sociales expresan la incredulidad o banalización de la historia. Así circularon expresiones expresiones como “ese Reichel no es el Reichel que yo conocí”, “¡yo sólo puedo hablar del Reichel que conocí y es el que conocí en Colombia!”, “el Reichel del que habla Oyuela no es el Reichel de Colombia”, “vaya usted a saber si eso es cierto”, “a nosotros qué nos que importa lo que haya hecho allá, lo debemos tener en cuenta es lo que hizo aquí”, “era un tipo brillante”, “él trabajó mucho por nosotros y por nuestros indios, es injusto que lo difamen de esa manera”. Las narraciones orales son en sí archivos que cuentan una historia construida sobre la base de la experiencia, y es precisamente esa experiencia la que le otorga al individuo el estatus de testigo legítimo, un testigo que puede hablar, contar y explicar qué pasó, quién fue y quién es de manera coherente, dando sen-

tido a los eventos y trayectorias de vida. Las narraciones del testigo ilustran, enriquecen, seleccionan, matizan y completan las historias que dan sentido a un conjunto social llamado “memoria” (Joutard, 1986). Así, en las frases de los testigos de la vida y obra de Reichel-Dolmatoff se anuncian lógicas explicativas sobre un trabajo intelectual y sentimientos de admiración y solidaridad.

### **A manera de conclusión**

La discusión sobre la verdad alrededor del pasado nazi de Gerardo Reichel-Dolmatoff implica una respuesta binaria: sí o no. En ambas respuestas, la memoria se diluye en debates sobre el pasado y el presente de la persona, sobre los eventos que la rodearon y sobre los silencios en su trayectoria de vida. Para Claudio Lomnitz (2012) el caso Reichel-Dolmatoff evoca el problema de la vinculación fascista de Mircea Eliade, y en ambos casos sus expresiones académicas responden, quizás, a formas de reciclaje intelectual y existencial, pero finalmente responden a la ideología dominante en la Alemania de los años treinta.

No sabemos si el nazi botas-negras Erasmus Gerard Reichel haya renacido como el gentil y bien amado profesor Gerardo Reichel-Dolmatoff, gracias a sus baños curativos en la pureza primordial de los mitos de los Tucano. Parece probable que haya sido así.

Es necesario pensar en las evidencias y en los silencios sobre el pasado para entender qué significa el hacer público un hecho tan fundamental en la vida de una persona pública, qué nos dice el silencio explícito en su historia de vida y qué nos dicen las voces que se alzaron en contra de la evidencia de la participación en el partido nazi, que finalmente reconstruye la memoria sobre Reichel-Dolmatoff. Un primer elemento está basado en la reflexión que hace Hannah Arendt (2000: 16) sobre las afiliaciones al nazismo y sobre la manera como se integraron los partidarios del nazismo en la sociedad de posguerra:

Una cosa es sacar a los criminales y asesinos de sus madrigueras, y otra descubrirlos ocupando destacados lugares públicos, es decir, hallar en puestos de la administración, federal y estatal, y, en general, en cargos públicos, a infinidad de ciudadanos que habían hecho brillantes carreras bajo el régimen de Hitler.

Usualmente, al pensar en el nazismo la representación asociada es la de los criminales de guerra. Personas que presentaban desórdenes mentales

y sociales que les permitieron hacer lo que hicieron durante la segunda guerra mundial. “El nazi” es representado de esa manera como un monstruo, a través de un cliché simplificador de la realidad de vida de esas personas. En su texto sobre Eichmann en Jerusalén Arendt muestra quién fue Adolf Eichmann, y cómo su vida estuvo marcada por una normalidad; muestra, en pocas palabras, que era una persona del común que hizo su trabajo, obedeció órdenes y siguió la ley. Sin embargo es imposible negar su vínculo con el nazismo y lo que representó dentro del régimen nazi. La controversia sobre la historia nazi de Reichel-Dolmatoff sirve como artefacto ideológico para banalizar las evidencias documentales y ejerce un poder de blanqueamiento moral de lo que pudo haber hecho y en lo que pudo haber participado. La desnazificación de la memoria de Reichel-Dolmatoff, se puede igualmente entender como una expresión de los principios de solidaridad de grupo y comensalidad (Guglielmucci y Álvarez, 2006), tal como lo enuncia María Victoria Uribe (2012) en su ya mencionado texto publicado en el portal *Razón Pública*:

Tampoco es fácil de creer que Reichel-Dolmatoff, quien llegó al país en 1939, se hubiera insertado sin despertar sospechas en la colonia de ciudadanos austro-húngaros radicados en Colombia, entre quienes se contaban y se cuentan intelectuales notables, o cómo pudo convivir con familias tan respetables como los Ungar, los Uprimny, los Cahnspeyer y otras más que lo frecuentaron a lo largo de sus 55 años en Colombia.

Finalmente, el asunto Reichel-Dolmatoff nos remite a reflexionar sobre las bases del negacionismo en un país marcado por el conflicto armado, en donde la memoria sobre la violencia es constantemente reescrita y negociada, en donde se banaliza las masacres, los asesinatos, la impunidad y, en último lugar, donde hechos tan dramáticos como el Holocausto perpetrado durante la segunda guerra mundial es relativizado por diferentes sectores de la sociedad y particularmente el mundo académico. Entonces queda por reflexionar cuándo la historia es pertinente para construir memoria o cuándo es simplemente un constructo funcional dependiente de intereses políticos y sociales. Por esto, y parafraseando a Nancy Harrowitz (1994), cabe preguntarse si la grandeza intelectual del Reichel-Dolmatoff como es planteada por sus defensores, discípulos y algunos investigadores puede ser mancillada a partir de su pasado en Alemania. En otras palabras, podríamos decir que la crítica al trabajo de Reichel-Dolmatoff se ubica en esas “zonas grises” de las cuales habla Pri-

mo Levi. Dentro de esa misma lógica se plantean los cuestionamientos al trabajo de Martin Heidegger cuando siendo oficial nazi fue rector de la Universidad de Freiburg im Breisgau, o al trabajo de Marcelo Bormida en la Argentina, cuya obra muestra una tendencia racial y racista. Esas zonas grises marcan unos lugares ambiguos que no permiten la confrontación y el debate sobre el trabajo intelectual y el conocimiento que surge de éste. Indudablemente, los tiempos y las ideologías marcan la producción intelectual, pero al plantear una división tajante entre el individuo intelectual y la persona en sociedad, quizás enmascaramos un problema ético frente a lo que significa la producción de conocimiento y frente a aquellos que la ejercen.

### **Bibliografía**

- Arendt, Hannah. 2000. *Eichmann en Jerusalén. Un estudio sobre la banalidad del mal*. Barcelona: Lumen.
- Goñi, Uki. 2002. *La auténtica Odessa: la fuga nazi a la Argentina de Perón*. Barcelona: Paidós.
- Guglielmucci, Ana y Álvarez, Santiago. 2006. “Los rituales de la impunidad en Argentina: comensalidad y complicidad”, en Brites, Jurema y Fonseca, Claudia (orgs.): *Etnografías da Participação*. Santa Cruz do Sul: EDUNISC, 2006.
- Harrowitz, Nancy. 1994. *Tainted Greatness: Antisemitism and Cultural Heroes*. Philadelphia: Temple University Press.
- Joutard, Philippe. 1986. *Esas voces que nos llegan del pasado*. México: Fondo de cultura económica.
- Pelinka, Anton. 1988. “The Great Austrian Taboo: The Repression of the Civil War”, en *New German Critique*. Número especial sobre Austria (43): 69-82.
- Rouso, Henri. 1987. *Le syndrome de Vichy de 1944 à nos jours*. París: Editions du Seuil.
- Stangneth, Bettina. 2014. *Eichmann Before Jerusalem: The Unexamined Life of a Mass Murderer*. Nueva York: Knopf.

### *Fuentes documentales*

- Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales. S.f. “Silla15 Gerardo Reichel-Dolmatoff”. Disponible en [http://www.accefyn.org.co/sp/academicos/Silla\\_15\\_Gerardo\\_Reichel\\_Dolmatoff.htm](http://www.accefyn.org.co/sp/academicos/Silla_15_Gerardo_Reichel_Dolmatoff.htm). Consultado el 25 de mayo de 2015.

- Ardila, Gerardo. 1997. *Gerardo Reichel-Dolmatoff: antropólogo de Colombia*. Bogotá: Banco de la República y Universidad Nacional de Colombia.
- Ayén, Xavi. 2015. “No quiero que nadie me excuse: fui de la S.S. Nazi: Günter Grass”, en *Las 2 Orillas*, 13 de abril. Disponible en [www.las2orillas.co/no-quiero-nadie-excuse-fui-de-la-s-s-nazi-gunter-grass](http://www.las2orillas.co/no-quiero-nadie-excuse-fui-de-la-s-s-nazi-gunter-grass). Consultado el 25 de mayo de 2015.
- Ciesinger, Ruth. 2006. “Novelist Admits he was a Nazi / Gunter Grass says he joined Hitler’s Waffen SS at 17”, en *SFGate*, 12 de agosto. Disponible en [www.sfgate.com/news/article/Novelist-admits-he-was-a-Nazi-Gunter-Grass-says-2514283.php](http://www.sfgate.com/news/article/Novelist-admits-he-was-a-Nazi-Gunter-Grass-says-2514283.php). Consultado el 25 de mayo de 2015.
- Dussán de Reichel, Alicia. S.f. *Reichel-Dolmatoff, Gerardo*. Disponible en <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/biografias/reicgera.htm>. Consultado el 23 de mayo de 2015.
- Kummetz, Pablo. 2007. “Perón y los nazis: una fraternal relación” en *Deutsche Welle*, 15 de mayo. Disponible en [www.dw.de/perón-y-los-nazis-una-fraternal-relación/a-2541762](http://www.dw.de/perón-y-los-nazis-una-fraternal-relación/a-2541762). Consultado el 25 de mayo de 2015.
- Kraul, Chris. 2012. “An anthropologist’s past steps out of the shadows”, en *Los Angeles Times*, 13 de noviembre. Disponible en <http://articles.latimes.com/2012/nov/13/world/la-fg-colombia-nazi-20121114>. Consultado el 25 de mayo de 2015.
- Lomnitz, Claudio. “Expediente Reichel-Dolmatoff”, en *La Jornada*, 22 de agosto. Disponible en [www.jornada.unam.mx/2012/08/22/opinion/017a2pol](http://www.jornada.unam.mx/2012/08/22/opinion/017a2pol). Consultado el 25 de mayo de 2015.
- Ospina, Lucas. 2012. “La pureza de Erasmus Gerardo Reichel-Dolmatoff”, en *La silla vacía*, 30 de agosto. Disponible en <http://lasillavacia.com/elblogueo/lospina/35777/la-pureza-de-erasmus-gerardo-reichel-dolmatoff>. Consultado el 25 de mayo de 2015.
- Parry, Marc. 2014. “Saskia Sassen’s Missing Chapter”, en *The Chronicle of Higher Education*, 15 de diciembre. Disponible en <http://m.chronicle.com/article/Saskia-Sassens-Missing/150337>. Consultado el 25 de mayo de 2015.
- Sevilla, Elías. 2012. *El debate sobre Reichel-Dolmatoff: más allá del mito*. Disponible en [www.razonpublica.com/index.php/econom%C3%ADa-y-sociedad/3181-el-debate-sobre-reichel-dolmatoff-mas-alla-del-mito.html](http://www.razonpublica.com/index.php/econom%C3%ADa-y-sociedad/3181-el-debate-sobre-reichel-dolmatoff-mas-alla-del-mito.html). Consultado el 25 de mayo de 2015.
- Uribe, María Victoria. 2012. “Lo que va de Erasmus Reichel a Gerardo Reichel Dolmatoff”, en *Esfera pública*, 7 de septiembre. Disponible en <http://esferapublica.org/nfblog/?p=44179>. Consultado el 25 de mayo de 2015.

---

**10 “Aquí estamos protagonizando todos algo que es casi una travesura histórica: los vencedores son acusados por los vencidos.”**  
**Movimientos inciviles y luchas por la memoria en la Argentina y Colombia**  
*Sigifredo Leal Guerrero\**

El 4 de octubre de 1985 el almirante Emilio Massera leyó en Buenos Aires su alegato ante el tribunal que los juzgaba a él y otros oficiales que gobernaron a los argentinos entre el 24 de marzo de 1976 y el 10 de diciembre de 1983. El discurso, del cual proviene la afirmación que titula en parte este trabajo, pronto se hizo clásico entre simpatizantes y detractores por igual, y expresó una síntesis de dos narrativas de contenido apocalíptico. Por un lado la versión de la situación política previa al golpe de Estado con la cual civiles y militares han justificado desde 1976 la dictadura bautizada como “Proceso de reorganización nacional”. Por otro, su propia lectura de la nueva realidad instalada a finales de 1983 con el restablecimiento de la democracia que condujo a los juicios contra él y otros ex-agentes de las fuerzas del Estado por violaciones de derechos humanos cometidas durante la dictadura. Massera señaló que durante “el Proceso” los militares, apoyados e incitados por sectores civiles, derrotaron por las armas a los grupos terroristas y salvaron a la Argentina de precipitarse en el desbarrancadero de una dictadura comunista. Denunció que esa victoria militar sobre los enemigos de la Nación –de la que reconoció que pudo haber incluido excesos, “desbordes excepcionales” de parte de las fuerzas legales– no constituyó su derrota definitiva sino que dio lugar

\* El trabajo de campo de la investigación doctoral que enmarca este artículo ha sido posible gracias al apoyo del colegio de doctorantes de la Facultad de Filosofía y Ciencias Históricas de la Universidad de Frankfurt, la Fundación Rosa-Luxemburg y el Ministerio Federal de Formación e Investigación de Alemania. El autor agradece a Valentina Salvi, del Núcleo de Memoria del Instituto de Desarrollo Económico y Social de la Argentina, por sus enriquecedoras críticas, comentarios y correcciones a la galera de este artículo.



a un cambio de táctica en el que los terroristas sustituyeron la lucha armada por la guerra psicológica, y triunfaron. El resultado: los vencedores de la guerra contra el terrorismo fueron llevados a los tribunales por los vencidos, y acusados en una parodia de juicio en la que los terroristas del pasado fungieron como los acusadores del presente. Al tiempo que denunció la ilegitimidad del juicio, le enrostró a los jueces la deuda de gratitud que tenían con las fuerzas armadas por ellos juzgadas, pues si éstas no hubieran salvado el sistema democrático “los altos jueces de esta Cámara habrían sido substituidos [sic] por turbulentos tribunales del pueblo” (Massera, 1985).

Tanto la defensa legal de Massera y sus compañeros de armas durante los juicios iniciados en abril de 1985, como la diatriba final del almirante contra sus acusadores y los numerosos testigos que entonces como ahora daban cuenta de los crímenes de la dictadura en los tribunales, los medios de comunicación y las calles, mostraron desde inicios de 1985 un rasgo que se mantendría hasta el presente, y que comparten procesos similares ocurridos en otros países. Los juicios contra agentes del Estado por violaciones de derechos humanos, que en la Argentina de 1985 fueron grabados en video, parcialmente televisados y ampliamente cubiertos por los medios de comunicación (Feld, 2002), no eran solamente espacios de litigio legal sobre la culpabilidad o inocencia de los imputados. Además de ser ámbitos de definición de verdades jurídicas y judiciales, los juicios de esa época en la Argentina, como los que han tenido lugar posteriormente en ese país o en otros en relación con los mismos crímenes o con otros similares perpetrados por agentes estatales a lo largo y ancho de Latinoamérica, fueron y siguen siendo escenarios de lucha por la definición de interpretaciones hegemónicas sobre la violencia política y la historia reciente (Feld, 2002; Agüero y Hershberg, 2005; Kaiser, 2015).

En mayo de 2011, veinticinco años y medio después de que Massera leyera su alegato en Buenos Aires, el coronel colombiano Alfonso Plazas Vega publicó en Bogotá un libro en el que, con lógica y elocuencia similares, insistió en lo que ha dicho antes y después en tribunales, libros y entrevistas con motivo de varios procesos en los que él y otros militares han sido imputados por violaciones de derechos humanos en Colombia. Denunció ser víctima de una doble venganza. Por un lado la de la subversión derrotada por sus tropas en noviembre de 1985, cuando éstas le impidieron al “grupo terrorista” M-19 la instauración de un régimen

totalitario con el patrocinio del narcotraficante Pablo Escobar. Por otro, la de los narcotraficantes en general, perjudicados por la política implementada por él casi veinte años después cuando fungió como jefe de la Dirección Nacional de Estupefacientes, un cargo al que se vio obligado a renunciar en medio de numerosos escándalos de corrupción (El Tiempo, 2004). Señaló que tras la derrota militar sufrida a manos de las tropas que él y otros oficiales comandaban, los subversivos implementaron un cambio de táctica consistente en deponer las armas e infiltrar el sistema democrático, en especial el poder judicial, para tomar venganza contra los comandantes de las tropas victoriosas de 1985, y doblegar a las fuerzas armadas en general (Plazas, 2011a: 382-283). El propósito de ese cambio de táctica, según aclaró en marzo del mismo año en una entrevista radial, es lograr desde la legalidad lo que no lograron por las armas: sustituir el sistema democrático por uno totalitario de corte comunista (2011b). A diferencia de Massera, Plazas no ha cuestionado la legitimidad del poder que lo juzga sino la de los agentes encargados de su caso, al afirmar que “si bien hay funcionarios judiciales corruptos, no son la mayoría” (2011b). Esa moderación de su juicio con respecto al sistema judicial, que suele estar acompañada de la manifestación de sus esperanzas de que en algún momento “se haga justicia” y se reconozca su condición de víctima e inocente, probablemente se relaciona con el hecho de que hasta la fecha de publicación de este trabajo la condena en su contra a 35 años de cárcel por la desaparición de sobrevivientes de la toma y retoma del Palacio de Justicia en 1985 todavía se encuentra bajo revisión en tercera instancia.

El 9 de diciembre de 1985 el almirante Massera, comandante de la Armada durante la última dictadura, fue condenado a prisión perpetua por la Cámara Federal Argentina por los delitos de homicidio agravado, privación ilegal de la libertad calificada por violencia y amenazas, aplicación de tormentos y robo (Poder Judicial de la Nación, 1985). En el mismo fallo fue absuelto de los delitos de secuestro extorsivo, reducción a la servidumbre, sustracción de menor y tormentos seguidos de muerte, entre otros. Pero pruebas documentales y testimonios de ex-detenido-desaparecidos y militares que pasaron por la Escuela Superior de Mecánica de la Armada (ESMA) han inscrito a Massera en la historia y la memoria colectiva de amplios sectores de la sociedad como el comandante de uno de los más sofisticados centros en los que entre 1976 y 1983 se planearon y/o realizaron numerosos secuestros, torturas, asesinatos, actos de des-

pojo de hijos recién nacidos de desaparecidos, reacondicionamiento de detenidos-desaparecidos, explotación de mano de obra esclava, y acopio y distribución de bienes robados a militantes de izquierda sometidos a desaparición forzada (cf. CONADEP, 1984 y Robben, 2005).

En 1990, en un clima de tensión instalado por cuatro levantamientos militares en contra de los juicios de los que eran objeto oficiales y suboficiales por crímenes cometidos durante la dictadura, Massera fue beneficiado junto con otros militares y guerrilleros por el segundo de dos indultos promulgados por el presidente Carlos Menem, que pusieron fin a los procesos y le concedieron la libertad a los condenados (Feld, 2002: 79-80). Esos indultos quedarían inscritos de dos maneras en distintas comunidades de memoria de la sociedad argentina.<sup>1</sup> Para los sobrevivientes del terrorismo de Estado, los familiares de los desaparecidos y asesinados, y muchos otros vinculados al movimiento de derechos humanos y sus reivindicaciones, se trató de una amarga derrota que garantizó durante largo tiempo la impunidad, y que fue sellada por Carlos Menem bajo la presión impuesta por los continuos levantamientos militares (Feld, 2002: 79-80; Robben, 2005: 337-338). Para los procesados y sus partidarios quedaron inscritos como un paso hacia la concordia (Solana, 2014), quizá coherente con la promesa electoral de Menem de buscar la “pacificación” y “reconciliación nacional” (Feld, 2002: 79).

Pero a pesar de los indultos la lucha judicial de diversas organizaciones de derechos humanos y los testimonios de sobrevivientes de la ESMA contribuyeron a la posterior imputación de Massera en 1998, como partícipe necesario del tráfico de hijos de desaparecidos apropiados ilegalmente por militares o sus simpatizantes. Posteriormente el almirante tuvo que volver a cumplir su condena a prisión perpetua, cuando los indultos fueron levantados por el parlamento bajo la primera presidencia de Néstor Kirchner en 2003, una medida definida por los afectados y sus simpatizantes como un paso atrás en la reconciliación nacional que ex-

<sup>1</sup> Burke critica la escasa atención prestada por Halbwachs al papel del disenso en la construcción de memorias colectivas, y plantea que “dada la multiplicidad de identidades sociales y la coexistencia de memorias rivales, alternativas (familiares, locales, de clase, y así sucesivamente), con seguridad es más fructífero pensar en términos pluralistas acerca de los usos que tienen las memorias para distintos grupos sociales, los cuales bien pueden tener distintas ideas acerca de lo que es significativo o ‘digno de memoria’. [...] Sería útil pensar en términos de distintas ‘comunidades de memoria’ al interior de una sociedad dada. Es importante formular la pregunta de ¿quién quiere que quién recuerde qué, y por qué? ¿Qué versión del pasado es registrada y preservada?” (2011: 191, mi traducción).

presa la revancha de los guerrilleros derrotados por las armas en el pasado y devenidos gobernantes tras el fin de la dictadura.<sup>2</sup> Massera, como muchos de sus compañeros de armas, enfrentó estoico las nuevas imputaciones antes y después de su segunda reclusión: recusó jueces, se negó a declarar, denunció la parcialidad de testigos por su militancia de izquierda y resistió hasta que su proceso fue suspendido definitivamente en 2009 debido al deterioro cognitivo que sufría a los 83 años de edad (La Nación, 1998, 2009).

En noviembre de 2010, más de 25 años después de leer su histórico alegato ante la Cámara Federal, y mientras una editorial argentina y una colombiana preparaban conjuntamente la publicación de uno de los varios libros con los que el coronel colombiano Alfonso Plazas Vega se ha defendido públicamente (Plazas 2011a), el almirante Emilio Massera falleció en el Hospital Naval de Buenos Aires. Al igual que sucedería tres años después con Jorge Rafael Videla, compañero y rival suyo en el ejercicio dictatorial del poder,<sup>3</sup> familiares y amigos de Massera lo enterraron discretamente, casi en secreto, en un cementerio privado de una localidad periférica a fin de evitar manifestaciones de sus detractores en el funeral (De Vedia, 2010).<sup>4</sup> El libro de Plazas Vega salió a la venta seis meses

<sup>2</sup> El 14 de octubre de 2011 el capitán de fragata Alfredo Astiz afirmó ante el tribunal federal que lo juzgaba por crímenes cometidos en la ESMA, que “[t]odos estos procesos y conductas de la Nueva Corte y sus miembros han generando un retroceso en el camino de superar los daños que el terrorismo causó [sic] a nuestra Patria así como en el camino de lograr la concordia anhelada por la mayoría del pueblo argentino. Va a ser funesto que los fallos judiciales reabran antiguas heridas y se reinstale una atmósfera de tensiones y odios en el seno de la sociedad” (Astiz, 2011).

<sup>3</sup> La rivalidad entre Videla y Massera al interior de la Junta Militar ha sido considerada por Basconi (2012), Mafroni (2012) y Reato (2012), entre otros. Reato presenta apartes de una serie de entrevistas sostenidas por él con Videla en 2011 durante su reclusión en la prisión federal de Campo Mayo, en las que éste se refirió a las contradicciones que atravesaban la Junta Militar y a su rivalidad con Massera, un conflicto negado vehementemente por el almirante en el ya citado alegato de 1985. El análisis de las contradicciones y luchas de poder que tienen lugar al interior de las organizaciones involucradas en la perpetración sistemática de violaciones de derechos humanos es una tarea pendiente de las ciencias sociales, al menos para el caso latinoamericano. Éste contribuiría a complejizar nuestra comprensión sobre un área de la sociedad que solemos pensar (quizá para bien de la defensa del “honor institucional” ejercida por sus integrantes) como si estuviera dotada de plena coherencia y armonía internas, a salvo de disputas por el poder y el estatus que sustentan odios, componendas y vendettas.

<sup>4</sup> Videla falleció de muerte natural en prisión a los 87 años, el 17 de mayo de 2013. La noticia dio lugar a que militantes de izquierda y pobladores en general se manifestaran en Mercedes (Provincia de Buenos Aires), su pueblo natal, rechazando la posibilidad de que fuera enterrado en su mausoleo familiar en el cementerio local. En respuesta la familia

después, y en él su autor le dedicó un capítulo a la situación de los militares en otros países del continente. Denunció, entre otras cosas, la instalación de un centro de memoria en el complejo donde funcionaron durante la dictadura la ESMA y el centro clandestino de detención, tortura, desaparición forzada, rapto de bebés, esclavización y reacondicionamiento conocido con el mismo nombre, al que él se refirió a secas como una institución “donde estudian cuatro mil personas” (2011a: 356).

Casi un año antes de la publicación de esa obra, el 9 de junio de 2010, mientras 18 subordinados de Massera enfrentaban en los tribunales de la calle Comodoro Py de Buenos Aires uno de los juicios que integran la denominada “Megacausa ESMA” por el secuestro, tortura y homicidio de 86 personas –entre ellas tres fundadoras de las Madres de Plaza de Mayo, el escritor Rodolfo Walsh y las religiosas francesas Alice Domon y Leonie Duquet (Página12, 2011)–, el coronel Alfonso Plazas, excomandante de la Escuela de Caballería del Ejército de Colombia, fue condenado por el Juzgado Tercero Penal del Circuito Especializado de Bogotá a 30 años de cárcel como autor mediato de la desaparición forzada de 11 personas (JTPCEB, 2010: 286, 195). Los desaparecidos eran sobrevivientes de la toma del Palacio de Justicia de la nación por un comando de la organización político-militar M-19 y su retoma por tropas del Estado codirigidas por Plazas, dos operaciones de signo contrario desplegadas entre el 6 y 7 de noviembre de 1985 que dejaron cerca de 100 muertos, en su mayoría civiles. En la sentencia la jueza María Estela Jara reseñó los indicios aportados por investigaciones desarrolladas entre 1985 y 2010, y consideró como pruebas videos de prensa, grabaciones radiofónicas de comunicaciones militares, pericias forenses, así como testimonios de militares en retiro, sobrevivientes, ex detenidos-desaparecidos, testigos presenciales y familiares de los desaparecidos, entre otros elementos.<sup>5</sup>

lo enterró en una fecha y lugar mantenidos en secreto, y se limitó a publicar un aviso en el diario *La Nación* agradeciendo las condolencias recibidas y pidiendo “una oración por la pacificación de los espíritus que [...] permita la concordia entre los argentinos” (El Nuevo Herald, 2013). Esos eventos, así como el estricto control ejercido por el Estado colombiano sobre los lugares de enterramiento de cadáveres de guerrilleros confiscados por las fuerzas militares, posibilitan pensar en el contexto latinoamericano lo que Katherine Verdery (1999) ha denominado “las vidas políticas de los cuerpos muertos”.

<sup>5</sup> Considerando el mismo material probatorio, ampliado por otras diligencias, otro juez condenó a 35 años de prisión al general Jesús Armando Arias Cabrales, comandante general del mismo operativo, como autor responsable de la desaparición forzada agravada de los mismos 11 sobrevivientes (Juzgado 51 penal del circuito de Bogotá 2011: 266).

La condena y su posterior ratificación en segunda instancia por el Tribunal Superior de Distrito Judicial de Bogotá (TSDJB, 2012) no solamente provocaron el repudio de los altos mandos militares colombianos, los presidentes de turno (Álvaro Uribe en 2010 y Juan Manuel Santos en 2012) y los partidarios civiles de las fuerzas militares. También hicieron arresar la campaña de denuncias de Plazas Vega y su entorno, quienes insistieron en los argumentos con los que han participado de la discusión abierta por su imputación en 2005, y que el coronel ha ido desarrollando hasta contextualizar su situación como la expresión local de una operación subversiva continental destinada a cobrar venganza contra quienes salvaron a Latinoamérica de la amenaza comunista en la segunda mitad del siglo XX.<sup>6</sup> Según su propio análisis, él hace parte de un nutrido grupo de héroes hoy victimizados, integrado también por los militares chilenos comandados por Augusto Pinochet, los argentinos del llamado “proceso de reorganización nacional”, y muchos más de otros países (Plazas, 2011a: 341-368).

Esa caracterización cargada de tintes trágicos, cuyo correlato argentino he definido anteriormente como expresión una lectura apocalíptica del pasado y el presente, le permite a Plazas, sus partidarios y sus pares de otros países, realizar varias operaciones. Primero, insertar el juzgamiento de agentes del Estado por violaciones de derechos humanos en su propia versión de la historia moderna de un mundo entendido como el campo de la batalla permanente entre los defensores de las sociedades occidentales y cristianas y los miembros omnipresentes de una conspiración internacional destinada a destruirla (Unoamérica, 2009a, 2009b; Plazas, 2011a, FBAJCL, 2014). Segundo, construir dentro de esa versión de la historia narrativas acerca de los procesos de lucha política violenta de los cuales esos agentes hoy juzgados como perpetradores fueron protagonistas, ubicándolos al mismo tiempo en el podio de los vencedores de una guerra justa pasada y en el banquillo de las víctimas de una venganza criminal presente. En ese marco dichos agentes son representados como héroes caídos en desgracia y reducidos a la condición de prisioneros políticos (Marchesi, 2005; Leal y Gómez, 2013; Salvi, 2015). Tercero, convocar a la unidad de acción local e internacional para la lucha por la legítima-

<sup>6</sup> No es mi objetivo analizar en este trabajo la evolución de los argumentos con los cuales Plazas y sus partidarios han enfrentado su imputación y condena, pero merece señalarse que las fuentes muestran que éste comenzó a referirse a la “venganza continental” en la primera mitad de 2011. El dato resulta de utilidad para un análisis de la historia de los procesos de organización internacional de los que acá me ocupo en parte.

ción de esas narrativas y la defensa jurídica<sup>7</sup> y moral de los llamados “prisioneros políticos” (Unoamérica, 2009b, FBAJCL, 2014), nucleando a activistas y organizaciones que ocupan distintos puntos en el espectro político de la derecha latinoamericana.

### **Movimientos inciviles, apocalipcismo histórico y luchas transnacionales por la memoria desde la derecha en América latina**

Parte importante de los agentes organizados alrededor de las iniciativas de solidaridad y defensa con los militares procesados comparte la caracterización de que tanto la lucha de las organizaciones de derechos humanos por la verdad, la justicia y la reparación de los crímenes de Estado, como los procesos de liberalización de las costumbres y la legislación, buscan la destrucción de las sociedades occidentales y su sustitución por dictaduras comunistas (Puentes, 2010; Plazas, 2011a; FBAJCL, 2014; Solanet, 2014). En ese marco los grupos que conforman persiguen objetivos de contenido antidemocrático y excluyente, combinando para ello formas de lucha abiertas y encubiertas, y recurriendo a la violencia física o simbólica contra grupos y agentes que consideran enemigos. Tomando en consideración esas características se puede reconocer en ellos, entonces, expresiones de lo que Payne (2000: 1-9) denomina “movimientos inciviles”.<sup>8</sup> Sin embargo, si bien la definición propuesta por Payne resulta útil, es importante tomar distancia de su mirada demasiado restringida sobre el uso de la violencia, que ella limita a sus dimensiones físicas –“secuestro, asesinato, destrucción de propiedad” (2009: 3)– y a su condición

<sup>7</sup> Por ejemplo mediante la conformación de equipos de abogados y lobistas que intervienen ante instancias de las tres ramas de los poderes públicos de cada país y la Corte Interamericana de Justicia.

En Colombia, donde los crímenes de Estado son aún una práctica sistemática y extendida, la lucha jurídica no se limita a la defensa de los agentes enjuiciados, sino que se extiende a la conservación de las condiciones legales que históricamente han garantizado la impunidad. En ese marco juegan un papel fundamental la preservación del fuero militar y la tipificación de las violaciones de derechos humanos perpetradas por agentes del Estado como “faltas cometidas en servicio”, pues permiten el juzgamiento de esos crímenes por la justicia penal militar e imposibilitan la lucha de las víctimas por alcanzar verdad y justicia.

<sup>8</sup> Una revisión sucinta de la discusión sobre el contenido de las categorías de “movimiento incivil” y “sociedad incivil” puede ser consultada en el prefacio de la obra editada por Kopecký y Mudde (2003), cuyos autores abordan el tema en relación con la Europa post-comunista.

de “estrategia deliberada para eliminar, intimidar y silenciar adversarios políticos” (2009: 1, mi traducción en ambos casos). Dicho de otro modo, necesitamos una mirada más amplia sobre los usos de la violencia que hacen los miembros de esos movimientos para analizar tanto los aspectos prácticos como los simbólicos de su actividad. En consecuencia propongo mantener la definición de Payne, pero ampliarla incorporando al análisis la violencia simbólica en tanto recurso para construir representaciones del enemigo e identidades colectivas, así como para disputar audiencias y movilizar militantes y simpatizantes.

Sería incorrecto, sin embargo, reducir el todo a la parte y asumir que los agentes o ex-agentes estatales juzgados por violaciones de derechos humanos y sus partidarios monopolizan el campo de los movimientos inciviles en Latinoamérica. Por el contrario se los debe poner en contexto como parte de ese campo en sentido amplio, a fin de relevar tanto los elementos que propician la lucha mancomunada con grupos afines en relación con el juzgamiento de violaciones de derechos humanos u otros temas, así como los aspectos que provocan distanciamientos, rupturas o confrontaciones. Antes de volver al análisis específico de las luchas por la memoria que acá me ocupan daré, entonces, un “rodeo” para esbozar ese contexto general, con sus continuidades y discontinuidades. Así pretendo mostrar el sustento empírico de mi convicción de que si pretendemos analizar los movimientos inciviles necesitamos relevarlos como fenómenos complejos, evitando la tentación de elaborar representaciones simplistas como aquellas que desde el sentido común pone al alcance de la mano la noción ciertamente útil pero difusa de “derecha”.

Líneas atrás he dicho que los sujetos de los que acá me ocupo se organizan y luchan contra lo que entienden como una conspiración internacional para la destrucción de las sociedades occidentales y la imposición de dictaduras comunistas. Es importante aclarar en este punto que, como lo he anticipado en el párrafo anterior, éstos recurren a la unidad de acción con agentes y grupos que no siempre consideran que ese destino aborrecible tomará la forma del comunismo, ni apoyan a los agentes o ex-agentes estatales acusados por violaciones de derechos humanos, pero constituyen aliados de primer orden en relación con otras luchas. De manera general esos casos de unidad de acción tienen que ver con la oposición a procesos de extensión de derechos democráticos a escala social amplia, por ejemplo en relación con la secularización de la enseñanza y el Estado, el aborto, el consumo de drogas, la eutanasia, el respeto de la



dignidad y la integridad de personas con identidades de género o preferencias sexuales no tradicionales, el respeto de las formas de organización y administración de justicia de las comunidades indígenas por parte del Estado, el reconocimiento legal de las uniones de personas del mismo sexo y la adopción por parte de éstas, entre otros.

Ahora bien, lo que posibilita tal articulación que en el caso que me ocupa puede prescindir del acuerdo en la defensa de los agentes acusados por violaciones de derechos humanos es más que la oposición común a aspectos puntuales como los enumerados. Es la existencia de una interpretación apocalíptica compartida sobre el cambio social y los avances en el reconocimiento de derechos democráticos de grupos tradicionalmente marginalizados u oprimidos. Vista en su contenido general esa perspectiva comporta gran parte de los rasgos fundamentales del apocalipismo religioso: la creencia en una revelación que da cuenta de la existencia de una realidad oculta para los legos, el ejercicio de la reflexión escatológica –es decir, sobre la destrucción de lo existente y los signos que anuncian su proximidad–, y el recurso al dualismo y el determinismo (Collins, 2014: 1-16).<sup>9</sup> Pero dos de sus rasgos centrales dan cuenta de que aquél no es un apocalipismo religioso, sino uno histórico de contenido secular.<sup>10</sup> Histórico porque no trata del fin del mundo y el advenimiento temporal y espacial de una realidad trascendental como la Nueva Jerusalén, sino de la destrucción de las sociedades presentes y su sustitución por dictaduras comunistas o imperios de la decadencia contrarios al plan de Dios.<sup>11</sup> Secular por un lado porque en él la revelación no deriva de la transmisión directa de alguna verdad trascendental por una deidad a sus profetas, sino de la difusión de narrativas conspirativas por parte de propagandistas que se presentan como historiadores o periodistas, quienes

<sup>9</sup> Aspectos generales de la discusión sobre las características de la literatura apocalíptica y el apocalipismo pueden consultarse en el prólogo y el primer capítulo de la compilación sobre el tema editada por Collins (2014). Entre los trabajos que integran el volumen, el de Ditommaso sobre el apocalipismo en la cultura popular contemporánea es iluminador, aunque limita el análisis a la literatura y el cine.

<sup>10</sup> El apocalipismo secular ha sido investigado sobretudo desde los estudios literarios, del discurso y de la industria cultural (cf. Barkun, 1983; Kivisild, 2003; Globus, 2008). Por lo pronto el fenómeno no parece haber sido abordado en relación con la actividad de los movimientos inciviles.

<sup>11</sup> No todos los apocalipsis históricos son seculares. En la Torá y la Biblia el libro de Daniel presenta un ejemplo de un apocalipsis histórico-religioso, que anuncia el fin del periodo de profanación del templo y persecución de los judíos bajo el reinado de Antíoco IV Epífanes, durante la invasión seléucida de Jerusalén (167-164 antes de la era común).

sobre la base del contenido de documentos reales o falsificados “revelan” la existencia de una realidad no aparente, controlada por agrupaciones secretas. Entre esas organizaciones pueden ser enumeradas, según el caso, la conspiración judeo-marxista-masónica mundial (Puentes, 2010), el foro de São Paulo (Unoamérica, 2009b) o la subversión derrotada e infiltrada en el sistema democrático (Massera, 1985; Astiz, 2011; Plazas, 2011b). El otro rasgo que expresa su contenido secular es que ese apocalipismo no entraña la promesa de redención típica de los religiosos, sino que anticipa el advenimiento de una realidad terrenal abominable cuyos signos ya se perciben a lo largo y ancho de la sociedad. En ese contexto se trata de un apocalipismo del tipo que Wocjik denomina “de advertencia de cataclismo”, en tanto anuncia que “el apocalipsis es inminente, pero [...] evitable mediante el esfuerzo humano” (citado en Globus, 2008: 38, mi traducción).

Precisamente porque el cataclismo cuyo advenimiento ya se percibe en distintas esferas de la vida social es evitable mediante el esfuerzo humano, la unidad de acción de diversos grupos que hacen parte del campo de los movimientos inciviles resulta no solo posible, sino apremiante. Desde un punto de vista antropológico se entiende, entonces, que ese apocalipismo histórico-secular compartido es lo que Snow y Benford denominan “un marco de acción colectiva”: un esquema que –a diferencia de los marcos interpretativos– no solamente permite comprender el mundo clasificando actores y acontecimientos, sino atribuir responsabilidades por circunstancias “injustas, inexcusables o inmorales [así como] sugerir una línea general de acción para aliviar el problema y asignar la responsabilidad de llevarla a cabo” (1992: 137, mi traducción).

Tratándose del advenimiento de un apocalipsis histórico que reducirá a escombros la sociedad occidental y cristiana, la línea general de acción consiste en combinar gran variedad –cuando no la totalidad– de los métodos de lucha disponibles y librar una guerra sin cuartel en todos los ámbitos de la sociedad, desde la familia hasta los parlamentos nacionales y organismos internacionales. Si bien se podrían citar numerosos ejemplos de las realidades de distintos países,<sup>12</sup> baste mencionar acá que en el

<sup>12</sup> Tomando como referencia tres movimientos inciviles de la Argentina, Brasil y Nicaragua, Payne analiza en su ya citada obra los modos en los que éstos recurren a la acción colectiva para influir en la toma de decisiones en diversas instancias de los Estados. Sus observaciones coinciden con las de Power (2002) sobre la movilización de mujeres católicas de derecha contra Salvador Allende en Chile durante el periodo previo al golpe de Pinochet, y las de Umland (2009) sobre la ultraderecha extraparlamentaria en Rusia.

caso colombiano esos movimientos tienen uno de sus líderes al interior del Estado en Alejandro Ordóñez, procurador general de la nación y militante de la organización integrista católica “Fraternidad Sacerdotal de San Pío X”, de la que fue seminarista (Reyes, 2010).<sup>13</sup> El rol jugado por Ordóñez y sus comilitones desde la Procuraduría General de la Nación, el poder judicial, el parlamento, los juzgados y las calles ofrece un claro ejemplo de la vocación integral y la combinación de métodos de lucha que caracterizan los movimientos inciviles. Uno y otros articulan su –a veces abierta, a veces encubierta– militancia religiosa con la condición de algunos de ellos como funcionarios de un Estado secular obligados a la neutralidad ideológica, y emplean como métodos de lucha tanto la movilización callejera como la actividad judicial, el lobby parlamentario y las facultades y recursos legales que pone a su disposición el control ejercido sobre una poderosa institución, facultada incluso para sancionar al presidente de la república. De ese modo se han movilizado simultánea o alternativamente en distintos frentes para luchar contra el reconocimiento del derecho a abortar, las uniones de parejas homosexuales y su derecho a adoptar, la educación sexual en las escuelas, la exhibición de obras de arte que tematizan críticamente la tradición cristiana, y para buscar la libertad de militares procesados por violaciones de derechos humanos (Semana, 2012; El Espectador, 2013; Badawi, 2014). Han ejercido, en ese contexto, el componente público y legal de una lucha de la que también hacen parte amenazas, calumnias, agresiones físicas o asesinatos ejercidos por agentes no siempre fáciles de identificar debido a su modus operandi conspirativo, pero que participan del mismo movimiento en tanto hacen blanco en los mismos actores y procesos de lucha por la ampliación de derechos democráticos (El Tiempo, 2009, 2012; Vanguardia, 2009).

Líneas atrás he señalado que los procesos de articulación de los movimientos inciviles no son monolíticos, sino que se encuentran atravesados y limitados por contradicciones que a veces conducen a choques y ruptu-

<sup>13</sup> Fundada en 1971 por el obispo Marcel-François Lefebvre como respuesta al Concilio Vaticano II, y sólo reconocida intermitentemente por la iglesia católica. Es reconocida por sus posiciones antiecuménicas y antisemitas (ADL, 2009), y por apearse a elementos tradicionales de la liturgia como el rezo en latín y la separación de hombres y mujeres. En 2009 se vio envuelta en una controversia cuando su obispo en la Argentina emitió declaraciones negacionistas sobre el Holocausto que provocaron su expulsión del país (La Nación, 2009). El trabajo de Bargo (2014) ofrece una aproximación a la vida social de un grupo argentino de la Fraternidad, aunque no considera aspectos centrales como el uso que hacen sus militantes de la movilización colectiva, ni los fundamentos teológicos e implicaciones de su visión de mundo antisemita y apocalíptica.

ras. Tales tensiones y enfrentamientos se pueden comprender mejor si se consideran las distintas funciones que cumplen los marcos interpretativos y los de acción colectiva en los procesos de movilización y lucha protagonizados por los movimientos sociales en general, de los cuales los que me ocupan constituyen una expresión.

En el contexto argentino un buen ejemplo se puede observar en la iniciativa autodenominada “en defensa de la vida y la familia”, cuyos ejes son la lucha contra el aborto, la eutanasia y el reconocimiento legal de los derechos de personas con identidades de género o preferencias sexuales no tradicionales. Aquél es un movimiento amplio del que participan numerosas organizaciones tan diversas como las integradas por partidarios de agentes procesados o condenados por crímenes cometidos durante la última dictadura (FAMPAZ, s.f., Solanet, 2014), grupos integristas católicos (Bouchacourt, 2010a, 2010b; Bastión del Norte por la Familia y la Vida, 2011), o grupos católicos y protestantes que no siempre apoyan a los militares procesados y muestran una clara orientación ecuménica.<sup>14</sup> Tal diversidad social ofrece un ejemplo de las posibilidades de movilización que abre el encuadre de la realidad en el marco apocalíptico-histórico de acción colectiva ya mencionado, y las tensiones a las que da lugar ilustran por su parte las limitaciones que le impone a la acción colectiva la existencia de distintos marcos interpretativos –o cosmovisiones– entre las agrupaciones que participan. En síntesis esas articulaciones y quiebres ponen sobre la mesa un interesante problema de investigación acerca de las particularidades de los procesos de articulación y confrontación ideológica y organizativa que tienen lugar al interior de los movimientos inciviles. Por lo pronto, a fin de presentar brevemente un ejemplo de esas continuidades y rupturas quiero detenerme solamente en el conflicto entre dos de los grupos católicos que lo integran.

Jorge Mario Bergoglio fue, durante el arzobispado que ejerció en la arquidiócesis de Buenos Aires (1998–2013) y fue interrumpido por su elección como papa, uno de los activistas más reconocidos y vehementes del movimiento “en defensa de la vida y la familia”. Tradicionalmente Bergoglio fue ampliamente cuestionado por su colaboración con la última dictadura durante su periodo como provincial de la Compañía de Jesús (1973-1979) y su responsabilidad en la detención y desaparición de dos

<sup>14</sup> Con respecto a la unidad de acción católica – evangélica en esa lucha en la Argentina véase el trabajo Jones, 2011.

sacerdotes que posteriormente fueron liberados (Verbitsky, 2012; Télam, 2013),<sup>15</sup> pero con el advenimiento de la democracia mantuvo una política cauta en relación con los militares, apoyando iniciativas para lograr amnistías (Clarín, 2000; Ginzberg, 2003) mientras mantenía la línea oficial de la Iglesia de no defenderlos públicamente.<sup>16</sup> En 2004 participó de la fundación de la rama local del movimiento internacional “Un rosario por la vida”, impulsado por organizaciones católicas al rededor del mundo y centrado en la movilización contra el aborto,<sup>17</sup> pero que se extiende a la lucha contra el derecho a morir dignamente y las formas de familia que difieren de la aceptada oficialmente por la iglesia católica (FAMPAZ, s.f.). Como parte de ese activismo, a finales de la primera década del siglo XXI lideró la oposición católica contra el movimiento por el reconocimiento legal de las uniones homosexuales, definiendo el proyecto de ley que lo hizo posible como “una *movida* del Padre de la Mentira [Satanás]” y la oposición a él –de la que participaron numerosos grupos del espectro ca-

<sup>15</sup> La reescritura de la biografía de Bergoglio tras su elección como papa, que apunta a demarcarlo de su conocida colaboración con la dictadura y presentarlo como un discreto pero firme opositor, plantea en sí misma un fecundo problema de investigación sobre los modos en los que la iglesia católica construye memorias y olvidos colectivos con el apoyo de agentes y organizaciones externos a ella. En ese marco resulta particularmente relevante la purga de los artículos acerca de esas relaciones publicados por el periodista argentino Horacio Verbitsky en el diario *Página12*, los cuales fueron borrados de sus archivos electrónicos públicos en 2014 por pedido del autor. Lanata (2014) presenta un interesante comentario sobre la relación entre la elección de Bergoglio, el intento de ocultamiento de los artículos de Verbitsky y el reacomodamiento político y discursivo del gobierno argentino y parte de las figuras oficialistas del movimiento de derechos humanos.

<sup>16</sup> Véase una excepción en Olivera, 2009. El texto es una carta abierta escrita por un sacerdote de la congregación Instituto del Verbo Encarnado, acerca de los militares presos en la Argentina por violaciones de derechos humanos. El autor es hijo de un militar preso y miembro de la organización *Hijos y nietos de presos políticos de Argentina*. En la carta se refiere a los militares como “prisioneros de guerra” encarcelados “por haber defendido la Patria en la década del ‘70”, y los equipara a la figura de Cristo “injustamente encadenado y sometido a un juicio que da risa”.

<sup>17</sup> El movimiento toma como fecha fundamental el 25 de marzo, haciendo coincidir la celebración católica tradicional de la Inmaculada Concepción de María, y el modernamente instituido “Día del niño por nacer”. Por lo pronto he podido establecer su fecha de fundación ni sus fundadores, pero el papel preponderante de los obispos y comunidades religiosas como organizadores a escala internacional permite inferir que se trata de una iniciativa oficial de la Iglesia. Hace falta investigación específica para profundizar y precisar nuestro conocimiento al respecto.

tólico y evangélico- como “una guerra de Dios” (Infocatólica, 2010, bastardilla en el original).<sup>18</sup>

Pero en 2010, tras la aprobación del proyecto de Ley para el reconocimiento legal de parejas del mismo sexo, la unidad con sectores del integrismo católico que participaron con él de la agitación homófoba y demonización de la iniciativa y quienes la apoyaban (Bouchacourt, 2010a) mostró sus límites, cuando su política y la de la iglesia argentina fueron criticadas como tímidas y señaladas de haber permitido el triunfo del enemigo (Bouchacourt, 2010b). Posteriormente las contradicciones alcanzaron una expresión más violenta, cuando el 12 de noviembre de 2013 militantes de la Fraternidad Sacerdotal de San Pío X boicotearon la conmemoración ecuménica del 75° aniversario de la Noche de los Cristales Rotos, celebrada en la catedral de Buenos Aires con la asistencia de clérigos y feligreses católicos, judíos y de diversas confesiones protestantes. La conmemoración, organizada por la Comisión de Diálogo Interreligioso dependiente de la arquidiócesis de Buenos Aires que presidió Bergoglio hasta agosto de ese año y la Comisión [judía] de Diálogo Interconfesional de B'nai B'rith, fue interrumpida por militantes integristas que rezaban el rosario en voz alta y conminaban a los presentes a suspender ese “acto de profanación” y abandonar la catedral (Infobae, 2013). El incidente causó el repudio de los organizadores y de funcionarios del Estado por sus claras connotaciones discriminatorias, y fue calificado por el presidente de Comisión de Diálogo Interreligioso como un ataque contra Bergoglio y su política de apertura (La Capital, 2013). Si bien el boicot fracasó pues el acto continuó su curso después de que los integristas fueron sacados de la catedral por la policía, el ataque ofreció un ejemplo del nivel de organización y la combatividad de los miembros de esa corriente católica antisemita y negacionista del Holocausto, y de su disposición a hacer uso de métodos violentos incluso contra otros católicos junto a los que se pueden movilizar en otras luchas. Visto desde otro ángulo, como expresión de la complejidad social y diversidad ideológica que caracterizan los

<sup>18</sup> La síntesis entre los propósitos antidemocráticos de la “guerra santa” contra la lucha por el reconocimiento legal de las parejas del mismo sexo y contra los derechos al aborto y la eutanasia se expresó en 2010 una de las consignas con las que fue convocada la movilización de ese año: “Creemos en la dignidad de la persona humana desde el momento de la fecundación hasta su fin natural y en la familia fundada en el matrimonio entre un hombre y una mujer” (Agüero, 2011). El mismo mensaje fue transmitido en mayo de 2015 por Bergoglio en su discurso ante los miembros de la organización católica “Ciencia y Vida”, en el que calificó al aborto como una plaga y lo equiparó a la eutanasia en una lista de “atentados a la vida” (La Nación, 2015).

movimientos inciviles, el incidente da cuenta del modo en el que la existencia de distintas perspectivas de mundo propician quiebres y conflictos entre grupos que en momentos específicos se pueden movilizar con objetivos antidemocráticos compartidos.

Los movimientos inciviles argentinos y colombianos a los que acá me he referido, así como los grupos que hacen parte de ellos y libran luchas por la memoria de la violencia política desde el lado de los agentes de estado procesados por violaciones de derechos humanos, se han desarrollado en condiciones históricas y políticas locales distintas. Pero a pesar de sus diferencias y de que el eje de mi investigación doctoral pasa fundamentalmente por las luchas por la memoria de la masacre del Palacio de Justicia de Colombia, en este artículo y el proyecto que lo enmarca considero comparativamente ambos contextos por varias razones. Primero, porque a pesar de sus diferencias y las distintas condiciones sociales de producción de memorias y representaciones del presente a las que dan lugar, las narrativas desarrolladas por los militares y sus partidarios en ambos países exhiben un universo de rasgos comunes que expresa visiones de mundo compartidas a lo largo del tiempo y en diferentes contextos nacionales. Segundo, porque el relativamente extenso corpus de investigaciones sobre las memorias de derecha que se encuentra disponible para el caso argentino<sup>19</sup> posibilita construir un marco teórico y metodológico de referencia que, al ser complementado con elementos aportados por trabajos desarrollados en otros contextos,<sup>20</sup> resulta útil para abordar el problema, hasta ahora inexplorado en el contexto colombiano. Tercero, porque el desarrollo relativamente reciente de iniciativas de articulación transnacional de grupos ligados a la defensa legal y moral de los militares, y a las luchas por la memoria de las que éstos hacen parte, impone la necesidad de trascender los análisis “de sitio” para estudiar las relaciones ideológicas e institucionales que sustentan dichas iniciativas, su impacto en la conformación de las identidades individuales y colectivas de quienes las protagonizan, y las narrativas globales sobre la historia de Latinoamérica y el mundo que dichos agentes elaboran, hacen públicas e intentan legitimar como “la verdad”.

En lo que queda de este artículo enumeraré algunas cuestiones de método que mi acotado trabajo sobre ese problema ha hecho emerger, y

<sup>19</sup> Payne, 2000; Feld, 2002; Agüero y Hirschberg, 2005; Escolar, 2005; Marchesi, 2005; Robben, 2005 o Salvi, 2008, 2009 y 2015, entre otros.

<sup>20</sup> Véase por ejemplo Steinmetz, 1992 y Power, 2002.

presentaré observaciones generales sobre el universo de rasgos comunes que es posible rastrear en esas narrativas, así como sobre las metanarrativas que esas continuidades expresan. Este es, en buena medida, un artículo programático cuyo propósito central es esbozar los contornos de un rico problema de investigación, enumerar algunos de los desafíos que plantea, y provocar a colegas interesados a abrir conjuntamente intercambios o indagaciones sistemáticas al respecto.

Resulta importante aclarar, sin embargo, que si en principio propongo pensar el problema en el contexto latinoamericano, esa delimitación me resulta caprichosa a pesar de que sin duda se la puede sustentar en la existencia de procesos históricos y universos culturales compartidos a lo largo y ancho de la región. Si bien tanto mi trabajo como los de otros autores ya citados se centran en el contexto latinoamericano, hay que tomar en cuenta que en otros contextos geográficos y culturales puede observarse también la actividad de agentes o movimientos inciviles sustentados en apocalipcismos históricos seculares similares. Un ejemplo de ello, que acá presento en primer lugar para hacer de “abogado del diablo” e ilustrar lo que hay de caprichoso en limitar el análisis al contexto latinoamericano, se encuentra en las caracterizaciones de la historia y la realidad mundial contemporánea que integran el manifiesto escrito por el activista fascista noruego Jon Anders Breivik, titulado *2083: una declaración europea de independencia*. Su autor se hizo conocido con posterioridad a la publicación del manifiesto por perpetrar la masacre que el 22 de julio de 2011 dejó 69 jóvenes socialdemócratas muertos en la isla de Utøya y el ataque con bomba de ese mismo día contra la sede del gobierno noruego en Oslo, que dejó otros 8 muertos. En un acto de dignidad y resistencia similar a los ejercidos por Emilio Massera y Alfredo Astiz en la Argentina, y Alfonso Plazas en Colombia, durante el juicio de 2012 en su contra por la masacre y el atentado Breivik impugnó la legitimidad de las cortes que lo juzgaban debido a que éstas “reciben su mandato de los partidos políticos noruegos que respaldan el multiculturalismo” (*The Guardian*, 2012), el cual según él expresa la actividad de una conspiración que ha impuesto en Europa una tiranía marxista destinada a destruir cultural y demográficamente la sociedad occidental. Así pues, la *Realthodologie* que traza los límites empíricos de nuestros proyectos de investigación no debe hacernos perder de vista que si para los sujetos de nuestro interés “la conspiración internacional” se extiende por los cuatro confines del globo, también lo hacen aquellos que la enfrentan local y transnacionalmente,



siempre dispuestos a sacrificar su libertad –o incluso su vida y la de otros– para “evitar la destrucción de la civilización occidental”.

### *Problemas de método*

Como he señalado, los agentes que integran los movimientos inciviles suelen combinar las formas legales e ilegales, físicas y simbólicas, pacíficas y violentas de lucha que tienen a su disposición. En ese marco, los militares colombianos procesados y sus partidarios enfrentan los procesos legales y las luchas de sobrevivientes y familiares de las víctimas tanto en el marco legal mediante su defensa en disputas jurídicas y procesos judiciales, como en el ilegal a través del asesinato, las amenazas de muerte y la agresión física.

Algunos ejemplos que sirven para tomarle el pulso a la dimensión violenta de esa resistencia son el asesinato, en abril de 1998, de Eduardo Umaña, abogado de los familiares de los desaparecidos del Palacio de Justicia, días después de conseguir que la fiscalía ordenara exhumar una fosa común de un cementerio de Bogotá para descartar que sus cuerpos hubieran sido enterrados allí con los de otras víctimas de la masacre. Aunque es posible que su asesinato haya tenido que ver tanto con ese caso como con otros tantos en los que representaba a víctimas de crímenes de Estado, el hecho de que haya quedado impune aunque desde temprano la Fiscalía General de la Nación manejó la hipótesis de que había sido cometido por miembros de la Brigada XX del Ejército (Umaña Hernández, 2013), muestra que el caso del que me ocupo hace parte del panorama de impunidad por los crímenes de Estado y violencia continuada contra víctimas, activistas y defensores de derechos humanos que caracteriza la vida colombiana (El Espectador, 2013; La Silla Vacía; 2013). Además del asesinato de Umaña, en el contexto que enmarca mi investigación deben considerarse entre otros muchos casos las agresiones físicas del coronel Plazas contra familiares de desaparecidos y otras personas que se manifestaban ante las puertas del edificio donde estaba siendo juzgado en 2009 (Caracol, 2009), y las amenazas de muerte y hostigamientos sufridos por René Guarín, hermano de una de las desaparecidas (Noticias Uno, 2009), y María Estela Jara, la jueza que sentenció a Plazas por las desapariciones (El Espectador, 2010).

La consideración de esas contexto, mi propia experiencia de campo en Colombia entre noviembre y diciembre de 2013 bajo el hostigamiento de alguna organización que presumo vinculada a los servicios de inteligen-

cia del Ejército, y la estigmatización de las ciencias sociales en general por parte de los militares latinoamericanos, así como de la antropología en particular por parte de Plazas,<sup>21</sup> dibujan un panorama en el que el trabajo de campo etnográfico clásico resulta cuando menos riesgoso. Por esas razones por lo pronto he decidido –sin descartar del todo la posibilidad de establecer relaciones que permitan reducir dentro de cierto margen los riesgos y posibiliten desarrollar trabajo de campo clásico–, aproximarme a las relaciones sociales, las luchas y los universos de sentidos en cuestión de manera indirecta: a través de fuentes escritas y productos audiovisuales elaborados y hechos públicos por los agentes de los que acá me ocupo. Esa aproximación dista de ser empíricamente ideal pues supone dejar de lado el análisis de los procesos que tienen lugar en la vida cotidiana y que solamente podrían ser conocidos mediante el trabajo de campo clásico. Pero la solución parece por lo pronto la más adecuada para sortear, en la medida de lo posible, los peligros que en mi caso podrían derivarse de mi condición de antropólogo, bisexual, opositor público a la violencia de Estado, y estrechamente relacionado con círculos de distinto tipo integrados fundamentalmente por miembros de colectividades judías en diversos países.

En relación con el contexto argentino mi aproximación ha seguido un curso similar por las mismas razones, a las que se suman otras de tipo organizativo. Si por un lado el desarrollo de trabajo de campo clásico entre esos sectores parece riesgoso tanto en Colombia como en la Argentina,<sup>22</sup>

<sup>21</sup> Unos y otros se han referido en distintos momentos a éstas como propias de “subversivos”. Véase al respecto Gill, 2004: 108 y Plazas, 2011a: 67-68.

<sup>22</sup> La relación de los agentes estatales con la perpetuación continuada de violaciones de derechos humanos es mucho menos extendida en la Argentina contemporánea que en Colombia, lo cual probablemente disminuye en buena medida los riesgos que podrían derivarse del trabajo de campo en ese país. Sin embargo, la desaparición forzada a la que fue sometido en 2006 Julio López, querellante y testigo contra el exoficial de la policía bonaerense Miguel Etchecolatz (La Nación, 2006), constituye un indicio de que al menos un sector de los exagentes del Estado procesados por violaciones de derechos humanos durante la última dictadura conserva suficiente capacidad para continuar cometiendo en la impunidad los crímenes que constituyeron el sustento del llamado “proceso de reorganización nacional”. Por otra parte, el nombramiento de César Milani como jefe del Ejército a pesar de su participación en la desaparición forzada del soldado Alberto Ledo durante la dictadura, y la protección que el gobierno de Cristina Fernández le ha concedido (Anguita, 2013) frente a la evidencia que lo compromete (Alegre 2015; La Prensa, 2015) y el reclamo de los familiares de la víctima y sectores del movimiento de derechos humanos independientes del gobierno (AFP, 2014; Cosmos, 2015; La Gaceta, 2015), constituyen indicios del poder actual de algunos de esos agentes aún activos. Ambos elementos deberían tomarse en consideración a la hora de calcular los

mis limitadas condiciones de financiación y el hecho de que resido en Alemania han imposibilitado desarrollar extensamente el componente comparativo de la investigación con temporadas regulares de trabajo de campo en ambos países. En consecuencia, al igual que en el caso de las narrativas elaboradas por los militares colombianos y sus partidarios, mis principales vías de acceso al corpus elaborado desde la Argentina han sido las fuentes escritas y los productos audiovisuales.

Habiendo sido educado en los métodos de la antropología clásica esas aproximaciones indirectas me resultan, sin embargo, poco satisfactorias. Probablemente un diseño distinto de las investigaciones, o su desarrollo por investigadores cuya identidad de extranjeros los sitúe en alguna medida “por fuera” de las luchas que esos grupos libran a escala nacional o regional podría contribuir a desarrollar relaciones con sus protagonistas que reduzcan los riesgos.<sup>23</sup> Por las complejas preguntas metodológicas que plantea y las graves consecuencias que errores de caracterización podrían acarrear en el campo, ese es un punto fundamental de la investigación sobre los movimientos inciviles que requiere un tratamiento extensivo basado en el intercambio de experiencias y la reflexión colectiva con colegas que se ocupen del tema.

### **“La trágica suerte de los salvadores de la patria”**

Como todas las narrativas, las elaboradas por los agentes o ex-agentes estatales acusados de violaciones de derechos humanos y sus partidarios tienen un inicio, un nudo y un desenlace, que presenté a grandes rasgos en las primeras páginas. En ellas, cuyo núcleo frecuentemente está constituido por relatos autorreferenciales elaborados por los procesados o condenados, se presentan sus trayectorias vitales y la historia de las instituciones del Estado de las que hicieron parte como expresiones de procesos sociales más amplios, articulando de ese modo las narrativas biográficas a las metanarrativas de la historia patria e institucional, y de la lucha de los defensores de las sociedades occidentales y cristianas contra la conspiración marxista internacional.

riesgos que el trabajo de campo clásico sobre el tema en la Argentina podría acarrear.

<sup>23</sup> Con respecto a las implicaciones –frecuentemente positivas– que puede representar para los investigadores en el campo su condición de extranjeros en términos nacionales o académicos véanse, entre otros, Bourgois, 1991; Payne, 2000; Gill, 2004; Robben, 2005 y Vessuri, 2013.

Si bien la última metanarrativa mencionada, que es la que me interesa en este caso por su contenido apocalíptico, tiene distintas variantes,<sup>24</sup> su historia nuclear se pueden resumir como sigue. Un *inicio* marcado por la revolución francesa y la posterior emergencia del marxismo en Europa a mediados del siglo XIX, un *nudo* definido por la difusión universal de la conspiración y el marxismo –su más popular herramienta–, y en consecuencia de la lucha de sus agentes por conquistar el mundo e imponer una dictadura comunista, atea y totalitaria mediante incontables operaciones que han sido valientemente combatidas por los defensores de las sociedades occidentales y cristianas; y un *desenlace* abierto que proyecta en el futuro la resolución de esa lucha con el triunfo absoluto de uno de los dos bandos. Por su contenido y vocación ejemplarizante, se trata de narraciones que además de ser apocalípticas son épicas, pues en ellas ocupan un lugar central personajes heroicos imbuidos de nobles ideales, quienes luchan en defensa de la patria y le sirven de ejemplo a las futuras generaciones. Aquellos son, empero, héroes trágicos que dan testimonio del sufrimiento que les ha tocado bajo una democracia a la cual salvaron a costa de poner en riesgo sus propias vidas en la lucha contra la subversión, y que sin embargo hoy constituye el escenario de su pública humillación a manos de los subversivos apenas ayer derrotados por las armas (Massera, 1985; Astiz, 2011; Plazas 2011a). Consecuentemente con su condición apocalíptica histórico-secular, en esas narrativas el desenlace no es anticipado por ninguna revelación trascendental, sino que se mantiene abierto y carece de triunfalismos proféticos. Por el contrario, presenta el camino hacia el final de la contienda como uno en el que se definirá el destino glorioso o abominable tanto de la patria como del género humano, y que en consecuencia reclama la movilización de todas las fuerzas disponibles en todos los terrenos necesarios contra un enemigo omnipresente y pertinaz. En el contexto bélico establecido por las trayectorias vitales y perspectivas militaristas de sus autores principales, esa interpretación apocalíptica de la historia y la política toma la forma de una visión de mundo en la que la categoría militar de “guerra total” ocupa un lugar determinante.

En este punto me aparto de la definición propuesta por Robben (2005: 171-172) para el caso argentino, quien ha definido la guerra sin cuartel li-

<sup>24</sup> Esa variabilidad de versiones “flotantes” al rededor de una historia nuclear estable se relaciona con el hecho ya señalado por Sewell de que “la totalidad de una narrativa colectiva ‘nunca está presente en la conciencia de un solo actor’” (citado en Steinmetz, 1992: 490).

brada por las fuerzas del Estado contra distintas organizaciones y movimientos durante la última dictadura como una “guerra cultural” debido a su vocación integral, que trascendía el estricto enfrentamiento armado e incluía áreas tan diversas como la educación, la cultura de masas y las relaciones de género. El concepto de “guerra total” que acá empleo es más adecuado por varias razones. Primero, porque permite eludir las problemáticas asociaciones que el de “guerra cultural” plantea en relación con la noción racista y xenófoba de “choque de civilizaciones” agitada por Huntington (2003 [1996]) y sus partidarios, que Robben no problematiza. Segundo, porque en el caso que me ocupa la larga trayectoria del concepto de “guerra total” en la doctrina bélica hace de él uno más preciso en el sentido teórico y más pertinente en el etnográfico. En ese marco, al señalar que la “guerra total” es la categoría organizadora fundamental de la perspectiva apocalíptica de los sujetos que acá me ocupan, pienso en la definición contemporánea propuesta por Förster a partir de la clásica de Ludendorff. Según ésta, la guerra total se caracteriza no sólo por “la *movilización total de todos los recursos humanos y materiales* bajo el control total de una dictadura militar[, sino también por la] *ruptura de los límites entre soldados y civiles* tanto en la defensa como en el ataque [y la definición de] *la victoria completa y la derrota aplastante*” como únicas alternativas (2000: 7-8, mi traducción, bastardillas agregadas). Lo que está en juego al fin de cuentas es, desde la perspectiva en cuestión, la supervivencia de la sociedad occidental y cristiana o su destrucción por parte de sus ubicuos enemigos, y esa contradicción no puede ser resuelta de otra manera que con el aplastamiento definitivo de alguno de los dos bandos.

Por otro lado ese apocalipismo, y las narrativas a las que da lugar en relación con los procesos de violencia política de los que muchos de los agentes en mención han sido protagonistas, expresan la metanarrativa con la que diversos gobiernos y grupos conservadores explicaron durante la Guerra Fría la enorme diversidad de movimientos democráticos y revolucionarios que surgieron al rededor del mundo durante ese periodo, definiéndolos como expresión de una conspiración marxista o comunista internacional.<sup>25</sup> Éstas, que alcanzaron en Latinoamérica estatus oficial en

<sup>25</sup> Aunque la ideología de la *conspiración marxista Internacional* orientó durante ese periodo buena parte de la política interior y exterior de los gobiernos de varios países europeos occidentales, los Estados Unidos y sus respectivas áreas de influencia, no debe perderse de vista que es más antigua. Cohn (1969) ha demostrado que las manifestaciones más tempranas de dicha ideología se encuentran en la reacción rusa frente a los movimientos revolucionarios de principios del siglo XX, de la cual la invención de *Los protocolos de*

diversas versiones de las Doctrinas de Seguridad Nacional ya perfiladas desde la primera mitad del siglo XX, y en los acuerdos de cooperación para la formación de militares de la región en la Escuela de las Américas y otros institutos estadounidenses, le han permitido a lo largo del tiempo a los sectores conservadores encontrar una explicación simplista, conspirativa y apocalíptica del cambio social (Gill, 2004: 108; Robben, 2005: 180) que a pesar de ser factualmente incorrecta (Feldman y Perälä, 2004) posibilita concederle sentido a una realidad desconcertantemente dinámica que desde cierta perspectiva puede parecer enrumada hacia la debacle. Posibilitan, además, asignarle a los agentes de las fuerzas de seguridad del Estado un rol mesiánico y construir representaciones de la violencia perpetrada por ellos como justa, necesaria y ejercida por “hombres que sacrifican su seguridad personal para luchar contra un enemigo malicioso por el beneficio más grande de la nación” (Gill, 2004: 143).<sup>26</sup> Finalmente hacen posible definir los juicios contra militares por crímenes de lesa

*los sabios de Sión* fue apenas una expresión, si bien quizá la más famosa. En su trabajo sobre la representación de la Segunda Guerra Mundial en la prensa colombiana, Vera ha mostrado que la circulación de esa ideología en Colombia es previa a la Guerra Fría, y ha señalado que para “la Iglesia Católica y el Partido Conservador [de principios del siglo XX] esos vientos de cambio liderados por el liberalismo, el comunismo y el socialismo no eran más que grandes monstruos que pretendían, poco a poco, conquistar el mundo occidental y minar la tradición cristiana. Los alarmados líderes reaccionarios de la vida política vieron los hechos de la Revolución Mexicana como parte del plan de conquista comunista del mundo, nación a la que siguió el triunfo revolucionario en Rusia y, por último, estaba la muy católica España, salvada en el último momento por el generalísimo Francisco Franco” (2007: 44). Por su parte, Power (2002: 121) señala que los militantes de la organización integrista católica internacional Tradición Familia y Propiedad asumen que dicha conspiración es una versión moderna de la más antigua a través de la cual los enemigos de las sociedades occidentales y cristianas iniciaron –ya en el siglo XVIII con la Revolución Francesa–, su carrera por la dominación mundial. Mis observaciones permiten reseñar la circulación de ambas versiones de esa metanarrativa entre los sujetos que acá me ocupan, tanto en Colombia como en la Argentina.

<sup>26</sup> Las narrativas justificatorias del golpe militar comandado por Augusto Pinochet en Chile contra el gobierno de Salvador Allende no son el objeto de este trabajo. Pero merece señalarse el lugar central que ocupa en ellas la narrativa de la “lucha de los pueblos amantes de la libertad contra los planes dictatoriales del marxismo internacional” (véase al respecto la ya citada obra de Power). El discurso pronunciado por Augusto Pinochet el 11 de octubre de 1973 para conmemorar un mes del golpe militar presenta un ejemplo temprano y conspicuo de dichas narrativas, en las que al igual que en sus equivalentes argentinas y colombianas la figura del agente de Estado comprometido en la perpetración de violaciones de derechos humanos es sustituida por la del soldado heroico que arriesga su vida en defensa de la patria, amenazada por un enemigo internacional que se vale de siniestros agentes locales.

humanidad como parte de la guerra total librada por los subversivos, ahora lanzados a la venganza contra quienes les impidieron en el pasado la toma del poder. De ese modo los agentes que me ocupan consiguen no solamente exaltar la conducta de aquellos involucrados en la perpetración de violaciones de derechos humanos desde el Estado, sino invertir las clasificaciones oficiales y hegemónicas sustituyendo la categoría legal de “convictos por crímenes contra la humanidad” por la *emic* de “prisioneros políticos”.

Ese es el marco ideológico en el que tienen lugar las luchas por la memoria de la violencia política libradas desde el campo de los acusados y sus partidarios, así como las iniciativas orientadas a brindarle asistencia moral y legal a los procesados y condenados. Aunque las organizaciones son numerosas, baste señalar a modo de ejemplo que en el caso argentino esas iniciativas se expresan en agrupaciones como el *Centro de Estudios Legales sobre el Terrorismo y sus Víctimas* o la *Asociación de Familiares y Amigos de los Presos Políticos*, y en el colombiano en las fundaciones *Héroes visibles* y *Defensoría militar*. Esos y otros grupos dan cuenta en ambos países de un fenómeno de reacomodamiento político y organizativo ya relevado en el Cono Sur por Marchesi (2005), Salvi (2009, 2015) y otros autores, consistente en la representación alternada de los militares como héroes y como víctimas.

Por otra parte a nivel regional, expresando un fenómeno más reciente cuyo origen parece remontarse a mediados de la primera década del siglo XXI, se encuentra la organización *Unoamérica*, que articula iniciativas desarrolladas en distintos países y constituye una plataforma de propaganda de esos sectores. A través de las actividades y publicaciones organizadas por *Unoamérica* dichos sectores libran luchas por la memoria y le disputan a sus enemigos la autoridad para caracterizar el presente y definir el futuro de la región. A fin de cuentas tienen claro, como lo tenía el general argentino Orlando Ramón Agosti en 1978 (citado por Robben, 2005: 183), que la guerra que libran contra la subversión es una no convencional que se da “en el territorio nacional, pero el agresor es sólo un tentáculo de un monstruo cuya cabeza y cuyo cuerpo están más allá del alcance de [sus] espadas”.

## **Bibliografía**

Agüero, Felipe; Herschberg, Eric. 2005. “Las fuerzas armadas y la represión en el Cono Sur”, en Agüero, Felipe; Herschberg, Eric (Eds.). *Me-*

- morias militares sobre la represión en el Cono Sur: visiones en disputa en dictadura y democracia. Madrid: Siglo Veintiuno.
- Bargo, María. *Vivir según la tradición. El caso de la Fraternidad Sacerdotal San Pío X*. Tesis de pregrado. San Martín: Universidad Nacional de San Martín.
- Barkun, Michael. 1983. "Divided Apocalypse: Thinking About the End in Contemporary America", en *Soundings: An Interdisciplinary Journal* 63 (3), pp. 257-280.
- Bourgois, Philippe. 1991. "Confronting the Ethics of Ethnography: Lessons from Fieldwork in Central America", en Harrison, Faye (ed.), *Decolonizing Anthropology: Moving Further Toward an Anthropology for Liberation*, pp. 110-126. Washington: American Anthropological Association.
- Burke, Peter. 2011. "History as Social Memory", en J. Olick, V. Vinitzky-Seroussi and D. Levy (eds.), *The Collective Memory Reader*. New York, Oxford University Press, pp. 188-192.
- Cohn, Norman. 1969. *Warrant for genocide: The myth of the Jewish world-conspiracy and the Protocols of the elders of the Zion*. Nueva York: Harper & Row.
- Collins, John. 2014. "What is Apocalyptic Literature?", en Collins, J. (ed.) *The Oxford Handbook of Apocalyptic Literature*. Nueva York: Oxford University Press.
- Ditommaso, Lorenzo. 2014. "Apocalypticism and Popular Culture", en Collins, J. (ed.) *The Oxford Handbook of Apocalyptic Literature*. Nueva York: Oxford University Press.
- Escolar, Diego. 2005. "Represión y represión: memorias, política militar y estrategias internacionales en la Gendarmería Nacional Argentina", en Agüero, Felipe; Herschberg, Eric (eds.). *Memorias militares sobre la represión en el Cono Sur: visiones en disputa en dictadura y democracia*. Madrid: Siglo Veintiuno.
- Feld, Claudia. 2002. *Del estrado a la pantalla: las imágenes del juicio a los excomandantes en Argentina*. Madrid: Siglo Veintiuno.
- Feldman, Andreas; Perälä, Maiju. 2004. "Reassessing the causes of non-governmental terrorism in Latin America" en *Latin American Politics and Society* 46 (2), pp. 101-132.
- Förster, Stig. 2000. "Introduction" en Chickering, Roger; Förster, Stig (eds.). *Great war, total war: combat and mobilization on the Western Front, 1914-1918*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Gill, Lesley. 2004. *The School of the Americas. Military Training and Political Violence in the Americas*. Durham and London: Duke University Press.
- Globus, Robin. 2008. "*Planet in Peril*": *The End of the World in Environmental Discourse*. Tesis de maestría. Gaynsville: Universidad de la Florida.



- Jones, Daniel. 2011. "Política y religión en la Argentina contemporánea: Actores evangélicos en los debates sobre sexualidad y derechos humanos", en *Notas CX*, Boletín 13, septiembre. Disponible en [www.ciudadaniasx.org/spip.php?article626](http://www.ciudadaniasx.org/spip.php?article626). Consultado el 7 de mayo de 2015.
- Kaiser, Susana. 2015. "Argentina's Trials: New Ways of Writing Memory" en *Latin American Perspectives*, issue 202, 42 (3), pp. 193-206.
- Kivisild, Emma. 2003. *Hope Against Hope: Perspectives on Apocalypticism*. Tesis de maestría. Burnaby: Simon Fraser University.
- Kopecký, Petr y Mudde, Cas (eds.). 2003. *Uncivil Society? Contentious Politics in Post-Communist Europe*. London: Routledge.
- Leal, Sigifredo. 2013. "¿Habeas repraesentatio? Dilemas sobre la representación visual y narrativa de los sujetos de investigación en textos antropológicos", en *luminuras* 14 (32), pp. 55-84.
2015. "Por la razón o por la fuerza: el antropólogo como testigo" en Cuadros, Raúl (ed.). *Transformaciones del pensamiento ético*. Bogotá: Uniminuto.
- Leal, Sigifredo y Gómez, Gaby. 2013. "El 'Holocausto del Palacio de Justicia': nombres, versiones y desacuerdos" en Restrepo, Olga (ed.), *Proyecto Ensamblado en Colombia*, Tomo 2. *Ensamblando heteroglosías*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Marchesi, Aldo. 2005. "Vencedores vencidos: las respuestas militares frente a los informes 'Nunca Más' en el Cono Sur" en Agüero, Felipe; Herschberg, Eric (eds.), *Memorias militares sobre la represión en el Cono Sur: visiones en disputa en dictadura y democracia*. Madrid: Siglo Veintiuno.
- Payne, Leigh. 2000. *Uncivil Movements: The Armed Right Wing and Democracy in Latin America*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- Power, Margaret. 2002. *Right-wing Women in Chile: Feminine Power and the Struggle Against Allende 1964-1973*. Pennsylvania: The Pennsylvania State University.
- Robben, Antonius. 2005. *Political violence and trauma in Argentina*. Philadelphia: University of Pennsylvania Press.
- Salvi, Valentina. 2008. "Visiones militares sobre la represión" en *Puentes* 25, pp. 1-7.
2009. "De vencedores a víctimas: veinticinco años de memoria castrense" en *Temas y debates* 17, pp. 93-115.
- Snow, David and Benford, Robert. 1992. "Master Frames and Cycles of Protest", en Morris, Aldon y McClurg, Carol (eds.), *Frontiers in Social Movement Theory*. New Haven: Yale University Press.
- Steinmetz, George. 1992. "Reflections on the role of social narratives in working-class formation: narrative theory in the social sciences" en *Social Science History* 16 (3), pp. 489-516.

- Umland, Andreas. *Post-Soviet “Uncivil Society” and the Rise of Aleksandr Dugin. A Case-Study of the Extraparliamentary Radical Right in Contemporary Russia*. Tesis de doctorado, Universidad de Cambridge.
- Vera, Wilmar. 2007. *Entre el temor y la simpatía: la segunda guerra mundial desde la prensa colombiana*. Pereira: El Arca Perdida.
- Verdery, Katherine. 1999. *The political lifes of dead bodies*. Nueva York: Columbia University Press.
- Vessuri, Hebe. 2013. “Le tengo miedo a la Argentina”, entrevista con Dennis Baranger, en *Avá*, 23. Disponible en [www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S185116942013000200001&lng=es&nrm=iso&tlng=es](http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S185116942013000200001&lng=es&nrm=iso&tlng=es). Consultado el 14 de abril de 2015.

### Fuentes documentales

- ADL – Anti-Defamation League. 2009. “The Society of St. Pius X: Mired in Anti-Semitism”. Disponible en [http://archive.adl.org/main\\_interfaith/society\\_saint\\_pius\\_x](http://archive.adl.org/main_interfaith/society_saint_pius_x). Consultado el 15 de marzo de 2015.
- AFP. 2014. “Madre de Plaza de Mayo suma reclamo contra jefe del ejército argentino”, en *ABC*, 27 de diciembre. Disponible en [www.abc.com.py/internacionales/madre-de-plaza-de-mayo-suma-reclamo-contra-jefe-del-ejercito-argentino-1320782](http://www.abc.com.py/internacionales/madre-de-plaza-de-mayo-suma-reclamo-contra-jefe-del-ejercito-argentino-1320782). Consultado el 3 de mayo de 2015.
- Agüero, María Elisa. 2011. “Segunda fiesta de la vida – Buenos Aires, 2010”, en *Rosarioporlavida.org*. Disponible en [rosarioporlavida.ning.com/profiles/blogs/argentina-dia-del-nino-por](http://rosarioporlavida.ning.com/profiles/blogs/argentina-dia-del-nino-por). Consultado el 12 de mayo de 2015.
- Alegre, Rodrigo. 2015. “Caso Milani: documentos prueban que el Ejército seguía al soldado Ledo”, en *Prefil*, 18 de enero. Disponible en [www.prefil.com/politica/Caso-Milani-documentos-prueban-que-el-Ejercito-seguia-al-soldado-Ledo-20150118-0010](http://www.prefil.com/politica/Caso-Milani-documentos-prueban-que-el-Ejercito-seguia-al-soldado-Ledo-20150118-0010). Consultado el 3 de mayo de 2015.
- Anguita, Eduardo. 2013. “Milani, Cristina y la seguridad en 2014”, en *Tiempo Argentino*, 24 de diciembre. Disponible en <http://tiempo.info-news.com/nota/83285/milani-cristina-y-la-seguridad-en-2014>. Consultado el 3 de mayo de 2015.
- Astiz, Alfredo. 2011. Alegato leído en la última audiencia del primer juicio de la megacausa ESMA. 14 de octubre. Disponible en [www.network54.com/Forum/293079/message/1318724404/last1320278678/TEXT+DEL+ALEGATO+DEL+CAPITAN+DE+FRAGATA+ALFREDO+INACIO+ASTIZ](http://www.network54.com/Forum/293079/message/1318724404/last1320278678/TEXT+DEL+ALEGATO+DEL+CAPITAN+DE+FRAGATA+ALFREDO+INACIO+ASTIZ). Consultado el 12 de febrero de 2013.
- Badawi, Halim. 2014. “Censura artística en el Museo Santa Clara”, en *Arcadia*, 19 de agosto. Disponible en [www.revistaarcadia.com/artef/arti](http://www.revistaarcadia.com/artef/arti)

- culo/censura-artistica-en-el-museo-santa-clara/38432. Consultado el 13 de mayo de 2015.
- Basconi, Andrea. 2012. *Elena Holmberg: la mujer que sabía demasiado. El crimen que desnuda la interna de la dictadura militar*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Bastión del Norte por la Familia y la Vida. 2011. “Ante la propuesta de legalizar el aborto, sostenemos el derecho de nacer: ‘el mayor mal que puede hacerse al prójimo es matarlo’”. 20 de octubre. Disponible en <http://bastionfamilia.blogspot.com/2011/10/ante-la-propuesta-de-legalizar-el>. Consultado el 2 de mayo de 2015.
- Bouchacourt, Christian. 2010a. “Crímenes y castigos”, *Fraternidad Sacerdotal San Pío X - Sitio oficial del distrito América del Sur*. Disponible en [www.fsspx-sudamerica.org/fraternidad/editorial128](http://www.fsspx-sudamerica.org/fraternidad/editorial128). Consultado el 12 de mayo de 2015.
- 2010b. “Después del naufragio”, en *Fraternidad Sacerdotal San Pío X - Sitio oficial del distrito América del Sur*. Disponible en [www.fsspx-sudamerica.org/fraternidad/editorial129](http://www.fsspx-sudamerica.org/fraternidad/editorial129). Consultado el 12 de mayo de 2015.
- Caracol. 2009. “Familiares de desaparecidos del Palacio de Justicia denuncian agresión del Coronel Alfonso Plazas”. Disponible en [www.caracol.com.co/noticias/judicial/familiares-de-desaparecidos-del-palacio-de-justicia-denuncian-agresion-del-coronel-alfonso-plazas/20090505/nota/806723.aspx](http://www.caracol.com.co/noticias/judicial/familiares-de-desaparecidos-del-palacio-de-justicia-denuncian-agresion-del-coronel-alfonso-plazas/20090505/nota/806723.aspx). Consultado el 23 de abril de 2013.
- Clarín. 2000. “Desaparecidos: Consulta de las FF.AA. a la Iglesia”. 11 de noviembre. Disponible en <http://edant.clarin.com/diario/2000/07/11/p-00302>. Consultado el 3 de mayo de 2015.
- CONADEP (Comisión Nacional Sobre la Desaparición de Personas). 1984. *Nunca Más: Informe de la Comisión Nacional Sobre la Desaparición de Personas*. Buenos Aires: Eudeba.
- Cosmos. 2015. “En Santa Fe, la izquierda reclamó la renuncia de César Milani”. 24 de marzo. Disponible en [www.fmcosmos.com.ar/2015/03/en-santa-fe-la-izquierda-reclamo-la-renuncia-de-cesar-milani](http://www.fmcosmos.com.ar/2015/03/en-santa-fe-la-izquierda-reclamo-la-renuncia-de-cesar-milani). Consultado el 25 de marzo de 2015.
- De Vedia, Mariano. 2010. “Inhumaron a Massera con la máxima reserva”, en *La Nación*, 10 de noviembre. Disponible en [www.lanacion.com.ar/1323327-inhumaron-a-massera-con-la-maxima-reserva](http://www.lanacion.com.ar/1323327-inhumaron-a-massera-con-la-maxima-reserva). Consultado el 9 de abril de 2013.
- El Espectador. 2010. “María Jara, desde el exilio, habla de amenazas en su contra”. 22 de noviembre. Disponible en [www.elespectador.com/impresso/judicial/articuloimpresso-236252-maria-jara-el-exilio-habla-de-amenazas-su-contra](http://www.elespectador.com/impresso/judicial/articuloimpresso-236252-maria-jara-el-exilio-habla-de-amenazas-su-contra). Consultado el 10 de mayo de 2015.
2013. “Colombia, al banquillo de los derechos humanos”. 22 de abril. Disponible en [www.elespectador.com/noticias/politica/articulo-](http://www.elespectador.com/noticias/politica/articulo-)

- 417721-colombia-al-banquillo-de-los-derechos-humanos. Consultado el 22 de abril de 2015.
2013. "Procurador arremetió contra la Corte por tumbar el fuero militar". 24 de octubre. Disponible en [www.elespectador.com/noticias/politica/procurador-arremetio-contra-corte-tumbar-el-fuero-milit-articulo-454282](http://www.elespectador.com/noticias/politica/procurador-arremetio-contra-corte-tumbar-el-fuero-milit-articulo-454282). Consultado el 28 de abril de 2015.
- El Nuevo Herald. 2013. "Familia de Videla guarda secreto sobre su entierro y ora por 'concordia'". 24 de mayo. Disponible en [www.elnuevoherald.com/2013/05/24/1483474/familia-de-videla-guarda-secreto.html](http://www.elnuevoherald.com/2013/05/24/1483474/familia-de-videla-guarda-secreto.html). Consultado el 28 de mayo de 2013.
- El Tiempo. 2004. "Tras dos semanas de tensión, renunció Alfonso Plazas". 10 de noviembre. Disponible en [www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-1522457](http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-1522457). Consultado el 28 de marzo de 2015.
2009. "Amenaza a director de Radio Diversia prende alarmas en el Distrito por agresiones a sectores LGBT". 7 de mayo. Disponible en [www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-5161068](http://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-5161068). Consultado el 5 de mayo de 2015.
2012. "Denuncian aparición de panfleto con amenazas a comunidad LGBT". 22 de marzo. Disponible en [www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-11407083](http://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-11407083). Consultado el 5 de mayo de 2015.
- Fampaz. s.f. Declaración de principios. Disponible en [www.fampaz.com.ar/fampaz.htm](http://www.fampaz.com.ar/fampaz.htm). Consultado el 11 de mayo de 2015.
- FBAJCL – Foro de Buenos Aires por la Justicia, la Concordia y la Libertad. 2014. *Manifiesto de Buenos Aires*. Agosto 20. Disponible en [www.justiciayconcordia.org/sitio/2014/08/28/manifiesto-de-buenos-aires](http://www.justiciayconcordia.org/sitio/2014/08/28/manifiesto-de-buenos-aires). Consultado el 20 de mayo de 2015.
- Ginzberg, Victoria. 2003. "Duhalde le pondrá la firma a los indultos", en *Página12*, 20 de mayo. Disponible en [www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-20350-2003-05-20](http://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-20350-2003-05-20). Consultado el 3 de mayo de 2015.
- Huntington, Samuel. 2003 [1996]. *The clash of civilizations and the remaking of the world order*. Nueva York: Simon & Schuster.
- Infobae. 2013. "Un grupo de ultraconservadores intentó impedir que se haga un acto interreligioso en la Catedral". 12 de noviembre. Disponible en [www.infobae.com/2013/11/12/1523294-un-grupo-ultraconservadores-intento-impedir-que-se-haga-un-acto-interreligioso-la-catedral](http://www.infobae.com/2013/11/12/1523294-un-grupo-ultraconservadores-intento-impedir-que-se-haga-un-acto-interreligioso-la-catedral). Consultado el 8 de mayo de 2015.
- Infocatólica. 2010. "'No seamos ingenuos: no es una simple lucha política'. El cardenal Bergoglio asegura que la ley sobre el matrimonio gay es una 'movida' de Satanás". 8 de julio. Disponible en <http://infocatolica.com/?t=noticia&cod=6783>. Consultado el 9 de mayo de 2015.
- JTPCEB – Juzgado Tercero Penal del Circuito Especializado de Bogotá. 2010. Sentencia condenatoria contra Luis Alfonso Plazas.

- Juzgado 51 Penal del Circuito de Bogotá. 2011. Causa No. 2009-0203.
- La Capital. 2013. “Repudian la irrupción de fundamentalistas en la catedral”. 14 de noviembre. Disponible en [www.lacapital.com.ar/informacion-gral/Repudian-la-irrupcion-de-fundamentalistas-en-la-catedral--20131114-0010](http://www.lacapital.com.ar/informacion-gral/Repudian-la-irrupcion-de-fundamentalistas-en-la-catedral--20131114-0010). Consultado el 5 de mayo de 2015.
- La Gaceta. 2015. “Marchan separados, pero juntos critican a Milani”. 24 de marzo. Disponible en [www.lagaceta.com.ar/nota/631194/local/marchan-separados-pero-juntos-critican-milani](http://www.lagaceta.com.ar/nota/631194/local/marchan-separados-pero-juntos-critican-milani). Consultado el 25 de marzo de 2015.
- La Nación. 1998. “Tras negarse a declarar Massera cumple arresto en su casa”. 8 de diciembre. Disponible en [www.lanacion.com.ar/120784-massera-cumple-arresto-en-su-casa](http://www.lanacion.com.ar/120784-massera-cumple-arresto-en-su-casa). Consultado el 9 de abril de 2013.
2006. “Desapareció uno de los testigos que denunció al represor por torturas”. 19 de Septiembre. Disponible en [www.lanacion.com.ar/841773-desaparecio-uno-de-los-testigos-que-denuncio-al-represor-por-torturas](http://www.lanacion.com.ar/841773-desaparecio-uno-de-los-testigos-que-denuncio-al-represor-por-torturas). Consultado el 23 de abril de 2013.
2009. “Expulsan al obispo Richard Williamson de la Argentina”. 19 de febrero. Disponible en [www.lanacion.com.ar/1101321-expulsan-al-obispo-richard-williamson-de-la-argentina](http://www.lanacion.com.ar/1101321-expulsan-al-obispo-richard-williamson-de-la-argentina). Consultado el 15 de mayo de 2015.
2015. “El papa Francisco: ‘Es un atentado a la vida la plaga del aborto’”. 30 de mayo. Disponible en [www.lanacion.com.ar/1797358-el-papa-francisco-es-un-atentado-a-la-vida-la-plaga-del-aborto](http://www.lanacion.com.ar/1797358-el-papa-francisco-es-un-atentado-a-la-vida-la-plaga-del-aborto). Consultado el 30 de mayo de 2015.
- La Prensa. 2015. “Revés judicial para Milani en la causa por la desaparición del conscripto Ledo”. 10 de febrero. Disponible en [www.laprensa.com.ar/431455-Reves-judicial-para-Milani-en-la-causa-por-la-desaparicion-del-conscripto-Ledo.note.aspx](http://www.laprensa.com.ar/431455-Reves-judicial-para-Milani-en-la-causa-por-la-desaparicion-del-conscripto-Ledo.note.aspx). Consultado el 2 de mayo de 2015.
- La Silla Vacía. 2013. “Ricardo Calderón no sólo estaba investigando al Ejército por Tolemaida”. Disponible en [www.lasillavacia.com/historia/las-victimimas-y-el-dilema-de-la-participacion-43931](http://www.lasillavacia.com/historia/las-victimimas-y-el-dilema-de-la-participacion-43931). Consultado el 24 de mayo de 2013.
- Lanata, Jorge. “Borro para la Corona”, en *Clarín*, 22 de noviembre. Disponible en [www.clarin.com/edicion-impresa/Borro-Corona\\_0\\_1253274757](http://www.clarin.com/edicion-impresa/Borro-Corona_0_1253274757). Consultado el 9 de mayo de 2015.
- Mafroni, Carlos. 2012. *Montoneros. Soldados de Massera. La verdad sobre la contraofensiva montonera y la logia que diseño los 70*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Massera, Emilio. 1985. Alegato leído ante la Cámara Federal de la República Argentina. Disponible en [www.periodismodeverdad.com.ar/](http://www.periodismodeverdad.com.ar/)

- 2010/11/11/alegato-del-almirante-emilio-massera-en-el-juicio-a-las-juntas-en-octubre-de-1985/ Consultado el 8 de abril de 2013.
- Noticias Uno. 2009. Por amenazas de muerte René Guarín abandona el país. 11 de julio. Disponible en <http://noticiasunolaredindependiente.com/archivos/9184>. Consultado el 9 de abril de 2013.
- Olivera, Javier. IVE. 2009. “Carta de un sacerdote sobre militares argentinos presos”, en *Las cruces de las espadas*, 13 de agosto. Disponible en <http://lascrucedelasespadas.blogspot.de/2009/08/carta-de-un-sacerdote-militares>. Consultado el 7 de mayo de 2015.
- Pagina12. 2011. “Primera sentencia por los crímenes de la Esma: Perpetua para Astiz, el ‘Tigre’ Acosta, Cavallo, Donda, Pernías, Rádice y otros seis genocidas”. 26 de octubre. Disponible en [www.pagina12.com.ar/diario/ultimas/20-179823-2011-10-26](http://www.pagina12.com.ar/diario/ultimas/20-179823-2011-10-26). Consultado el 10 de abril de 2013.
- Pinochet, Augusto. 1973. Discurso pronunciado por el señor presidente de la junta de gobierno, general de ejército don Augusto Pinochet Ugarte, al cumplirse un mes desde la fecha de constitución de la junta de gobierno. Disponible en [www.retoricas.com/2010/05/discurso-pinochet-constitucion-junta.html](http://www.retoricas.com/2010/05/discurso-pinochet-constitucion-junta.html). Consultado el 2 de mayo de 2013.
- Plazas Vega, Luis Alfonso. 2011a. *¿Desaparecidos? El negocio del dolor*. Bogotá: Dipón – Gato Azul.
- 2011b. Entrevista con Fernando Londoño Hoyos en el programa “La hora de la verdad” de la cadena *Radio Super*. Disponible en [www.youtube.com/watch?v=85LbA6j2ayc](http://www.youtube.com/watch?v=85LbA6j2ayc). Consultado el 8 de abril de 2013.
- Poder Judicial de la Nación [Argentina]. 1985. *Causa No. 13/84*. Disponible en [www.derechos.org/nizkor/arg/causa13/index.html](http://www.derechos.org/nizkor/arg/causa13/index.html). Consultado el 9 de abril de 2013.
- Puentes, Ricardo. “Historia del socialismo XII: Capitalistas financiando al socialismo”, en *Periodismo sin fronteras*. Disponible en [www.periodismosinfronteras.com/historia-del-socialismo-xii-capitalistas-financiando-al-socialismo.html](http://www.periodismosinfronteras.com/historia-del-socialismo-xii-capitalistas-financiando-al-socialismo.html). Consultado el 15 de mayo de 2015.
- Reato, Ceferino. 2012. *Disposición final. La confesión de Videla sobre los desaparecidos*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Reyes, Elizabeth. 2010. “Alejandro Ordóñez” en *Gente*, noviembre. Disponible en <https://revistagentecolombia.wordpress.com/2011/10/12/alejandro-ordonez-el-procurador>. Consultado el 15 de mayo de 2015.
- Semana. 2012. “Manifestación antiaborto y de apoyo a la reelección de Ordóñez”. 24 de septiembre. Disponible en [www.semana.com/nacion/articulo/manifiestacion-antiaborto-apoyo-reeleccion-ordonez/265313-3](http://www.semana.com/nacion/articulo/manifiestacion-antiaborto-apoyo-reeleccion-ordonez/265313-3). Consultado el 15 de mayo de 2015.
- Solanet, Alberto. 2014. Discurso de apertura del presidente de Abogados por la Justicia y la Concordia en el Foro de Buenos Aires por la Justi-

- cia y la Concordia. Buenos Aires, agosto 19. Disponible en [www.justiciayconcordia.org/sitio/2014/10/03/discurso-de-a-pertura-del-presidente-de-abogados-por-la-justicia-y-la-concordia-dr-alberto-solanet](http://www.justiciayconcordia.org/sitio/2014/10/03/discurso-de-a-pertura-del-presidente-de-abogados-por-la-justicia-y-la-concordia-dr-alberto-solanet). Consultado el 19 de mayo de 2015.
- Telam. 2013. "Fue terminante respecto a la conducta de Jorge Bergoglio y el cardenal Aramburu. Testimonio de Graciela Yorío: 'Mi hermano fue abandonado por la Iglesia'". 20 de abril. Disponible en [http://memoria.telam.com.ar/noticia/esma-la-iglesia-le-dio-la-espalda-a-yorio-y-a-jalics\\_n2521](http://memoria.telam.com.ar/noticia/esma-la-iglesia-le-dio-la-espalda-a-yorio-y-a-jalics_n2521). Consultado el 12 de mayo de 2015.
- The Guardian. 2012. "Anders Behring Breivik trial: killer rejects authority of Oslo court". 16 de abril. Disponible en [www.guardian.co.uk/world/2012/apr/16/anders-behring-breivik-trial](http://www.guardian.co.uk/world/2012/apr/16/anders-behring-breivik-trial). Consultado el 16 de abril de 2012.
- TSDJB – Tribunal Superior de Distrito Judicial de Bogotá. 2012. Fallo de ratificación en segunda instancia de la condena contra Luis Alfonso Plazas.
- Umaña Hernández, Camilo. 2013. "Gracias por no doblegarte, papá" en *El Espectador*, 13 de abril. Disponible en [www.elespectador.com/noticias/nacional/articulo-415924-gracias-no-doblegarte-papa](http://www.elespectador.com/noticias/nacional/articulo-415924-gracias-no-doblegarte-papa). Consultado el 13 de abril de 2013.
- Unoamérica. 2009a. *Declaración*. Montevideo, septiembre 29. Disponible en [www.fuerzasolidaria.org/?p=1734](http://www.fuerzasolidaria.org/?p=1734). Consultado el 19 de mayo de 2015.
- 2009b. *El plan del Foro de São Paulo para destruir las fuerzas armadas*. Libro electrónico. Unoamérica: sin ciudad de publicación. Disponible en <http://www.unoamerica.org/unoPAG/libros.php?id=11>. Consultado el 19 de mayo de 2015.
- Vanguardia. 2009. "Por amenazas cancelaron primeros matrimonios gay en Bucaramanga". 5 de noviembre. Disponible en [www.vanguardia.com/historico/44787-por-amenazas-cancelaron-primeros-matrimonios-gay-en-bucaramanga](http://www.vanguardia.com/historico/44787-por-amenazas-cancelaron-primeros-matrimonios-gay-en-bucaramanga). Consultado el 6 de mayo de 2015.
- Verbitsky, Horacio. 2010. "El almirante y el cardenal", en *Página12*, 9 de noviembre. Disponible en <http://seprin.info/2014/11/19/las-notas-desaparecidas-de-verbitsky-sobre-el-papa>. Consultado el 8 de mayo de 2015.





## **Parte 3**

# **Entornos institucionales**

---

## 11 O sujeito (em) cena: violência, subjetividade e memória na América latina 1980-2011

*Márcia Barros Ferreira Rodrigues*

*Maria Cristina Dadalto*

Tomando a história do Estado do Espírito Santo, situado na região sudeste do Brasil, como pano de fundo, nosso objetivo nesse artigo é apresentar uma fase do projeto de pesquisa “A construção social do crime na história do Espírito Santo”.<sup>1</sup> Nosso objetivo é apontar as categorias sociais a serem trabalhadas na pesquisa sob a perspectiva da genealogia de Foucault, a saber: botocudos, trabalhadores rurais e trabalhadores urbanos. Metaforicamente representados como selvagens, forasteiros e baianos. Nossa proposta de pesquisa é analisar o processo de criminalização dessas categorias a luz da sociologia do crime (Misse, 2011) num diálogo com Todorov (2010) a partir da sua concepção de invasor e bárbaro, traçando uma ponte com a noção de estrangeiro no duplo sentido, ou seja, objetivo e subjetivo pelo viés psicanalítico como propõe Koltai (2000).

Nossa perspectiva teórica é tratar esse processo social e subjetivo do ponto de vista histórico e psicanalítico para avaliar a hipótese de como as categorias sociais dos botocudos, trabalhadores rurais e urbanos aparecem em diferentes momentos da história do Espírito Santo como “classes perigosas” a partir de um processo de ideologização que tem como base a construção social de identidades deterioradas que justificam em diferentes conjunturas medidas autoritárias e repressivas perante esses segmentos sociais como busca de legitimidade para controle do Estado.

Nosso arcabouço teórico articula a sociologia por meio das categorias sociais e do processo de criminalização, a história por intermédio da memória e identidade e por último a psicanálise para analisar os processos de subjetivização a partir dos sintomas sociais expressos pelas metáforas

<sup>1</sup> Pesquisa em desenvolvida no PPGHIS da UFES por Marcia B.F. Rodrigues e Maria Cristina Dadalto com apoio da Fundação de Amparo à Pesquisa do Espírito Santo (FAPES).

selvagens (índios botocudos), forasteiros (trabalhador rural imigrante) e baianos (trabalhadores urbanos imigrantes).

A perspectiva na construção social da violência no Espírito Santo é de longa duração num recorte temporal desde o período colonial até a contemporaneidade. Nossa periodização parte do problema da criminalização dessas categorias sociais e irá focar por período a gênese do processo de construção social dessas categorias sociais enquanto “classes perigosas” e ameaçadoras à ordem social quer no projeto colonizador e civilizatório, quanto no projeto de dominação oligárquica e no projeto desenvolvimentista moderno pós golpe militar de 1964.

Partimos do princípio de que o conflito entre portugueses e botocudos, oligarquia e trabalhadores rurais, empresários e trabalhadores urbanos podem ser vistos ao longo da história do Espírito Santo, como a manifestação de um deslocamento do conflito político-econômico, com viés racista para o campo simbólico das formações identitárias (Rodrigues, 2006), onde foram tecidas representações sociais ideologizadas com forte apelo às emoções inconscientes alicerçadas num autoritarismo afetivo (Cerqueira Filho, 2005).

Nosso trabalho de pesquisa busca capturar por meio de documentos, relatos orais, literatura e fontes secundárias, nas conjunturas específicas a cada categoria, formas de lidar com este Outro, indesejado, forasteiro ou estrangeiro com o qual temos dificuldades de lidar e aceitar. Daí infringir-lhe crueldade e, mesmo, extermínio, tomando-o como uma ameaça. (Koltai, 2000). Nesse caso, o controle social efetivado por diferentes projetos de dominação (colonial, oligárquico e desenvolvimentista) oferece uma saída para o conflito social, político e psíquico no Espírito Santo.

Na genealogia arqueológica que intentamos realizar buscamos o apoio da teoria psicanalítica para tratarmos os aspectos objetivos e subjetivos do tema. Nesse sentido inspirados no paradigma indiciário (Ginzburg, 2002) a “verdade histórica” é enfocada por nós enquanto fragmentos da “verdade psíquica”, cujas conexões com os fatos objetivos da vida passam por caminhos singulares e tortuosos. Assim, o esquecimento produzido pelo recalque e a repetição do sintoma, aqui tomado como indício, tem uma relação.

Segundo nos informa a psicanálise à compulsão a repetição seria a maneira enviesada que o neurótico encontra para tentar trazer a tona uma cena, uma fantasia ou pensamento recalcado. Dessa forma, o sintoma promove o retorno em ato do que foi esquecido/reprimido/ recalcado e

permite também um simulacro do prazer proibido (gozo). Contra a dobradinha esquecimento/sintoma Freud propôs a elaboração do trauma (Kehl, 2013). Assim, o laço com o social e a história pode se estabelecer, metodologicamente, na observação sociológica e indiciária de padrões de repetição de fatos violentos e traumáticos que marcam as sociedades governadas com base na supressão da experiência histórica. Típico de sociedades historicamente marcadas pelo autoritarismo como o Brasil e o Espírito Santo em particular.

No âmbito nacional poderíamos citar alguns dados históricos que marcam essa tradição punitiva na cultura brasileira que vem da herança ibérica e inquisitorial da nossa colonização portuguesa tais como: abolição/república e a exclusão dos negros e afrodescendentes pobres do projeto republicano; a construção do mercado de trabalho/discurso jurídico e o processo de criminalização; raça x nação e o branqueamento do processo civilizatório autoritário; o código criminal x civil que define quem é cidadão; a concepção da polícia enquanto instituição de repressão baseada em critérios jurídicos cristãos inspirados no código canônico e na idéia de culpa e punição; os governos republicanos de corte conservador e autoritário; polícia/política e a militarização da questão da segurança pública, marcadamente no golpe de 1964; o modelo econômico excludente e conseqüentemente o esgarçamento dos laços sociais de solidariedade, gerando ódios e ressentimentos recíprocos; a representação social e seus efeitos no imaginário e no sentimentos do tecido social como um todo.

As circunstâncias histórico-culturais do nosso país e as opções tomadas pelos donos do poder no período republicano, até pelo menos meados dos anos 80 do século XX para ficarmos na contemporaneidade, produziu um déficit enorme com grande parcela da população brasileira que se viu marginalizada e excluída do projeto republicano. O efeito dessa exclusão secular foi indelével e se faz presente cotidianamente no noticiário dos jornais e na mídia, onde determinados segmentos da população, aparece simultaneamente como vítima e algoz de delitos escabrosos que atormentam a todos nós.

Diante desse quadro entendemos que na vida social não há direito perdido que não tenha sido usurpado por alguém. Resgatar esse processo exige a restauração da memória social e sua reformulação a partir de novas evidências. A verdade social não é ponto de chegada, é processo. Sua elaboração depende do acesso às informações. Portanto, a repetição pa-

tológica de erros e crimes passados é um sintoma, uma pista a ser seguida numa abordagem interdisciplinar.

No Espírito Santo os sintomas de esquecimento e de repetição de crimes e fatos violentos podem ser identificados em diferentes momentos da sua história nas categorias sócias representada pelos índios botocudos enquanto “selvagens” e bárbaros, nos trabalhadores rurais e imigrantes enquanto “forasteiros” ou estrangeiros e nos trabalhadores urbanos imigrantes enquanto “baianos” ou criminosos. Em potencial essas categorias são consideradas ameaças e criminalizadas pelo processo social que se materializa no sentimento de xenofobia presente nos discursos da população e do poder público em diferentes matizes.

É importante destacar que essa repetição sintomática não só remete a violência originária como também e principalmente ressurge nas execuções policiais de jovens, assassinatos de índios, imigrantes, líderes políticos, de pequenos agricultores, na discriminação étnica, de gênero etc. Por fim, essas brutalidades não elaboradas ou reparadas são terreno fértil para fantasias autoritárias e de extermínio legitimadas pela população. Servem de justificativa política para medidas de controle social discriminatória e seletiva que tendem a se repetir em momentos específicos.

No caso do Espírito Santo esses episódios violentos remontam aos momentos de mudança no ordenamento político e econômica vinculado às atividades extrativistas da madeira e disputas de fronteira bem como nos conflitos por terra (Ecoporanga, Noroeste do estado), na atividade cafeeira e mais recentemente nos ciclos de desenvolvimento industrial a partir da erradicação do café na década 1970 com a implantação dos grandes projetos, durante a ditadura militar de 1964, e que atingiu a Região Metropolitana da Grande Vitória (RMGV), atualmente se estendendo para o interior do estado.

O Espírito Santo vem passando por uma dinâmica de modernização e urbanização acelerada nos últimos 50 anos. Os reflexos socioeconômicos desse processo se apresentam em forma variada: segregação e exclusão urbana, conflitos ambientais, violência, dentre outros. Os efeitos dessa dinâmica na Região Metropolitana da Grande Vitória (RMGV) com recorte na segregação e exclusão, tendo como consequência a escalada da violência urbana. A modernização e desenvolvimento no Espírito Santo têm início nos anos de 1960 após intensa transformação apoiada nas diretrizes da política de erradicação dos cafezais, base da economia do Estado até então, dando novos rumos à estrutura econômica, que se direciona

para o padrão industrial internacional. Essa modernização necessitou de um aporte de mão de obra inexistente nessa região até por ter criado em torno de si, uma demanda econômica indireta e eliminou postos de trabalho na zona rural, causando êxodo. Dessa maneira, o Espírito Santo apresentou um aumento do percentual de população urbana que passou de 45% em 1970 para mais de 60% no século XXI, movimento aprofundado com a exploração de petróleo a partir dos anos de 1990. Como resultado desse processo, o conjunto dos municípios que compõe RMGV, formada pelos municípios de Cariacica, Serra, Vila Velha, Vitória, Viana, Fundão e Guarapari, passaram a concentrar, a partir dos anos de 1970 e de forma escalonada, quase a metade da população do Estado. Senão vejamos: nos anos de 1970 a Região Metropolitana era responsável por 24,1% da população estadual, na década de 1980 por 34,9% e atualmente, por 47,5% dos residentes. (Duarte, 2012). Destaca-se que a continuidade dessa tendência concentradora se mantém até os dias atuais. Considera-se, nessa direção, que a centralidade da RMGV – responsável por cerca de 60% do Produto Interno Bruto do (PIB) do estado – é resultado inevitável da contínua absorção de migrantes vindos de várias regiões do próprio estado, do país e do exterior, estes em menor grau. Assim, o contexto sociocultural, histórico e econômico de transformação e desenvolvimento da Região Metropolitana da Grande Vitória explicita as razões do fenômeno migratório e das sobredeterminações de segregação e exclusão urbana presentes na contemporaneidade, nesta conjuntura referida aos imigrantes (Dadalto, 2007), denominados pejorativamente de “bairanos”

Buscamos analisar questões relacionadas à construção social de um imaginário dividido entre o bom e o mau imigrante e como esse imaginário institucionaliza o caráter identitário na constituição de dinâmicas sociais e de criminalização (Dadalto, 2009). Dessa forma, a metodologia por nós utilizada possui elementos de continuidade e ruptura com procedimentos metodológicos das ciências sociais ainda devedores do paradigma positivista. Assim, sem deixar de lado o paradigma racional-indutivo (continuidade), introduz-se o paradigma indiciário (ruptura). Tal metodologia tem o propósito de superar a dicotomia ainda existente entre racionalidade e irracionalidade, assim como dar conta da dimensão do imaginário e da fantasia (inerente ao humano), na ação política a partir de pistas ou sintomas tomados como sinais. Busca-se a interface interdisciplinar que remete ao campo dos estudos de fronteira entre História, Sociologia, Teoria política e Psicanálise.

Isto porque, o “selvagem”, “estrangeiro”, “forasteiro”, ou “baiano” remetem tanto ao Outro inimigo – que pode ser imigrante, árabe, nordestino, negro ou judeu, dependendo da cultura e da época – quanto àquele que fascina por ter sobrevivido à separação. Entendemos o “estrangeiro”, enfim, como “todo aquele que é tão singelamente e atterradoramente, o estranho”. Como nos aponta a abordagem de estrangeiro proposta por Koltai (2000) que remete a um limite, a uma fronteira, que situa o sujeito, o outro, na margem do individual e singular com o social e político. Significando, neste ponto de vista, que o indício irá constituir um traço daquilo que faz laço, conflito/tensão, separação e sutura entre a história individual e a história da cultura.

Segundo a análise sociológica das relações de poder produzidas por Elias (2000), o estabelecido pertence a “um grupo que se autopercebe e que é reconhecido como uma “boa sociedade”, mais poderosa e melhor, uma identidade social construída a partir de uma combinação singular de tradição, autoridade e influência”. Já o estrangeiro – designado como outsider – é aquele não membro que está fora dessa “boa sociedade”.

Nessa direção, o espaço social se retraduz no espaço físico e nele tempo e história se entrecruzam. De modo tal que as representações, as interações entre os indivíduos, as relações simbólicas e de prestígio, as narrativas, o imaginário e as transformações materiais, reproduzem a relação desses homens e mulheres – ou estabelecidos e estrangeiros – com o lugar em que vivem e convivem e no qual experimentam a diferença.

A partir dessa interpretação podemos perceber como as relações sociais estudadas a partir das categorias indicadas (índios, imigrante rural e urbano) são complexas e engendram muitas violências. Nesse sentido, é preciso compreender esse imaginário e a construção da subjetividade e das identidades dos grupos, para a aproximação solidária entre as pessoas.

É possível avaliar as diversas formas que a violência assumiu e suas manifestações na cultura, produzindo uma estética que se constitui na lógica do capitalismo (Jameson, 1996). Ou seja, a cultura está totalmente imersa na lógica da mercadoria nesse momento multinacional do capitalismo, mas que tem raízes remotas. Por isso, propicia um campo enorme para análise das violências proporcionada pelas angústias, medos, desconfiança, inveja, raiva, intolerância, ressentimento e quebra de laços sociais de solidariedade, que, por sua vez, estabeleceu um estado de

passividade, indiferença e ódios recíprocos na formação social brasileira (Rodrigues, 2010).

Inclui-se aí a ausência da responsabilidade parental do estado, ou seja, conjunto de práticas políticas e ideológicas encetadas a partir de um lugar de poder dentro de uma dada lógica institucional. A expressão em Pierre Legendre (1992) aparece sob a forma de *função parental*, porém Cerqueira Filho e Neder (1997) *propõem responsabilidade parental*, com a qual concordamos.

A responsabilidade parental do Estado implica a idéia de filiação, o que é da máxima importância. Na interpretação de Pierre Legendre, o conceito de *filiação* é fundacional. Pois o processo de formalização institucional dos Estados no ocidente cristão inscreveu-se dentro da problemática da *Referência*. O que implica afirmar o conceito de Estado para além de aspectos socioeconômicos, portanto, da idéia de mercado. A partir de uma perspectiva do juridicismo ocidental, o Estado organiza e é organizado, prioritariamente, como uma forma histórica destinada a fazer produzir efeitos normativos. Estes efeitos representam os fundamentos da vida dos sujeitos individuais e coletivos; e a normatividade é lugar de realização de um jogo de imagens tributário da razão mesma da vida. Como a religião, o Estado, na cristandade ocidental é a origem subjetiva e social do Interdito.

Em outras palavras, o *Interdito* possibilita o imperativo da diferenciação, que consiste, dentro da espécie falante, em controlar, civilizar, e por fim, simbolizar duas questões interligadas: a morte (o homicídio, especialmente do pai – o parricídio) e o incesto. Portanto, representar os fundamentos da vida, em todas as culturas, não tem outra implicação que não instituir as imagens fundantes, onde repousam sucessivas remissões ao princípio da diferenciação de imagens que estão na base da genealogia, o que quer dizer do princípio do Pai para os dois sexos. A *Referência* é, pois, o discurso que põe em cena o que estamos denominando responsabilidade parental do Estado.

Para Cerqueira Filho e Neder (1997), a responsabilidade parental do Estado, do ponto de vista social, político, ideológico e jurídico, não significa paternalismo, no sentido pejorativo, muito embora, em algumas situações históricas, a prática política e ideológica dos Estados venha revestida de paternalismo no sentido estrito do termo. Geralmente, sob o paternalismo, verifica-se uma *Referência em excesso* destas mesmas responsabilidades parentais e tende a se produzir efeitos políticos, ideológicos e,



sobretudo, sociais de fragilização dos segmentos mais vulneráveis da sociedade, semelhante àqueles onde ocorre à ausência da responsabilidade parental do Estado. Como sabemos, informados pela psicanálise, todo excesso é sempre um indício, daí inferimos que o Estado na tradição cristã ocidental, enquanto *Referência*, peca tanto por ausência, quanto por presença excessiva (paternalismo), gerando nos dois casos, vulnerabilidades e fragilidades sociais. No caso do Espírito Santo essas vulnerabilidades podem ser analisadas a partir das categorias sociais tomadas como objeto de estudo, como os índios, imigrantes rurais e urbanos representados metaforicamente no processo histórico do Espírito Santo, respectivamente como “selvagens”, “forasteiros” e no tempo presente “baianos”.

### Bibliografia

- Berlinck, Manuel Tosta. 2000. “Insuficiência Imunológica Psíquica: Estudos Gerais da Psicanálise” in *Psicopatologia Fundamental*, Escuta: São Paulo.
- Carneiro, M. da C. (Org.). 1992. *Legislação indigenista do século XIX*. Edusp.
- Cerqueira Filho, Gisálio; Neder, Gizlene. 1997. *Emoção e Política*, Porto Alegre: Sérgio Fabris Editor.
- Cerqueira Filho, Gisálio. 2005. *Autoritarismo afetivo: a Prússia como sentimento*. São Paulo: Escuta.
- Dadalto, M. Cristina. 2007. “Os rastros da diversidade da identidade capi-xaba”, en *SINAIS –Revista Eletrônica– Ciências Sociais*. Vitória: CCHN, UFES, Edição Especial de Lançamento, n. 01, v. 1, Abril, pp. 57-74.
2009. *A imigração tece a cidade: polo industrial de Colatina*. Vitória: Cultural & Edições Tertúlia.
- Duarte, Maurizete Pimental Loureiro. 2012. *A expansão da periferia por conjunto habitacional na região da Grande Vitória (1964-1986)*. Vitória: Grafitusa.
- Elias, Norbert. 2000. *Os estabelecidos e os outsiders*. Rio de Janeiro: Jorge Zahar.
- Ginzburg, Carlo. 2002. *Relações de força: história, retórica, prova*. São Paulo: Companhia das Letras.
- Jameson, Frederic. 1996. *Pós-modernismo: a lógica cultural do capitalismo tardio*. São Paulo: Ática.
- Kehl, Maria Rita. 2008. *A fratria órfã: conversas sobre a juventude*. São Paulo: Olho d’Água.
2013. “A verdade e o recalque. Os crimes se repetem como farsa” in *Folha de São Paulo*, 24 de março, São Paulo.

Márcia Barros Ferreira Rodrigues y Maria Cristina Dadalto

- Koltai, Caterina. 2000. *Política e Psicanálise. O Estrangeiro*. São Paulo: Escuta.
- Legendre, Pierre. 1983. *O amor do Censor: ensaios sobre a ordem dogmática*. Rio de Janeiro: Forense Universitária - Colégio Freudiano.
1992. *Les enfants du texte. Étude sur la fonction parentale des États*. Paris: Fayard.
- de Mattos, Izabel Missagia. 2004. *Civilização e revolta: os botocudos e a catequese na Província de Minas Gerais*. Bauru (SP): Edusc.
- Misse, Michel (Org.). 2010. *O Inquérito policial no Brasil: uma pesquisa empírica*. Rio de Janeiro: NECVU/IFCS/UFRJ, BOOKLINK.
2011. *Crime e Violência no Brasil Contemporâneo. Estudos de sociologia do Crime e da Violência Urbana*. Rio de Janeiro: Editora Lumen Juris.
- Rodrigues, Marcia B. F. 2010. “Consumo e violência: o fetiche no jogo de dominação da juventude” in Dadalto, Maria Cristina, et al. (Orgs.). *Sociedade e Consumo. Múltiplas Dimensões na Contemporaneidade*. Curitiba: Juruá.
2004. “Exclusão e imaginário político: reflexões acerca dos afetos nos processos de inclusão social”, in *Exclusão Social e Identidades*. Vitória: Flor e Cultura.
2006. “As referências identitárias no processo de modernização atual: reflexões indiciárias sobre o caso brasileiro” in Ventura, Gilvan et. alli. (Orgs.). *As Identidades no tempo. Ensaios de gênero, etnia e religião*. Vitória.
- Todorov, Tzvetan 2010. *O Medo dos Bárbaros: Para além do choque das civilizações*. Petrópolis: Vozes.

---

## 12 **Cultura política y memoria: relación necesaria para América latina. Una mirada situada en Medellín, Colombia**

*Juan David López Morales*

### **Introducción**

La preocupación por la memoria necesariamente se inscribe en la pregunta por la “naturaleza” del tiempo. El pasado, el presente y el futuro, abstracciones cronológicas en las que se divide el tiempo, son categorías vacías a menos que se ubiquen en un espacio, físico o imaginario, y se les dote de un carácter histórico en el cual sea posible comprenderlas como capítulos de una narración, no bajo la estructura de introducción-nudo-desenlace, sino como una sucesión de rupturas y continuidades que configuran y se configuran en el devenir de la historia humana.

En buena medida, la articulación del devenir histórico está dada por la manera en que se materializa la conciencia histórica de los sujetos. El movimiento longitudinal de la historia del que habla Zemelman, (en De Alba y Cruz, 2009: 87) comprende el tiempo que ha sido, pero es a través de la memoria que este se convierte en narración, que se organiza y clasifica para, en últimas, servir al presente desde el cual se construye y para, quizás, animar la proyección del futuro, del tiempo que será. Esta pareciera una descripción idealizada del problema, pero ninguno de estos procesos y momentos es posible por fuera de la lucha por la dirección misma de la historia, aún en los niveles más íntimos en que se pueda inscribir el accionar humano. En palabras de Norbert Lechner: “No hay una finalidad de la historia fijada de antemano y cada época, cada grupo define a partir de su experiencia el sentido del orden” (1988: 17). Esa lucha por el orden, “donde el imaginario juega un papel decisivo, particularmente en culturas no asentadas como las que vivimos” (ibíd.: 17), es la política misma.

El objetivo de esta ponencia es relacionar la memoria, como anclaje del devenir histórico, pero sobre todo como una construcción profundamente política, con las perspectivas de la cultura política desde donde se analiza la manera en que los sujetos significan y se significan en lo político dentro de unos marcos culturales en los cuales se escenifica esa construcción. Además, como anclaje contextual, se pondrá esta relación en el escenario de Medellín, Colombia, donde las conflictividades urbanas en el marco del conflicto armado colombiano, y la transformación de sus dinámicas, han permitido que emerja la preocupación por la memoria desde las víctimas del conflicto, y que, en torno a esta, lo político asuma unas nuevas dimensiones como espacio de actuación.

La ponencia no está planteada como un estudio de caso, pero sí como una mirada situada, es decir, una mirada “políticamente ubicada” (Hall, en Restrepo et al., 2010: 8). En este sentido, busca valerse del análisis contextual del conflicto urbano de la ciudad de Medellín y del período de aparente transición que atraviesa Colombia para establecer una relación que permita enriquecer el análisis de la cultura política a partir de los aportes de los estudios de la memoria como urgencia que el momento actual de Colombia le plantea a las ciencias sociales.

### **Colombia: la hora de las víctimas**

En Colombia, la última década ha permitido la emergencia de las víctimas del conflicto; millones de colombianos<sup>1</sup> reclamando verdad, justicia, reparación y garantía de no repetición han comenzado a hacer parte de la agenda pública del país, ya no bajo la construcción social esencialista de las víctimas como sujetos indefensos (Blair, 2008), sino como actores sociales legítimos y capaces de retomar su vida con dignidad. Con esto no se pretende romantizar a los sectores que, a causa de la violencia, han tenido que sobrevivir con la etiqueta de víctimas, pues como en otros contextos, ha sido un proceso lento y difícil. Por ejemplo, según cifras de la Corporación Región (2011), hasta 2009 habían sido asesinadas 66 personas líderes de los procesos de reclamación de tierras abandonadas o despojadas a causa del conflicto. Esta cifra sigue creciendo.

<sup>1</sup> De acuerdo con algunos datos presentados por el portal VerdadAbierta.com, las dos últimas décadas permiten aproximarse a una cifra entre 38.000 y 51.000 víctimas, según las fuentes de información, sin contar las cifras de desplazamiento forzado, que oscilan entre 2 y 5 millones, dependiendo también de las fuentes (VerdadAbierta.com, s.f.).

La particularidad del caso colombiano ha sido precisamente esa: las reivindicaciones de las víctimas, incluyendo las estrategias de memoria, han emergido en medio del conflicto, y no tras su finalización. Colombia sigue produciendo víctimas, y revictimizando a las personas que ya estaban en esta situación. Así, el reto es “hacer memoria de un pasado que no pasa, pues si bien el miedo persiste y la repetición de las tragedias no cesa, la necesidad de las víctimas de que se conozca la barbarie de lo vivido y lo sufrido constituye una apuesta al día” (Corporación Región, 2011), tanto del movimiento de víctimas como de la sociedad colombiana en general.

El conflicto en Medellín no constituye una simple manifestación local del conflicto social y armado a nivel nacional, pues desde su aparición y a través de su desarrollo, ha articulado dinámicas conflictivas propias de las periferias de la ciudad (como algunos grupos armados de aparición espontánea y previa a la de los actores armados del conflicto nacional en la ciudad, dinámicas de violencia intrafamiliar, etc.), con las dinámicas propias de las guerrillas y los grupos paramilitares, muy ligados estos últimos a las problemáticas del narcotráfico (Blair et al., 2009). Esto ha significado una escalada tal de la conflictividad urbana, que ni siquiera un acuerdo de paz con las guerrillas podría cambiar lo que sucede actualmente en las comunas<sup>2</sup> de la ciudad.

Esto plantea muchos retos para el estudio de la memoria de las víctimas en la ciudad. Medellín, además de ser ciudad “pionera” en dinámicas de violencia, pareciera serlo en estrategias de memoria. No se trata necesariamente de una relación causal, pero las particularidades del conflicto de la ciudad también han marcado unas particularidades en la lucha por los derechos de las víctimas: el peligro que siguen corriendo sus vidas, el gran esfuerzo institucional –a veces interrumpido– por parte de las administraciones municipales, una posibilidad gigantesca de revictimización debido a la persistencia de la “guerra” y de la división social entre las víctimas y quienes no lo son, o entre víctimas de un bando y víctimas de otro.

En este contexto han surgido iniciativas locales como la construcción del Museo Casa de la Memoria y el Programa de Atención a Víctimas de la Alcaldía de Medellín. También iniciativas propias de las víctimas, como la conmemoración de la Operación Orión en octubre de cada año en la Comuna 13, y muchas organizaciones de la sociedad civil con distintas rei-

<sup>2</sup> La división administrativa de Medellín se compone de 16 comunas y 4 corregimientos.

vindicaciones: contra la violencia de género, por la memoria de los hijos, contra la violencia contra los jóvenes, etc. Esto se acompaña de una transformación de las dinámicas militares del conflicto nacional, así como de la aparición de legislación nacional frente al tema, particularmente, la Ley 975 de 2005, Ley de Justicia y Paz, y la Ley 1448 de 2011, conocida como *Ley de Víctimas y Restitución de Tierras* que, entre otras disposiciones, establece el 9 de abril como día nacional de solidaridad con las víctimas.<sup>3</sup> Posteriormente apareció el Marco Jurídico para la Paz, aprobado en 2012 como herramienta de justicia transicional en miras del proceso de diálogo que apenas iniciaba entre el gobierno colombiano y la guerrilla de las FARC en La Habana, Cuba.

Este marco social e institucional ha permitido la aparición y ampliación de un movimiento nacional de víctimas del conflicto armado a lo largo del país (Corporación Región, 2011), pero al mismo tiempo, es una consecuencia de la presión que este movimiento ha venido ejerciendo desde diferentes espacios y con distintas estrategias. No en vano, las delegaciones de La Habana han recibido la visita de cinco grupos de víctimas de distintos actores armados.

Otros asuntos de particular importancia en este contexto son la aparición del Museo Nacional de Memoria en Bogotá, el Centro de Memoria Histórica, engendrado en la desaparecida Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación, y el proceso de negociación del fin del conflicto llevado a cabo en La Habana entre el gobierno colombiano y las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia, FARC. Nunca como ahora, el país había visto un despliegue institucional y social tan amplio en torno a las víctimas y sus derechos. Pero, ¿cómo entra la memoria aquí?

### **La memoria como contención**

Los procesos políticos latinoamericanos constituyeron una separación de las primeras preocupaciones por la memoria surgidas en el contexto europeo a comienzos del siglo XX que centraban su atención en el problema de la construcción del Estado-nación. Acontecimientos particulares como las dictaduras de América Latina, el apartheid en Sudáfrica o la violencia

<sup>3</sup> También legislación previa como la Ley 387 de 1997, primera en materia de desplazamiento forzado en el país. Así mismo, ha sido importante el papel de las sentencias de la Corte Constitucional, como la T-025 de 2004, mediante la cual declaraba un “Estado de Cosas Inconstitucional” frente a la situación del desplazamiento forzado en el país; y la presión internacional para que estos temas se reconozcan y reglamenten.

en Colombia, han hecho que, aproximadamente desde la década de 1980, emerjan otras formas de memoria política. “La memoria política dejaba de ser solo una cuestión de Estado y de cohesión social, para ser una dimensión de la lucha política de grupos que exigían verdad y justicia y disputaban narrativas en la esfera pública” (Lifchitz y Arenas, 2012: 100).

El momento de la posguerra, como afirma François Hartog (2012), significó un desplazamiento de las víctimas de una condición activa y positiva, asociada con el heroísmo de quienes entregaban la vida por la patria, a una pasiva y negativa en la que no se moría por la nación sino a causa de ella. En Latinoamérica las víctimas también han transitado hacia ese segundo momento, si es que no han estado allí siempre.

“Para una víctima, el único tiempo disponible puede bien ser el presente: el presente del drama que acaba de irrumpir o que irrumpió tiempo atrás pero que sigue siendo para la víctima su único presente” (Hartog, 2012). En este sentido, las víctimas permanecen en esa condición, atadas a una temporalidad que parece mantenerse estática a falta de posibilidades de inventar un tiempo distinto, en medio de un conflicto que no cesa, y que es, al mismo tiempo, pasado y presente.

Entonces, la memoria se constituye en un mecanismo potencial de activación de la marcha del tiempo, es decir, en el engranaje necesario para que la sociedad conozca tiempos distintos. La memoria lucha contra el presente continuo y puede convertirse en la necesaria ruptura del eterno retorno al que parecen condenadas nuestras sociedades. Pero para que así sea, la apropiación de esta por parte de las víctimas debe pasar de una acción política de contención a medidas efectivas de reparación y reconciliación.

Casos como el de Colombia permiten afirmar que la representación del pasado que se materializa en la memoria no constituye las bases del Estado ni de la nación, sino que, por el contrario, busca socavar la historia oficial sobre la cual estos se han construido y sustentado, no para destruirlos, sino para que la narrativa de sus propias historias haga parte de la conformación de la esfera pública, “que la sociedad les crea –a las víctimas–, que sus palabras dejen de ser únicamente suyas y se vuelvan públicas, patrimonio de toda la nación; que puedan superar los estigmas y los señalamientos con los que les ha tocado cargar” (Uribe, 2003). Esto significa, tanto para las víctimas como para la sociedad, un “pagaré” simbólico, el recuerdo de una deuda histórica que probablemente no tenga otra forma de resarcimiento que la garantía de no repetición.

Sin embargo, la memoria de las víctimas en Colombia sigue actuando como contención. Esto implica, en primer lugar, que la generalización de la preocupación por la memoria todavía es precaria, pues sigue estando concentrada en quienes bajo distintas formas han tenido una relación directa con las dinámicas del conflicto: investigadores, periodistas, funcionarios públicos, jueces y víctimas.

No es solo que las víctimas no quieran o no puedan hablar, es que casi nadie las quiere oír. Se trata de la indiferencia de quienes podrían ser sus escuchas, porque no les interesa, les aburre o sienten incomodidad con las palabras de las víctimas; indiferencia de quienes prefieren no saber, ignorar lo que está pasando, poner la mirada en otro lado. La palabra mentirosa, la palabra tranquilizadora que indica cuán bien marchan las cosas y cuán cercano está el tiempo de la paz y la concordia, no resulta incómoda ni aburre, y desplaza, por tanto, la palabra de la víctima. (Uribe, 2003: 11).

En ese sentido, un rasgo característico de esta memoria de contención es que no tiene suficiente fuerza en la agenda pública como para convertirse en tema de preocupación nacional, es decir, en una narrativa hegemónica, para lograr que efectivamente, la sociedad quiera escuchar las palabras de las víctimas.

En segundo lugar, es una memoria que no logra atribuirse el significado político que requiere, en el sentido más amplio del término. Es débil en mostrar que tanto las dinámicas del pasado como las del presente –las que llevaron a que casi el 10% de la población del país haya sido víctima de forma directa en las últimas tres décadas– implican confrontaciones profundamente políticas, y que, por tanto, un tránsito favorable para las víctimas pasa por explicar y comprender las causas mismas del conflicto en su dimensión política. Tal es el caso de Medellín, donde las estrategias de memoria no han logrado visibilizar que en la década de 1980 fueron perpetrados asesinatos y desapariciones sistemáticos y selectivos contra a personas de izquierda, tanto desde la militancia clandestina como de la figuración pública y cívica, y que desde entonces se instaló con mayor fuerza el proyecto paramilitar ligado a las mafias del narcotráfico.<sup>4</sup>

Siguiendo a la profesora María Teresa Uribe, es necesario que las voces de las víctimas adquieran una dimensión pública, que aparezcan “en escenarios donde puedan ser leídas y oídas por públicos amplios y, eventualmente, contrastadas, complementadas o criticadas por otros” (2003:

<sup>4</sup> Al respecto véase López (2014).



17).<sup>5</sup> La puesta en público permite algo fundamental y aparentemente obvio: la construcción de relatos colectivos a partir de los relatos individuales. Esta construcción permitiría superar la “despolitización” de la memoria.

En tercer lugar, cuando la memoria actúa como forma de contención, corre el peligro de convertirse en un lugar común, en una reclamación justa pero etérea, pues avanza más sobre la necesidad de reconocimiento que sobre la necesidad de construcción del relato colectivo que implica el proceso de memoria, con lo que bien podría convertirse en “un discurso abstracto, vacío de contenido, en una suerte de código de buenas intenciones con muy escaso valor curativo, formativo o pedagógico” (Uribe, 2003: 23). La memoria como contención se da como negación, como rechazo a la violencia contra sí misma y sus portadores, como barrera y respuesta para que no se repitan los hechos de violencia, y no como acción afirmativa que tienda a la construcción de nuevos relatos.

Vale la pena aclarar que este estado de contención se debe al contexto de transición en el cual, por un lado, la organización de las víctimas y de la sociedad en torno a ellas es un proceso relativamente reciente y, por otro lado, las políticas institucionales que permitirían abrir mayores espacios a estas se ven aún interrumpidas. Como efecto del segundo factor el accionar de víctimas y sociedad civil se termina limitando al ejercicio de veedurías para que, por ejemplo, termine la construcción del Museo Casa de la Memoria en Medellín (aunque ya está en funcionamiento), o siga funcionando el Programa de Atención a Víctimas del conflicto.

Finalmente, la memoria como forma de contención es propia de un momento en el cual la situación comunicativa apenas comienza a hacerse propicia para que los silencios se conviertan en narrativas, es decir, hace parte del contexto de la última década en Colombia, a partir de la desmovilización de algunos grupos paramilitares y los procesos de paz con la guerrilla de las FARC, especialmente en el contexto instalado por el más reciente, que es uno de los más sólidos en la historia del país.

<sup>5</sup> Aunque el artículo del que proviene la cita es de 2003, es decir, de antes de que se dieran las primeras desmovilizaciones de grupos paramilitares y comenzara a aparecer legislación frente a las víctimas, sus consideraciones gozan de mucha vigencia. Por esto ha sido reproducido, entre otros, por la Corporación Región (2011).

## **Cultura política: de las memorias literales a las memorias ejemplares**

La cultura política se ha preocupado por la manera en que “los actores crean el campo de lo político al tiempo que son creados por él” (Echegollén, 1998), es decir, por la manera en que los marcos de sentido de los sujetos significan lo político, y en ese sentido, lo estructuran y lo transforman, pero también por la manera en que las estructuras políticas afectan y conforman los marcos de sentido bajo los que actúan las personas. Esa preocupación ha transitado de análisis puramente psicológicos que comprendían la cultura política como una agregación de orientaciones y posturas frente al sistema político, hacia análisis interpretativos en los cuales los significados y representaciones adquieren relevancia para la comprensión de la manera en que opera la relación entre los órdenes simbólicos y los órdenes normativos. Varios autores dan cuenta de ese desarrollo (Mejía, 2009; Herás, 2002) que, sin embargo, deja muchos vacíos sobre la especificidad de este análisis frente a otras áreas como la antropología o la sociología, que también se han preguntado por la relación entre cultura y poder.

Aunque la primera postura con la que nace el concepto de cultura política ha gozado de cierta hegemonía en el mundo académico y se ha transformado a causa de las múltiples críticas que ha recibido, el desarrollo de la postura interpretativa en contextos como el latinoamericano ha permitido comprender que la conformación cultural del espacio político no es neutral, sino que, por el contrario, comporta un escenario de lucha simbólico y material. Además, contextos de violencia como el colombiano u otros latinoamericanos, atribuyen a esta lucha características particulares desde el punto de vista cultural.

En este sentido, la violencia en el contexto de Medellín ha sido analizada desde distintos enfoques que han respondido a su intensidad en temporalidades distintas de la conflictividad de la ciudad: el socioeconómico y espacial, el sociocultural, el sociopolítico y el sociobélico (Berrío et al., 2011). Desde hace algunos años se ha dado lo que se puede considerar una vuelta a los análisis culturales, distinta al mencionado enfoque sociocultural, que buscaba encontrar patrones culturales en los comportamientos violentos. Esta renovación de los análisis culturales se centra en las subjetividades que se construyen en medio del conflicto, y le presta especial atención a las víctimas.

Un acercamiento de la cultura política a estos análisis permitiría comprender cómo esas subjetividades se articulan en marcos de acción política. Es allí donde entra el interés por la memoria como forma de articulación social y marco específico de acción política. El elemento fundamental de esta articulación entre memoria y cultura política es el tiempo. Como plantea Millán, la cultura política, “además de develar y ser una fotografía del presente y de las influencias del pasado, también incluye expectativas y sueños con respecto al futuro” (2008), es decir, constituye un repertorio de acción política que se construye a partir del bagaje cultural de los sujetos. En este sentido, importa más el tiempo de los sujetos, el tiempo “inventado”, que el tiempo físico lineal.

Los hechos violentos generan una ruptura en el marco de sentido de las personas que los sufren. Las experiencias particulares que configuran estas subjetividades hacen que se dé una transformación de la forma como se entiende el mundo antes y después. En Colombia, la violencia ha generado en primer lugar una ruptura del tejido social y de los lazos comunitarios que ha condicionado la manera de actuar de los sujetos, pero también un tejido social en torno a los actores armados, donde los sujetos actúan por miedo o coacción y, aparentemente, terminan legitimando el accionar violento de estos (Blair et al., 2009). Esa actuación se extiende incluso a las prácticas electorales, cuando amplios sectores políticos son financiados o apoyados por grupos armados como sucedió con el fenómeno conocido como “parapolítica”, en el que candidatos alcanzaron posiciones de elección popular en todos los niveles del Estado colombiano con el apoyo logístico y económico de los paramilitares, y la coerción ejercida por ellos sobre el electorado. En ambos casos, el desarrollo de la vida política se ha visto afectado, tal como sucedió en la década de 1980, tras la cual el movimiento cívico en muchas regiones del país, incluyendo a Medellín y regiones aledañas, se despolitizó paulatinamente a causa del miedo generado por la presencia del conflicto.

Una de las principales afectaciones de la vida política se ha debido a la “naturalización” de la violencia como elemento común y cotidiano de la vida social, y es este uno de los principales fenómenos por los cuales la lucha por la memoria mantiene el carácter contingente que se mencionaba antes. La prolongada permanencia del conflicto y la consecuente adaptación de las personas a vivir con él para preservar sus vidas hacen que exista un tiempo estático, detenido en medio de las dinámicas de la guerra. Sin embargo, algunos sectores de la población colombiana han

encontrado formas de articulación social con las que, a través de estrategias como el arte, han tratado de desligarse de las dinámicas de la guerra, y de evitar que esta siga escalando, por lo menos en sus círculos más cercanos.

Es entonces cuando la memoria del conflicto, en sus dimensiones más íntimas<sup>6</sup> comienza a activar la posibilidad del tiempo como transformación y a adquirir dimensiones más públicas, por ejemplo a través de los movimientos de víctimas. Como señala Gonzálo Sánchez, director del Centro de Memoria Histórica, “el pasado se vuelve memoria cuando podemos actuar sobre él en perspectiva de futuro” (en Corporación Región, 2011). En otras palabras, a partir de ese momento de activación el pasado adquiere un carácter dinámico y un valor político. Esos dos momentos se pueden explicar a partir de lo que dice Echegollén (citando a Street) sobre la cultura política, a la que le otorga un doble carácter:

La cultura política se concibe como una especie de “híbrido” entre un catalizador y un fertilizante, ya que provee las condiciones tanto para el cambio como para el sustento y permanencia del producto del cambio; o “más prosaicamente”, la cultura política conforma el contexto o ambiente propio de la acción política. (Echegollén, 1998)

En este sentido la violencia conforma en las víctimas y en algunos sectores sociales esas dos posibilidades, pues cataliza las condiciones de la vida social producidas por la irrupción de actores y dinámicas del conflicto, pero también puede fertilizar la acción de los sujetos para buscar y provocar otra situación que, en clave de memoria, no significa un retorno a las circunstancias previas a los hechos particulares, sino un cambio con la perspectiva de futuro.

Finalmente, la memoria debe aportar a la transformación de las experiencias traumáticas en aprendizajes políticos, “entendidos estos como los procesos mediante los cuales la gente modifica sus creencias, sus valores, sus acciones, sus estrategias culturales y sus comportamientos sociales” (Uribe, 2003) surgidos de circunstancias violentas. Aquí vale la pena retomar las ideas de “memoria literal” y “memoria ejemplar” planteadas por Todorov y retomadas por Uribe. La memoria literal está conformada por los testimonios y relatos de las víctimas que, en principio, no tienen la intención de ser ejemplarizantes:

<sup>6</sup> Por ejemplo en los altares personales y familiares donde se recuerda a los muertos, o en las cruces y murales que comienzan a actuar como lugares de memoria particulares.

Son verdades plurales, parciales e incompletas, que si no logran confrontarse en público con otras y contribuir a la conformación de una memoria colectiva, corren el riesgo de desembocar en el sometimiento del presente al pasado y de quedarse ancladas allí, sirviendo de pretexto para toda suerte de venganzas. (Uribe, 2003: 23).

Lo que he venido llamando “memoria de contención” podría ubicarse como un momento cercano a la memoria literal, o como una forma precaria de ésta. En Colombia el relato colectivo que conformaría esa memoria literal está apenas en los momentos iniciales de su construcción, y si bien este no es un proceso que se deba o pueda detener con la finalización del conflicto armado, las estrategias para esta –sitios de encuentro como los Museos dedicados a la memoria– apenas se vienen implementando. La memoria literal sería el primer momento al que tendría que pasar la memoria de contención. Pero este no es un proceso evolutivo que se pueda desarrollar por “fases”, por lo cual, parecería imperativo que desde ahora la lucha por la memoria adquiriera una dimensión ejemplar.

La memoria literal constituye un relato que, en términos jurídicos, se vuelve imprescriptible cuando se refiere a crímenes contra la humanidad, es decir, se “encierra” en el presente, en una “atemporalidad jurídica”, mientras no se haga justicia sobre lo sucedido (Hartog, 2012). Esa atemporalidad la convierte en una memoria conmemorativa, pero como afirma Hartog “conmemorar es una cosa, exigir una reparación es otra” (2012: 13). Esto no significa tampoco que el acto de la conmemoración no tenga también un significado político fuerte desde la construcción de subjetividades, por eso para Uribe estos tienen un valor positivo:

Los rituales y las conmemoraciones son puentes entre el pasado y el futuro, en la medida de que son afirmaciones simbólicas de la memoria, lugares donde las memorias individuales se reúnen, se entrecruzan y se funden en una memoria colectiva, no para fijarse en un pasado que ya no existe, sino para que ese pasado se convierta en un principio de acción para el presente y el futuro. (Uribe, 2003: 21).

Pero sí es necesario que las conmemoraciones avancen en la materialización de políticas de reparación y reconciliación, puesto que “sin reparación, la convivencia es imposible, y sin convivencia, la democracia es una ilusión” (Uribe, 2003: 13).

Esta materialización implica entonces pasar de memorias literales a memorias ejemplares, pues implica ese carácter fertilizante de la memoria, una conciencia más fuerte de la articulación entre pasado y futuro. Estas no prescinden de las memorias literales, sino que buscan invertir el proceso, es decir, ponen su foco en el presente y en el futuro.

Para Todorov, la memoria ejemplar es aquella que logra ser colectiva e incluyente pero que al mismo tiempo tiene una dimensión pedagógica y un sentido político de futuro. Se trata, como él mismo lo dice, de aprovechar las lecciones de la injusticia, del dolor y del sufrimiento de las víctimas, para luchar contra situaciones similares que se están produciendo en el presente: es un viaje del yo hacia el otro. (Uribe, 2003: 23).

Entonces, la memoria ejemplar actúa como proyecto político, como utopía. Poniéndolo en términos de analogía, la utopía puede ser al futuro lo que la memoria puede ser al pasado, pero memoria y utopía no son dos historias distintas, sino capítulos de la misma historia. La memoria hace parte de la conciencia histórica de los sujetos que se conforma en el movimiento longitudinal de la historia, y a partir de la cual se activan las utopías y se genera la acción política, que configura su movimiento vertical-coyuntural (De Alba y Cruz, 2009). La diferencia radica, pues, entre lo que está *dado* y lo que está *dándose*, y entre el sujeto como partícipe de ese proceso a partir de su posibilidad de proyección, de imaginar el tiempo que vendrá. “El proyecto es la construcción de una imagen cualquiera, la visualización de lo posible” (De Alba y Cruz, 2009), es la representación del futuro en función de lo utópico, donde “el estudio de la cultura política tiene relación con los universos simbólicos que surgen en pos de la construcción de algo nuevo y factible, no entendiéndose lo utópico como la definición tradicional de inalcanzable o fantasioso” (Millán, 2008: 52).

El trabajo de la memoria, su configuración como memoria ejemplar, demanda una transformación de los marcos culturales de acción política que parte del reconocimiento de la propia historia y del propio rol en ella, y que al mismo tiempo implica unas formas de actuación de parte de las víctimas frente al Estado y la sociedad, no como actores diferenciados sino como actores relacionados.

### **Conclusión: el momento de la memoria**

Parece que en Colombia se están abriendo caminos en este sentido, como permitiría inferir la marcha del 9 de abril, día nacional de solidaridad con

las víctimas, que se realiza desde el 2012. La marcha es convocada por sectores tan disímiles como el gobierno nacional y movimientos políticos de izquierda, no solo como forma de conmemoración de las víctimas del conflicto armado y del llamado “Bogotazo”,<sup>7</sup> sino como manifestación de apoyo de la sociedad civil al proceso de negociación del fin del conflicto que se adelanta en La Habana, Cuba, entre negociadores del Gobierno de Juan Manuel Santos y de las FARC.

La primera marcha, sobre todo en Bogotá, estuvo cargada de símbolos de reconciliación, y convocó a muy diversos sectores, pero también contó con fuertes detractores por diversos motivos, tanto desde la extrema derecha como desde la izquierda. El cubrimiento mediático de ésta también fue problemático. Esto evidencia que la lucha por la conformación del espacio simbólico de la política, aun cuando tenga reivindicaciones como la memoria del conflicto, se da en el presente como confrontación entre proyectos políticos distintos frente a la realidad del conflicto.

En Medellín la participación fue más reducida pero igual de diversa. La marcha se convirtió en el espacio para que apareciera la diversidad de visiones frente a la cuestión de la paz, no solo como cese de hostilidades. En particular las víctimas de crímenes de Estado, organizadas en el Movimiento Nacional de Víctimas de Crímenes de Estado, pidieron durante el recorrido el establecimiento de una comisión de esclarecimiento en el país. Aunque este proceso puede durar décadas, la circunstancia actual del movimiento de víctimas en Colombia en general y Medellín en particular, aun en medio del conflicto, es más favorable que nunca.

Otro camino se está abriendo con algunos movimientos sociales y políticos como el Congreso de los Pueblos, organización política de masas con presencia nacional que aglutina campesinos, indígenas, afrocolombianos, estudiantes, pobladores urbanos, y junto a todos estos, víctimas, en torno a la posibilidad de “mandatar” desde la sociedad civil por una “Paz con Justicia Social”. En una dirección similar se observa también el movimiento Marcha Patriótica, con un perfil más electoral que hasta ahora no se ha hecho efectivo, pero con una conformación muy parecida.<sup>8</sup> Estas experiencias podrían acercarse a la construcción de memorias

<sup>7</sup> Levantamiento que se dio el 9 de abril de 1948 en varias regiones del país, pero sobre todo en Bogotá, tras el asesinato del caudillo liberal Jorge Eliécer Gaitán. Estos hechos son considerados por muchos autores como el inicio del período de La Violencia y del conflicto armado en Colombia.

<sup>8</sup> Más información sobre ambos se encuentra disponible en sus respectivos sitios web: [www.congresodelospueblos.org](http://www.congresodelospueblos.org) y [www.marchapatriotica.org](http://www.marchapatriotica.org).

ejemplares, pues parte de la propuesta de modelos económicos, judiciales y políticos distintos como propuesta de paz desde experiencias regionales y nacionales, pero son débiles en la construcción de memorias literales, a excepción de los movimientos de víctimas que concurren en ellos.

Es importante tomar en consideración, sin embargo, que aún no es clara la estrategia política de estos movimientos. Quizás una de sus mayores figuraciones tuvo lugar durante las elecciones presidenciales de 2014, cuando la continuidad del proceso de negociación con las FARC se convirtió en el tema decisivo para que Juan Manuel Santos obtuviera su reelección con el apoyo de movimientos tan disímiles como los partidos políticos de la coalición de la Unidad Nacional y movimientos sociales de todo el país.

Por otro lado, el caso particular de Medellín implica una complejidad y unos retos parecidos a los del país frente a la memoria y los movimientos de víctimas. Sin embargo la escalada de la conflictividad ha hecho que se mezclen actores que guardan alguna relación con los del conflicto armado nacional, con otros que no tienen que ver con ese conflicto más “político” sino con dinámicas mafiosas y del narcotráfico, lo que implica otros retos muy particulares frente al potencial de los relatos de las víctimas para la superación del conflicto.<sup>9</sup>

El estudio de la cultura política comporta la necesidad de entender la manera como los sujetos significan y se significan en el espacio de lo político y configuran estrategias y repertorios de acción política. Además,

Para conocer el sentido de la acción política se deben interpretar los códigos a través de los cuales se dan las relaciones entre individuos, propias y distintivas a cada grupo social. Y, para descodificar, es preciso reconocer el significado de éstos códigos. En esta labor se habrá de buscar el sedimento o la estructura del bagaje común de los sentidos propio del grupo social en estudio o sea el acervo social del que los miembros de dicho grupo echan mano a la hora de actuar. (Ortíz, 2008: 47)

<sup>9</sup> En este sentido han aparecido dos tipos de iniciativas: las primeras, representadas en movimientos como los de las Madres de La Candelaria, similar a Madres y Abuelas de Plaza de Mayo, que a pesar de escisiones internas mantienen la manifestación pública como forma de actuación; las segundas tienen que ver con proyectos comunicativos y artísticos como corporaciones culturales, plataformas de comunicación alternativa y medios de comunicación, y se centran en la producción y difusión de contenidos sobre para la memoria.



Las estrategias de memoria, materializadas en “artefactos de memoria” (Lifchitz y Arenas, 2012), lugares de memoria, rituales y conmemoraciones, manifestaciones e iniciativas de diversa naturaleza, son formas de acción política que actúan a través de códigos significantes que estructuran un sentido propio y diferenciado de lo político. La memoria es al mismo tiempo causa y consecuencia de estos marcos de sentido, un motivo para actuar políticamente y una forma de hacerlo.

### **Una necesaria puesta al día**

Cuando se escribió la versión original de este texto, los diálogos de La Habana apenas estaban comenzando. Hoy, dos años después, han sido acordados tres de los cinco puntos en discusión, que corresponden a los temas de desarrollo agrario, participación política y política de drogas y cultivos de uso ilícito. Quedan pendientes el tema de las víctimas y el acuerdo general para poner fin al conflicto.

Aunque han sido complicados, estos dos años de proceso han marcado una ruptura sin antecedentes en la historia política colombiana. Nunca se había estado tan cerca del fin del conflicto, no solo con la guerrilla de las FARC sino también con el Ejército de Liberación Nacional, ELN. Las víctimas son más visibles que nunca, y han mostrado un acuerdo mayoritario sobre la necesidad de finalizar el conflicto.

Se podría decir que se ha constituido un discurso favorable pero no hegemónico en torno a los acuerdos de La Habana. Todavía sus resultados están sujetos a las dinámicas políticas del país, a la capacidad del nuevo Congreso de legislar en concordancia y del ejecutivo de mantener firmeza y flexibilidad para que el proceso se mantenga en pie. Los apoyos de sectores no gubernamentales han sido definitivos: sectores económicos han lanzado campañas de comunicación conjuntas tendientes a la reconciliación, convirtiendo sus productos en símbolos de su apoyo público, pese a sus reservas privadas; los medios de comunicación han llegado incluso al extremo de evitar cubrir con demasiada fuerza los hechos que podrían poner a tambalear el proceso, todos consecuencia de negociar sin dejar las armas; la sociedad civil se ha volcado en su mayoría a blindar el proceso de negociación en algunos espacios limitados como el electoral, pese a no estar de acuerdo con el gobierno de Juan Manuel Santos.

En materia de memoria, uno de los insumos más importantes de los años recientes es el informe general sobre el conflicto armado presenta-

do por el Centro de Memoria Histórica a mediados de 2013, titulado *¡Basta ya! Colombia: Memorias de guerra y dignidad*. Se trata de un documento extenso que repasa en las causas y consecuencias del conflicto y la participación de cada uno de los actores y ha generado una de las bases estadísticas más confiables hasta ahora sobre índices y formas de victimización. Posteriormente, el informe fue traducido al lenguaje audiovisual con el documental *No hubo tiempo para la tristeza*, de mayor difusión y alcance en el objetivo de visibilizar nuestro conflicto armado como un fenómeno complejo y multidimensional, sufrido por personas de carne y hueso a lo largo de toda la extensión del territorio nacional.

Este espacio sería insuficiente para mencionar todas las iniciativas que desde sectores disímiles e incluso contrarios han aparecido en el país para fortalecer el proceso de paz, no solo desde la negociación, sino también desde la construcción territorial de procesos de reconciliación que van más allá de la posible y anhelada firma que se podría llevar a cabo en La Habana. En ese contexto merece mención especial la manera como Juan Manuel Santos alcanzó su reelección, imponiéndose contra Óscar Iván Zuluaga, del Centro Democrático, partido dirigido e inspirado por el expresidente y ahora senador Álvaro Uribe Vélez, principal detractor de las negociaciones de La Habana. Por el peligro de que se suspendieran los diálogos, la figura de Santos fue aceptada a regañadientes por sectores de la izquierda partidista y la sociedad civil que fueron determinantes para que este lograra continuar en la presidencia de la República.

Ninguno de estos hechos es menor. La invención social del futuro está activada, el país comienza a imaginarse en sus posibilidades, a reinventarse como Nación y a transformarse como Estado. No es una gran revolución, pero los procesos lentos y paulatinos de transformación que durante décadas se vieron truncados parecen comenzar a desatascarse. Nuestras memorias, difíciles y dolorosas como son, han sobrevivido y tomado el lugar que les corresponde. Nuestra cultura política todavía es difícil de describir en sus juegos con los aparatos institucionales y en la creación de referentes simbólicos distintos. No hemos dejado de “producir” víctimas ni resuelto nuestros graves problemas sociales. Los problemas de las ciudades no han aparecido, las conflictividades urbanas siguen escalando en medio de la paradoja entre desarrollo urbano y desigualdad social.

Firmar la paz no cambiaría drásticamente nuestra realidad, pero sí la manera de percibirla y afrontarla. Con todo esto, una nueva generación está tomando las riendas del país. Es necesario mantenernos atentos.

## Bibliografía

- Berrío, Ayder; Grisales, Marisol; Osorio, Ramiro. 2011. *Violencia y subjetividad. Narrativas de la vida cotidiana*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.
- Blair, Elsa. 2008. *De memorias y de guerras. La Sierra, Villa Lilia y el 8 de marzo en Medellín*. Medellín: Instituto de Estudios Regionales, UdeA.
- Blair, Elsa; Grisales, Marisol; Muñoz Guzmán, Ana. 2009. "Conflictividades urbanas vs. 'guerra' urbana: otra 'clave' para leer el conflicto en Medellín", en *Universitas humanística* (67), enero-junio, pp. 29-54.
- Corporación Región. 2011. "La memoria en nuestras manos", en *Desde la Región* (54), noviembre, pp. 2-4.
- De Alba, Felipe; Cruz, Carlos. 2009. "¿Cómo definir un mundo de incertidumbres en movimiento? Las impertinencias del no lugar en lo político", en *Reflexión Política* 11(22), diciembre, pp. 82-95.
- Echegollén, Alfredo. 1998. "Cultura e imaginarios políticos en América Latina". *Metapolítica* 2(7), julio-septiembre, pp. 495-511.
- Hall, Stuart. 2010. "El trabajo de la representación", en Hall, Stuart et al. (eds.), *Sin garantías: Trayectorias y problemáticas en estudios culturales*. Papayán - Quito - Lima: Enviñon editores.
- Hartog, François. 2012. "El tiempo de las víctimas". *Revista de Estudios Sociales* (44), diciembre, pp. 12-19.
- Herás, Leticia. 2002. "Cultura política: el estado del arte contemporáneo", en *Reflexión Política* (8), pp. 181-191.
- Lechner, Norbert. 1988. *Los patios interiores de la democracia. Subjetividad y política*. Santiago: Flacso.
- Lifchitz, Javier; Arenas, Sandra. 2012. "Memoria política y artefactos culturales", en *Estudios Políticos* (40), enero-junio, pp. 98-119.
- Mejía, Óscar. 2009. *Cultura política, sociedad global y alienación*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Millán, Cecilia. 2008. "Cultura política: Acercamiento conceptual desde América Latina", en *Perspectivas de la comunicación*, 1(1), pp. 42-55.
- Ortíz, William. 2008. "El estudio de la Cultura política: Elementos para un marco teórico", en *Ratio Juris*, enero-diciembre, pp. 39-52.
- Uribe, María Teresa. 2003. "Estado y sociedad frente a las víctimas de la violencia", en *Estudios políticos* (23), julio-diciembre, pp. 9-25.

*Juan David López Morales*

VerdadAbierta.com. S.f. Verdad Abierta. Disponible en <http://www.verdadabierta.com/justicia-y-paz/231-los-resistentes>. Consultado el 22 de abril de 2013.

---

## 13 **Etnografías sobre la violencia: aproximaciones desde las experiencias de investigación del grupo Cultura, Violencia y Territorio de la Universidad de Antioquia**

*Irene Piedrahita Arcila*

*Catalina Carrizosa Isaza\**

### **Introducción**

Nuestro lugar de formación como investigadoras-etnógrafas ha sido el grupo de investigación Cultura, Violencia y Territorio (en adelante CVT) de la Universidad de Antioquia, Colombia.<sup>1</sup> Durante trece años ininterrumpidos de trabajo, el grupo ha formado a múltiples investigadores sociales en el marco de los distintos proyectos allí formulados. Si bien las temáticas han variado conforme han pasado las coyunturas académicas y políticas del país, los análisis sobre la violencia han sido la línea transversal que une a todos los trabajos desarrollados al interior del grupo, en donde las reflexiones teórico-metodológicas en torno al quehacer del investigador en estos contextos han sido fundamentales para construir críticamente nuestras producciones académicas. Uno de los lugares para esas reflexiones ha sido un seminario interno realizado mes a mes durante los trece años, en el cual se han expuesto resultados de las investiga-

\* Este artículo se basa en las reflexiones suscitadas al interior del grupo de investigación Cultura, Violencia y Territorio, y en el trabajo de los investigadores Elsa Blair, Ana María Muñoz, Natalia Quiceno, Isabel González, Germán Arango y Camilo Pérez Quintero, quienes han desarrollado los proyectos que a continuación referenciaremos.

<sup>1</sup> Fundado por la socióloga e investigadora Elsa Blair Trujillo, quien ha dedicado su vida académica al estudio de la violencia en Colombia. Información sobre la historia del grupo y la trayectoria de la profesora Blair, se encuentra disponible en el libro producto de su año sabático de 2009, titulado *Un itinerario de investigación sobre la violencia. Contribución a una Sociología de la ciencia* (Blair, 2010).

ciones, pero sobre todo se han compartido dudas, disertaciones y preguntas que surgen en el proceso de ejecución de las pesquisas.

En el marco de uno de los seminarios durante el 2012 surgió la propuesta de realizar un curso-taller sobre etnografías de la violencia partiendo de la siguiente premisa: la violencia en Colombia ha tendido a naturalizarse y en la academia colombiana han primado, en muchos casos, estudios macro que han limitado el espectro de análisis y han sesgado las conclusiones de algunas investigaciones. Sin embargo, algunos grupos y centros del país, como es el caso del grupo CVT,<sup>2</sup> han propendido por realizar trabajos de carácter micro-estructural, en donde han primado lo cotidiano, lo cultural y lo simbólico para comprender y analizar los impactos de la violencia en Colombia desde perspectivas etnográficas que permiten analizar la violencia como un fenómeno más complejo que lo propuesto desde visiones macro-estructurales.

El curso, denominado *Laboratorio de etnografías sobre la violencia*, se realizó en agosto de 2012, y en él las experiencias investigativas, políticas y éticas de los investigadores del grupo fueron presentadas a diferentes estudiantes y profesionales de las ciencias sociales interesados en conocer el potencial de la etnografía para investigar en contextos de violencia. Este curso, considerado un escenario fecundo para la continuidad de las reflexiones del grupo, produjo una serie de reflexiones que evidenciaron la importancia de pensar los impactos de diferentes violencias a partir de un enfoque etnográfico y que suscitaron la escritura del presente texto. Por ello, en este documento mostraremos la potencia del enfoque etnográfico para comprender fenómenos violentos y para generar en las comunidades procesos más participativos y politizados que permiten su transformación. Haremos lo anterior trayendo a colación dos experiencias de investigación que se construyeron o fortalecieron en el marco de las discusiones del grupo.

El capítulo iniciará presentando el abordaje teórico que se ha hecho a los conceptos de violencia y etnografía desde el grupo de investigación. Posteriormente, mostraremos el potencial de la etnografía para trabajar en contextos violentos a través de las dos iniciativas mencionadas: la primera consiste en un trabajo sobre memoria y tejido con la Asociación de Víctimas por la Paz y la Esperanza del municipio de Sonsón (departamen-

<sup>2</sup> Dentro de estos centros también podemos mencionar al Centro de Investigación y Educación Popular/Programa Por la Paz (CINEP-PPP), o los trabajos de algunos investigadores del país como Myriam Jimeno, María Victoria Uribe, María Clemencia Ramírez o Alejandro Castillejo.

to de Antioquia), y la segunda tiene que ver con etnografías audiovisuales adelantadas con jóvenes en barrios periféricos de Medellín (Antioquia). En ambos casos puede verse un enfoque de etnografía colaborativa que da cuenta de un abordaje horizontal para comprender contextos en donde operan múltiples formas de violencia.

### **Conceptualizar la violencia**

¿Cómo aceptar que la violencia existe, que es nuestro “objeto” de estudio y que no podemos definirla? Ese es, sin duda, un reto para los analistas en lo que a la producción teórica se refiere, cuando nos paramos desde el lugar de la conceptualización, para poder producir la teoría. ¿Y cómo no hacerlo desde ahí si esta es una de las primeras “lecciones” que aprendemos cuando hacemos investigación? En efecto, los conceptos los utilizamos queriendo “aprehender” con ellos la realidad social y poder entender y explicar los fenómenos que estudiamos. Pero, ¿y si los pudiéramos “aprehender” de otra manera?, ¿si pudiéramos llegar a entender la realidad y a explicarla por otro camino?, ¿y si, quizás, conceptualizáramos, no sea la manera de llegar a ella? (Blair, 2009: 30).

Las trayectorias de los investigadores del grupo CVT, el contexto en que vivimos y las comunidades visitadas en lo rural y lo urbano, han posibilitado que se establezcan relaciones con la violencia aun cuando esta no se encuentre en el centro de la reflexión académica o en la mira de los objetivos de las investigaciones que formulamos. Ello nos ha llevado a pensar que la violencia se impone, subyace, nos habita, nos construye, nos permea, nos atraviesa. Dejarla de lado, desconocerla, hacer como si no fuera un factor que incide en las realidades, es disponerse a que los análisis se alejen de una reflexión un tanto más sensata. No se trata de que todo se piense y diga en clave de violencia, pero esta, en definitiva, es un elemento de comprensión y análisis “obligado” para pensar las realidades sociales en nuestro contexto, puesto que, en palabras de Philippe Bourgois (2009: 29),

[I]a violencia castiga desproporcionadamente a los sectores estructuralmente vulnerables de la sociedad y frecuentemente no es reconocida como violencia ni por las víctimas ni por los verdugos, que a menudo son uno y lo mismo. La omnipresencia de la violencia y las formas perniciosas en las que esta se transforma y se vuelve invisible, es malinterpretada tanto por protagonistas

como por víctimas [y] precisa una aclaración teórica que tiene ramificaciones políticas.

La violencia como concepto ha tenido un sinnúmero de abordajes desde diversas disciplinas y perspectivas que han buscado su definición o, por lo menos, ciertos acuerdos en torno a esta. Elsa Blair ha hecho todo un trabajo de seguimiento a la trayectoria del concepto y problematiza dicha búsqueda al punto de evidenciar la imposibilidad de llegar a una única definición. Sin embargo, es esta dificultad la que evidencia la importancia de la tarea, así como la de atender a perspectivas multidisciplinares y de comprender que la violencia tiene diversas expresiones.

Como plantea Ted Gurr (en Klineberg, 1980), la violencia, en términos generales, es un comportamiento social adquirido, y tras la imposibilidad de encontrar una única causa a las múltiples formas en que tiene lugar, es un fenómeno multidimensional. Esta multidimensionalidad hace, a su vez, que se restrinja la posibilidad de una definición del concepto para ser aplicada en diferentes contextos (Blair, 2009), pues como expresa el antropólogo Santiago Villaveces, “la conceptualización de la violencia borra en sí misma el hecho violento” (en Blair, 2009: 23). Es en ese sentido que es preciso aceptarla en su dinamismo para tener sensibilidad ante su presencia en la vida cotidiana.

En el reconocimiento de que la violencia trasciende esa concepción inicial propia del conflicto armado como el “conjunto de relaciones de fuerza donde el poder está mediado por las armas y cuyo fin último es la destrucción física del adversario” (Blair, 2009: 19), se habla de la multivariación de la violencia. De ahí que varios autores propongan hablar de las violencias (en plural) puesto que “al lado de la violencia política hay una violencia socioeconómica, una violencia sobre los territorios y, finalmente, una violencia socio-cultural por la defensa del orden moral o social o por el derecho a la diferencia” (Blair, 2009: 26). De ahí que, siguiendo las palabras de Blair,

no es solo la fuerza de las armas lo que caracteriza la violencia propia del conflicto político; en ella están, y de manera importante, otras “violencias” y/o otras formas de violencia como el terror y la crueldad, generados a partir de amenazas, rumores, intimidaciones produciendo más violencia. O, en todo caso, lo que yo llamaría una violencia más profunda: no solo la que se queda en la dimensión física de los cuerpos, sino la que afecta otros aspectos en la subjetividad de los individuos y de las sociedades: ya no sólo



sus cuerpos sino sus espacios vitales, sus significaciones, el sentido de su orden (2009:31).

De esta concepción “abierta” de la violencia Kalyvas plantea que esta “intuitivamente, se adapta a la descripción antes que a la teoría” (2001: 5). Es precisamente ese abordaje “descriptivo” o más contextualizado el que permite desentrañar o aproximarse a las realidades sociales permeadas por la violencia en sus cotidianidades, pues, en una doble vía, esa presencia de la violencia en la vida cotidiana marca o da lugar a los eventos violentos más visibles pero, desafortunadamente, con frecuencia queda en la sombra y no es censurada porque esto sería condenar, en últimas, las formas que conocemos para relacionarnos.

Para estudiar contextos donde esas formas de violencia se han diluido en la cotidianidad hasta su invisibilidad, resulta de gran utilidad el encuadre teórico que propone Bourgois en torno a tres procesos de violencia “invisibles”, ubicados en un continuo atravesado por relaciones de poder y que se superponen dando lugar a su reproducción, así como a las estructuras políticas de desigualdad desde donde se producen. Estos tres procesos son la violencia estructural, la violencia simbólica y la violencia normalizada o cotidiana, propuestos como punto de partida analítico que instan al “reconocimiento de raíces, vínculos, tentáculos, diversidad, omnipresencia y ‘mala fe’ de la violencia en la vida cotidiana.” (Bourgois, 2009: 30).

La violencia estructural está dada por instituciones, relaciones y campos de fuerza que pueden ser identificados en expresiones como el racismo, la inequidad de género, las relaciones desiguales de intercambio, entre otras. Por su parte, la violencia simbólica, concepto desarrollado inicialmente por Bourdieu, alude a la manera en que los sectores dominados naturalizan su situación y se hacen responsables de la misma, legitimándola, naturalizándola. Finalmente, la violencia normalizada sería ese proceso de asimilación de las acciones violentas en la cotidianidad, tanto que logran volverse invisibles esos “patrones sistemáticos de brutalidad” (Bourgois, 2009).

Las fronteras entre esos tres procesos son difusas, y entre ellos pueden moverse las violencias cotidianas o estructurales que permean las diferentes realidades sociales. Este abordaje teórico aporta elementos para el análisis y teorización etnográfica sin enmarcar estrechamente el concepto de violencia, sino albergando su dinamismo y la multiplicidad de formas en que esta se expresa en la vida social. Aceptar el hecho de que

estos tres procesos se entrelazan, se superponen, constituye una estrategia de análisis para acercarse a las múltiples expresiones de las violencias en el contexto colombiano.

## **Aproximaciones a las etnografías sobre la violencia en el contexto colombiano**

La manera en que hemos concebido la etnografía desde el grupo CVT para poder analizar los distintos fenómenos violentos que ocurren en un país como Colombia, tiene que ver con una mirada situada en el punto de vista de quienes han padecido de formas diversas la violencia. Es decir, hemos entendido la etnografía como “un enfoque que desde el acercamiento directo a las víctimas propone reflexiones sobre los sentidos asignados a sus memorias, al pasado, al presente y al futuro de sus barrios, de sus historias individuales y colectivas” (Quiceno, 2008: 183).

En efecto, la etnografía, en tanto método y enfoque, nos ha permitido construir puentes entre pasado, presente y futuro, en la medida en que indaga por el sujeto y su construcción colectiva. La etnografía siempre está navegando entre las vivencias que tienen los sujetos y que constituyen contextos, entre lo que sucede actualmente en cada uno de esos lugares y sus proyecciones y futuros. Por ello consideramos la etnografía como una manera de acercarse a esas formas subjetivas de las comunidades para *ser en el mundo*, y, en ese sentido, la etnografía constituye una apuesta metodológica, política y ética para entender el impacto de la violencia en la vida cotidiana de las comunidades, puesto que los resultados serán interpretaciones hechas por el investigador sobre la visión del Otro, y esto, a su vez, es producto del contacto directo entre investigador e investigado.<sup>3</sup>

Al estar situada, es decir, al permanecer localizada en unos contextos y en unos sujetos determinados, la etnografía permite concretar el tipo de conocimiento que va construyéndose en el trabajo de campo. La etnografía entonces posibilita el ejercicio teórico pero a partir de la interlocución entre los sujetos que en ella aparecen, bien sean investigados o investigadores. De hecho, la línea entre ellos es bastante difusa, y eso hace que la etnografía sea una metodología reflexiva, la cual,

<sup>3</sup> Somos conscientes de los debates actuales sobre los textos etnográficos, en los cuales se discute activamente sobre el papel de la representación y de la autoridad etnográfica. Sin embargo, por cuestiones de espacio, no podremos mencionarlos en este texto.

[...] exige un entrenamiento específico y denso, es siempre emergente, y puede ser concebida como un proceso en el que se establecen dinámicas de retroalimentación entre teoría y práctica, entre realidad y texto, entre diseños de investigación y situaciones cambiantes, entre escenarios de campo y aplicación de técnicas de investigación, entre la posición del investigador y la de los informantes, entre los investigadores y las audiencias de sus textos, etcétera. (Ferrándiz, 2008: 93)

La etnografía no solo consiste en una suerte de *artes adivinatorias* o *metafísicas* en las que el etnógrafo es poseedor de la verdad y de las técnicas para acceder a ella. Al contrario, el trabajo del etnógrafo es una labor rigurosa, consistente a la hora de unir pasado, presente y futuro, es decir, consecuente con los procesos que van hilándose en un contexto determinado. De ahí la importancia de conocer la historia, de indagar por aquellos mojonos del pasado que inciden en el presente de una comunidad, y de permitir que el trabajo etnográfico se convierta en un escenario intersubjetivo de comunicación constante. De hecho, este carácter espacio-temporal de la etnografía posibilita que coexista en ella una necesidad de interdisciplinariedad, en donde los conocimientos de la historia, la sociología, la economía y la ciencia política pueden resultar fundamentales para comprender los fenómenos que se pretenden abordar con enfoque etnográfico. De ahí que la etnografía no solo beba de la antropología y que su uso se haya vuelto frecuente en investigaciones con objetivos diversos.<sup>4</sup>

El sujeto que investiga es un actor protagonista y no un espectador dentro de la investigación, mucho más cuando nos referimos a etnografías sobre la violencia, en donde resulta imposible que el investigador no resulte inmiscuido en los procesos de los sujetos, o que no logre potenciar acciones colectivas o individuales en aquellos con quienes interactúa. Ello implica que su responsabilidad va más allá de armar un rompecabezas con los datos de campo, en la medida en que su papel consiste en ser una ficha más de ese rompecabezas. Así pues, “es difícil separar la etnografía, en la forma que la hemos desarrollado en estos contextos de vio-

<sup>4</sup> En Colombia, por ejemplo, el enfoque etnográfico prima en aquellas investigaciones que buscan trabajar con comunidades locales. Independientemente de si el objetivo de la investigación se inscribe en alguna rama de la antropología, diferentes profesionales se han acercado a este enfoque –desde sus técnicas y formas de trabajo– para comprender de una manera más vívida cada pregunta que ronda la investigación.

lencia y de guerra, de los desafíos éticos que ella conlleva” (Blair, 2012: 132).

Así mismo, la etnografía como producto, es decir, entendida como las maneras de narrar y de contar lo visto cuando se explora una problemática específica, permite dimensionar de otra manera los impactos de la violencia en la vida cotidiana, y establece nuevas preguntas e interpretaciones para responder los “porqués” recurrentes en los cuestionamientos que hacemos los colombianos sobre lo que sucede en nuestro país desde hace ya varias décadas (Berrío et al., 2011). De esta manera, una comprensión de la etnografía como producto permite evidenciar los impactos de la violencia en espacios cotidianos y, de este modo, desafía los discursos macro, abstractos y estructurales con los que se ha abordado tradicionalmente la violencia en Colombia.<sup>5</sup>

La mirada etnográfica para analizar fenómenos violentos en el ámbito colombiano ha posicionado un análisis cultural y simbólico de la violencia, dado que la perspectiva que logra exaltar ubicó nuevos escenarios de análisis y nuevas maneras de concebir las violencias presentes en el país (Blair, 2012). El caso colombiano, como proponíamos en páginas anteriores, es particular, en tanto las vivencias de la mayoría de investigadores sociales están transversalizadas por la violencia, bien sea porque ella es su objeto central de indagación, porque sus “sujetos de estudio” están marcados por la violencia directa o indirectamente, o porque el investigador mismo se ha visto afectado, personalmente, por procesos de violencia. De ahí que desde el grupo CVT hayamos propendido por comprender la etnografía como un enfoque de investigación activo, que contiene un alto componente político, y que permite la realización de trabajos colaborativos que van más allá de la escueta extracción de datos o de la instrumentalización de los sujetos con quienes interactuamos en las investigaciones.

Esta manera de comprender la etnografía parte de los postulados de la antropóloga Joanne Rappaport, quien establece la importancia de considerar los trabajos etnográficos como trabajos en colaboración<sup>6</sup>, lo que

<sup>5</sup> Un ejemplo de ello en el grupo, además de los que se referenciarán más adelante, son las investigaciones del sociólogo Nicolás Espinosa en la Serranía de la Macarena. El investigador ha buscado mantener unos diálogos horizontales y continuados con las comunidades, y ha mostrado las vivencias de La Macarena a partir de un enfoque etnográfico. Véase, por ejemplo, Espinosa, 2010.

<sup>6</sup> El debate que propone Rappaport no es nuevo. De hecho, varios antropólogos, desde principios del siglo XX hasta nuestros días, han planteado la importancia de considerar

implica hacer énfasis en el trabajo de campo. Allí lo que sucede no es una simple recolección operativa de datos, sino una “interpretación colectiva” en donde investigadores e investigados tienen un papel fundamental, y producen algo que se denomina co-teorización, la cual puede definirse “como la producción colectiva de vehículos conceptuales que retoman tanto a un cuerpo de teorías antropológicas como a los conceptos desarrollados por nuestros interlocutores” (Rappaport, 2007: 204).

La etnografía en colaboración, por ende, implica un compromiso político de los investigadores que va más allá del quehacer académico. Implica un proceso reflexivo y constante del etnógrafo frente a lo que vive en campo, frente a lo que escribe y lo que siente. En esa medida y siguiendo a Rappaport,

a lo que tenemos que apuntar es hacia la colaboración, porque no creo que vayamos a transformar ni a la antropología ni lo que observa la antropología. Creo que podemos transformar la manera como la gente con quienes trabajamos percibe la antropología, pues hay una percepción super negativa en muchos lugares [...]. Lo que podemos hacer es redefinir lo que hacemos los académicos, no tanto para transformar la realidad sino para transformar las relaciones que podemos tener con organizaciones sociales, eso sí. (Rappaport en Tapias y Espinosa, 2010: 345, 346)

Este argumento resulta revelador para los estudios sobre la violencia en Colombia. En un contexto como el del país, donde hay amplia bibliografía sobre la situación del conflicto armado,<sup>7</sup> pareciera que hace falta algo que permita construir de manera diferencial las investigaciones sobre el tema. La etnografía en colaboración, es decir, esa construcción del conocimiento de manera colectiva, puede aportar más a las comunidades, y puede convertir la etnografía en una metodología con un potencial político que ayude a comprender y transformar los contextos sociales en los cuales se sostienen las violencias.

Dentro de los trabajos del grupo CVT podemos señalar dos casos fundamentales para comprender el proceso de la etnografía en colaboración

el trabajo colaborativo al momento de hacer etnografía. Sin embargo, para Rappaport, las particularidades de Colombia en términos de violencias, grupos étnicos, conflictos internos, entre otras, han permitido una vinculación directa entre el trabajo académico y las posiciones políticas de quienes investigan (Rappaport, 2007).

<sup>7</sup> Por ejemplo, los textos académicos de Gonzalo Sánchez, Elsa Blair, Myriam Jimeno, Daniel Pécaut, Teófilo Vásquez, Ingrid Bolívar, Clara Aramburo, Nicolás Espinosa, Fernán González, entre otros.

en contextos de violencias: en primer lugar encontramos el trabajo hecho con la Asociación de Víctimas por la Paz y la Esperanza de Sonsón a través del tejido y la reconstrucción de la memoria; en segundo lugar el trabajo etnográfico que han realizado algunos de nuestros investigadores alrededor de la producción audiovisual con jóvenes de Medellín, en conjunto con la Corporación Pasolini de la misma ciudad. A continuación nos centraremos en esos casos significativos.

### **Tejiendo memorias: la experiencia del costurero de Sonsón**

Una de las experiencias de trabajo colaborativo en contextos marcados por la violencia es la del costurero "Tejedoras por la memoria de Sonsón". Este espacio surge a partir de un proyecto de extensión<sup>8</sup> realizado desde el grupo de investigación<sup>9</sup> con el objetivo inicial de fortalecer organizativamente la Asociación de Víctimas por la Paz y la Esperanza del municipio de Sonsón. A partir de la metodología empleada, –el tejido–, la confianza generada entre asociadas e investigadoras, y al evidenciar la necesidad de dar continuidad al trabajo convirtiéndolo en un proceso, el proyecto tuvo una segunda fase donde se consolidó el costurero y, alrededor del aprendizaje de un oficio, se fueron construyendo las memorias y tejiendo los lazos sociales rotos por la violencia, el miedo y el desamparo institucional.

Azotado por el conflicto armado que ha tenido lugar en el país en las últimas décadas, el municipio de Sonsón fue, como muchos otros, escenario de múltiples confrontaciones, muertes, desapariciones y

<sup>8</sup> Los proyectos de extensión son iniciativas que promueven la articulación y vinculación entre la Universidad y el medio social. Su objetivo central es contribuir a la promoción del desarrollo local y regional mejorando la calidad de vida de la población. Cada año se realiza una convocatoria pública que cuentan con asignación de recursos humanos, materiales y financiamiento para la ejecución de un conjunto de actividades interrelacionadas necesarias para el logro de objetivos específicos en determinada área o línea (González, 2013).

<sup>9</sup> El proceso realizado con la Asociación de Víctimas por la Paz y la Esperanza de Sonsón comenzó con el proyecto "Memorias, luchas políticas y ciudadanías la Asociación de Víctimas por la Paz y la Esperanza de Sonsón" que dio lugar a la formulación y ejecución de una "segunda fase" para dar continuidad al trabajo que se había comenzado con el proyecto "Desde lo local: Memorias y luchas por el fortalecimiento de La Asociación de Víctimas por la Paz y la Esperanza de Sonsón". Todo el proceso ha sido liderado por la investigadora Isabel González Arango, pero también ha contado con la participación de otras investigadoras como Ana María Muñoz.

desplazamientos forzados que impactaron fuertemente a su población. Fue en este marco que empezaron a generarse importantes procesos de participación donde las víctimas de este conflicto empezaron a organizarse en la búsqueda de su reconocimiento para la visibilización de los hechos ocurridos que habían cambiado por completo sus vidas, así como para resistir a la repetición de los mismos. Allí se conformó la Asociación de Víctimas por la Paz y la Esperanza de Sonsón como “escenario para la reclamación de derechos, la formación y la visibilización de las víctimas del conflicto armado, dando continuidad a procesos locales y regionales de construcción de paz” (González, 2013: 12).

Apoiados en metodologías constructivistas y en un enfoque colaborativo de la investigación, el trabajo desde el grupo CVT con la Asociación de Víctimas constituyó, más que una indagación teórica, una propuesta de compromiso social y político. Así, el propósito fundamental de las investigadoras que participaron en este proceso consistió, en conjunto con las personas de la asociación, en

la construcción de reflexiones conjuntas en torno a la memoria, la reparación, la reconciliación, la participación y el fortalecimiento organizativo, desde metodologías que simultáneamente, apuestan por la reflexión conceptual y por la enseñanza de técnicas y oficios como el tejido, buscando así reconocer y potenciar el valor de sentidos propios, contruidos desde el saber que cada individuo posee. (González, 2013: 14)

Uno de los principales resultados de este proceso consiste en la consolidación del Costurero Tejedoras por la Memoria de Sonsón<sup>10</sup> como “espacio de memoria” donde se encuentran personas adultas, jóvenes, hijos e hijas de asociadas, la gran mayoría mujeres, que se reúnen periódicamente a tejer, práctica en torno a la cual

visibilizan historias y memorias como propuesta “desde abajo” para agenciar aprendizajes, que recrean los conocimientos y vivencias de las mujeres, a la vez que validan lenguajes y formas de expresión como los tejidos; dispositivos para narrar, sensibilizar y

<sup>10</sup> En el costurero han tenido una participación activa los jóvenes –generalmente hijos y nietos de las asociadas– quienes se han integrado permanentemente al proceso, haciendo el registro fotográfico de los encuentros, ayudando con la logística e incluso tejiendo. Igualmente se han hecho trabajos específicos con ellos como el “Laboratorio de Imágenes y Memoria”, resultado del proyecto de extensión de 2009 y la muestra fotográfica “Memorias Cotidianas de Tejidos y Píxeles”, resultado del proyecto de extensión de 2010.

proponer reflexiones sobre las luchas de las víctimas/sobrevivientes del conflicto armado. (González, 2013:14-15)

La construcción de este espacio requirió fundamentalmente de la confianza que fue generándose por parte de las asociadas hacia las investigadoras, a partir del acompañamiento y disposición a escucharlas, a no presionar las conversaciones, a compartir la compañía, los silencios, a entender que la presencia de la violencia en sus vidas, en múltiples expresiones y dimensiones, determina igualmente la manera en que construyen o establecen sus relaciones. Esta estrategia, compromiso y convicción frente al trabajo realizado, es lo que ha permitido generar un proceso de transformación y consolidación del costurero.

El costurero y los objetos que allí se crean permiten tramitar el dolor, las tristezas, los miedos e inseguridades, todos los vestigios generados por la violencia y hasta expresiones de esta misma potenciadas por la imposibilidad, en otros momentos, de comunicarse y reunirse, por la ruptura de los lazos sociales. Estos objetos son dispositivos de memoria y empoderamiento social y político y el escenario de su creación, donde confluyen la destreza manual, la palabra, el silencio es, al tiempo, escenario de producción teórica –en términos etnográficos– en tanto permite “explorar los sentidos, interpretaciones y formas de encarnar conceptos como memoria, reparación y reconciliación” (González, 2013: 20) desde las vivencias de cada una.

### **“Pasolini en Medellín: apuntes para una etnografía visual”<sup>11</sup>**

Pasolini en Medellín es una corporación sin ánimo de lucro que se dedica a la producción de etnografías visuales en zonas “periféricas” de la capital del departamento de Antioquia, es decir, zonas alejadas espacial y socialmente de las centralidades urbanas. Ésta surgió de la tesis de grado para optar al título de antropólogos de Camilo Pérez y Germán Arango (2004). A través del acercamiento a los jóvenes de la zona nororiental,

<sup>11</sup> Este es el título de la tesis de grado Germán Arango y Camilo Pérez Quintero (2004), quienes son los fundadores de la Corporación Pasolini en Medellín, y han trabajado en colectivo con el grupo CVT para la realización de proyectos de antropología visual en las zonas periféricas de la ciudad. Las producciones de la Corporación se encuentran disponibles en las siguientes direcciones web: <http://www.youtube.com/user/pasolinienmedellin> y <https://vimeo.com/pasolinienmedellin> (fecha de consulta: 6 de mayo de 2015).



una de las más conflictivas de la ciudad de Medellín, los antropólogos iniciaron un trabajo etnográfico en los barrios, realizaron talleres de apreciación cinematográfica y, en última instancia, entregaron la cámara a los jóvenes para que ellos resaltaran sus propias historias. El resultado fue una serie de vídeos en los cuales los jóvenes evidenciaron sus perspectivas sobre la ciudad, la violencia, el conflicto y diferentes problemáticas sociales.

En el 2008, y como consecuencia directa del trabajo hecho por Arango y Pérez, se consolidó la Corporación, con la que el grupo CVT ha realizado diferentes investigaciones,<sup>12</sup> y, aunque tanto el grupo como la Corporación son entidades independientes, los investigadores que hacemos parte del CVT nos hemos nutrido con las propuestas metodológicas que propone Pasolini en Medellín, y algunos de los realizadores audiovisuales son parte importante del trabajo académico que realiza el grupo CVT. Por ello es importante resaltar que las pretensiones de la Corporación, aunque diversas, versan en construir conocimiento colectivo con jóvenes de la ciudad de Medellín, y específicamente pretenden trabajar “con jóvenes habitantes de barrios periféricos y explorar la ciudad desde su propia perspectiva y su mirada” (Arango, et al., 2008: 1).

Esta perspectiva es importante debido a que, en Medellín, los jóvenes han estado inmiscuidos en las conflictividades urbanas, bien sea desde su actuación como víctimas o victimarios. La tendencia a estigmatizar a los jóvenes de los barrios periféricos desde las lecturas más oficiales del conflicto por su participación activa en los fenómenos violentos ha desembocado en la construcción de imaginarios colectivos en donde son considerados los enemigos, los peligrosos, los malos, muy en relación con lo que plantea Rossana Reguillo sobre la construcción social del miedo en la ciudad (2002).

La búsqueda de “los pasolinis”, como ellos se nombran, ha sido romper con dichos imaginarios contruidos a partir de la violencia y la criminalización de las zonas periféricas. Para ellos, estas formas de construir al Otro son miradas externas que conceptualizan a los jóvenes, pero que no se detienen a pensar en las perspectivas propias de ellos. Por ello, la etnografía visual, y, particularmente la etnografía en colaboración, jue-

<sup>12</sup> Dentro de los proyectos realizados en conjunto, podemos ver el “Archivo de lo(s) Excluido(s). Memorias y Construcción de futuro en el barrio Popular no.1 de Medellín, Proyecto de investigación y formación audiovisual”, de los investigadores Germán Arango, Camilo Pérez y Vladimir Montoya. También “Ojos de Asfalto. Memoria, Hip Hop y Audiovisual” de la investigadora Ana María Muñoz Guzmán.

gan un papel importante como enfoques metodológicos para comprender, analizar y reflexionar sobre ellos y los contextos de violencia que habitan.

A través de una metodología de talleres de sensibilización articulados a partir de un eje antropológico (etnográfico) y otro audiovisual, se trabajan temas como lo urbano, los procesos migratorios, la periferia; al tiempo que se capacita en técnicas de fotografía y video, [...] o retroalimentación con la comunidad. Todo esto en el contexto de una atmósfera crítica que permita resignificar lo urbano, aportando a la construcción de un conocimiento nuevo que trascienda el contexto de la producción audiovisual (Arango, et al., 2008: 1).

La etnografía visual permite que los investigadores reivindiquen las lógicas propias de los sujetos que hacen parte de los proyectos, así como su mirada, y propone alternativas que ayudan a superar la relación joven violento / joven guerrero. Esto evidencia la fuerza de la etnografía en colaboración de estas iniciativas de investigación. En efecto, los jóvenes construyen las historias con las cámaras que les son entregadas, y a partir de allí hay una sincronía entre investigador e investigado en la que ninguno de los dos se anula. Juntos construyen conocimiento, posicionan puntos de vista, derrocan imaginarios y utilizan las imágenes para hacerlo público y evidente. La etnografía en colaboración dentro de las investigaciones de la Corporación termina siendo una estrategia que aporta tanto a la comunidad como a la academia.

En el caso de la comunidad, este tipo de trabajos le permite tener acceso a nuevos conocimientos, técnicos y sociales, sobre el contexto que habitan. También permite la reconstrucción de memoria colectiva para comprender, reflexionar y resignificar procesos de violencia. Esta etnografía les permite hacer eco en escenarios de carácter institucional o académicos, a partir de la muestra de sus perspectivas sobre las realidades que viven y, finalmente, las producciones propias de esa etnografía visual realizada en colaboración, les permiten *ficcionar* sobre sus realidades particulares.

En el caso de la academia, las etnografías visuales de Pasolini en Medellín han permitido cuestionar el quehacer teórico, metodológico y político de la antropología en contextos de violencia; han cuestionado su mirada y sus lenguajes tradicionales, posibilitando otros escenarios para el análisis, otras maneras de comunicar, otros lenguajes para entender

esa perspectiva del Otro que tanto busca la antropología; y han permitido encontrar distintas conceptualizaciones para el papel de la etnografía en contextos de violencia como los colombianos.

## **Conclusiones**

El recorrido y las discusiones realizadas en el marco del grupo CVT nos permiten asegurar que, para el caso de la academia colombiana, hay un consenso en la idea de la violencia como un proceso multidimensional y multivariable. Esta manera de comprenderla evidencia que este fenómeno tiene diferentes expresiones, invitándonos como investigadores, académicos y etnógrafos a no entender la violencia como un concepto generalizante o construido bajo un solo marco conceptual. De allí que, en muchos casos, sea mejor hablar de violencias en plural.

Al atender al carácter múltiple de la violencia es necesario comprender que esta permea muchas de las dimensiones de la vida de los sujetos, lo cual implica que se vuelva un asunto cotidiano arraigado a las distintas dimensiones de las relaciones sociales. Ello puede aprehenderse a través de categorías analíticas como las propuestas por Philippe Bourgois, en cuyo marco el reconocimiento de las violencias estructurales, simbólicas o normalizadas, permite comprender el fenómeno más allá de análisis netamente casuísticos entre macro-estructuras. Tal desplazamiento posibilita comprender la violencia también como un fenómeno micro, insertado en las emociones y particularidades de los distintos contextos sociales.

Estos abordajes culturales y simbólicos de la violencia perfilan la etnografía como un potente enfoque metodológico para abordar los impactos de la violencia en la vida cotidiana. La etnografía permite develar cómo la violencia navega entre las relaciones intersubjetivas, se inserta en las memorias, establece códigos, moldea cuerpos y postula normativas para vivir en sociedad.

Si bien muchos trabajos académicos han optado por la etnografía como herramienta y metodología, la particularidad de varias de las investigaciones del grupo CVT tienen que ver con el enfoque colaborativo, tal como muestran las dos experiencias descritas anteriormente. La relación cercana que van creando los investigadores con los sujetos con quienes trabajan, permite que haya una construcción colectiva del conocimiento, y que la relación entre academia y sociedad trascienda de la mera publi-

cación de artículos académicos, esto es, que la etnografía deje de ser un simple producto y pase a ser una acción política.

Finalmente, vale la pena resaltar que el hecho de que la violencia sea tan escurridiza y tenga múltiples interpretaciones, hace que el investigador no pueda quedarse con estrategias teórico-metodológicas esencialistas y generalizantes. Por el contrario, debe apelar a la creatividad en el método y en las técnicas, y a la apertura conceptual que permite entender las distintas manifestaciones de la violencia en esos contextos en donde la etnografía cobra vida. De allí que haya que llamar la atención sobre la necesidad de una postura activa del investigador frente a los retos que impone un trabajo etnográfico en contextos de violencia, los cuales giran en torno a la construcción horizontal que debería tener la relación entre investigador e investigado.

## Bibliografía

- Arango, Germán; Pérez, Camilo; Pérez, Mónica; Vega, Jair. 2008. "Pasolini en Medellín Apuntes para una Etnografía Visual sobre la periferia, cuatro años de experiencia con jóvenes realizadores" en: <http://pasolinienmedellin.blogspot.com/2008/08/pasolini-en-medellin-paper-para-our.html>. Consultado el 2 de mayo de 2013.
- Arango, Germán y Pérez, Camilo. 2004. *Pasolini en Medellín. Apuntes para una etnografía visual sobre la periferia urbana*. Tesis de grado para optar al título de antropólogos. Medellín: Universidad de Antioquia.
- Berrio, Ayder; Grisales, Marisol; Campusano, Ramiro. 2011. *Violencia y subjetividad. Narrativas de la vida cotidiana*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.
- Blair Trujillo, Elsa. 2009. "Aproximación teórica al concepto de violencia: avatares de una definición", en *Política y Cultura*, No. 32. Xochimilco, México: Universidad Autónoma Metropolitana, pp. 9 – 33.
2012. *Un itinerario de investigación sobre la violencia. Contribución a una sociología de la ciencia*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.
- Bourgois, Philippe. 2009. "Treinta años de retrospectiva etnográfica sobre la violencia en las Américas", en López García, Julián; Bastos, Santiago; Camus, Manuela (eds.), *Guatemala. Violencias Desbordadas*. Córdoba: Universidad de Córdoba.
- Espinosa, Nicolás. 2010. *Política de vida y muerte: etnografía de la violencia diaria en la Sierra de la Macarena*. Bogotá: ICANH.
- Ferrándiz, Francisco. 2008. "Etnografía como campo de Minas" en Bullen, Margaret; Díez Mintegui, Carmen (coord.), *Retos teóricos y nuevas prácticas*. País Vasco: Instituto de Lengua, Literatura y Antropología

- del Centro de Ciencias Humanas y Sociales del CSIC. Asociación Vasca de Antropología, Ankulegi Antropologia Elkartea, Universidad del País Váscó.
- González, Isabel. 2013. *Un derecho elaborado puntada a puntada. La experiencia del costurero tejedoras por la memoria de Sonsón*. Inédito.
- Kalyvas, Sthatis. 2001. “La violencia en medio de la guerra civil: esbozo de una teoría”, en *Análisis Político*, No. 42, Bogotá: IEPRI, Universidad Nacional de Colombia.
- Klineberg, Otto. 1980. “Les causes de la violence: approche psychosociologique”, en *La violence et ses causes*. UNESCO. París.
- Quiceno, Natalia. 2008. “Puesta en escena, silencios y momentos del testimonio. El trabajo de campo en contextos de violencia”, en *Estudios Políticos*, No. 33. Medellín, julio-diciembre, pp. 181 – 208.
- Rappaport, Joane. 2007. “Más allá de la escritura etnográfica: la epistemología de la etnografía en colaboración”, en *Revista Colombiana de Antropología*, Vol. 43, enero-diciembre de 2007, pp. 197 – 229.
- Reguillo, Rossana. 2002. “La construcción social del miedo en la ciudad”, en *Revista Comunicación, Estudios venezolanos de comunicación*, No. 117 Caracas, pp. 70 – 80.
- Tapias, César y Espinosa, Nicolás. 2010. “El plano, los escenarios y la puesta en escena etnográfica. Una conversación con Joane Rappaport y César Abadía”, en *Tabula Rasa*, No. 13, julio-diciembre, pp. 341-362.

---

## 14 De la marca a la escritura

*Johnny Albert Vélez*

En las últimas décadas las principales ciudades de Colombia se convirtieron en receptoras de población desplazada de las zonas rurales y municipios cercanos. Quienes llegan a estas ciudades son ancianos, adultos, jóvenes y niños que vienen huyendo de la exclusión, de la pobreza y de las –aberrantes y, al mismo tiempo, cotidianas– escenas de violencia: torturas, amenazas, reclutamientos, confinamientos, desapariciones, masacres y muerte de familiares y amigos, entre otras. Son familias enteras habitadas por duelos postergados, rabias contenidas, recuerdos mortificantes e historias silenciadas, que esperan encontrar una ciudad incluyente donde puedan tomar la palabra para poblarla con sus relatos, duelos y memorias. Es decir, se trata de grupos poblacionales que plantean a las ciudades receptoras el reto de crear espacios de participación política, social y cultural incluyentes, donde puedan ejercer su ciudadanía, que en este caso, está necesariamente vinculada a la resolución de sus duelos.

Atendiendo a esta realidad, el gobierno Distrital de la ciudad de Bogotá ha venido apoyando iniciativas de creación artística y de memoria lideradas por centros académicos, colectivos de artistas y organizaciones no gubernamentales, con el objetivo de ofrecer a esas personas espacios para transformar su relación con las pérdidas y las vivencias dolorosas que, de una u otra manera, no cesan de generarles malestares y dificultades en diferentes aspectos de sus vidas. En este marco, desde el año 2009 hemos venido desarrollando una iniciativa denominada *Entre la piel y el papel: de la imposibilidad de olvidar a la oportunidad de crear*, cuyo objetivo es ofrecer un espacio de escritura creativa a personas que de una u otra manera han sufrido pérdidas importantes a causa del conflicto armado y social en Colombia. Este texto es una elaboración sobre dicha experiencia realizada en el marco del proyecto de investigación *Políticas públicas de memoria sobre el conflicto armado Colombiano: estrategias para su democratiza-*

ción.<sup>1</sup> En la primera parte, que he titulado “De la imposibilidad del duelo en un país sin memoria” se ubican algunas condiciones en medio de las cuales se llevan los duelos en nuestro país. En la segunda parte, titulada “De la marca a la letra”, se presentan una reflexión en torno a las posibilidades que ofrece la escritura para hacer algo con lo insoportable de nuestros propios recuerdos.

### De la imposibilidad del duelo en un país sin memoria

Los duelos en nuestro país históricamente han estado ligados al despojo<sup>2</sup> y a la expropiación del algún objeto para el goce de los otros. En Colombia cada nueva riqueza ha producido una guerra, y quienes han disfrutado de esos beneficios han sido otros, pues la prioridad nunca ha sido la gente que habita aquellas regiones de las cuales se extraen. En nuestro territorio se sacó oro, se buscó canela, se sembró café, se extrajo el caucho, se sembró banano, se produjo azúcar y se carcomió la selva para cultivar hoja de coca y palma africana, porque esos objetos resultaron interesantes para otros, pero la gran mayoría de colombianos no eran quienes los deseaban (Ospina, 1996). Todo lo contrario, la forma como se ha operado ese despojo se caracteriza por ser una explotación descarnada e ilegal en la que se han reventado los cuerpos de nuestra gente extrayendo, produciendo y comercializando “tan preciadas riquezas”. Los colombianos –desde los indígenas que hace más de quinientos años murieron en las minas de oro como efecto de las inhumanas jornadas de trabajo hasta los miles de jóvenes ultimados a balazos en las esquinas de las ciudades por las mafias narcotraficantes– han hecho parte de estos circuitos económicos como objeto de goce, siendo despojados hasta hacerse de ellos mismo despojos, objetos, cadáveres (Figuerola, 2004).

Esa disputa por los tesoros ha generado múltiples formas de violencia entre las cuales se destaca el desplazamiento forzado que ya afecta a más de cinco millones de personas en Colombia. En particular, las personas que participaron en los espacios de escritura posibilitados por *Entre la piel y el papel* habían vivido la experiencia del desplazamiento forzado, en la cual el despojo es desgarrador y generalmente causa una ruptura irre-

<sup>1</sup> Proyecto financiado por la Facultad de Ciencias Humanas y Sociales y la III Convocatoria para el Desarrollo y el Fortalecimiento de la Investigación en UNIMINUTO

<sup>2</sup> La palabra *despojo* hace referencia a la acción y efecto de despojar, pero al mismo tiempo, a los restos mortales; dos elementos característicos de los duelos de las personas desplazadas en nuestro país.

versible en los relatos de vida de las personas y de las comunidades, pues lo que allí se pierde no son meros objetos. Lo que habían vivido era una pérdida real de todos los soportes que dotaban de sentido la vida: “las cosas por las cuales habíamos trabajado de sol a sombra durante largos años [...] las cuatro paredes en las que nuestros padres nos vieron crecer y en las que, hasta ese día, crecían nuestros hijos [...] el barrio, el saludo de la gente que nos conocía [...] la tierra en la que habíamos echados nuestras raíces”.<sup>3</sup> Pero más allá de esto, para algunos de ellos sus duelos estaban atravesados por el dolor de una pérdida mayor: la del ser amado. Así que más allá del despojo de las riquezas propias de sus territorios – tras las cuales iban los violentos–, o del valor económico de todos los bienes materiales perdidos, su dolor estaba causado porque estos objetos, ante todo, eran tesoros ligados a la vida íntima, encarnados en ese mundo simbólico construido entre ellos y sus *otros*. La ruptura ocasionada en sus historias de vida es irreversible porque más allá de las preguntas por las riquezas expropiadas, por las tierras perdidas, por los cultivos arrasados, por las casas destruidas, por los pueblos que tuvieron que ser abandonados, más allá de esas preguntas, algunos de ellos estaban gritando, aún desde el silencio impuesto por los actores armados, una pregunta mucho más fundamental: “¿qué va a pasar con nuestros muertos?” (Figueroa, 2004: 36).

Es aquí donde el duelo se hizo un paso obligado en la vida de estos sujetos, pues la pregunta por los muertos evidencia el aspecto imposible de la reparación. Se habla del retorno, de la reubicación y de la restitución, pero esas palabras mienten sobre lo que en realidad experimentan las víctimas, porque jamás podrán volver realmente, una parte esencial de sí jamás volverá, algo quedará irremediablemente perdido en algún escondrijo de la memoria, que de ahora en adelante será su única tierra. Es justamente porque hay algo imposible de restituir que el sujeto tendrá que vérselas con un duelo. Entonces ¿Qué hacer con lo que está irremediablemente perdido?, ¿qué hacer con lo que fue y nunca más volverá a ser? Estas preguntas constituyen el aspecto central de las políticas de atención y reparación de las víctimas porque su resolución exige reconfigurar los relatos colectivos y refundar los sentidos para recuperar el poder de inscripción que tiene la palabra.

Lo más frecuente es que ante una pérdida insoportable el sujeto quiera conservar la relación, a través del recuerdo, con aquello que se le fue. El

<sup>3</sup> Palabras de un participante.



recuerdo tiene esa maravillosa particularidad: inunda la vida con presencias, emociones, tonalidades, olores y texturas donde se fue feliz; permite disfrutar, aunque sea de manera fantaseada, de aquello que ya no está; detiene el tiempo y reduce las distancias para que se pueda volver allí donde se tuvo lo que ahora está ausente. Gracias al recuerdo se inmortaliza lo que por naturaleza es perecedero y se triunfa imaginariamente sobre la muerte pues según se dice “nadie desaparece del todo mientras tenga quien lo recuerde”.

Sin embargo, pese a esta maravillosa potencialidad, algo le falta al recuerdo para que la vivencia que nos trae sea completa. Siempre que se relata una experiencia, un sueño, una fantasía o un recuerdo, la posibilidad de recordar anda sobre rieles sólo hasta cierto límite, pues tarde o temprano se llega a un punto donde la narración se descarrila para hacer círculos en torno a algún fragmento de la experiencia que no se puede pasar por el tamiz de las palabras. La memoria encuentra un muro impenetrable, un agujero insondable por el cual se introduce toda la dimensión trágica del recuerdo: su límite, su imposible, su real inasible (Braunstein, 2008).

Entonces, si bien el recuerdo permite conservar lo que ya no está, por su condición de No-todo, viene a presentarlo como perdido, porque aunque la narración sea muy rica en detalles, formas y recursos de la lengua, la imposibilidad de colmarlo todo surge tarde o temprano. En este sentido *el recuerdo es la presencia de una ausencia* que evidencia el padecimiento estructural de todo aquel que toma la palabra con la ilusión de recuperar intacto algún fragmento de su vida. *Recordar es experimentar la pérdida nuevamente*, no solo porque *lo que fue fue y nunca más volverá a ser*, también porque ni siquiera podemos traerlo a nuestra memoria con nitidez y entonces quedamos atrapados en una repetición en la que siempre constatamos el fracaso de nuestra memoria (Freud, 1914/2001).

En efecto para quienes participaron en estos espacios de escritura sus recuerdos parecían detener el tiempo y conducirlos por los caminos de una muerte en vida en la que todo está petrificado, en donde nada cambia, nada sucede, simplemente se vive en medio de acontecimientos estancados que se repiten incansablemente como un intento fallido de conservar un pasado y una vida en la que se tenía aquello que la dotaba de sentido. Por esta razón el retorno permanente de lo ausente a través del recuerdo no los aliviaba ni les brindaba sosiego, todo lo contrario, los introducía en una experiencia paradójica de *goce* que –en el intento de

recuperar lo que no cesaba de no recordarse– los dejaba presos de en una repetición dolorosa. Es por eso que lo inolvidable cobraba un cariz trágico que –como lo expresaban algunos– podía mortificarlos hasta la muerte: “hasta el punto en que sólo al precio del olvido se puede volver a habitar la vida”.<sup>4</sup>

De esta manera el anhelo de conservar lo que ya no estaba a través del recuerdo terminaba haciéndose insoportable y lo que se busca entonces son caminos para olvidar. Pero este nuevo rumbo también conduce a una imposibilidad, pues si los seres humanos no somos capaces de recordar a voluntad, tampoco podemos olvidar intencionalmente (Freud, 1915/2001). Se cree que el olvido permite destruir definitivamente los recuerdos dolorosos, se asume que olvidar es un ejercicio voluntario, que es algo que el sujeto puede lograr si así lo quiere, pero en realidad ocurre todo lo contrario, los recuerdos llegan de improvisto, convocados por una palabra, por un olor, por un gesto, por un sutil y pequeño detalle, y una vez se han hecho presentes invaden el alma y se enraízan en el cuerpo de manera que olvidar no es una tarea fácil ni mucho menos tranquila. Es una labor sin descanso que día a día exige un compromiso tan fuerte de quien no quiere recordar, que la propia vida queda empeñada en esa intención. Olvidar es tan difícil, que “la vida se vuelve una lucha: todo el tiempo hay que luchar para dejar las tristezas atrás”.<sup>5</sup>

En efecto, Freud nos enseñó que allí donde creemos haber dejado atrás algún recuerdo mortificante, es precisamente donde más lo hemos conservado en nuestro presente, porque cuando la memoria atormentadora es exiliada a la brava siempre retorna, como una dificultad importante en la vida. A este olvido a las malas Freud lo llama *represión*, y según él su única finalidad es conservar el recuerdo de manera velada, puesto que la represión –como intento de olvidar y de eliminar la ferocidad del recuerdo–, trae como consecuencia la enfermedad del sujeto y el surgimiento de formaciones sintomáticas tejidas a partir de recuerdos penosos (Freud, 1915/2001). La represión es un fracaso, un intento fallido de la intención de olvidar, que paradójicamente siempre se revela como el mecanismo más eficaz de la memoria, porque la instala en el cuerpo a manera de síntoma (Moreno, 2004).

Ahora bien, esos mecanismos para tratar lo insoportable de las pérdidas se transforman a lo largo de la historia y están en relación con las cons-

<sup>4</sup> Palabras de un participante.

<sup>5</sup> Palabras de un participante.

trucciones culturales que los grupos humanos crean para concebir e inscribir la muerte.<sup>6</sup> En la historia de la humanidad, en distintas geografías y épocas, han existido múltiples dispositivos a través de los cuales se zanja una división entre el mundo de los vivos y el de los muertos para que estos descansen en paz y así, con esa certeza, los vivos también puedan hacerlo, ya que la muerte está íntimamente ligada a la vida, y la tranquilidad en el mundo de los vivos también depende de la paz que exista en el mundo de los muertos. Las prácticas fúnebres, al nombrar, ubicar y tramitar esa alteridad radical que es la muerte, permiten llevar los duelos porque es acudiendo a esas maneras de inscribir la muerte como cada doliente podrá o no realizar un proceso personal, subjetivo, de asimilación de la pérdida.

Sin embargo con las guerras del siglo XX se generó un cambio sin precedentes en lo que podríamos llamar la actitud espiritual ante la muerte (Freud, 1915/2001). El salvajismo con el que aparece la muerte en la contemporaneidad se corresponde con una transformación de la relación que los seres humanos tienen con ésta. Según lo señala Jean Allouch (1996), se ha producido un cambio en el paradigma del duelo. Los duelos tradicionalmente, y durante muchos años, se inscribieron en el modelo de lo que podría llamarse “el duelo por la muerte del padre”. En éste el doliente sufre la pérdida de un ser querido cuyas huellas dan cuenta de un camino recorrido durante la vida, y esas huellas, de alguna manera, le permiten a éste cierto grado de realización de esa vida extinta, emprendiendo así un duelo menos penoso. La metáfora del padre en este caso representa los difuntos a los cuales sus dolientes les suponen un camino recorrido y por lo tanto son aquellos que al día de su fallecimiento han dejado huella, y que seguirán existiendo a través de las marcas que inscribieron en la vida de los otros. Después de la muerte del ser querido esas marcas retornan con mayor fuerza para el doliente, pues él se identifica con éstas y las incorpora como una forma de conservar algo de su muerto y a la vez de desprenderse de él.

Pero ahora –según Allouch– las modalidades para tramitar las pérdidas se inscriben en el paradigma del “duelo por la muerte del hijo”. Éste se fundamenta en el dolor por una vida no realizada. La metáfora del hijo

<sup>6</sup> Aunque aquí no hay lugar para desarrollarlo es importante señalar que desde una perspectiva Freudiana las prácticas en torno a la muerte constituyen el fundamento de la cultura, pues esta surge a partir de un crimen, de un asesinato que obliga a quienes lo cometieron a crear un conjunto de dispositivos simbólicos para que la muerte no retorne de manera voraz.

viene a representar a todo aquel que muere antes de tiempo y, a diferencia de las huellas que deja una vida realizada, en este caso, quedan vacíos y promesas que dan cuenta de lo que quedó sin haber venido para esa vida (Allouch, 1996).

En efecto, encontramos que los duelos de quienes participaron en los talleres de escritura se caracterizaban por un sufrimiento originado en lo que no pudo ser realizado por el ser amado: “aunque nos acosen por momentos los recuerdos de lo vivido con el difunto, el problema no reside tanto en esta memoria de lo realizado, sino en lo no cumplido.” (Figueroa, 2004: 48). Mucho de la vida del muerto solo llegó a ser una promesa, y en ese sentido también se está de duelo por lo que éste no alcanzó a vivir. El muerto se lleva consigo las posibilidades de la vida juntos: las palabras no dichas, los caminos no recorridos, los sueños no realizados, las promesas no cumplidas... En general todo aquello que se había tejido entre el muerto y quien queda en duelo; por esto, lo que se pierde es algo de una naturaleza muy particular: es algo que no estaba del todo, que existía en tanto posibilidad, algo que estaba amarrado a la felicidad de ambos.

Ese porvenir, que de repente se queda sin haber venido para la vida del difunto, se convierte en un elemento central en el duelo porque el dolor de quien llora es proporcional a la no realización de la vida de su muerto. De allí que el doliente quede amarrado a su muerto por una deuda, comprometido a realizar la vida que éste no alcanzó a vivir, intentando construir las huellas que el muerto no pudo dejar. La dificultad en estos duelos –según lo expresado por los mismos dolientes– parece estar ocasionada porque, a diferencia del duelo por alguien que ha dejado huellas, aquí no hay cómo apelar a los recuerdos para buscar una posible identificación con el ser perdido. La única salida es que cada quien logre descubrir que, pese a todo, la vida de su ser querido fue una vida realizada, y que pueda construir alguna explicación o dar algún sentido a una muerte que en principio no lo tiene (Figueroa, 2004).

En Colombia, por efecto de la degradación del conflicto armado, esa característica de la época se entronca con una serie de condiciones muy particulares que hace aún más difícil la situación de los dolientes. La tiranía impuesta por los ejércitos armados se ha caracterizado por prohibir a los familiares y amigos el entierro de sus muertos, por la mutilación y la desaparición de los cuerpos, por la impunidad que cobija a los asesinos y por la imposición de un absoluto silencio frente a los hechos. Pero ¿cómo realizar el duelo de alguien a quien no se puede nombrar?, ¿cómo hacer-

lo si la causa de su vida no puede ser apoyada?, ¿cómo si sus asesinos no pueden ser denunciados?, ¿cómo aceptar que el muerto descansa en paz si su cuerpo aún reclama su identificación?, ¿cómo creer que realmente está muerto si no hay un cadáver que funcione como evidencia de su muerte? Es arreglándoselas con esta tragedia adicional que miles de hombres y mujeres deben realizar los duelos en Colombia.

Los relatos de las víctimas evidencian que la complejidad del duelo es aún mayor cuando éste debe realizarse en la distancia, en el silencio, o sin la presencia de un cuerpo para hacer el ritual de despedida; cuando la pérdida personal no puede inscribirse en lo colectivo debido a una interdicción impuesta por aquellos que ostentan la autoridad; o cuando sencillamente no puede contarse la historia del muerto ni pronunciarse alguna palabra para intentar recubrir con tejido simbólico ese vacío tan dramático que deja la pérdida. Esto conlleva varias consecuencias. En primer lugar, se impide la resolución del duelo porque, cuando los duelos deben ser llevados sin la posibilidad de celebrar los rituales pertinentes, el doliente se ve confinado a padecer su pérdida como una experiencia carente de sentido, una pérdida absurda, una pérdida a secas, es decir, una pérdida que no lleva a nada, que no logra inscribirse ni articularse con ninguna esperanza (Allouch, 1996). En segundo lugar, la situación atenta contra el sentido comunitario del duelo que sirve como soporte para que los miembros de una comunidad puedan tramitar sus pérdidas. Cuando se imponen el silencio y la impunidad frente a un muerto, se suprime la muerte a nivel del grupo, es decir que se impide que la muerte haga parte de la memoria de un pueblo, que sea un hecho social que modifica los relatos de vida y las dinámicas de las comunidades. Y como efecto de la imposibilidad de inscribir la muerte en lo colectivo, se introduce una distancia entre el doliente y el resto de la comunidad. La comunidad al no encontrar las vías para compartir el dolor que acompaña al doliente, lo percibirá como alguien que se encuentra en una extraña condición, y fácilmente terminará interpretando su experiencia como una condición patológica, haciendo de quien se encuentra de duelo un enfermo (Aries, 1999).

Todo este contexto tan complejo conduce a lo que podría llamarse una situación de duelos suspendidos, de duelos estancados que se superponen y en los cuales la muerte parece haberse instalado cerrando los caminos a través de los cuales el doliente podría desprenderse, de una vez por todas, de lo que la vida le ha quitado. Estar en un duelo suspendido

implica estar habitado y ser perseguido por los muertos propios, por fantasmas, espectros, voces, imágenes y recuerdos de seres queridos que reclaman que su memoria sea conservada. Implica habitar un mundo donde los muertos habitan a los vivos, un espacio límite signado por la soledad y la locura donde habitan muertos que –de alguna manera– aún viven, y vivos que están muertos en vida, porque el precio que se paga por no inscribir la muerte y quedarse habitando esa zona límite es que ni los vivos ni los muertos descansen en paz. Esto hace que “cada uno se encuentre habitado no tanto por la cuestión de la muerte, sino por sus muertos y que la posición de cada uno frente a sus muertos esté allí, actuando permanentemente en las determinaciones más cruciales de su vida” (Allouch, 1996: 341).

En este sentido los duelos suspendidos hacen que el doliente quede muerto en vida, fuera de su tiempo, detenido en un pasado que le imposibilita vivir el presente. Quien está de duelo habita en un tiempo detenido donde nada acontece; por eso no puede dejar huella, porque la huella es signo del paso del tiempo, es decir que su vida se estanca en relación con su hacer cotidiano, se traba, y sobre todo, se empobrece porque la muerte se instala en el pasado y no en el porvenir. La muerte es un hecho cumplido en su existencia, y una vida que no puede ponerse en juego, es decir una vida sin la posibilidad de la muerte, pierde interés. Entonces, ¿qué alternativas tiene un sujeto para salir del estancamiento al que lo confina un duelo no realizado?, ¿cómo olvidar?, ¿qué hacer para que el recuerdo mortificante que hace insoportable la vida se inscriba y haga memoria?

### **De la marca a la letra**

Tal vez lo primero que podemos señalar es que no todos los recuerdos son iguales. Hay recuerdos que operan como una memoria silenciosa que se arraiga en el cuerpo para retornar a través de los sentidos. En efecto algunas personas que han participado en los talleres de escritura creativa aun sienten el olor a muerte que nunca ha dejado de habitar sus narices desde el día en que supieron a qué huele la sangre de un esposo, un hijo o un padre asesinado; escuchan los aturdidores gritos de súplica y de espanto que no dejan de perturbar sus sueños; sienten el frío que recorre la piel una vez se ha perdido la calidez y la protección hallada en su tierra y entre los suyos. Todos estos retornos de olores, voces y sensaciones cor-

porales son marcas que fijan el cuerpo a ese momento que se vivió con una impactante intensidad.

Esos recuerdos que se caracterizan por su resplandor, por un brillo que parece no agotarse ni con el paso del tiempo, ni con todas las tentativas de olvido a las que se han consagrado estos sujetos, se instalan en el cuerpo como una marca o una memoria indeleble para la cual parece no hallarse ningún recurso en el lenguaje que permita agotarla. Son marcas que conservan su fuerza y su realismo, porque más que recuerdos son trazos en el cuerpo que nos enfrentan con la impotencia de las palabras, y en general con el déficit radical del lenguaje para nombrarlos e inscribirlos en una red de significaciones (Figuerola, 2004: 37).

Eso que escapa a todo decir y que no puede ser inscrito en las redes del lenguaje es lo real. Lo real en psicoanálisis es aquello que queda por fuera del lenguaje, lo que está más allá de las palabras, y en general más allá de todo el orden simbólico. Lo real es lo que nos impulsa a hablar, pero a su vez, lo que no se alcanza a nombrar. Siempre que se relata una experiencia, un sueño, una fantasía, un recuerdo o una historia de vida, la posibilidad de rememorar anda pero sólo hasta cierto límite, el límite de lo real inasible, porque hay algo de toda experiencia que no podemos pasar por el tamiz de las palabras, podemos bordearlo más no podemos decirlo. En toda narración siempre llega un punto donde por más palabras que se intenta articular, algo se le quedará por fuera; es eso justamente lo desboca la narración, lo que impulsa a hablar y hablar sin parar. Una característica de lo real es que siempre vuelve, que no cesa de retornar y hacerse presente sin avisar, pero lo lamentable es que por su condición de innombrable, retorna insistentemente de manera traumática, es voraz, avasallador e implacable “porque al constituirse como algo de lo cual no poseemos una representación, se nos escapa como saber que pueda ser acumulado, no hay un saber sobre lo real que nos permita anticiparnos para evitar sus efectos” (Gallo, 2004: 76).

Apoyándonos en este concepto para cernir algo sobre la textura de los recuerdos, encontramos que aquello que no se puede olvidar es lo real del recuerdo, y “la única posibilidad abierta frente a lo real, imposible de evitar, es conmemorar sus efectos” (Gallo, 2004: 76). Por eso surge la necesidad de que las comunidades y los sujetos conserven la memoria de aquello que fracturó su historia, porque si bien la conmemoración y la elaboración no permiten eliminarlo, si bien no permiten desterrarlo como si nunca hubiera ocurrido, sí permiten situarlo y concederle un lu-

gar, lo cual resulta necesario para pasar de la memoria como marca en bruto a la memoria inscrita (Sotelo, 2004).

Es en este paso donde la escritura ha demostrado ser una herramienta fundamental porque cuando la pérdida es intolerable las marcas fijadas en el cuerpo impulsan a ella. Las marcas que dejan las pérdidas irreparables son una escritura sin germinar que convoca todo un universo de signos alfabéticos para introducir la pérdida en el campo de la palabra. El golpe de lo real obliga a la escritura. Así lo expresa Virginia Woolf:

he llegado a suponer que mi capacidad para recibir estos golpes hace de mí una escritora. Me atrevo a decir que un impacto tal va seguido de inmediato, en mi caso, del deseo de explicarlo. Siento que recibí un porrazo [que] es o llegará a ser una revelación de cierto tipo; es una muestra de algo real que se esconde tras las apariencias; y yo lo hago real al ponerlo en palabras. Solo lo completo cuando lo pongo en palabras; esa plenitud significa que ha perdido el poder de lastimarme [...] Alcanzo estos arrebatos cuando escribo [...] siento que al escribir estoy haciendo algo que es mucho más necesario que cualquier otra cosa (1940. Citada en Braunstein, 2008: 28).

Cuando alguien escribe en torno sus pérdidas, el soporte de su escrito (un papel, un lienzo, una casa, etc.) viene a sustituir al cuerpo en su función de soporte de las marcas, de las cicatrices y de los síntomas. Y es allí, en el paso de una escritura a otra, en el paso de la marca a letra, donde puede interrumpirse el retorno del malestar porque el acto de escribir permite darle otro lugar al recuerdo, y en ese sentido contribuye a transformar la relación que el sujeto establece con lo imposible de olvidar. En este sentido la escritura es cicatrizante ya que permite transformar una experiencia traumática en un relato que propicia el olvido (Braunstein, 2008).

En efecto para algunos de los participantes de los talleres, la escritura permitió librarse de la responsabilidad de inmortalizar lo imposible de olvidar, porque con ella hicieron existir lo sucedido en otro nivel, le otorgaron un lugar en lo simbólico a aquello que tenían que recordar queriéndolo borrar. En este sentido para algunos de ellos “...escribir [fue] borrar. Sustituir” (Duras, 1995: 21).

Después de cinco años de trabajo en los talleres de escritura creativa *Entre la piel y el papel* lo que tenemos son más preguntas que las que teníamos al inicio. Hemos empezado a descubrir que la memoria no se estaría



transmitiendo, ni solamente ni principalmente en lo que convencionalmente nos hemos acostumbrados a llamar “iniciativas de memoria” (conmemoraciones, rituales, publicaciones, conversatorios, congregaciones, actos públicos, etc.) sino mediante escrituras proscritas y abyectas que rompen con la política del Otro, que exigen al testigo pasar el cuerpo por el enrejado del leguaje. La memoria se transmite inventando, entre las marcas del cuerpo y el universo de las palabras, un estilo; entre *la piel y el papel* el testigo ha de crear su propio estilo para hacer de las marcas escrituras fragmentarias que se dan a leer en partes, en retazos, en restos, en rémoras que señalan el fracaso del sentido y el triunfo de la letra.

## Bibliografía

- Allouch, Jean. 1996. *Erótica del duelo en los tempos de la muerte seca*. París: Edelp.
- Aries, Philippe. 1999. *El hombre moderno ante la muerte*. Madrid: Taurus.
- Bello, Martha Nubia. 2003. “El desplazamiento forzado en Colombia: acumulación de capital y exclusión social”, en *Conferencia regional Globalización, migración y Derechos Humanos*. Quito: Universidad Andina Simón Bolívar.
- Braunstein, Néstor. 2008. *La memoria, la inventora*. México: Siglo XXI.
- Castro, María Clemencia. 2002. “Investiduras, destrozos y cicatrices o del cuerpo en la guerra”, en *Desde el jardín de Freud: cuerpo y goces contemporáneos*, No. 2, pp. 38-45.
- Díaz Carmen Lucía. 2002. “Destrucción del cuerpo: de la fantasía al acto”, en *Desde el jardín de Freud: cuerpo y goces contemporáneos*, No. 2, pp. 20-37.
- Duras, Marguerite. 1995. *Emily*. Barcelona: Tusquets.
- Figuroa, Mario. 2004. “El duelo en el duelo” en *Desde el jardín de Freud: memoria, olvido, perdón, venganza*, No. 4. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, pp. 34-55.
- Freud, Sigmund. 2001 (1915). “La represión”, en *Obras Completas*, Vol. XIV. Buenos Aires: Amorrortu.
- 2001 (1915). “De guerra y muerte”, en *Obras Completas*, Vol. XIV. Buenos Aires: Amorrortu.
- Gallo, Héctor. 2004. “Olvido y verdad”, en *Desde el jardín de Freud: memoria, olvido, perdón, venganza*, No. 4, pp. 70-83.
- Moreno, Belén. 2004. “El objeto de la memoria y el olvido”, en *Desde el jardín de Freud: memoria, olvido, perdón, venganza*, No. 4, pp. 16-33.
- Ospina, William. 1996. “Lo que está en juego en Colombia”, en *Revista número*, No 30, marzo

*Johnny Albert Vélez*

Sotelo, Aida. 2004. "Testimonio, cuerpo, memoria y olvido", en *Desde el jardín de Freud: memoria, olvido, perdón, venganza*, No. 4, pp. 122-135.

---

## 15 **La consagración social de los ex centros clandestinos de detención como lugares de memoria autorizada sobre el terrorismo de Estado en la Argentina: algunas reflexiones en torno a la relación ente materialidad y recuerdo**

*Ana Guglielmucci*

En la Argentina, desde mediados de la década de 1990, la demanda de memoria se incorporó al reclamo de verdad y justicia sobre los crímenes cometidos durante la última dictadura (1976-1983). Esa demanda, anclada en la necesidad de transmitir lo sucedido a las nuevas generaciones, se vinculó al surgimiento de nuevas organizaciones de derechos humanos, como *HIJOS* (Hijas e Hijos por la Identidad y la Justicia contra el Olvido y el Silencio) o *Buena Memoria*, el cierre de las vías penales para juzgar a los responsables de crímenes de lesa humanidad, las declaraciones públicas de algunos perpetradores que habían quedado impunes ante la ley, y las declaraciones del presidente Carlos Menem (1989-1999) que alentaba el olvido y la reconciliación nacional, entre otros fenómenos.

En ese contexto, organismos de derechos humanos, así como organizaciones políticas, gremiales y vecinales demandaron que algunos ex centros clandestinos de detención (en adelante “ex CCD”) fueran señalizados y refuncionalizados como museos, sitios de conciencia o espacios para la memoria. Distintos actores comenzaron a movilizarse frente a las puertas de esos lugares y a reclamarle al gobierno nacional y al metropolitano que se los identificara públicamente y que se los preservara ediliciamente en tanto pruebas materiales para la justicia y patrimonio histórico de todos los argentinos.

Frente a este reclamo por parte de diferentes grupos sociales y la interposición de demandas frente a la justicia argentina y la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH), los integrantes de la recién

constituida Legislatura de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires (1996) abrieron un espacio de debate sobre la señalización y refuncionalización de los ex CCD. Como producto de estos debates iniciales se redactaron diversos proyectos de ley para dictaminar la necesidad de crear un museo de la memoria en los ex CCD Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA) y Olimpo. En ese entonces el gobierno nacional del presidente Menem se opuso a transferir el dominio de los predios, que aún permanecían en manos de la Armada y la Policía Federal Argentina, respectivamente. Incluso, mediante un decreto propuso demoler la ESMA y convertirla en un espacio verde, símbolo de la unión nacional. Algunos ex CCD se convirtieron entonces en espacios de disputa jurídica y política, entre el gobierno nacional y el municipal, y entre diversas instituciones públicas y organizaciones sociales.

En el año 2003, luego de una profunda crisis económica y política, el nuevo presidente Néstor Kirchner llegó a un acuerdo con el gobierno de la ciudad y facilitó la refuncionalización de esos sitios, ya no como museos, sino como espacios para la memoria sobre el terrorismo de Estado. Para alcanzar ese objetivo se crearon una serie de convenios, leyes y programas institucionales que implicaron la creación de órganos de gestión mixtos, integrados por organizaciones no gubernamentales y distintas áreas del gobierno nacional y metropolitano. Tales órganos serían los encargados de definir qué hacer en los lugares dentro de ciertos parámetros fijados en la ley de refuncionalización.

El traspaso de tenencia de los sitios y la definición de qué hacer en cada uno de ellos conllevó una serie de arduos debates, en primer lugar, sobre quiénes serían los encargados de tomar las decisiones finales y cómo sería el proceso decisorio (votación, consenso, etc.). En segundo lugar, se discutió también sobre qué hacer en el lugar una vez que estuviera definida la composición del órgano de gestión y su reglamento de funcionamiento político.

Aquí me centraré en el análisis de ese segundo momento, el *qué hacer* en y *sobre* esos espacios, y la particular relación establecida entre materialidad y memoria. Es decir, daré cuenta de la manera en que diversos actores (políticos, servidores públicos, sobrevivientes, familiares de desaparecidos, militantes de organismos de derechos humanos y organizaciones barriales) han resuelto una serie de problemas estéticos, políticos y morales ligados a la representación de la violencia política pasada a través de esos espacios, y a su transmisión hacia las nuevas generaciones.

A partir de una investigación etnográfica en torno a dos casos de refuncionalización de ex CCD como espacios para la memoria, distinguiremos las definiciones que fueron tomando los actores que han integrado los respectivos órganos de gestión, en el caso de la ESMA, el *Ente* y, en el caso del Olimpo, la Comisión de Trabajo y Consenso (CTyC) o, más coloquialmente, la *Mesa*. Si bien en ambos sitios la consigna institucionalizada en la ley fue *recuperar* los ex CCD como espacios para la memoria sobre el terrorismo de Estado, una vez que estos fueron catalogados como tales surgieron nuevas preguntas, por ejemplo: ¿cómo dar cuenta de lo sucedido allí?, ¿cuál es el sentido cultural y político de transmitirlo?, ¿quiénes son sus destinatarios privilegiados? Dichas preguntas surgieron porque los ex CCD remiten a sucesos históricos complejos cuya comprensión incluye el establecimiento de continuidades y rupturas con la actualidad política y con la violencia de todo acto de fundación institucional. Es decir, ellos remiten a cierta información incómoda no solo sobre el período en el que funcionaron como CCD, sino también sobre las acciones llevadas a cabo hasta el momento por parte de los sucesivos gobiernos y distintos sectores de la sociedad civil respecto a los crímenes pasados y presentes, y el rol de las instituciones en la resolución de los conflictos internos. Cada una de estas dos experiencias de refuncionalización conlleva una serie de condicionamientos vinculados a, por ejemplo, quiénes participan de los respectivos órganos de gestión, qué rol cumplen las instituciones gubernamentales, las particularidades edilicias de cada lugar o el ámbito socio-urbano donde están ubicados.

Considerando esa variabilidad, en este trabajo describiré el caleidoscopio de actividades desarrolladas por los integrantes de los órganos de gestión política encargados de definir qué hacer en la ESMA y el Olimpo. A partir de esa descripción examinaré cómo ha sido construido un relato particular sobre determinados eventos críticos incorporados en la historia nacional argentina a través de determinadas manifestaciones materiales. Mi tesis es que los protagonistas del proceso de memorialización han construido una representación particular sobre las huellas del pasado que refuerza la presentación de esos lugares como espacios de memoria auténtica. Es decir, esos espacios funcionan como una plataforma comunicativa que presenta relatos particulares sobre los hechos pasados que apoyan su fuerza de veracidad en la materialidad que lo sustenta, muestra y demuestra. De este modo, estos espacios funcionan como lugares autorizados para contar relatos certificados que portan fuerza de ver-



Fotografía de las movilizaciones sociales frente al ex CCD Olimpo cuando aún funcionaba como Planta Verificadora de Automotores de la Policía Federal Argentina.

dad sobre la violencia política del pasado y la violencia institucional del presente.

### **Los debates en torno a la relación entre materialidad y memoria en los procesos de refuncionalización de los ex CCD ESMA y Olimpo**

Los integrantes de ambos órganos del Ente y la Mesa han centrado sus debates preliminares en qué hacer en los espacios ESMA y Olimpo en torno a dos amplios ejes ligados a la articulación entre materialidad y memoria. El primero de ellos ha girado en torno a la preservación, transformación y/o reconstrucción de los edificios, en tanto prueba material para la Justicia y documento testimonial para la historia. Algunas preguntas en este sentido han consistido, por ejemplo, en si debían volver a construirse las celdas o, al contrario, destacarse las huellas o marcas que denotan su existencia y las acciones llevadas a cabo para ocultarlas. El segundo eje ha girado en torno a la construcción de un relato sobre el lugar, articulando pasado, presente y futuro de un modo particular. Las preguntas en este sentido han consistido, por ejemplo, en qué tipo de información sería necesaria para su elaboración, y la relación entre testi-



monio, interpretación o explicación. Para los actores que participan de los órganos de gestión, la refuncionalización de estos lugares constituye una afirmación pública de su histórica demanda de memoria, verdad y justicia. En ese sentido los integrantes del Ente y la Mesa comprenden primordialmente a estos lugares como testimonio material del terrorismo de Estado, potencialmente utilizable como evidencia en las causas judiciales abiertas recientemente por crímenes de lesa humanidad. De acuerdo a la conexión establecida entre la materialidad del lugar y los juicios penales, los integrantes de ambas comisiones comparten la premisa de preservar el lugar tal cual estaba cuando las Fuerzas Armadas y de seguridad fueron desalojadas y relocalizadas en otros predios. El argumento dominante consiste en afirmar que es tan importante revelar el funcionamiento del lugar en cuanto CCD como dar cuenta de las prácticas desarrolladas posteriormente por dichas fuerzas para ocultarlo, pues ello habría garantizado su impunidad durante los sucesivos gobiernos constitucionales. Esta postura, que denomino “preservacionista”, se ha impuesto en general sobre los planteamientos de reconstruir las celdas para explicitar el funcionamiento del CCD o, por el contrario, dinamitar sus restos como una forma de catarsis personal y colectiva.

La postura hegemónica, volcada hacia la preservación material del lugar, condujo a los integrantes de ambas comisiones a convocar a un equipo de especialistas con el objetivo de recuperar las huellas de sus usos

pasados, grabadas en la estructura edilicia (paredes y pisos, por ejemplo). Las agencias gubernamentales encargadas del funcionamiento de los espacios incorporaron entonces a arquitectos, arqueólogos, antropólogos y conservacionistas, con el fin de rastrear y salvaguardar las marcas edilicias que denotan el funcionamiento pasado como CCD y las sucesivas modificaciones realizadas con el objetivo de ocultarlo. Si bien en el marco de la reapertura de las causas judiciales la premisa era “preservar todo”, a medida que fue avanzando el trabajo de relevamiento arqueológico y profundizándose el debate al interior de las comisiones sobre qué hacer en cada lugar, surgieron nuevas preguntas sobre qué conservar y para qué.

En un inicio la mayoría de los integrantes de las comisiones –encargadas de definir la organización y contenido simbólico de los espacios para la memoria– manifestaron la prioridad de conservar el sector donde estaban las celdas y salas de interrogatorio o “quirófanos”. Esa postura se impuso frente a la de aquellos grupos que planteaban reconstruirlo tal cual era cuando funcionó como CCD, o demolerlo completamente para darle una nueva imagen “ligada a la vida y no a la muerte”. En un primer momento los representantes de la Asociación de ex Detenidos Desaparecidos (*AEDD*), *HIJOS* y algunos sobrevivientes también propusieron reconstruir las celdas derruidas con la intención de hacer patentes los crímenes allí cometidos. No obstante en ambos casos, luego de varias reuniones entre representantes de organismos de derechos humanos, funcionarios gubernamentales y un grupo de profesionales conformado por arquitectos, restauradores, arqueólogos y antropólogos, los integrantes de ambos órganos de gestión política acordaron la realización de reproducciones gráficas o digitales que facilitaran la comprensión del funcionamiento del campo de detención sin necesidad de realizar reconstrucciones edilicias de las celdas o réplicas de los implementos de tortura. En síntesis, en ambos casos, en un inicio, se consensuó un criterio conservacionista y de reconstrucción virtual del funcionamiento de los CCD (a través de maquetas, planos, infografías, animaciones tridimensionales, etc.), por sobre un criterio de reproducción material o transformación total.

Según los integrantes de los respectivos órganos de gestión, el propósito general del trabajo de preservación apunta a descubrir las marcas edilicias que evidencian el accionar del CCD y su posterior ocultamiento por las fuerzas militares y policiales. Sin embargo, la historia de los edificios



donde funcionaron los CCD, a través de sus capas de pintura o modificaciones arquitectónicas, permite construir un relato propio, más amplio y heterogéneo. A partir del trabajo de los conservacionistas se obtiene una colección de marcas, acompañadas por una colección de relatos, que no siempre son coincidentes entre sí. En un inicio, los integrantes de ambas comisiones plantearon la relación entre materialidad y memoria como una relación directa, en la que la materia apoya, refuerza, y valida los recuerdos de los sobrevivientes (especialmente, sus testimonios personales sobre lo sucedido en los CCD). No obstante, a medida que fue avanzando el trabajo de los conservacionistas, la caracterización de esta relación debió ser replanteada, pues, la materialidad no funcionaba únicamente como un refuerzo de los testimonios de los sobrevivientes, sino que también permitía discutirlos, relativizarlos y/o ampliarlos. El trabajo de registro de las marcas edilicias se reveló más complejo de lo que esperaban e impuso arduos debates al interior de las respectivas comisiones. Por ejemplo, la prioridad dada a la actividad de preservación, requirió decidir si era necesario registrar y conservar la totalidad del predio y, a su vez, cuál era la profundidad temporal de las marcas edilicias que querían encontrar, y/o los testimonios que pretendían constatar a través de ellas. Nuevas preguntas se sumaban a las ya existentes: ¿cómo transmitir al visitante no especializado en las técnicas de conservación, la importancia simbólica de una mancha de humedad en la pared en tanto marca del pasado? A su vez, ¿este tipo de marcas deben ser relevadas en todos los edificios? ¿Son las huellas de la estructura funcional del CCD el único medio, o el más adecuado, para transmitir lo que allí sucedió a quienes no lo vivieron?

Para los integrantes de ambas comisiones las tareas de conservación material están fuertemente relacionadas con trabajos de investigación histórica y testimonial, enfocados en la obtención de Verdad y Justicia, consignas primordiales para el movimiento de DD.HH. en Argentina. Pero, a su vez, la conservación e investigación están relacionadas con las tareas de transmisión de la memoria sobre el terrorismo de Estado a las personas que no vivieron dichas experiencias, a través de la construcción y difusión de relatos sobre esos lugares. En ese sentido, si bien los integrantes de ambas comisiones atribuyen a estas marcas edilicias el status de “documento material”, ya sea con carácter jurídico o histórico, su reconocimiento como tal depende de la selección de los testimonios que las acompañan, pues quienes no vivieron los sucesos allí ocurridos necesitan

inevitablemente de la transmisión de relatos para poder conocerlos y reconocer la fuerza que los constata en la materialidad a la que aluden.

Durante las reuniones en las que participaban los integrantes del Ente y la Mesa era común escuchar la afirmación: “estas paredes hablan”, refiriéndose a la materialidad de los ex CCD. Esa frase, y todos los supuestos envueltos en ella, implican un tipo particular de vínculo con la materialidad de esos espacios. Los edificios, como objetos que nos trascienden, parecen tener un poder mayor que las meras palabras. Sin embargo, siempre es a través del lenguaje que intentamos comprender sus significaciones y que podemos transmitir las a los otros, incluso a las generaciones venideras. La materialidad tiene un poder ambiguo. Este poder peculiar, como destaca Susan Pearce (1992), emana de la habilidad de los objetos de ser simultáneamente signos y símbolos, al traer una verdadera parte del pasado al presente y, a su vez, cargar eternas reinterpretaciones simbólicas. Un objeto relacionado con un evento sobrevive físicamente a él. A través del tiempo lo material mantiene una relación metonímica con el evento del pasado, es parte intrínseca del evento. En tanto signo, el objeto acarrea sentido, una eterna relación con el pasado, y esto es lo que experimentamos como el poder del objeto en sí mismo, ligado a su aura de autenticidad.

A través de la exposición de marcas edilicias los integrantes de las respectivas comisiones procuran retrotraer al visitante hacia lo que fue, por medio de lo que es. Mediante la exposición de una colección de marcas y unos pocos objetos hallados durante los trabajos de restauración y relevamiento arqueológico, proponen a quien visita el lugar un pacto tácito, el cual implica aceptar que la marca edilicia es una huella del pasado equivalente a su interpretación actual.

Una mirada crítica sobre la representación de estos espacios en tanto lugares de memoria autenticada (a través de dicha exposición objetual que conecta pasado y presente a través de las marcas edilicias), advierte los peligros de saturar lo cultural con lo cultural, es decir, la cultura con el culto. Beatriz Sarlo (2009: 505) señala al respecto que

el culto de un pasado a través de los restos materiales que subsisten en la ciudad o son reconstruidos, como si no hubieran atravesado una etapa de desaparición y obnubilación, se origina en una arqueología de los remanentes que evocan la historia, y muchas veces, más que presentarla, la sustituyen.



Fotografía del casino de oficiales, lugar donde funcionaron las celdas de detención y tortura del ex CCD ESMA.

Es decir, se deja de dar cuenta del dinamismo de los procesos sociales y la reescritura permanente del pasado para afirmarse en lo que se condensa en las ruinas desde la perspectiva de quienes hoy las descubren. Los restos materiales se convierten en un mausoleo que preserva el núcleo duro o el magma del pasado que reside en el presente, el cual los nuevos conquistadores desentrañan y resguardan con miras al futuro.

Ese es otro de los desafíos que se les planteó a los integrantes de ambas comisiones, que el privilegio dado a las marcas edilicias como testimonio auténtico del pasado no sustituyera la construcción de relatos históricos que contribuyeran a otro de sus principales objetivos políticos: el que la denuncia sobre los crímenes pasados ayude a “prevenir nuevas violaciones a los derechos humanos en el futuro”. Con base en este tipo de preocupaciones, ellos mismos se han preguntado cuál es el sentido de la memoria, y si esos espacios se limitan a funcionar primordialmente como prueba material para la Justicia. De acuerdo a las respuestas que han ido construyendo colectivamente, los integrantes de las respectivas comisio-

nes fueron plasmando distintos relatos sobre la materialidad de los lugares en cuestión.

### **Algunos consensos sobre la relación entre materialidad y memoria**

Luego de los primeros dos años de trabajo conjunto, los integrantes de ambos órganos de gestión llegaron a tres grandes consensos para definir los contornos de los espacios para la memoria ESMA y Olimpo. El primero de ellos fue no coexistir con las Fuerzas Armadas y de seguridad en el mismo predio. El segundo, preservar el lugar tal cual estaba al ser desalojado. El tercero, marcar todo el lugar externamente como ex CCD, y no sólo la parte donde estuvieron reclusos los detenidos-desaparecidos. La conceptualización de los predios como totalidad, en cuanto espacio para la memoria, enmarcó todos los demás debates a futuro sobre qué conservar o no en cada uno de ellos, qué narraciones construir sobre lo allí acontecido, y cómo imprimirlo simbólicamente en el espacio físico. Sin embargo, no todos acordaron sobre qué se podía hacer en su interior.

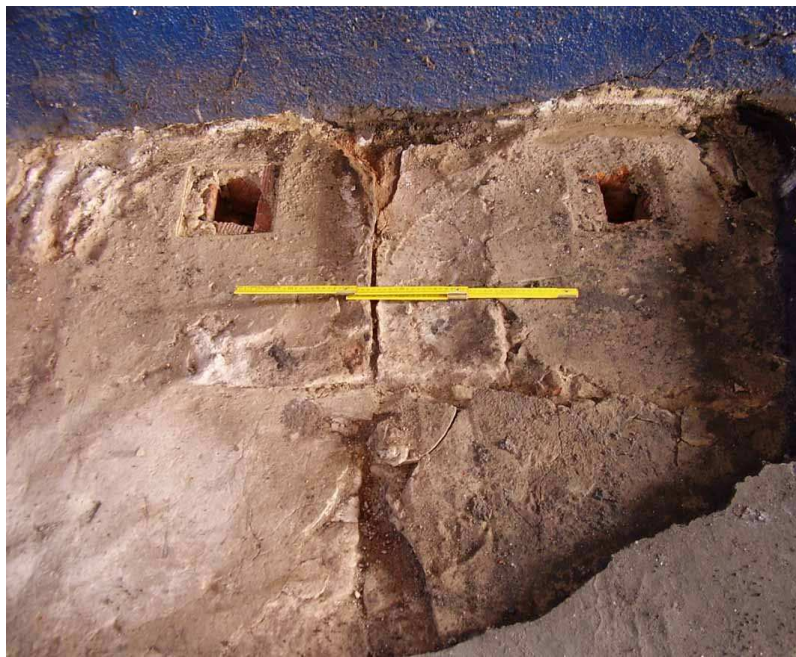
Algunos, como los integrantes de la AEDD, insistieron en que el predio – en tanto objeto de resguardo material por su carácter probatorio en las causas judiciales– no debía tener otro destino ni función que el de ser “testimonio material del genocidio”. Esta postura implicaba reconstruir el lugar tal cual era cuando funcionaba como CCD, con el objetivo de mostrar el accionar de las Fuerzas Armadas y de seguridad, y representar la identidad de los detenidos desaparecidos allí secuestrados.

A diferencia de esta postura, las demás organizaciones de derechos humanos, especialmente el Centro de Estudios Legales y Sociales (CELS), plantearon la alternativa de distinguir entre el rol testimonial del lugar como “sitio histórico” (reservado para el sector donde fueron reclusos los detenidos-desaparecidos), y el rol explicativo sobre el terrorismo de Estado, sus antecedentes y consecuencias (asociado a otro sector dentro del mismo predio). Con base en esta última propuesta, la mayoría de los integrantes de ambas comisiones tendieron a diferenciar las actividades desarrolladas en cada una de estas áreas, tanto material como simbólicamente. En el sector diferenciado como “testimonio material sobre el terrorismo de Estado”, privilegiaron las tareas de conservación, relevamiento de marcas edilicias y señalización sobre el funcionamiento del lugar como CCD y las sucesivas modificaciones hechas para ocultarlo.

En el otro sector, en cambio, los consensos fueron mucho más ambiguos. En algunos casos decidieron conservar los edificios tal cual estaban, en otros decidieron remodelarlos o, excepcionalmente, dismantelarlos y crear nuevas estructuras como un anfiteatro, una sala de exposiciones o una plaza pública.

Más allá de la conceptualización integral del espacio como ex CCD, comenzó a definirse una sectorización bipolar del predio, entre un “espacio de muerte”-“sector de escrache a los responsables del terrorismo de Estado”, y un “espacio de vida”-“sector de homenaje a los detenidos-desaparecidos”; entre un sector a ser preservado como “testimonio material del genocidio” y un sector a ser transformado como lugar de usos múltiples (salas de reunión y exposiciones artísticas, oficinas administrativas, biblioteca, archivo, anfiteatro, etcétera).

En el área diferenciada como “testimonio material” la intervención se ha caracterizado por la colocación de carteles explicativos y accesos simbólicos que indican la entrada al sector. No obstante, a pesar de que los integrantes de ambas comisiones han valorado altamente el relevamiento y preservación material de las marcas edilicias, éstos han sido invisibilizados por ellos como un tipo de intervención. Tal invisibilización se explica, de algún modo, porque esa forma de intervención constituye un recurso medular en la legitimación material y simbólica de los relatos construidos sobre el espacio: es el fundamento de su aura de autenticidad. De hecho, la instalación de cada uno de los carteles, más allá de la definición de su contenido, ha implicado arduos debates al interior de cada una de las comisiones. Algunas de las discusiones giraron, por ejemplo, sobre cuál era la manera adecuada de hacerlo para no transformar radicalmente el lugar y dejar marcas irreversibles en el sitio histórico. Sin duda la colocación de estos carteles transformó el lugar tanto en términos materiales como simbólicos, ajustándose a su cambio de destino en tanto espacio para la memoria. Resulta significativo, no obstante, el trabajo dedicado por las comisiones para minimizar ese tipo de intervención, presentándola como si a través de ella el lugar no hubiese sido transfigurado. En ese sentido es común la apelación de sus integrantes al “peligro” de alterar el lugar como sitio histórico, equiparándolo con un “daño” irreparable que implicaría un nuevo borramiento de lo que allí se hizo durante el terrorismo de Estado. Quizá esto sea así porque ello afecta justamente su aura como lugar de memoria autenticada, centrada en la refuncionalización del sitio como testimonio material para la justicia.



Fotografía de los relevamientos de las marcas materiales dejadas por las letrinas del sector de celdas del ex CCD Olimpo, luego tapadas con una gruesa capa de cemento.

Los sobrevivientes del CCD Olimpo fueron unos de los pocos actores que relativizaron esa distinción entre lugar de muerte y lugar de vida, y se encargaron de que fuera readecuada de acuerdo con sus observaciones presentes en torno a la militancia política y barrial. Algunos de ellos indicaron que en el lugar de reclusión de los detenidos o “pozo” no solo hubo sumisión, sino también resistencia. De hecho, la mayoría de los sobrevivientes relata la vida en el CCD en términos ambiguos, describiéndolo como un “lugar de muerte”, pero también de “vida”; un lugar de “dolor y alegría”; de “llanto y risa”; de “coacción y aguante”, de “dela-ción y compañerismo”, de “traiciones y lealtades”. A partir de los testi-monios de los sobrevivientes y sus observaciones posteriores, por lo tanto, surgieron nuevas inquietudes sobre cómo narrar las experiencias pasadas dentro del campo, donde los hechos no pueden ser relatados en términos morales polarizados, del tipo “buenos” y “malos”. Además, podemos agregar, si los campos son definidos únicamente como “espacios

de muerte”, ¿cómo explicar la supervivencia? En este sentido, para los sobrevivientes del CCD Olimpo, la incorporación de anécdotas sobre la vida cotidiana y la solidaridad dentro del campo han constituido un tema central en el desarrollo de la señalización del sector del pozo, pues ellas dotan de sentido su propia experiencia como detenidos-desaparecidos liberados.

En términos generales, los integrantes de ambas comisiones tendieron a clasificar los espacios para la memoria de un modo semejante. En primer lugar, los definieron como un todo orgánico, pero a su interior diferenciaron dos grandes sectores: una área “sitio histórico” y un área “memoria”. Un “área de conservación” y un “área dinámica”. En el área “sitio histórico”, a su vez, distinguieron entre secciones con un rol testimonial (donde se ubican las marcas edilicias y los testimonios de los sobrevivientes que las acompañan) y secciones con un rol explicativo sobre los testimonios narrativos y materiales. Dos concepciones sobre el modo de hacer memoria parecen convivir, de esta forma, en un mismo espacio conmemorativo. Una de ellas está orientada a la reconstrucción histórica de los hechos, y es presentada a través de la materialidad que trasciende a sus protagonistas. La otra está relacionada con la creación de nuevos relatos sobre el pasado a partir del presente, y es trabajada a través de la promoción de actividades político-culturales orientadas hacia una transformación social pedagógica a futuro.

La mencionada clasificación del espacio se expresó también en una clasificación de las actitudes corporales adecuadas en cada uno de ellos. Dentro del área de conservación se procura que el movimiento de las personas sea pausado y silencioso, en señal de respeto a “los que faltan”. Dentro del área memoria, en cambio, se realizan actividades culturales (conciertos, obras de teatro, muestras de arte, murgas, etcétera). Por otra parte, el área de conservación está despojada de todo ornamento, incluso iluminación potente. Mientras que la otra está iluminada y amueblada según los distintos usos culturales, educativos y administrativos. Actualmente, en el caso del espacio para la memoria de la ex ESMA, la sensibilidad preservacionista por parte de los integrantes del Ente se ha visto superada por la necesidad gubernamental de crear un espacio museográfico moderno y dinámico con estándares internacionales, cuyo público privilegiado ya no son los sobrevivientes o familiares de los detenidos-desaparecidos, muchos de ellos testimoniantes en los juicios, sino las nuevas generaciones y los visitantes extranjeros. En palabras de sus im-



Fotografía de la señalización que separa el sector testimonial o de muerte del sector de vida o de memoria en el espacio del Olimpo. Vista desde el interior del pozo.

pulsos, la iniciativa de crear un museo de la memoria en el casino de oficiales responde a la visualización de la ESMA como un “centro emblemático de América latina” que, por lo tanto, “debe tener estándares internacionales de exhibición”, con la inclusión de nuevas tecnologías, visitas optativas en vez de obligatorias, entre otros posibles recursos.<sup>1</sup> No obstante, esa visión no es compartida por todas las personas que han participado en el proceso de refuncionalización de la ESMA en un espacio para la memoria, de modo que algunos sobrevivientes continúan pensando que el lugar no debería ser intervenido de ese modo y han presentado un recurso de amparo para que el lugar no sea transformado. A su vez, algunos intelectuales han alegado que los debates sobre el museo deberían ser abiertos y no, como hasta ahora, encausados por un grupo cerrado de especialistas, guiados por familiares de detenidos-desaparecidos, sobrevivientes y militantes que se manejan con cláusulas de confidencialidad. El espacio y sus usos siguen siendo objeto de debate y muchas de las polémicas giran en torno a la conservación o transformación edilicia

<sup>1</sup> Cf. Granovsky, 2014.





Fotografía de la señalización interna del espacio para la memoria Olimpo. Vista desde el sector memoria.

con miras a promover la memoria sobre el terrorismo de Estado, destino en el cual se transponen funciones pedagógicas, documentales y jurídicas definidas desde el presente.

En síntesis, los integrantes de ambas comisiones han operado diferentes modelizaciones materiales y simbólicas sobre el espacio que gestionan. Esa modelización ha implicado la selección y manejo de diferentes argumentos históricos para dar cuenta de la ESMA y el Olimpo como espacios para la memoria sobre el terrorismo de Estado. No debe perderse de vista, sin embargo, que sin duda esa selección conlleva ciertos olvidos. De hecho, los lugares que esos gestores consideran “faros de la memoria”, para otros son “lugares de amnesia” o de “media memoria”. En ese sentido las organizaciones ligadas a las Fuerzas Armadas reclaman, por ejem-

plo, la incorporación de relatos sobre los secuestros y los atentados de las organizaciones revolucionarias. Ese tipo de demandas son, sin embargo, inaudibles para los gestores de los espacios, pues el propósito de esos sitios es promover los derechos humanos y los valores democráticos e instaurar en los corazones que *Nunca Más* el Estado se pueda volver contra sus ciudadanos. En este sentido, raramente se discute el estatus de esos lugares en tanto espacios para la memoria sobre el terrorismo de Estado pues, de algún modo, su materialidad inerte permite remontarse hacia experiencias pasadas (el secuestro, la tortura, la maternidad clandestina, la desaparición de los cuerpos) que aún hoy alcanzan a perturbarnos.

Los ex CCD refuncionalizados son, para quienes los impulsan, lugares de “la verdad autorizada”, la que debería ser aceptada como “la verdad” por el público que la examina, una verdad respaldada en la investigación histórica, testimonial y documental, y en la materialidad que la sustenta.<sup>2</sup> A esto se ha sumado la apelación a ciertos recursos tecnológicos para “sacudir” a los visitantes, y no solo informarlos sino también emocionarlos a través de recursos ligados a la industria del espectáculo. Pero ese tipo de acciones aún encuentra resistencias, de modo que por ejemplo la organización HIJOS de la ciudad de La Plata llama al nuevo proyecto del museo de la memoria “el Disneylandia del actual Secretario de Derechos Humanos”.<sup>3</sup> Qué se puede hacer en esos espacios y cómo se lo debe hacer es un asunto polémico. Periódicamente se percibe la tensión entre demandas de transformación y preservación edilicia, o los usos moralmente adecuados del espacio, en discusiones en las que entra en juego el debate sobre la marcación social entre lo sacro y lo profano en los lugares de memoria. De un modo similar a lo que señala Maurice Godelier (1998) en referencia a los objetos sagrados, estos espacios-objeto condensan el poder de nombrar el pasado y crear relaciones sociales en el presente. Poseen ese poder y lo contienen.<sup>4</sup> Por eso, quienes los poseen tienen el

<sup>2</sup> *Ibíd.*

<sup>3</sup> Cf. Andrade, 2014.

<sup>4</sup> Godelier afirma que con los objetos sagrados “todo sucede como si los hombres no fueran los que dan un sentido a las cosas, como si las cosas, cuyo sentido tiene su origen más allá del mundo de los hombres, lo transmitieran a los hombres bajo ciertas condiciones. En otras palabras, la síntesis de lo decible y de lo indecible, de lo representable y de lo irrepresentable, se realiza en un objeto, exterior al hombre, pero que ejerce sobre los hombres, sobre su conducta, sobre su existencia, la mayor influencia” (1998: 197). Si bien la definición no se ajusta totalmente a los espacios-objeto sobre los que trato aquí, pues su origen no se explica por fuera del mundo de los hombres, éstos comparten varias de las características enumeradas.

poder de inscribir la historia pública, distribuyendo en la sociedad los efectos de ese poder ligado *sine qua non* al objeto sagrado del cual emana. De ahí que los ex CCD refuncionalizados en espacios de memoria sean objeto de disputa, conquistados y conquistables, pues quienes detentan su gestión controlan el poder de nombrar esa realidad que fue y aún es, de articular pasado, presente y futuro a través del espacio material. Para quienes no consideran esos espacios como lugares de memoria auténtica, ellos operan únicamente a modo de símbolo. Pero, para quienes comparten la creencia en el poder de esos espacios, éstos no son signo ni símbolo, son cosas que poseen espíritu y, por lo tanto, son poderosas en sí mismas. A través de ellos, se realiza la síntesis entre lo decible y lo indecible, entre lo representable y lo irrepresentable, pues a la hora de dar cuenta de ese país foráneo que es el pasado, se procura acceder a él a partir de sus huellas, o, en otras palabras, de la presencia de la ausencia.

### **Bibliografía**

- Guglielmucci, Ana. 2013. *La consagración de la memoria. Una etnografía acerca de la institucionalización del recuerdo sobre los crímenes del terrorismo de Estado en la Argentina*. Buenos Aires: Editorial Antropofagia.
- Godelier, Maurice. 1998. *El enigma del don*. Barcelona, Paidós.
- Pearce, Susan. 1992. *Museums, objects and collections*. Leicester University Press.
- Sarlo, Beatriz. 2009. “Vocación de memoria. Ciudad y museo” en Vinyes, Ricard (Ed.). *El Estado y la memoria. Gobiernos y ciudadanos frente a los traumas de la historia*. Buenos Aires: Del Nuevo Extremo, RBA, pp. 499-521.

### *Fuentes documentales*

- Andrade, Jimena. 2014. “El museo clandestino que se construye en la ESMA”, en *Perfil*, 3 de agosto.
- Granovsky, Martín. 2014. “El museo será para millones”, en *Página12*, 9 de febrero.

---

## 16 Memorias y espacios clandestinos: el caso de la reconstrucción virtual de la ESMA

*María Jazmín Ohanian*

“Es una imagen irrecuperable del pasado que amenaza desaparecer con cada presente que no se reconozca aludido a ella.”

Walter Benjamin, 1939

No es una tarea simple encontrar en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires huellas materiales que den cuenta de la última dictadura militar, ya que no hay rastros que visibilicen las acciones represivas ni hay un paisaje urbano que dé cuenta de los modos y las prácticas clandestinas con las que operaron las Fuerzas Armadas. En la última década, el estudio acerca del “pasado reciente” argentino ha despertado un fuerte interés entre investigadores de distintas disciplinas, quienes han problematizado sujetos, sucesos, prácticas y significados. Las relaciones de poder y los mecanismos represivos de la década de 1970 se ven así interpelados desde variados enfoques que examinan las violentas experiencias de detención, secuestro, tortura y desaparición de personas. Las narrativas, o las formas de expresar y entender esas experiencias, se convierten así en posibles puentes de relatos que habilitan la deconstrucción de “la historia”, “la memoria”, “la verdad” y “el pasado”. La propuesta de este trabajo es recurrir a los aportes de Walter Benjamin para realizar un análisis de una herramienta educativa interactiva, que invita a indagar sobre nuevas formas de representar y construir la historia y sus espacios, al pensarlos como un campo donde confluyen diversos rituales, ceremonias y múltiples formas de narrar.

### **ESMA, la catástrofe**

La historia de la Argentina desde su formación como nación ha vacilado entre golpes, proscripciones, semanas trágicas, masacres, décadas infames, democracias, campeonatos mundiales y revoluciones. Pero la pri-

mera mitad de la década del setenta constituyó para la Argentina un atípico escenario conflictivo: en 1970 se consolidan las Fuerzas Armadas Revolucionarias, las Fuerzas Armadas Peronistas y el Ejército Revolucionario del Pueblo y se llevó a cabo el secuestro y asesinato del Teniente General Pedro Aramburu; en 1972 fue perpetrada la masacre de Trelew y en 1973 la masacre de Ezeiza; y en 1975 el Poder Ejecutivo emitió el decreto 262 con el que autorizó el Operativo Independencia, y solicitó la intervención del Ejército para la represión de las actividades subversivas. En ese preciso contexto el gobierno democrático transfirió el poder a las Fuerzas Armadas para luchar contra “los grupos contestatarios” y es así como, en palabras de Pilar Calveiro (2008), “el Estado, se confunde con las Fuerzas Armadas, la política aparece como guerra y los adversarios como enemigos”. El 24 de Marzo de 1976 los comandantes en jefe del Ejército, la Marina y la Fuerza Aérea derrocaron al gobierno electo y se constituyeron como Junta Militar y supremo poder de la Nación. Luego de comunicar a la sociedad acerca del “Proceso de Reorganización Nacional”, la Junta nombró al General Jorge Rafael Videla como presidente. A continuación disolvió al Congreso, declaró el Estado de sitio, suspendió la actividad de los partidos políticos, intervino sindicatos, reemplazó a la gran mayoría de los jueces y promulgó una nueva legislación que modificó artículos fundamentales del derecho penal con la intención general de permitir la participación de las fuerzas militares en la represión de la “subversión”<sup>1</sup> sin la inconveniencia de la vigilancia judicial.

Hasta fines de 1983 la Junta Militar también operó por medios clandestinos para conducir su “lucha contra la subversión” y cometió crímenes y delitos en todo el país con una ferocidad y sistematicidad incomparables en la historia argentina. La violencia era ejercida también a través de la implementación de instalaciones ilegales hoy conocidas como centros clandestinos de detención, tortura y exterminio (en adelante CCTyE), mediante la desaparición sistemática de personas. Tal como lo explica Emilio Crenzel (2008), *las desapariciones objetivaron una decisión de exterminio político* ya que casi la totalidad de personas que ingresaban a los centros clandestinos nunca más fue vista con vida.

<sup>1</sup> Según las palabras del general Videla publicadas por el diario *Clarín* el 18 de diciembre de 1977, “Un terrorista no es solo el que mata con un arma o pone una bomba, sino el que alienta a otras personas, a través de ideas que son contrarias a nuestra civilización occidental y cristiana.” *Diario Clarín*, 18 diciembre de 1977.

El centro clandestino que operó en la Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA) funcionó desde el inicio del golpe de Estado en 1976 hasta fines de 1983, convirtiéndose en uno de los más grandes y activos espacios donde secuestró y torturó a más de 5.000 personas. El predio de más de 17 hectáreas –con más de 30 edificios– estuvo también destinado a la formación de suboficiales en carreras como Electrónica, Aeronáutica, Mecánica Naval, Operación Técnica de Radio, Meteorología, Oceanografía, entre otras. El sector clandestino del predio estuvo a cargo del Grupo de Tareas (GT) 3.3.2 de la Marina y también fue utilizado por otras fuerzas como comandos de la Aeronáutica, la Prefectura Nacional Marítima, el Servicio de Inteligencia Naval y otros grupos policiales y militares. Los usos de los espacios han variado a través de los años, pero el edificio más emblemático de la ESMA desde la década de 1970 ha sido el casino de oficiales, ya que allí estaban las salas de tortura, las oficinas de inteligencia, los dormitorios de los oficiales, el depósito de bienes saqueados, la maternidad clandestina y el sector donde mantenían inmóviles y tabicados a los secuestrados. Cómo entender o cómo aproximarse a esa *catástrofe del sentido*<sup>2</sup> es uno de los problemas que el proyecto de reconstrucción virtual interactiva tiene como eje.

### **La reconstrucción virtual 3D interactiva de la ESMA**

Esta herramienta en particular es una reconstrucción 3D interactiva del estado del casino de oficiales de la ESMA y su entorno en 1977, que incluye mobiliario, ambientación e iluminación. El edificio posee tres plantas y su reconstrucción interactiva incluye el exterior del predio y la totalidad del casino de oficiales, donde se encontraban el sótano, la planta baja llamada “el Dorado”, los espacios llamados *capucha*, *pecera* y *capuchita*, así como el centro del tercer piso donde funcionó la “maternidad clandestina”. El medio tecnológico moderno, tal como lo es la simulación 3D interactiva del espacio físico, propia de los videojuegos, permite una experiencia audiovisual inmersiva en el espacio reconstruido. Además, desde un punto de vista cultural, es un medio con el que las generaciones más jóvenes, destinatarias protagónicas del material, se encuentran alta-

<sup>2</sup> Gabriel Gatti (2012) trabaja en su obra distintos mecanismos y vehículos de construcción de identidad y sentido después del quiebre de los marcos interpretativos que trae consigo la figura del desaparecido. Su hipótesis principal es que la desaparición forzada es una catástrofe para la identidad y para el lenguaje, pero que existe un lugar para vivirla y es el “mundo del detenido-desaparecido”.

mente familiarizadas. Este medio tecnológico permite un recorrido virtual en primera persona por el casino de oficiales tal como se encontraba en 1977 según testimonios de sobrevivientes, y ofrece una experiencia integral en relación al tema, lo que implica un abordaje que involucra una multiplicidad de medios y formatos.

## El desarrollo del proyecto

La idea de realizar esta herramienta surgió a partir de la observación por parte de Martín Malamud, director del proyecto, de un trabajo de reconstrucción 3D no interactiva del CCDTyE “Atlético” impulsado por la Secretaría de Derechos Humanos, el cual le resultó impactante por el uso del medio y por ser muy adecuado para la comprensión y la vivencia de esos espacios. Éste permitía un abordaje de la temática muy distinto del provisto por un texto o un testimonio audiovisual convencional, ya que producía un *efecto de realidad* notable que se debía profundizar. Pensando en la posibilidad de aprovechar esa experiencia, Malamud planteó la idea de armar una nueva herramienta fortaleciendo la gráfica, la investigación y la producción audiovisual en general. A su vez decidió que era mucho más interesante realizar un proyecto interactivo que una animación convencional, lo cual modificó en ese momento el abordaje teórico y tecnológico. A partir de un proceso de investigación y producción, se concluyó una primera versión que fue presentada en varios eventos sobre la temática y fue usada como apoyo del testimonio de Ana María Careaga y del alegato final del doctor Luis Zamora durante el juicio conocido como “Esma I”.

Ante la evaluación de la primera versión, el equipo de trabajo obtuvo los siguientes resultados: se logró la concreción de una versión que incluía una reconstrucción completa del casino de oficiales (exterior e interior) donde se presentaba la estructura general y un primer acercamiento a la ambientación y el mobiliario, se confirmó la eficacia del medio elegido como forma de abordaje de la temática a partir de su presentación en distintos ámbitos, y se re-valorizó la herramienta mediante su uso en el juicio. También se evaluó una serie de temas a corregir: desde el punto de vista técnico, la imposibilidad de tener esta versión "on line" y desde el punto de vista conceptual, el hecho de que se limitara a la reconstrucción edilicia hacía que el abordaje fuera frío y poco integrado. El equipo de trabajo se planteó entonces la realización de una nueva versión que corrigiera esos aspectos y considerara fundamental su

inserción como herramienta educativa en los nuevos procesos de enseñanza.

A partir de la experiencia de la primera versión, y del apoyo del Instituto Espacio para la Memoria para realizar una versión más completa, Martín Malamud fundó un equipo interdisciplinario denominado “Huella Digital” basado en 4 áreas de trabajo con objetivos y metodologías particulares: investigación, programación, audiovisual y 3D. El objetivo conjunto de las áreas era lograr que el recorrido en 3D se convierta en un documental interactivo. Para lograr este objetivo experiencial se trabajó en 2 ramas. Por un lado se realizó una búsqueda de material gráfico y audiovisual histórico tal como diarios, revistas, programas de televisión, declaraciones en audio y fotos de la época. Por otro lado se creó un equipo documental que realizó la búsqueda y el análisis de fuentes orales y escritas para entrevistar en profundidad a más de una decena de sobrevivientes, generando un corpus de más de 70 horas de grabación que permitió sumar historias de vida al recorrido interactivo.

La versión actual puede encontrarse en [www.centrosclandestinos.com.ar](http://www.centrosclandestinos.com.ar) y agrega al recorrido interactivo los siguientes elementos:

- Ambientación con una gran cantidad de muebles y objetos diversos que permiten comprender mejor la actividad desarrollada en cada sector.
- Descripciones textuales de los ambientes y los objetos que se presentan.
- Objetos interactivos que al activarse, durante el recorrido 3D, permiten ver material de época que enriquece la experiencia.
- Testimonios de sobrevivientes que tienen relación con algún ambiente dentro del recorrido y que se activan al ingresar a dicho ambiente.
- En forma independiente del recorrido interactivo, se agregaron materiales diversos que suman a la contextualización de la época y a las situaciones descriptas, tales como un cortometraje en 3D que explica los diversos cambios edilicios sucedidos en el casino de oficiales para contrarrestar las denuncias en el exterior.

Actualmente, el equipo de “Huella Digital” está iniciando trabajos análogos con otros ex-centros clandestinos que funcionaron en la Ciudad de Buenos Aires en aquel período.



### **En primera persona**

Al ingresar al sitio, lo primero que el usuario puede hacer, es seleccionar el centro clandestino a recorrer virtualmente (al día de hoy, las opciones son la ESMA y el Club Atlético). Dependiendo de la velocidad de conexión, durante el tiempo que se debe esperar para que la simulación entre en funcionamiento se puede ir leyendo una pequeña descripción de cada uno de ellos. Ni bien se ingresa al primer sector, la pantalla de la computadora se transforma totalmente y el escenario se convierte en una calle interna arbolada de la Esma con la Avenida Libertador a la izquierda, y con el Casino de Oficiales por delante. Todavía sin mover el cursor del mouse, se pueden escuchar cantos de pájaros y el sonido del tráfico de autos y colectivos que circulan por la avenida. Al experimentar con el mouse, se descubre que así se controla la mirada: hacia arriba y hacia los costados la cámara va ampliando nuevos escenarios, y con las flechas del teclado la cámara avanza y se desplaza hacia los costados. Es un recorrido en primera persona por ese espacio tal como estaba durante 1977. A medida que el usuario ingresa en los sectores toma contacto con distintos medios y formatos que ofrecen una experiencia integral de la herramienta: por un lado hay testimonios de sobrevivientes que se activan automáticamente durante el recorrido describiendo situaciones vividas, anécdotas e historias de lo que ocurría en los distintos ambientes, y por otro, en el recorrido se incluye una serie de objetos interactivos que son activados por el usuario como televisores, radios, diarios, revistas y otros de la época que permiten contextualizar la situación cotidiana a través de los medios de comunicación. El ritmo del recorrido es personal, lo cual permite que cada usuario se tome los minutos necesarios para manejar, frenar, compartir, pensar y finalizar la experiencia.

Con el objetivo de efectuar una evaluación de la herramienta interactiva en contextos educativos, durante el mes de marzo del 2014 se realizaron diversas presentaciones con alumnos de 5° año de un colegio secundario de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires a quienes se les pidió un informe analítico sobre la experiencia. Aquí, algunas de sus reflexiones:

La incomodidad de la contemporaneidad en su mero uso, busca comprender a los demás, y no utilizarla para deshacerse de los demás como se hizo en la dictadura cívico militar, y través de este recorrido virtual, podemos vincularnos con un pasado que se

hace presente para comprender esta crueldad humana, en todos sus aspectos.

Los pasillos del casino de oficiales son oscuros, pertenecen a una película de terror que ya no es lejana en el tiempo: está frente a nosotros, parece tangible, escuchamos los ruidos, casi percibimos los olores. Ahora todo pasa del relato a la pantalla. Las salas de tortura no son más la construcción que teníamos previamente armada; quizás se le parezcan, tengan elementos en común, pero de todas formas no son iguales. Es decir, la destrucción de la memoria se da cuando, en vez de haber una resignificación de lo ya sucedido, hay una repetición en infinitum, que lo único que logra es endurecer la historia y darle una connotación estática.

El video que se ha trabajado sobre la E.S.M.A. está orientado a reactivar ese espacio en su función simbólico-testimonial, reflexionando sobre su conflictividad histórica.

Hay algo en la presentación, en la personalidad de las presentaciones, en el testimonio directo, en el no caer en la farándula, en la búsqueda de rigor, en las voces de las personas, en la existencia de voces, la falta de folletos. Hay algo en la búsqueda de traer a la memoria y no la de tirarnos datos como si se esperase que los aprendiésemos, como si por saber que fuesen treinta mil cuerpos y bajo la consigna del nunca más todo fuese tan sencillo como para que no pase, que es convocante, que es aleja de la sencilla ruta de la memoria actual del presente continuo y nos acerca más a una reconfiguración del recuerdo, como si el recuerdo se pudiese moldear, el concepto se pudiese moldear, adentro nuestro. Como si la bandera del nunca más no fuese una foto sino una prenda de colores.

El desarrollo analítico que Walter Benjamin realiza sobre las formas de relatar el pasado invita a pensar a la reconstrucción interactiva 3D como un puente tecnológico que habilita nuevas experiencias de aprendizaje, las cuales amplían las formas de representar y construir la historia del pasado reciente.

## **Vencedores vencidos**

En 1994, Eric Hobsbawm definió al siglo XX como la “era de los extremos” para referirse a los desastrosos fracasos históricos y políticos que

tuvieron lugar a lo largo de éste. No es un detalle menor mencionar que la Primera Guerra Mundial, los nacionalismos, la Segunda Guerra Mundial, la decadencia del socialismo y el aumento en intensidad y salvajismo del sistema capitalista se dan en el mismo siglo en el que Walter Benjamin compone su visión crítica y escéptica sobre el mundo. Fueron sucesos que, gracias a algunos pensadores –sobretudo de la Escuela de Frankfurt– plantearon un desarrollo de la “razón iluminista” opuesta a su histórico rol como el estandarte del progreso y la libertad.

La vida y las ideas de Walter Benjamin (1892 – 1940) invitan a construir un camino destructivo y fragmentario para desenmascarar, a través del pensamiento crítico, la barbarie de la *historización* de los tiempos modernos. Su obra es rica y extensa y resulta imposible de encasillar por la cantidad de aristas que ha desarrollado en los campos del arte, la filosofía y la historia. Pero resulta satisfactorio presentar a Benjamin, siguiendo las palabras de Hannah Arendt (1990), como un “escritor que pensaba poéticamente” la sociedad y su idea de progreso, ya que la propuesta benjaminiana radica en el quiebre de la historia como una trama única, lineal y coherente. Su objetivo no es recuperar los acontecimientos del pasado “tal cual sucedieron” sino construir una nueva forma de abordarlo donde los objetos, anécdotas y sujetos que han quedado por fuera de la tradición sean los núcleos que amalgaman los relatos sobre las experiencias pasadas. El gesto es el de rescatar lo que ha sido desechado por la tradición y el progreso. Entonces, en estas “eras extremas” modernamente violentas, Walter Benjamin se opone a los postulados de las ideologías del progreso y plantea el interrogante sobre el lugar cosificado que la historiografía tiene reservado para los vencidos. En su recorrido crítico sobre el concepto de historia, resalta la responsabilidad del historiador de saber rescatar las huellas y las voces pese a la acción devastadora de quienes eligen qué ha de perdurar como patrimonio cultural:

El botín siempre ha sido usual. Se lo designa como patrimonio cultural. En el materialista histórico habrá de contar con un observador distanciado. Pues todo lo que él abarque con la vista como patrimonio cultural tiene por doquier una procedencia en la que no puede pensar sin espanto. No existe documento de la cultura que no sea a la vez barbarie. Y como en sí mismo no está libre de barbarie, tampoco lo está el proceso de transmisión por el cual es traspasado de unos a otros. Por eso, el materialista histórico se aleja de ello cuanto sea posible. Considera como su tarea pasarle a la historia el cepillo a contrapelo. (Benjamin, 1995: 52.)

En esta labor *de pasarle a la historia el cepillo a contrapelo*, aparece la ardua tarea del “Ángel de la historia”<sup>3</sup> de redimir el pasado mientras lucha con el huracán del progreso que lo empuja hacia el futuro sin dejarle detenerse para recomponer las ruinas de las catástrofes pasadas y presentes. Pareciera que con esta alegoría la posibilidad de redimir el pasado es obsoleta, pero considerando la pasión revolucionaria de Benjamin resulta coherente pensar cómo la figura del coleccionista intenta conciliar esta actitud destructiva y creadora a la vez. El coleccionista, a través de un desprecio por el presente a favor del pasado, rescata lo que el orden jerárquico y sistemático de la tradición ha desestimado y escondido. Por un lado destruye la tradición que inscribe al objeto desde su valor de uso historiográfico, mientras que por otro lado, a través de ese ejercicio de limpieza, permite la emergencia de la curiosidad, la pasión y la observación de nuevos sucesos, objetos y recorridos hacia experiencias pasadas.

### Ideas finales

La reconstrucción 3D interactiva es una herramienta educativa que propone al espacio como materialidad ineludible para interpelar los sucesos del pasado. A través de este tipo de herramientas se ve cómo los objetos se definen según los sentidos que los actores sociales disputan, imprimen y construyen sobre ellos. Es por eso que el edificio, la silla y la lámpara no son significativos en sí mismos si no forman parte de un discurso o de una mirada que los contemple como soportes o huellas de prácticas. Tan cierto como el rechazo de Benjamin hacia la creencia jerárquica que supone la existencia de objetos que *representan la historia*, es el hecho de que existen múltiples objetos que no forman parte de las tradiciones historiográficas ni de las instituciones museográficas. Los objetos y la experiencia se convierten así en una evidencia que sustenta una historia hegemónica tradicional. Pero la reconstrucción 3D no narra La Historia, sino que suma un puente tecnológico para seguir reflexionando e investigando tramas con otros matices, en otros discursos, de otras historias. Desde ese lugar, la lámpara y las sillas toman diversos sentidos y cuentan, junto a las palabras de los sobrevivientes, una historia que aparece como una experiencia única desde el presente y no como *una imagen “eterna” del pasado*, tal como lo advertía Benjamin. El uso de esta nueva herramienta permite pensar que quizás, si la historia debe ser *peinada a*

<sup>3</sup> Esta es una alegoría que Walter Benjamin desprende del dibujo en tinta china “*Angelus Novus*” realizado en 1920 por el pintor Paul Klee.

contrapelo, las nuevas tecnologías pueden ser peines que *despeinen* a las tradiciones educativas sobre historias objetivadas. Si la catástrofe es solamente un espacio en ruinas, si el ángel de la historia contempla el pasado mientras lucha con el huracán del progreso, seamos apasionados, anárquicos y lo suficientemente creativos para inventar nuevas técnicas que nos permitan construir, a contrapelo, una historia que no esté en el pasado sino que nos acompañe políticamente en el presente.

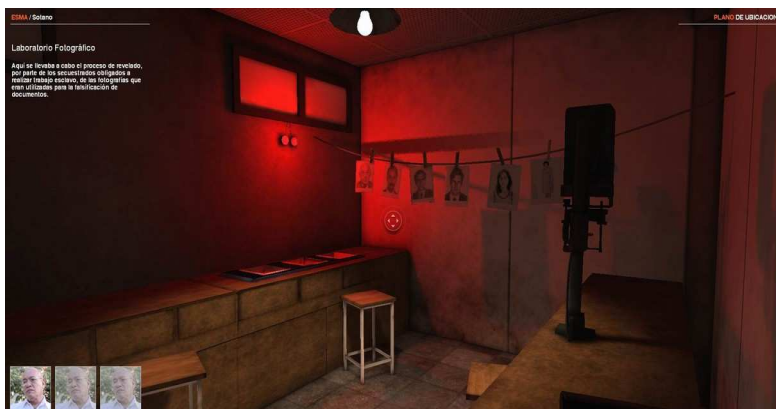
A continuación, algunas imágenes de la herramienta analizada:



Exterior del Casino de Oficiales – Reconstrucción 3D realizada por “Huella Digital”



Sótano del Casino de Oficiales – Reconstrucción 3D realizada por “Huella Digital”



Laboratorio fotográfico ubicado en el Sótano del Casino de Oficiales – Reconstrucción 3D realizada por “Huella Digital”



Comedor ubicado en el Sótano del Casino de Oficiales – Reconstrucción 3D realizada por “Huella Digital”

## Bibliografía

- Arendt, Hannah. 1990. “Walter Benjamin, 1892-1940”, en *Hombres en tiempos de oscuridad*. Barcelona: Gedisa.
- Benjamín, Walter. 1970 [1936]. “El narrador. Consideraciones sobre la obra de Nicolai Leskov”, en *Sobre el Programa de la filosofía futura y otros ensayos*. Caracas: Monte Ávila.
- 1995 [1939-40]. “Sobre el concepto de historia”, en *La dialéctica en suspenso. Fragmentos sobre Historia*. Santiago de Chile: Lom-Arcis.
- 1995 [1939-40]. “La Obra de los Pasajes (Convolutio N). Fragmentos sobre teoría del conocimiento y teoría del progreso” en *La dialéctica en suspenso. Fragmentos sobre Historia*. Santiago de Chile: Lom-Arcis.

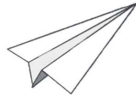
- Birle, Peter et al. (comps.). 2010. *Memorias urbanas en diálogo: Berlín y Buenos Aires*. Buenos Aires: Buenos Libros.
- Calveiro, Pilar. 2008. *Poder y desaparición*. Buenos Aires: Colihue.
- Crenzel, Emilio. 2008. *La historia política del Nunca Más. La memoria de las desapariciones en la Argentina*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.
- Friedlander, Saul. 2007. *En torno a los límites de la representación. Los nazis y la "Solución Final"*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.
- Gatti, Gabriel. 2012. *Identidades desaparecidas. Peleas por el sentido en los mundos de la desaparición forzada*. Buenos Aires: Prometeo.
- Hobsbawm, Eric. 2010. *Historia del siglo XX*. Buenos Aires: Crítica.
- Vecchioli, Virginia. 2001. "Políticas de la Memoria y Formas de Clasificación Social. ¿Quiénes son las 'Víctimas del Terrorismo de Estado' en la Argentina?", en Groppo, Bruno y Flier, Patricia (comps), *La imposibilidad del Olvido. Recorridos de la Memoria en Argentina, Chile y Uruguay*. La Plata: Al Margen.

### *Fuentes documentales*

- [www.centrosclandestinos.com.ar](http://www.centrosclandestinos.com.ar).  
Diario *Clarín*, 18 diciembre de 1977.







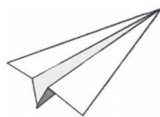
Papeles del Viento Editores  
Bogotá, 2015  
ISBN: 978-958-46-5826-5



Esta obra está licenciada bajo la Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial 4.0 Internacional. Para ver una copia de esta licencia, visite <http://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/>.

El contenido de esta compilación es disciplinar y temáticamente diverso, pero todos los capítulos están atravesados por la pregunta sobre la relación entre la articulación de versiones sobre el pasado y la producción y reproducción de formas de identificación individuales y colectivas. Como el título lo anuncia, las memorias de las que los autores se ocupan expresan intentos de concederle sentido a acontecimientos y experiencias violentos, y en ellas el lugar de la evidencia es ocupado en la mayoría de los casos por los sobrevivientes o perpetradores devenidos testigos, pero a veces también por objetos y espacios a través de los cuales esos testigos intentan demostrar la veracidad de lo que cuentan. Como parte fundamental del análisis de esas dinámicas de rememoración y verosimilización, en todos los capítulos emerge explícita o implícitamente la cuestión de las luchas por la memoria o –lo que es lo mismo–, por la legitimación de narrativas con pretensiones de verdad en las que se entretejen afirmaciones y silencios acerca de lo acontecido y sus protagonistas.

**Vivir para contarlo** ofrece un corpus de materiales que sirve de abrebocas para el desarrollo de intercambios e iniciativas de articulación entre investigadores de distintas disciplinas y países latinoamericanos. Pero la constelación de descripciones y análisis que presenta también constituye un insumo central para el análisis comparativo de una realidad social que aunque se desarrolla a distintas “velocidades” y con diversas particularidades locales según el contexto del que se trate, se encuentra atravesada por acontecimientos, luchas, derrotas, resistencias y triunfos compartidos por quienes han esculpido y siguen esculpiendo golpe a golpe la historia a lo largo y ancho del continente.



Papeles del Viento Editores

ISBN: 978-958-46-5826-5